

XIV y XV Muestra de Dramaturgia Nacional

TEATRO
CHILENO

Sebastián Cárez-Lorca
Alejandro Moreno
Eduardo Pavez Goye
Pablo San Martín
Álvaro Carmona
Sergio Gómez
Tomás Henríquez
Alejandra Moffat
Camila Paris



Publicaciones
Cultura

XIV y XV
Muestra de
Dramaturgia
Nacional

XIV y XV Muestra de Dramaturgia Nacional

TEATRO
CHILENO

Sebastián Cáez-Lorca
Alejandro Moreno
Eduardo Pavez Goye
Pablo San Martín
Álvaro Carmona
Sergio Gómez
Tomás Henríquez
Alejandra Moffat
Camila Paris

Publicaciones
Cultura



XIV y XV Muestra de Dramaturgia Nacional

Publicación a cargo de: **Lucía de la Maza Cabrera**, coordinadora del Área de **Teatro del CNCA**

Producción general: **Dalal Leiva Egnem (CNCA)**

Coordinación editorial: **Lucas Lecaros Calabacero (CNCA)**

Diseño y diagramación: **María Gracia Echeverría Alcaíno y Valentina Silva Irrarázaval, Estudio ESE.**

Supervisión de diseño: **Ignacio Poblete Castro (CNCA)**

Supervisión editorial: **Miguel Ángel Viejo Viejo (CNCA)**

Corrección de textos: **Daniela Farías García**

© Consejo Nacional de la Cultura y las Artes

Registro de Propiedad Intelectual n° 216.689

ISBN: 978-956-352-018-7

www.cultura.gob.cl

Se autoriza la reproducción parcial citando la fuente correspondiente.

En este libro se utilizó para el cuerpo de texto la tipografía *Australis*, creada por el diseñador chileno Francisco Gálvez, fuente ganadora del Gold Prize en los Morisawa Awards 2002 de Tokio.

1ª edición, mayo de 2012

Se imprimieron 1.000 ejemplares

Impreso en Maval Ltda.
Santiago, Chile

Índice

	09	Presentación
	11	Introducción
XIV		
Muestra de		
Dramaturgia		
Nacional		
	17	<i>Sucedáneo</i> Sebastián Cález-Lorca
	47	<i>La amante fascista</i> Alejandro Moreno
	59	<i>Maljut</i> Eduardo Pavez Goye
	85	<i>Madre nuestra que estás en la cama</i> Pablo San Martín
XV		
Muestra de		
Dramaturgia		
Nacional		
	123	<i>Somalía</i> Álvaro Carmona
	163	<i>Chicago – Nueva York</i> Sergio Gómez
	205	<i>Las tentaciones de San Antonio</i> Tomás Henríquez
	237	<i>Recuerdos de cosas que duelen</i> Alejandra Moffat
	279	<i>El grito de Odette</i> Camila Paris
	303	<i>Taskú</i> Eduardo Pavez Goye

Presentación

La Muestra de Dramaturgia Nacional nace en el año 1994 a partir de la necesidad de crear un espacio fecundo para estimular y promover la escritura dramática de nuestro país. La iniciativa se fue transformando con el tiempo en algo mucho mayor: un encuentro anual donde se daban cita tanto los jóvenes talentos como nuestros dramaturgos de trayectoria con el público general en lo que ha llegado a ser una verdadera fiesta del teatro nacional. Un gran contingente teatral de primer nivel junto a sus respectivos equipos artísticos dio vida a 15 muestras que han marcado significativos hitos en la escena nacional, creando un territorio fértil para nuestros autores y el desarrollo profesional del oficio.

Con la publicación de este libro se cumple un viejo anhelo de registrar y dar continuidad a estos procesos, pudiendo ahora divulgarlos en forma de texto impreso tanto dentro como fuera del territorio. De este modo, esperamos potenciar e inspirar nuevos procesos creativos en torno a la dramaturgia, o cualquier otra disciplina en todas las regiones de nuestro país. Además, ansiamos que esta publicación posicione a la dramaturgia chilena en el extranjero, dando conocer a nuestros autores destacados, así como también al excelente teatro que se hace en Chile.

Actualmente nuestra intención con esta XV Muestra de Dramaturgia es dejar plasmada una potente huella a través de las seis obras seleccionadas en el concurso 2011, sumando en esta iniciativa los cuatro textos ganadores de la XIV Muestra, realizada el año 2010 en el Centro Cultural Matucana 100.

Este año 2012, el Centro Gabriela Mistral acoge la XV Muestra de Dramaturgia, en esta oportunidad con el sexteto de obras escogidas entre las 204 presentadas. Tenemos la fortuna de trabajar con un comprometido equipo artístico que ha mantenido una saludable vinculación entre este espacio de la escena teatral y el mundo académico. Esto se traduce en una creciente participación de las escuelas de teatro y público general, todos quienes enriquecen actividades como encuentros

y mesas redondas, además de expandir la llegada de la Muestra con presentaciones en Antofagasta, Puerto Montt y Valparaíso.

Larga vida a la Muestra de Dramaturgia y a estos 10 textos dramáticos que a partir de ahora pasan a formar parte del rico patrimonio teatral de nuestro país.

Luciano Cruz-Coke Carvallo

Ministro Presidente

Consejo Nacional de la Cultura y las Artes

Introducción

Dramaturgia de un tiempo y un país

Los autores seleccionados en casi dos décadas de la Muestra de Dramaturgia Nacional de Chile, nos sentimos orgullosos de alcanzar el objetivo de publicar los textos premiados, hecho que esperamos siga siendo refrendado en posteriores ocasiones. En este caso, presentamos las obras de las dos últimas versiones del Concurso, la decimocuarta y decimoquinta edición (2010 y 2012 respectivamente). Gracias a las gestiones de la actual Coordinadora del Área de Teatro del Consejo Nacional de la Cultura y la Artes, Lucía de la Maza, podemos presentar este material que constituye un plus a las puestas en escenas que ya han sido estrenadas, y aquellas que en el mes de mayo del 2012 serán parte del mayor evento de la dramaturgia chilena.

La Muestra de Dramaturgia Nacional, en tanto reflejo de autorías y de un tiempo determinado por los plazos del Concurso, consiste en una radiografía lo más cercana posible de la expresión dramática de nuestro tiempo y nuestro país. Una fotografía instantánea –nos guste o no; sea bella, perfecta o no– que nos habla de nosotros, en tanto la dramaturgia debiera establecerse como una nota al margen, un comentario artístico sobre el estado de una sociedad que propone una dimensión e imaginario entre la literatura y la teatralidad.

En la XIV versión de la Muestra, realizada el año 2010, bajo la dirección artística del destacado actor y director nacional, Néstor Cantillana, fueron seleccionadas cuatro obras de un universo de 230 textos participantes, con autores de todo el país. En dicha ocasión el Concurso contemplaba dos líneas: “Temática libre” –subdivididos en categorías etarias– y “Teatro infantil y/o juvenil”. El jurado estuvo compuesto por el propio Néstor Cantillana, los dramaturgos, Alejandro Sieveking y Manuela Infante; el director, Marcos Guzmán; y la teórica teatral, Gloria María Martínez. Este destacado grupo de profesionales seleccionó en “Temática libre”, las óperas primas: *Sucedáneo*, de Sebastián Cádiz-Lorca (alumno de la Universidad de Valparaíso, oriundo de la sexta región), y *Madre Nuestra que estás en la cama*, del joven autor santiaguino Pablo San Martín (quien además ha desarrollado una incipiente carre-

ra como poeta). En la categoría con trayectoria fue seleccionada la obra *La Amante Fascista*, del reconocido autor Alejandro Moreno, con trabajos tanto en Chile como en el extranjero. En la línea “Teatro infantil y/o juvenil”, fue seleccionada *Maljut*, de Eduardo Pavez, un habitual ganador de la Muestra de Dramaturgia Nacional.

En el Concurso para el año 2012, se han seleccionados seis textos de un universo de 204 obras participantes de casi todo el país: *Somalía*, de Álvaro Carmona; *El grito de Odette*, de Camila Paris; *Las tentaciones de San Antonio*, de Tomás Henríquez; *Chicago-Nueva York*, de Sergio Gómez; *Recuerdos de cosas que duelen*, de Alejandra Moffat; y *Taská*, de Eduardo Pavez. Esta selección fue realizada tras el intenso trabajo de un jurado especialmente definido para la ocasión. Compartieron la labor seleccionadora la destacada actriz nacional, Anita Reeves, el director y performer, Alberto Kurapel; la dramaturga y gestora cultural, Ana López Montaner; la dramaturga y actriz, Ximena Carrera; el académico, director y dramaturgo valdiviano, Roberto Matamala; y el profesor y dramaturgo, Marcelo Sánchez. Junto al suscrito, los siete integrantes del jurado hemos seleccionado este muestrario de textos, en consenso, no por unanimidad, por cierto, como corresponde a una sana, rica y responsable discusión de criterios artísticos.

El lector se encontrará con obras dramáticas que dan cuenta de la contemporaneidad tanto en su forma como en sus contenidos. Temas como la memoria personal y la memoria colectiva, el desarraigo, el amor en tiempos de la cibernética y el desapego, la contingencia social, la desarticulación de las relaciones humanas, Chile y su actual contexto histórico, político, mítico; los anhelos de la clase popular, provincianos y/o juveniles, nuestra sociedad, nuestra historia, nuestras proyecciones. Todo ello plasmando las problemáticas internas, personales y familiares proyectadas al país y nuestra sociedad contemporánea.

Existe un interesante diálogo entre lo contingente y lo tradicional, tanto en las temáticas, los personajes, como en los lenguajes estéticos propuestos por los autores. Si bien, el Concurso en las últimas versiones contempló tres categorías (obras nuevas, obras de autores emergentes y obras de autores con reconocida trayectoria), en que los dramaturgos presentaron sus textos con seudónimos, resulta que los clasificados conforman un acotado grupo generacional, con autores en un marco etario entre los veinte y cuarenta años. Hablamos, entonces, de una potente voz joven que se remite a lo sumo a los últimos diez años de creación, con una exquisita fuente de referentes, en la que se mezcla lo tradicional con la cosmovisión de este nuevo siglo.

En este libro encontrarán las versiones originales de los textos presentados al Concurso. Tanto las versiones escritas de las obras puestas en escena en la XIV versión, presentadas en el Centro Cultural Matucana 100 en Septiembre del 2010 (y con exitosas

temporadas posteriores como el caso de *Sucedáneo* y sobre todo de *La Amante Fascista*); como la antesala de las seis muestras escénicas que se presentarán en la XV Muestra de Dramaturgia Nacional, a desarrollarse en el Centro Gabriela Mistral de Santiago, en mayo del 2012 , y que tendrá una extensión en ciudades regionales la misma temporada. Esto en consonancia con el objetivo de recuperar para este evento el sentido original de la Muestra, presentando las obras seleccionados en un concepto integrado de puesta en escena, potenciando los texto en su conjunto, para lo cual se desarrolla una labor colaborativa con los directores de la puestas en escenas.

He aquí, por tanto, un reflejo honesto de la composición teatral chilena de este período, dos versiones que abarcan cuatro años de nuestra dramática. Sin maquillajes, luces ni efectos así, desnuda y simple como se ofrece la dramaturgia en su versión escrita, siempre como un pretexto y una tentación para su escenificación.

Valparaíso, mayo de 2012

Cristian Figueroa Acevedo
Director artístico
XV Muestra de Dramaturgia Nacional

XIV

Muestra de
Dramaturgia
Nacional

Sucedáneo

Sebastián Cárez-Lorca

Ganador línea Temática Libre, categoría de 0 a 5 años de trayectoria

Estudió Actuación Teatral en la Universidad de Valparaíso. Ha dirigido su carrera profesional a la dramaturgia y dirección teatral, obteniendo reconocimientos por *Sucedáneo* (2010), su ópera prima, *La Fuga de Occidente* (2011) y *La gran capital* (2011). También es fundador y director del Teatro Provincia.

*Esta obra se encuentra bajo licencia Creative Commons.

Personajes

Alguien

Perro

Vagabundo

Esteban

Princesa_16

Carnicero

Nana

Caballero

Señora

Mujer

Pedro Labra

Prostituta

Alguien: ¡Bienvenidos sean todos a esta obra de teatro!

Una obra de teatro es una ficción, una realidad artificial que ustedes por una extraña razón están dispuestos a presenciar. Vienen hasta aquí a ser engañados; a recibir un sucedáneo de reflexión para llegar a sus casas y sentir que han saciado sus mentes a través de una reflexión, de un momento de pensamiento en este mundo tan falso. Nosotros no queremos que se sientan engañados, por eso partimos esta obra de teatro recordándoles que los engañaremos dentro de los próximos instantes; sin embargo, y teniendo en cuenta que quieren ser engañados no los privaremos de esa ilusión recordándoles la falsedad de este acto a cada instante; sólo lo haremos ahora y nunca más.

No es nuestra intención que reflexionen, ni piensen verdaderamente, sin embargo, el que quiera pensar o reflexionar puede hacerlo. De todas formas, ese no es nuestro objetivo. Nuestro objetivo es divertirlos, que no se aburran durante este momento sin sentido. Así es que procuren dejarse llevar por este *zapping* poco intelectual, sin preocuparse de nada más que vuestro propio divertimento.

Si a través de esta obra llegaran a reflexionar, sin el deseo premeditado de hacerlo, les pedimos disculpas, no era nuestra intención. De todas formas, y si lo desean, al final de la función pueden descargar su descontento mediante insultos y golpes sobre el autor o el director de este montaje. Si les es difícil encontrarlos yo mismo los llevaré hasta ellos sin problemas.

Es importante, antes de comenzar, aclarar el significado de la palabra que da título a la obra: *Sucedáneo*; palabra que proviene del latín *succedaneum*, que reemplaza.

Dícese de la sustancia que puede reemplazar o sustituir a otra, y que generalmente es de menor calidad. La obra que verán a continuación está conformada por una serie de historias sucedáneas unidas en un *zapping* siniestro totalmente ficticio e

inventado. Falso. Cualquier coincidencia con vuestra realidad personal o social, no es más que eso; una inocente e inintencionada coincidencia. Hemos adornado esta obra con una serie de recursos interesantes y divertidos que son solamente para que no se queden dormidos en las partes más aburridas.

Yo los guiaré durante todo este viaje televisivo, virtual... sucedáneo. No se permiten consultas ni intervenciones hasta que la función se dé por finalizada. Si ya están listos no habrá problema en que comencemos.

(Presentación visual y/o musical a modo de fanfarria para dar inicio a la obra.)

Todo parte en una carnicería de barrio. Una carnicería cualquiera en una esquina cualquiera, igualmente sucedánea. Este barrio es habitado por distintas personas. Dicen que esta carnicería es buena y que el dueño es simpático. Cada una de las personas que se relacionan con la carnicería y las personas que se relacionan con las personas que se relacionan con la carnicería nos aportará una nueva historia sucedánea.

Un día lunes en la mañana el carnicero; hombre gordo de jockey, abre las cortinas metálicas de la carnicería y se pone al servicio de la comunidad. Un rato más tarde frente a una de las vitrinas de la carnicería, desde donde se ven muchos cortes de carne, un perro quiltro mira. Se relame.

Perro: Cuánto más feliz sería con uno de esos filetes...

Podría ser el perro del carnicero

¿Tendrá el carnicero un perro?

¿Querrá un perro el carnicero?

Yo, por uno de esos filetes al día le cuidaría la carnicería,
lo querría y movería la cola cuando llegase.

Sería sin duda el perro más feliz del mundo.

Y si alguien quisiera hacerle daño a mi amo, yo lo defendería;

con la vida si es necesario,

de los otros perros incluso,

de los perros vagos que antes fueron mis amigos.

...por un filete al día....

El perro del carnicero...

no es un título menor, sin duda...

no es menor...

Alguien: Un pobre joven pusilánime, único empleado del carnicero, sale de la carnicería. Espanta al quiltro. Luego, bota una serie de desperdicios; trozos de hueso y

grasas en el basurero. El perro mira atento hacia todos lados. Coge la bolsa y la lleva a su guarida.

...Es el perro más feliz del mundo...

Una vez que se ha saciado vuelve a la esquina de la carnicería y se instala junto a un humano vagabundo, amigo suyo. Siempre miran la vitrina de la carnicería.

Vagabundo: A mí también me gustaría ser el perro del carnicero, Chocolatito, a mí también me gustaría... pero los carniceros no tienen perros, porque no les conviene na' po'. Tienen empleados, que solamente piden un poco de plata; eso le cuesta menos que un filete al día...

Alguien: Así es. El empleado de esta carnicería es Esteban. Un joven pusilánime, flaco, vestido con pantalones anchos y peinado extraño. Recién terminó su cuarto medio y hoy cumple 18 años. Nadie le ha dicho nada. Nadie se acuerda de él, ni menos del día de su cumpleaños (¡ja!).

Esteban: Trabajo como perro pa' poder hacer algo más con mi vida, algo más que ser el empleado del carnicero.

Gano unos pocos pesos pa' poder ir a Internet; casi todo el resto del día.

Me gusta estar en Internet.

Me gusta chatear.

Una vez tuve una polola virtual, ahora me estoy joteando a una loquita, que ojalá que sea mi próxima polola virtual.

Alguien: "Virtual" es lo que tiene existencia aparente y no real.

Una polola virtual es una mujer con la cual se establece una relación aparente mediante la ayuda de un sistema informático.

Esteban se despierta todos los días muy temprano para abrir la carnicería.

Tiene que llegar antes que el dueño, aunque el dueño es el que abre.

Después de eso tiene que estar dispuesto a hacer lo que le manden.

Almuerza. Sigue trabajando. Sale. Va a un cyber café; a Internet.

Esteban: Cumpleaños feliz, te deseamos a ti, cumpleaños conchetumare... que los cumplas feliz.

Alguien: Lo primero que hace frente al computador es abrir su Messenger.

El Messenger es un programa de mensajería instantánea que permite conversar con otras personas sólo agregando su dirección de correo electrónico a los contactos. Además, estas personas tienen la posibilidad de intercambiar fotografías y otros archivos.

Esteban espera encontrar conectada en messenger a su próxima polola virtual. Recibió una foto de ella en traje de baño, lo que detonó una explosión de hormonas entre sus piernas. Sin embargo, existen programas para alterar fotografías. Cómo el que uso ella para estilizarse.

Esteban: (¡Ahí está!). Hola tú.

Princesa_16: Holi.

Esteban: (“Holi” la tonta hueona hueca ¿cómo me saluda de “holi”?). ¿Kmo tai?

Princesa_16: ¿Bien y tú?

Esteban: Bien po’... ¿no me vai a decir nada? (Toy de cumpleaños po’... y nadie se ha acordado de mí).

Princesa_16: (¡Ay, qué es caliente este hueón! Ya quiere que le diga cosas calenturientas). ¿Qué querí que te diga?

Esteban: (Putá la culiá no se acordó. Y estoy seguro que leyó el recordatorio en facebook).
Estoy de cumpleaños po’.

Princesa_16: (Chuta, estaba de cumpleaños... ¡pobrecito!). Ay, verdá... si lo leí en el fcbk pero se me olvidó... es que me pone súper feliz hablar contigo.
¡Feliz cumpleaños!

Esteban: Y yo q t iba a pedir que fueras mi cyberpolola.

Princesa_16: (Vio la foto y me encontró rica... obvio. Efecto princesa). ¿La dura?

Esteban: La dura.

Y...

¿Qué decí?

(Sí, sí, sí, sí).

Princesa_16: (¡Sí!). Ay, qué emoción.
(Pero vamos a darle suspenso... Nunca tan fácil).

Esteban: Responde po’.

Princesa_16: Ya. Te acepto.

Esteban: Te quiero princesita mía.
(Y cuando nos conozcamos te voy a dar como cajón peruano).

Princesa_16: Y yo a ti, mi ciberpololo.
(Ojalá estés rico... ya que ni siquiera hay mandao fotos).

Esteban: Podríamos conocernos entonces... y celebramos mi cumpleaños...
Igual es temprano ¿Te tink hoy día? (Sí, sí, sí, sí).

Princesa_16: (Sí, sí, sí, sí... Pero; suspenso...)....

Esteban: Responde po'. (Responde po' fea culiá te hací puro de rogar ¡linda la polola! ¡No me quiere ni ver!).

Princesa_16: ;)

Esteban: (Cayó. Cayó y cagó). BKN. ¿Y dónde nos podemos encontrar?

Princesa_16: Yo toy solita... mis papás salieron. La nana se va a las cinco. (Te apuesto que se calentó con la idea).

Esteban: (Ah, quiere ir a la guerra al toque). En tu casa entonces.

Princesa_16: Nos juntamos en la plaza y nos vamos a mi casa. Ahí nos conoceremos.

Esteban: Yo voy con un joky rojo “puma” pa' que me reconozcai.

Princesa_16: Listo. Yo, polera blanca y chaqueta de cuero.

Esteban: A las seis.

Princesa_16: Listo.

Esteban: ¿Me puedo quedar en tu casa?

Princesa_16: (To' o el rato). Ahí vemos.

Esteban: Cómprate un copete. (Yo llevo los condones).

Princesa_16: Tengo.

Esteban: Bye.

Princesa_16: ¡Aio!

Alguien: Cierra la sesión de MSN y corre a arreglarse a su casa.
Los pensamientos invaden la mente del empleado del carnicero.

Esteban: A esta perra me la agarro, no se salva la guacha culiá conchetumare, y yo que creía que la iba a pasar como el ano en mi cumpleaños. Tengo que bañarme que igual ta' rica la mina rubiecita, ta' bien peloláis nada la va a salvarla, ahora si que me la piso, ahora me la piso, pero tengo que bañarme pa' no andar hediondo a carne, si no me va a mandar a la chucha, tengo que bañarme y correrme una paja pa' durar. Puta la hora que es no voy a alcanzar a bañarme, pero todo se arregla con colonia, harta colonia inglesa de mi viejo y eso lo arregla todo, menos el sebo entre las piernas, la mantequilla de la espalda y la hueá es que hay que puro darle, y darle ron, pisco, chelas, cigarros, todo todo le cabe a la culiá. Qué paja que no me haya podío bañar, voy a andar puro olor a hoyo, el culiao flaite, viste culiao te va a mandar a la chucha, cuando te conozca va a decir miiiira el feo culiao si po', como no le hay mandao ni foto ¡hediondo a hoyo el culiao va a decir la princesa! Eso, ahora tomo la micro y llego a su plaza culiá, plaza culiá cuica no más, y la espero, polera blanca dijo, chaqueta e'cuero dijo yo espero... olor a hoyo... ¿y si no llega? ¿y si me deja plantao como un culiao? ¿o se hace la loca y nunca se acerca porque me encuentra un feo culiao? Puta la hueá... Pero si viene es que es guarra, es perra. Sí. Si viene es perra. Guerrera.

Princesa_16: Cierro la sesión de MSN. La casa, en orden. Todo en orden. Le robo unos copetitos a mi papá ¿Cómo será este loco? Yo... regia, como siempre. Igual me retoco con muy poquita pintura... Sí, soy rica. No necesito estuco. Tomo pastillas, no necesito condones. Soy *cool*. La llevo. Todo listo: polera blanca, chaqueta de cuero. Ya se fue la nana y ahora me voy a buscar el jockey rojo "puma" ¿"Puma"? ¿Será flaite? Ay, no, qué lata...

Alguien: "Flaite" es un vulgarismo chileno de carácter despectivo y naturaleza clasi-sista, usado para definir, con mayor o menor amplitud, a la clase baja de Chile mediante su vinculación prejuiciosa a los malos hábitos, en general, y a la delincuencia, en particular.

Esteban: Soy un pobre y triste culiao.

Alguien: Y en la plaza, a las 6 de la tarde, se buscan. Entre las gentes. Hasta que parecen divisarse y...

Esteban: Polera blanca, chaqueta de cuero.

Princesa_16: Jockey rojo. “Puma”.

Esteban: Es guarra. Cagó.

Princesa_16: ¡Ay! ¡Es flaitel! (Igual no más... Hay que probar de todo).

Alguien: (*Irónico*). Y caminan a la casa hablando de amor y rosas... poemas que él le roba a Neruda desde una página de Internet.

(*Al llegar se ponen a tomar*).

Princesa_16: Un cigarro, otro cigarro, sexo en tu oído telefónico y en tus cyberdedos, sexo gritan por las calles y en el parque en la plaza los perros, sexo cumpleaños, mi ropa en la escala y sexo 33 litro de sudor y un pico seboso olor a mundo, sexo con 30 colillas apagadas en mi vagina, de esa hueá puedo sacar mantequilla, capaz que tenga hasta el culo con caca, pero ahora ya esto igual rico, sexo, sexo en tu mente, recuerdo y masturbaciones imaginarias a cada momento con tu cuerpo y un cigarro, sexo nicotina humo, y todo tu cuerpo seboso mantequilloso. Sexo, sexo y aspirina para que no te duela la cabeza entre mis muelas, mi abuela, sexo, mi padre y mi madre, y yo masturbaciones contigo, con él, con ella, sexo, mi abuela que tejía chalequitos, condones que ahora son bufandas y cómo encontrar el amor en los restos de los condones, los restos del amor en las sábanas por el water cada feto yéndose hacia el matadero de mi conciencia, cigarro, cigarro, cigarro y sexo aspirina para tu cabeza entre mis labios a mi boca todo entra y nada sale, las ideas, los sentimientos y tú, tú, tu pene y mis tetas, tu mantequilla, olor en mi cuerpo mi lengua en el ácido amargo de tu cuerpo sucio, tu culo hediondo y la sangre....

Esteban: Perra frígida cuiquita, culiá gusto a nada no calentai ni al pico, tení menos gusto que una hostia perra conchetumare, igual te voy a hacer recagar por cuica porque yo tengo que trabajarle a ese carnicero culiao, por eso te voy a dar por el culo pa' que te duela y te tiro el pelo pa' que sepa lo qu'es güeno ya que tú no calenta ni el agua peloláis, peloláis liso te voy a dejarte el hoyo, eso y gime chúpamela, chúpame la callampa, el pico culiá es re-fácil verse rica con fotoshop, cumpleaños culiao mejor me hubiera pajeao en internet po' perra culiá maraca fea, fea, fea culiá culiá por mí puta la hueá ni me calentai, tengo que pensar en otras minas pa mantenerme el pico parao, no voy a quedar en vergüenza tampoco porque vo' soy frígida po'

hueona, si conmigo vay a saber lo qu'es sexo po' cuiquita peloliso, esto reggaeton del verdadero, el sexo litros y litros, ron pisco y sexo atontado en tu perfume caro que debe costar como tres de mis sueldos, ron, pisco y sexo atontado.

Alguien: Silencio infinito después del sexo.

Silencio tras silencio.

Mil pensamientos en ese cuarto.

(Pensamiento patético –pathos–, opinión de Alguien).

Cómo pueden las rosas secarse, podrirse en un momento.

Cómo puede haber tantas formas de tener sexo.

Lo sublime, lo deforme... y el sucedáneo.

Princesa_16: El sentido del tráfico cambió...

Nada sale de mi boca.

Esteban: Terminó. “Cumpleaños... ¡conchetumare!... te desamos a ti...”.

Princesa_16: ¿Te vas a quedar aquí mi amor?

Esteban: Sí, princesita mía...

Me quedo contigo... toda la noche abrazados, mi amor.

Princesa_16: Qué rico...

Esteban: Hice contigo lo que la primavera hace con los cerezos.

Princesa_16: Leeendo...

Alguien: Así se quedaron toda la noche en ese abrazo sucedáneo, hasta que al otro día Esteban debe partir agitado y sin despedirse; nuevamente a la carnicería. No puede llegar tarde, y deja sola a la princecita durmiendo en su cama.

Esa cama que la ha acompañado desde que la niña se volvió princesa. Desde que ella la transformó en su trono. Desde pequeña esta niña estuvo obsesionada con buscar el príncipe azul...

Princesa_16: La Cosmopolitan, películas románticas, fotos de actores y cantantes, poemas; un mundo color rosa. Todo lo necesario para encontrar al príncipe azul que no aparecía. Hasta que descubrí Internet y fue la nueva herramienta para buscarlo. A través de la web conocí a varios de mis ex. Chicos top, rubios; como Ken –el po-

lolo de Barbie-, muchas veces de este mismo barrio... pero ninguno de ellos tenía todos los requisitos para ser mi príncipe azul; por físico, por estúpido, por fome, porque lo tenía chico... no había ninguno perfecto.

Hasta que me cansé de buscarlo y acepto a cada hueón que se me acerca. Soy una maraca, y a mucha honra. Descubrí que mi príncipe azul está un poquito en cada uno de los hombres. El príncipe azul no es uno, son muchos; uno tras otro...

Mi vida es feliz porque con un poco de cada uno de ellos formo a mí príncipe. Cuando tengo sexo los recuerdo a todos. Entonces, es él quien viene a poseerme. Hasta el flaute ese que me comí ayer y se fue sin despedirse el muy roto ese; igual tenía algo... Hablaba lindo, era tierno con los versos que le mal robaba a Neruda. Y ahora esta cama es mi trono de princesa donde reúno los restos del amor que los príncipes van dejando.

Alguien: Llega la nana en la mañana y pasa haciendo aseo al lado de la princesa. La princesa ignora a esta plebeya... está en trance sexual derretida sobre su trono, con su príncipe virtual.

Nana: M'hijita. Tengo que ir a comprar p'al almuerzo de hoy ¿Le dejaron la plata los papás?

Princesa_16: Ahí está. Trae las boletas.

Nana: Sí, ya sé. Ya sé.

Alguien: La nana de la princesa sale cada mañana de su casa que queda en el otro extremo de la ciudad. Un extremo oscuro, opaco, aunque no tan opaco como otros extremos. Vive en una casita, que es de ella y su familia; de nadie más. No tiene que pagarle a nadie: Tiene casa propia. Ahora llega a comprar cosas para el almuerzo de la princesa...

Nana: Dos chuletas de cerdo por favor.

Carnicero: Ahí tiene, señora.

Nana: Muy amable caballero.

Vuelvo camino a la casa y preparo el almuerzo para la princesa. La quiero harto a esta niña, aunque ella no me pesca pa' na. Yo la crié de niñita, porque sus papás pasan viajando. El papá y la mamá trabajan, entonces yo la criaba y le daba pecho

también. Ve que la señora no quería que se le cayeran las pechugas, entonces yo le daba pecho a la niña. Obvio que ella no se acuerda po' si estaba chiquitita. (Ríe). Yo tengo seis hijos que viven en mi casa conmigo. Todos están en el colegio, menos uno, el mayor; que trabaja de mecánico con su tío. Arreglan celulares. Les cambian las tarjetas los chips y todas esas cuestiones.

¡Yal ¡Está listo el almuerzo!

Princesa_16: (Arcadas). Pero nana, por la chucha cómo me servís esto.

Nana: ¿Qué tiene?

Princesa_16: Es carne. Yo ya no como carne viste que ahora soy vegetariana ¿Cómo me voy a comer un cadáver? ¡Qué animalidad! Si eso antes fue un chanchito... ¿no te dije que comprarai pura carne de soya no más?

Nana: ¿Y eso no es carne también?

Princesa_16: No. Es soya, pero es como si fuera carne. Es hasta más rico y no hay que matar a nadie para comérselas.

Nana: Ah, ya... para la otra será...

Princesa_16: Claro... y ahora, ¿qué como yo?

Nana: Yo voy a comprar y le preparo su carne de soya, m'hijita. Y esos filetes se los deja a su papá que llega más rato y no tiene ningún problema en comer animales.

Alguien: La nana le prepara la carne de soya a la pequeña princesa y espera la llegada del caballero. El caballero es un empresario que sale mucho. Cuando llega se tira a su esposa y a la nana que es más joven. La nana es feliz de follar con el caballero porque huele rico. Pero se muere de terror de sólo pensar en la posibilidad de que los pudiera descubrir algún día la señora. Hoy la señora llega con él, pero ella está segura de que el caballero va a llegar con ganas de servírsela y se las ingeniará para evadir a la señora y culeársela rápidamente en algún rincón.

Caballero: ¡Qué viaje más penca! Me carga cuando mi mujer viaja conmigo no tengo libertad huevón de hacer nada huevón... y más encima tengo que acompañarla a comprar., huevón... ya ni me calienta. Si la cagué, te juró que la cagué el día que me casé; y me casé de huevón no más, huevón. Porque creía que me estaba poniendo viejo entonces me conformo con la primera huevona, huevón, que se me

crucen por delante, hueón. Y mírame ahora. Si hasta cuando voy al baño, hueón, me está hablando huevadas, puras huevadas, lo único que espero es que esté la nana cuando lleguemos a la casa, porque si está; me la agarro, y así me descargo un ratito, hueón. Si está rica la nana... nada que hacerle... un manjar.

Señora: ¡Que lata más grande viajar con este hueón! Hueón serio y callado ¿por qué me habré casado con él? Por plata habrá sido, por comodidades, por confianza... Era más entretenido antes. Era más masculino... Si ahora hasta se puso como medio maricón. Igual, no voy a dejar esta vida ni cagando. Porque en la noche me espera mi hombre, mi hombre de verdad. Esta noche llego, mi amor. Sí, esta noche.

Alguien: Es de noche cuando el caballero y la señora llegan a la casa. Saludan de un grito a su hija que suponen está en su pieza. La nana les tiene la comida servida. Comen. En silencio. La señora prende las noticias en el plasma mata el silencio. Miradas entre el caballero y la nana. Miradas tan calientes que hacen que no se sienta que está fría la comida. La señora mantiene la comida caliente con sus pensamientos.

Señora: Mi amor, ¿te dije que hoy quedamos de juntarnos con mis ex-compañeras de colegio en la casa de la Tuti, no cierto?

Caballero: Seguro que me lo dijiste pero no me acordaba. (Sí lo tenía bien presente vieja culiá. Bien presente para llegar a tirarme a la nana).

Señora: Si pues. Vamos a hacer una pijamada.

Caballero: (¿Tan viejas y haciendo pijamadas? Bueno, mejor para mí, mejor para mí). Ah. ¿No llegas entonces?

Señora: No, mi amor. (Esta noche me tiro al carnicero, que ese sí es hombre).

Caballero: ¡Qué lástima! Me cambias por un grupo de viejas...

Señora: (No, por el carnicero). Ya regaloneamos bastante en este viaje, ¿no crees?

Caballero: (¿Regalinear? ¿Contigo?), OK, está bien. ¿Te vas al tiro? ¿Quieres que te vaya a dejar?

Señora: No. Voy en el auto.
Y sí. Armo el bolso y me voy.

Caballero: OK. (Huev tuya).

Alguien: La señora se va. Y el fuego crece entre la nana y el caballero; el caballero, que debajo de su piel, de caballero no tiene nada. La nana llama a su esposo contándole la triste noticia.

Nana: Voy a tener que quedarme trabajando toda la noche, es que el caballero trajo a unos amigos y me pidió que me quedara para atenderlos. Pero nos conviene, porque me van a pagar horas extra. *(Al caballero)*. Me vai a pagar horas extra, cierto?

Caballero: Obvio, pa' que no sospeche tu marido po' mujer.

Nana: *(Al teléfono)*. S. Te amo mi amor, un besito. Cuida a los niños.

Alguien: El caballero le paga horas extra a la nana por las horas en las que tienen sexo. Sexo *underground*, literalmente; porque es en el sótano. All junto a la lavadora, mientras la princesa en el segundo piso es penetrada por un trozo de príncipe, un trozo de príncipe vecino que es cliente frecuente entre sus piernas. Sabe que su papá se está follando a la nana abajo y puede gritar todo lo que quiera.

Princesa_16: Nadie tiene moral para criticarse nada en esta casa.

Alguien: Un auto se estaciona frente a la carnicería que tiene la cortina metálica a medio cerrar. En la acera un vagabundo y un perro duermen acurrucados. La señora golpea la cortina metálica; está se abre y aparece el carnicero. Se ha arreglado. Cierran la cortina metálica.

Señora: Este es hombre! Siempre pasamos a tener sexo en la bodega de las carnes me gusta cómo puede hacrme sobre un lomo de vaquilla, me gusta sentir el olor a la carne y mi cuerpo frotándose sobre un animal faenado. Esa es la animalidad que no tiene mi esposo, la animalidad que me atrae del carnicero. Sucio, sucio... me provoca su cuerpo y todos los restos de carnes alrededor colgando de ganchos y yo sobre la mesa metálica gimiendo como una prostituta. Me gusta jugar por un momento a ser prostituta, aunque no lo será ni cagando. Me gusta jugar por un momento a ser la amante del carnicero, aunque no lo será ni cagando. Me gusta tener sexo sobre las carnes que luego comerán muchas personas, es como pasar mi esencia hacia el mundo. Nadie lo sabe, pero comerán un poco de mi sudor cargado

de sexo, cargado de mí. Yo no lo haría, no me gustaría comerlo ni cagando, pero me gusta hacerlo, me gusta imaginarlo.

Vagabundo: Si fuera el perro del carnicero tal vez la señora cuica esta traería a su perrita y yo gozaría igual que el carnicero ¿no cierto, chocolatito?

Pero no somos na' el perro del carnicero po'.

Somos los perros botaos. Tenemos qu'escuchar no más, comer huesos y restos de grasitas. Pero eso es como un banquete.

Igual... hay gente que la pasa peor Chocolateito...

Sí po'... fíjate tú la mujer gorda esa que está allí en la esquina...

Esa, es una prostituta; ella espera a que pase un extraño y le pague por tener sexo.

Fíjate que debajo de la mini se le asoma el paquete...

Porque es travesti po', Chocolate... Los travesti son hombres que se disfrazan de mujeres; se hacen pasar por mujeres... y este además es prostituta, entonces, es un hombre disfrazado de mujer que espera a que pase un extraño y le pague por sexo.

Sí. Si yo tuviera plata ya le hubiera pagao por sexo, es verdad. Pero no me andí criticando que o si no me voy y te recagai de frío.

O mira... esa mina que se asoma ahí en el balcón d'ese edificio.

No, ella no es una prostituta, pero está sola.

Si po'... Solamente la gente sola, sola de adentro, se asoma a un balcón y se queda tanto tiempo.

¡No se tiene ni a ella misma, Chocolateito!

Agradece, hueón, por lo menos nosotros los tenemos a nosotros dos y a nosotros mismos; O sea que cada uno tiene a dos ¿cachai? Tú, soy tú y yo. Y yo, me tengo a mí a ti.

¡Listo! Se fue cortá la vieja.

La hizo cortita el compare carnicero.

Y, te fijai... la mina, esa, sigue mirando por el balcón.

Alguien: Mujer sola en su departamento. 23 horas. La televisión transmite algo.

Ella busca cariño, está sola. Pasea.

Mujer: ¿Qué hacer? Podría llamar a Félix. Él llegaría hablaríamos bla bla bla bla bla
Abrazos caricias... toqueteos, besos... y sexo.

No.

Quiero cariño, no sexo.

O sexo cariñoso.

O sea, Félix no.

Alguien: Un cigarro.
Mira por el balcón.
Las luces de la ciudad titilan aún más que las estrellas.
¿No hay cariño en la ciudad?
En la calle del frente, un vagabundo duerme junto a un quiltro.
En la esquina, una mujer gorda.
Una mujer 30, 35 años.
Una mujer que también fuma.
Minifalda y tacones.

Mujer: Eso es.

Alguien: Baja la escalera y paga unos billetes a la mujer gorda por cariño.
Ambas suben escalera arriba hasta llegar al departamento.
Luego, la mujer gorda tiene la cabeza de la otra mujer entre sus piernas.
La mujer busca cariño entre esas gordas piernas travestidas.
La mujer gorda acaricia la cabeza de la otra mujer y le canta una canción de cuna para hacerla dormir.

Ambas mujeres: “Tata colores, píntanos ya, una linda historia para soñar.”

Alguien: Amanece. Y el auto que estaba estacionado desde ayer a unas cuadras de la carnicería sale rumbo a la parte brillante de la ciudad. Afuera de la carnicería Esteban, el empleado de la carnicería espera muerto de frío para que el dueño llegue a abrir el local. Muy cerca duermen un hombre y un perro. De repente, el carnicero abre la carnicería desde dentro.

Esteban: A veces pasa. Algunos días este viejo loco se queda to’ a la noche encerra’o en la carnicería haciendo quizá que cosa. Viejo loco. Ya está rallando la papa. Le hace falta una mina. O tal vez se dedica a masturbarse con los animales faenados.

Carnicero: Me gusta masturbarme con los animales faenados. Es mucho mejor. Es casi como culearse a una mina po’... Si esta señora no puede venir todos los días y ya no me queda otra. Nadie puede saber eso sí... Pero yo lo recomiendo. A falta de mina, culéate un ternero faenado.

Esteban: Yo creo que está loco. Y de más que se masturba con la carne, si está pitiao el culiao; debe hasta soñar con pura carne.

Carnicero: ¡Déjate de pavear vo’ oye y anda a hacerme un café mejor!
¡Produce, produce, que pa’ eso te pago!

Esteban: Al tiro. El café... listo. El azúcar... ¿Dónde cresta quedó l'azúcar? Ya perdió l'azúcar este viejo reculiao y ahora me va a decir que fui yo po'. Y no le pueo llevar el café sin azúcar, si un café sin azúcar no es café po' ... No po'. No es ni una hueá...

¡Oiga!... ¿donde dejó l'azúcar? Ya... ¿y dónde...? ¡Ah! ¡Ahí está! Dos de azúcar ¿cierto?

Alguien: Esteban coge el dispensador de sacarina y deja caer dos pastillitas en cada una de las tazas. Dos pastillitas de sacarina endulzan tanto como dos cucharaditas de azúcar.

Y llega, el primer cliente de la mañana. Es una clienta frecuente, muy bella que vive en el segundo piso del edificio del frente.

Mujer: Deme dos bistec por favor.

Esteban: ¿Dos?

Mujer: Sí dos.

Esteban: ¿Le llegaron visitas?

Carnicero: Deja de hablarle leseras a la señorita, ándate a barrer la vereda mejor que yo la atiendo.

Mujer: En la carnicería siempre pasa lo mismo. El cabro chico me jotea y me intenta meter conversa. Cree que no me doy cuenta que cada vez que me ve se le para. Y el viejo... yo creo que ya no se le para, pero se muere por engrupirme. No soy gil. Nunca he sido gil. Día por medio bajo y me compro un bistec. Esta vez son dos; tengo compañía. Una mujer que me acompañó anoche y ha querido seguir acompañándome hoy.

Alguien: Esa mujer misteriosa que compra dos bistec y gusta de usar boina, lentes oscuros y hablar con tono bajo ha sido siempre inquietante, quizá por eso terminó de modelo.

Mujer: Rica, sexy, deseable.

Eso es lo que soy.

Un culo con patas.

Eso es lo que ven.

Les gusta. Me gusta.

Pero quise ser algo más que eso.

¿Seré algo más que eso?

Soy algo más que eso.
Lo veo en mis ojos.
Nadie lo había visto hasta ayer.
¿Existe?

Alguien: Ella encontró la solución de su vida en un cambio de rubro. Pasó de ser modelo de catálogos femeninos a ser una modelo para pintores.

¿Y los desnudos... voy a hacer desnudos?

Mujer: Si es necesario... sí, por supuesto. Los pintores, los artistas ven en un desnudo lo que está profundo en los ojos de la modelo que posa frente a ellos... ¿No? Desde comienzo, y hasta ahora.
No he sido una modelo de pintores reconocida, las que no somos reconocidas debemos comenzar desde abajo. Sólo me llaman pintores jóvenes.

Alguien: Los pintores jóvenes somos calientes por excelencia, contratamos modelos solamente cuando necesitamos hacer desnudos, obvio. Pa' lo demás es más fácil y barato pedirle a mi mamá, a mi hermana, o a mi abuelita...
No les pediría ni cagando un desnudo.
¡Qué incómodo hueón! Ver a tu vieja empelota... y dándoselas de sexy má' encima.

Cada pintura de esta modelo terminaba, entonces, más temprano que tarde en sexo. Casi siempre tan rápido, que los noveles pintores alcanzaban con suerte a bosquejar.

Ella se va y el pintor improvisa con el recuerdo unas líneas sobre el lienzo.
Su tiempo es más sexo que modelaje.
Es feliz.

Mujer: Fui feliz. Hasta que noté que los pintores no veían más allá de mis ojos.
Hasta que noté que me decían la puta de los pintores. Hasta que noté que todo era falso.

Alguien: Decidió vivir en esa falsedad, creyendo que en cada cuadro quedaría un poco de ella.

Mujer: Sé que es mentira, pero me hace feliz creer que es real. Lo que me hace feliz es lo real. Sí.

Alguien: No. Lo verdaderamente real es el vacío. Creyó remediarlo en parte ayer, gracias a una prostituta gorda, prostituta a la que esta mañana le cocina un bistec con huevos.

Prostituta: Olor a bistec desde la cocina. Ella se levantó temprano. ¡Pobrecita! Está tan sola. Me da pena esta niñita. Me mira con tanto cariño... Nunca me habían mirado con tanto cariño. Soy travesti. Sí, no me gustan las minas. Yo soy mina po', pero nací en cuerpo de hombre. No tengo educación y nadie me da pega en esta pinta... por eso no me queda otra que pararme en las esquinas... Toy guatona, pero ella igual me mira con tanto cariño... Es la mejor mujer que he tenido a mi lado. Ningún hombre me ha mirado nunca así. Ningún hombre va a mirarme nunca así. Porque nací mujer en cuerpo de hombre; nací cambiada, irremediable...

(Silencio. Pensamientos cruzados a máxima velocidad).

Me voy a hacer lesbiana.

No, no me gusta. Pero los hueones son tan malos, tan maricones, tanto hueón que me ha hecho cagar. Te miran con odio. Y ella me mira con amor. Por eso me voy a hacer lesbiana. No me gusta, pero esto que encontré aquí no lo voy a encontrar en ningún hueón. Hay que saber aprovechar lo que nos da la vida. La quiero a esta niña ¡tan sola! Porque me mira como nadie me ha mirado y me cocina un bistec con huevos y me abraza, me acaricia y yo la acaricio. Aunque no sea hombre y no me guste, creo que lo más lógico es amarla... Yo se que la miro como ella me mira, me conmueve, me da ternura.

¡Ay! soy tan tonta, siempre he sido tonta.

Pero, prefiero quedarme con ella antes que seguir buscando hueones.

Mujer: Es el mejor hombre que he conocido.

Alguien: La mujer y el travesti se quedarán toda esa mañana en la pieza de ese departamento abrazados mirando el techo en silencio. Mientras por la carnicería del frente Esteban limpia la vereda, y pasa la gente, vuelve a pasar la nana para comprar las cosas necesarias para el almuerzo del día en casa de la princesa. El perro vuelve a comer las sobras que bota Esteban en la basura. Y a la hora de almuerzo pasa, como todos los días Pedro Labra por esa misma calle; él no tiene plata para comprar nada en la carnicería. Allí se encuentra con un cura y lo saluda efusivamente, lo abraza muchas veces. El cura entra a la carnicería y Pedro Labra sigue su camino con una sonrisa; esto, por lo que pasó hace un par de semanas.

Cura: La fundación “Un techo para Chile” tiene el agrado de otorgarles esta vivienda al señor Pedro Labra y su familia.

Alguien: Al decir “vivienda”, este señor se refiere a esta construcción conocida

como mediagua. Ninguno de los que la construyó vive en una de estas. Ninguno de ellos necesita que nadie les regale nada, por eso, ellos regalan. Sin embargo, el señor Pedro Labra – obrero de la construcción – es feliz gracias a esta adquisición.

Pedro Labra: Recibí mi sueldo y lo gasté al tiro... es que estaba contento por la casa nueva. Igual no es tanto tampoco. Quería llevarle algo especial a los chiquillos, y a mi vieja. Se abrió la puerta de la casa y estaban los siete esperándome. Mi familia. Y cuando cacharon con lo que llegué se pusieron todos contentos. Compré un minicomponente de 2000 Watts y además dos paquetes de arroz y un paquete de 100 bolsitas de té. Sí vieja, si sé que después esa plata nos va a hacer falta pa' la comida. Si yo tampoco quería gastarme todo el sueldo, pero es que estaba en oferta po'. Y teníamos que celebrar la casa nueva po'...
Habrá que trabajar más no más...
Vay a tener que seguir trabajando no más po'...
Si nos llega a hacer falta le podí pedir un adelanto a tu patrón po' ¿no decí que te tiene buena?
Ya... abrázame... disfruta... no llorí po' vieja...
El otro mes podríamos poner TV cable...

Alguien: Los Labra son infinitamente felices: tienen una mediagua de 2000 Watts.

Carnicero: ¡Avispate po'! Esteban hueón oh. ¡Atiende al curita!

Cura: Dame siete kilos de lomo vetado, por favor.

Esteban: ¿Estamos de asao?

Cura: Es bien copuchento su ayudante, don Peter ¿no?

Esteban: Ya po'... no le diga na ve que si no me reta después.

Cura: No te he visto en misa a ti...

Esteban: No creo na' en esa cuestión yo po' curita.

Cura: Debieras, te haría bien para la vida y el espíritu. Además, si te metes en algún grupo de la parroquia podrías conocer algunas chiquillas.

Esteban: ¿La dura?

Cura: Córtamelos como para la parrilla por favor.

Esteban: Pero deben ser puras santurroncitas no más. D'esas que no quieren ni tomarle la mano a uno por no pecar.

Cura: No lo creas... No lo creas tan así...

Esteban: ¿Cómo?

Cura: No. Me refiero a que las católicas... sólo deben mantenerse vírgenes hasta el matrimonio, eso lo saben todos... no hay problema con tomarse la mano y darse besos si quieres... sólo el sexo el sexo es el problema, eso después del matrimonio eso lo saben las niñas, bueno... piénsalo po'.

Esteban: Ahí está. Y ¿Dónde es el asaito?

Cura: No, es una reunión con los curas de la zona.
Piénsalo, Esteban...

Alguien: Nervioso sale el cura de la carnicería. En realidad ha estado nervioso toda la semana.

Cura: Desde hace ocho días para ser precisos. Desde hace ocho días que he estado muy nervioso. ¿Por qué? Porque me están pasando cosas con una mujer, muy joven que me está coqueteando, señor obispo. Y muy en serio, después de que me conoció se metió a trabajar en la parroquia. ¡Es la única mujer joven de ese grupo! las demás son sólo viejas ¿no le parece extraño? Bueno, eso no es todo: se confiesa todos los días... Todos los días durante al menos una hora. En varias de esas confesiones me ha intentado besar; y, bueno, yo también soy hombre, señor obispo. Y esta mujer me atrae es hermosa, es inteligente. Sé que es el demonio señor obispo, pero ¿y si no lo fuera? ¿y si me la hubiera enviado Dios? ¡Es que es muy buena! Caritativa.... Sí, todas las veces en que casi me besa tuve que huir. Sí, huir, señor obispo e ir a darme una ducha de agua fría y cuando no es suficiente, apagar me cigarrillos en el brazo. Pero a la larga, los baldazos de agua fría y los cigarrillos -aunque fueran brazos ardiendo- no bastarán y yo no sé qué hacer padre...

Orar... ¡oro todos los días! y nada con eso ¡si nunca he tenido sexo en mi vida, padre! y esta mujer, esta mujer me mueve el mundo y ahora cada mujer me la recuerda, y finalmente me terminará por vencer y me voy a rendir y le digo esto sólo porque estamos aquí en el confesionario bajo secreto de confesión y no sé no sé siquiera si el mismo Cristo podrá quitarme este deseo de poseerla, señor obispo, dígame, dígame usted qué hacer... dígame usted, ilumíneme con la luz de Cristo hacia el mejor de los caminos que si llega ahora yo ya no resisto ni resistiré más. Excomúlgueme si no hay solución porque voy a pecar.

Alguien: Finalmente, el obispo no le da ninguna solución concreta. Se queda orando encerrado en el baño de su casa; donde ella no pueda llegar. Allí hay un crucifijo en donde Cristo lo mira, desde hace más de 2000 años colgando de su cruz; intentando darle una respuesta. Hasta que se le ocurre una solución. Se abre el cierre del pantalón, desenfunda su miembro viril, y se masturba –como lo hizo de adolescente alguna vez–, se masturba pensando en ella para liberar todas esas hormonas y dejar de pensar así.

Cura: Todo esto es por mantenerme fiel a ti, Dios mío.

Esto no es pecado.

No en estas circunstancias.

No en el siglo XXI.

Alguien: Y en su imaginación, posee a la mujer en cuestión. Cumple su objetivo sucedáneamente. Esa mujer ya no le afectará más porque la ha poseído imaginariamente, sucedáneamente.

Esteban sale de la carnicería y ya no va a Internet. Va a la Iglesia.

En Internet, su polola virtual lo espera. Se ha quedado sola en su mansión y quiere compañía...

Princesa_16: Nunca me quedo sola. Soy parte de una gran comunidad virtual que me acompaña y a la cual puedo acceder sólo al sentarme frente a mi computador con Internet. Mis papás se van, es cierto, pero yo puedo hablar con mis amigos de todo el mundo. De Australia, New York, México, Inglaterra... Hablo inglés y español. Tengo el dominio del mundo. Tengo el dinero que necesito, porque mis papás suplen la falta de cariño y presencia con dinero; dinero que me sirve para las pastillitas anticonceptivas y la cuota del fotolog gold. Pa' salir con mis amigas y curarme hasta quedar raja y comprar cosas en el mall. También puedo comprar por Internet porque tengo tarjeta de crédito. No necesito nada. Lo tengo todo. Esteban ¡ándate a la mierda flaite hediondo a culo! ¡Terminamos!

No me haces falta. Ni tú, ni nadie. Ni la nana, ni mis papás. Nadie.

¡The world is mine!

(Llanto virtual. Snif).

Alguien: La princesa se queda en compañía de sus amigos virtuales.

Esteban nunca leerá el correo electrónico que ella con tanta rabia le envió.

Esteban ya está en la Iglesia;

Igual que el cura, que cree que ha solucionado su problema...

Sin embargo... estando en el confesionario, por una rendija le ataca nuevamente la imagen de la mujer en cuestión que en ese momento reza, misteriosamente cerca del confesionario...

Esteban: Fui a la hueá de la Iglesia y terminamos tomando. Hay una cachá de minas y son terrible ricas y terrible e'locas las culiás... La Iglesia la lleva. Dejé de ir de puro pollo, de pajarón, hueón no má' po'. Era muy pendejo yo cacho, pero ahora estoy más feliz que la chucha si lo único es que tengo que hacer es ir a misa y poner cara de santo en la parroquia y frente al cura. Hoy día mismo me comí a una de las minas en la sacristía, que es la parte donde está el cura antes de salir a la misa. Voy a dejar de ser hueón pa' ser católico. Me las voy a dar de santo, me voy a peinar p'al lao y voy a usar camisa; porque esta hueá la lle'a.

Ahhh... y más encima... ¡si es muy rara esta hueá! hoy día pillé de pura casualidad al curita pajeándose en un confesionario, el muy culiao. Estaba mirando por la rejilla a una mina, que igual está terrible e'rica. Yo creo que me la voy a jotear. Pa' puro hueviar al curita.

Me contaron que en el verano hacen unos campamentos que sí son la cagá máxima... Así es que yo aquí me quedo. "Dios está aquí, está aquí/ Tan cierto como el aire que respiro/ Tan cierto como la mañana se levanta /Tan cierto como la palabra que acabas de oír//".

Cura: ¡Esteban! No le cuentes a nadie, por favor... He pecado, y lo sé...

Esteban: No se urja, curita... ya llegaremos a un acuerdo nosotros...

Cura: ¡Gracias!

Alguien: Otro crepúsculo se desvanece en la ciudad. El cura vuelve nervioso a su casa en la parroquia. Esteban camina triunfante pensando en la nueva herramienta de chantaje que ha conseguido, mientras que la nana, por fin, vuelve a su casa. Pasa por la carnicería y donde antes compró chuletas ahora compra un cuarto de posta molida para hacer una sopita en su casa.

Nana: Un cuarto de posta molida, sémola, agua, sal, zanahoria... sí, queda media zanahoria; una papita. Una rica sopita para los hombres de la casa. Hola mi amor, te he echado tanto de menos, pero tú no hueles tan rico como el caballero, ni esta casa es tan linda como la del caballero, ni nuestro colchón tan blandito. Una vez lo hicimos en el colchón de su pieza. Olía rico. No, mi amor, no quiero hacerlo esta noche. Abrazame, quíereme y no digas nada que eso es lo mejor. Me siento especial cuando me abrazas y no dices nada. Solo respiras en mi cuello ¿te gustó la sopita? Están tan grandes los niños... Me gustaría no trabajar más en esa casa. Sí, necesitamos la plata, si sé mi amor. Hablo por hablar porque me gustaría, me gustaría trabajar en otra cosa pero soy tan bruta y ya estoy vieja, nadie va a querer contratarme. Pero tú me abrazas y respiras en mi nuca. Por eso te amo,

amor. Porque... no sé. No hueles tan rico como el caballero. El me atrae, lo deseo. A ti te amo.

Pedro Labra: Mi negra... ¡Tanto que trabajas! Tenemos que partirnos el lomo pa' mantener a nuestros hijos, pa' que todos podamos comer algo todos los días... Eso no debiera ser así... El día que me gane la lotería no vamos a tener que trabajar más. Y vamos tener un minicomponente pa' cada uno. Y una tele pa cada uno. Pa' que cada uno vea lo que quiera. Y nunca más se nos va a acabar el té. Voy a comprar un camión de bolsitas de té... Ya... No hablo más leseras mejor. Me gusta que seas tan mía. Me gusta oler tu cuello, huele rico... Huele como a perfume de cuico... Seguro que le robai a la señora... pero por un poquito nadie se enoja. Te quiero, mi vieja... sueña...

Alguien: Cuando se duerme con hambre hay dos opciones: o no te quedas dormido, o sueñas con comida. Así le ocurre a los Labra. Así le ocurre a Chocolate y al Vagabundo. Un motivo recurrente es la vitrina de la carnicería que parece burlarse de los estómagos hambrientos que pasan frente a ella.

Carnicero: ¡Perro! ¡Perrito!

Vagabundo: ¡Anda hueón, te está llamando a tío!

Carnicero: ¡Perrito! ¡Venga!

Vagabundo: Se llama Chocolate. Dígale así y va ir al tiro.

Carnicero: ¿Es suyo?

Vagabundo: No. Me sigue no más el hueón porque así duerme calentito. ¿Lo quiere adoptarlo?

Carnicero: En una de esas podría llevármelo
¡Chocolate! ¡Ven!
¿Es bravo?

Vagabundo: Para nada.

Carnicero: ¡Qué bonito el perrito! ¡Me lo voy a quedar!

Vagabundo: Trátelo bien eso sí. Déle comía que se está muriendo de puro re-flaco qu'está...

Carnicero: Siempre quise tener un perro. Y ahora lo tengo.
Es como tener un amigo... Alguien a quien contarle las cosas que no se le cuentan a nadie... Y saber que no se las va a contar a nadie...
¿Tú no le vas a contar nada a nadie, no cierto Chocolate?
Siempre quise tener un amigo... nunca lo tuve.
Todo lo demás, todo lo que he querido lo tengo.
Y ahora lo tengo todo. No tengo amigo, pero tengo perro.
Un perro que me va a cuidar la carnicería.

Perro: No hay peor cosa que ser el perro del carnicero. No la hay.
De noche este hombre me deja solo en la carnicería y cierra las bodegas. No hay nada que comer.
Me da un alimento de mierda, una cagaita y no me deja salir.
No soy libre... y soy el perro del carnicero.
Como un pedazo de carne una vez a la semana, una vez a la semana, un pedazo todo flaute de carne....
Pero no veo a nadie. Estoy siempre solo, siempre encerrado, no vale la pena...
Me desespero, quiero volver a lo que era antes.
Nunca debí haberme acercado al carnicero, porque los perros carniceros no mueren de hambre pero sí de locura o soledad.
...El perro del carnicero...
No es menor.
Es un asunto de libertad, soledad, de locura y muerte
...el perro del carnicero...

Alguien: Y el vagabundo ya sin amigo, le sigue hablando al aire como si hubiera un perro; y juega con la nada por no sentirse solo. Todo por no haber dicho que era dueño de su amigo Chocolate. Por dárselas de generoso ambos han perdido. Cuando el verdadero Chocolate aúlla dentro de la carnicería, el vagabundo llora.

Vagabundo: Otra noche más Chocolatito amigo... Estas noches están cada vez más frías.
¡Para de moverte, caramba! No vís que así da más frío... Porque si te moví el calor se arranca...

¿Te fijaste que la prostituta gorda ya no se ha puesto más en la esquina?
¿Cachaste donde está ahora?
Si po', se fue a vivir con la loca esa... Si po', esa; la que es terrible e'rica. ¿Te diste cuenta que ya no se queda horas en el balcón?
Si, ahora la loca sale muy de vez en cuando a fumarse un cigarrito con la prostituta gorda, que ya no es na' prostituta... o se dedica a una sola cliente frecuente ¡ja!
Mira ahí salieron a fumar.

(Dentro de la carnicería, Chocolate aúlla).

¡No llorí po` Chocolate no ví que me matai toa la magia, perro conchetumare!
Si nosotros estamos igual que antes... No ha cambiado nada. Yo estoy allá contigo y
tu estai conmigo, somos dos pa` cada uno: Tú me tení a mí y a ti, y yo a ti y a mí.
Dos pa' cada uno ¿no cierto?, igual que la mujer y la puta
Dos pa' cada uno ¿no, Chocolate?
Igual que siempre...
Siempre juntos...
...¿no hai pensao en escaparte?...
No. No me pesquís. Toy hablando leseras no más.
Ya, oh. Duérmete. Que mañana hay que levantarse temprano.
No sé. No sé pa' qué... pero a quien madruga, Dios lo ayuda ¿no?

Mujer: ¿Te dai cuenta que hay más luces del alumbrado público que estrellas?

Prostituta: Se ve como que fueran más por lo menos.

Mujer: Y titilan más fuertes que las estrellas.
Pero en realidad las estrellas son más grandes.
Y más resistentes...

Prostituta: Y más lindas po'.

Mujer: Más lindas.

Prostituta: Antes de conocerte no había mirado las luces del alumbrado público
como estrellas. Esos focos eran como puntos de parada de ese puto trabajo no más,
cada uno de ellos...

Mujer: ¿De verdad te gusta hablar de eso? Entonces escuchemos un rato como se
quema el cigarrillo. Como aulla ese perro adentro de la carnicería. Como se oye la
lágrima de ese hombre al estallar contra el suelo...

Prostituta: Alguien me dijo una vez... que el silencio son todos los ruidos del mun-
do. Todos juntos al mismo tiempo, que por eso cuando subíai a una montaña podíai
oír el silencio ¿Cachai? Era alpinista el hueón. Alpinista, poeta y maraco. Iba pico
tras pico ¡jal

Mujer: ¡Tan flaité que te pones! Yo le creo. Yo le creo. Vamos adentro.

Alguien: Entran. Abrazados sobre la cama tienen la sensación de haber descubierto

algo menos sucedáneo que la vida, pero ¿es menos sucedáneo?

Abrazados miran la luz en el techo que de pronto se apaga.

Un corte eléctrico apaga toda la ciudad.

La princesita queda asolutamente sola sin su comunidad virtual, el vagabundo y chocolate se sienten nuevamente juntos dentro de la infinita oscuridad;

Esteban queda con el pene al descubierto frente a una revista pornográfica que ya no sabe cómo esconder sin luz.

Los demás duermen.

Y quienes están despiertos pueden ver la belleza que se esconde tras el poderoso titilar de las estrellas, más poderoso en esta noche sin luna.

(Un, dos, tres.

La MUJER y la PROSTITUTA encienden un encendedor.

El VAGABUNDO enciende un fósforo e iluminan a ALGUIEN).

Nunca distinguiremos que el sucedáneo de limón no es tan bueno como el jugo de limón si no hemos probado nunca jugo natural de limón.

Aquí se acaba este *zapping* de historias de mentira. Hasta luego... Nos veremos en otra obra, con otro personaje, otro público y en otro escenario.

—————CIERRE DE LAS TRANSMISIONES—————

—————aquí se termina la obra—————



La amante fascista

Nueva York, 2009
(Fragmento)

Alejandro Moreno

Ganador línea Temática Libre, categoría más de 10 años de trayectoria

Es Licenciado en Artes de la Universidad de Chile, Máster en Alta Especialización en Filología Hispánica del Instituto de la Lengua Española de Madrid, Máster en Escritura Creativa de la Universidad de Nueva York, y actualmente es alumno del Programa de Doctorado del Departamento de Literatura y Lenguas Española y Portuguesa de la Universidad de Nueva York. Ha publicado numerosas obras de teatro, entre las que destacan *Johnny Deep y la vagina de Laura Ingalls* (Sangría, 2010), libro compilatorio que recoge algunos de sus textos dramáticos, *La amante fascista*, *Berlín no es tuyo* y *Loros negros* (Sangría, 2011).

1. EL PUESTO ALTIPLÁNICO

Autoridades y señoras de los distinguidos: en una inmensa planicie cordillerana, a una altura incomparable y sin tener conciencia de que pueda existir algún poder superior al que invocar en la desolada llanura, se encuentra ella sola, atendiendo un puesto de artesanías de una minoría étnica chilena ficticia. Está en calzones y sin sostenes, aprisiona contra su pecho un león de peluche, lleva una peluca larga y negra que le protege la calva del frío extremo de los Andes.

Autoridad de las señoras distinguidas: lleva ya un buen tiempo allí, sus pulmones se han acostumbrado a respirar a miles de kilómetros del nivel del mar. El tiempo ahí es otro. En unos pocos minutos se suceden los amaneceres y atardeceres que la hostigan sin que ella pueda sentarse, porque sobre sus patas de cabra tiene que mantenerse de pie en la cima del mundo. Semidesnuda. Semianimal andino destinado a un simple y único sacrificio: ser chilena en la cordillera.

Autoridades, señores y autoridades, señoras distinguidas: en el altiplano, donde ya no hay oxígeno casi, y sólo son los musgos los que logran respirar a tal altura limítrofe. Ensayo una caminata sobre sus patas de cabra, con las que avanza pocos pasos por el puesto que está a su cargo por disposición del Gobierno de Chile. Ordena los cacharros de greda que promocionan la idea de la cultura chilena en la mitad de la nada, mientras sobre la planicie inmensa y latinoamericana el viento menea su larga peluca de plástico negro al ritmo agónico de los coirones.

Señoras de los señores de las autoridades: sus pezuñas se entierran en el suelo pedregoso y trinacional. Está destinada a alimentarse de los musgos secos del suelo andino. Ahí ella, sólo en calzones y con un león de peluche cuya lengua humana saliva en su boca de felpa, al cual abraza para cubrir su pecho desnudo porque sus pezones son de greda y el viento los seca y resquebraja.

Señoras de las autoridades y señores y sus distinguidas autoridades: medio animal y medio ella, no se pregunta nada ya. Tampoco se cansa de estar a cargo de un precario puesto sacado del imaginario de comercio artesanal de un país sin costumbres, de un local sin competencia, instalado en la nada donde espera el intercambio.

Señores autoridades y señoras autoridades distinguidas: recuerda a medias que tiene un hijo, no está segura de eso porque siente necesidad de proteger nada más que los artículos folclóricos que tiene que vender y al león de peluche que, con su lengua humana, saliva y humecta sus pezones de greda. Cada vez que la vaga sensación de ser madre le viene, de lejos viene una música de charangos con quenenas y la espanta. Piensa que ese sonido puede significar que existe alguna celebración, pero es tan remoto que no confía. Distinguida autoridad y distinguidas señoras: está ahí sólo porque tiene que atender un pequeño puesto artesanal. Es un animal destinado a la promoción y una mujer destinada a respirar con la mínima cantidad de oxígeno.

Señor autoridad de la autoridad y su distinguida: no hay nadie que vea y menos que se interese por la mercadería autóctona que vende sin precio, semidesnuda.

Distinguidas autoridades señores: sólo está ella sobre sus patas de cabra, en calzones y sin sostenes.

Señora distinguida de las autoridades y señoras distinguidas: al lado de su puesto no hay nada, atrás tampoco, pero al frente y a lo lejos hay un majestuoso y nevado volcán que se refleja en un lago donde miles de flamencos rosados llegan a beber después de usar la amplitud de ese cielo excesivo.

Distinguidas autoridades de distinguidas señoras: bandadas rosas de flamencos.

Distinguidísima autoridad y sus distinguidísimos señores autoridades: el aire es escaso a tal altura.

Señora del señor de la autoridad distinguida: hay muy poco oxígeno. Entonces ella respira lentamente mientras líneas rosas se interceptan.

Autoridades de la distinguida autoridad y señoras: se pasea pensando en la invención de un calendario. Camina como una cabra humana esperando a un turista.

Autoridad de la autoridad señora: con sus pezuñas firmes en las rocas, sin soltar jamás su león de peluche, esperando que venga alguien a comprarle un cacharro de greda por necesidad de recordar la desolación de un paisaje único.

Autoridades y señora de los distinguidos: está completamente sola en una inmensa planicie de tierra, sobre esas patas de cabra en que se transformaron sus piernas.

Autoridad de la distinguida autoridad y señoras: pierde el tiempo mirando el paisaje, comprobando la copia exacta del volcán en el lago que también sufre de manera brusca los avatares de un tiempo solarmente desorganizado.

Autoridad de la señora de la autoridad distinguida: se pregunta cómo podría inventar un mecanismo similar a un calendario que se base en ese sol que pasa raudo y no da sombra ni calienta, miserable estrella que le seca la cara, los labios y le parte los pezones duros de greda. Y se acuerda de que es chilena y le baja la leche que el león de peluche sorbe. Distinguida señora del señor autoridad y distinguida autoridad señora: trata de imitar a los flamencos que duermen cruzando sus finas patas para descansar ese cuerpo de plumas excepcionales y se cae al suelo, que riega a borbotones con su leche jabonosa.

Distinguidas señoras autoridades y señores: la peluca negra se le desprende de la cabeza y la calva le brilla. Siente que se deschileniza.

Autoridad de la autoridad de la autoridad de las autoridades y señores distinguidos de la autoridad: el viento se lleva la peluca, el plástico de esa falsa cabellera también brilla mientras se aleja como un pájaro en extinción hacia el lago, donde los flamencos la picotean como si fuera un alimento milagroso. El león de peluche ruge con fuerza y corre tras la mata oscura de pelo postizo, en el suelo ella está con calzones y sin sostenes sobre sus dos patas de cabra.

Autoridad de la distinguida autoridad y señora distinguida: los flamencos se abalanzan sobre el mamífero de felpa como una flecha rosa furiosa. El león ruge por última vez entre un atardecer y dos amaneceres, y deja al descubierto su constitución de huaípe.

Señora distinguida de la autoridad del señor y señora: desde el suelo.

Señoras de las distinguidas señoras de las autoridades y sus distinguidas señoras: calva y sin su león de peluche, a oscuras e iluminada.

Señores y señores de la autoridad de las distinguidas autoridades de la autoridad: protege la mercadería de una minoría indígena chilena ficticia que, a esa extrema altura cordillerana, tiene que vender por obligación y por castigo del Gobierno de Chile. Cuando se acuerda de que es chilena le baja la leche, que sale a borbotones

por sus pezones de greda. Aprende a hacer queso y come. No quiere olvidar el mecanismo de la compra, necesita ofrecer los cacharros e inventa un cliente. Musita en el altiplano: mire, tengo este y este otro. Yo se lo guardo. Cruce la frontera, compárelo con los de algún otro puesto; yo le voy a tener reservado su cacharrito, que es recuerdo de una minoría étnica chilena ficticia.

Lamentablemente no le ha llegado mucha mercadería y no tiene mucho más que ofrecer. Los flamencos se reproducen, son manchas rosadas en el cielo único y, desordenados, se abalanzan sobre el volcán que se refleja en el lago. Dónde estará realmente el volcán, se pregunta ya sin oxígeno, mascando un pedacito de queso que le dura horas en su boca humana, porque como mujer es chilena y como animal, cabra. Escucha sonidos de charangos, pero no puede identificar si vienen desde atrás del volcán o de la llanura. Vea, camine y vea, camine y compare, que yo acá estaré siempre atendiendo, como mujer y como cabra.

Piensa en el sabor del chocolate, del chileno chocolate Súper Ocho, que costaba a lo más cien pesos, y el cielo se nubla y se esclarece, se le endurecen los pezones de greda, le bajan tres gotitas de leche con las que hará su queso.

Se acuerda de una brutal golpiza que pudo haber soportado como cabra, pero no como chilena. Se confunde pensando si será en su parte humana o en su parte animal donde el turista chileno hará el sacrificio.

2. TODO LIMPIO Y ABSOLUTAMENTE PINTADO

Sus ojos desacatan la militar orden del sueño, e indisciplinados la bombardean toda esta noche previa, cuando su vida también militar desfila frente a su cuerpo insomne y ella de sí misma queda tan lejos que no va a atribuirse los discursos. Qué es lo que quiero decir con esto. Entonces se queda en guardia, esperando su propio relevo, cuando suene la diana que con el estertor macabro de la corneta hará que todos se despierten, eufóricos, tiritones, obedientes. Estos días antes de la llegada del Sr. Espina a la provincia han sido terribles,

ha sido mucho, muchísimo,

llenos de ensayos y preparación han sido los días previos, por los que pasaron obsesivas las horas que con guantes blancos lo tocaron todo, ansiosas de encontrar una mínima fracción de polvo que no haya sido removida de la superficie provincial, donde cada grano de arena está en el lugar que le corresponde en el desierto,

prácticamente se podría decir que les faltó barrer los cerros a los pobres milicos,

maniáticos del brillo, lustraron todas las placas y bustos de bronce, cosieron banderas, limpiaron las calles, plantaron árboles sin raíces traídos del sur y pintaron todo lo que pueda alcanzar la vista del Sr. Espina,

las miserables veinticuatro horas que durará su visita oficial

que se inicia en pocas horas, cuando amanezca,

y yo tenga que estar en la plaza, sobre la tarima, a las siete en punto, impecable junto con las autoridades militares, religiosas y civiles,

ella sobre la tarima representa su papel: el de la joven esposa de un oficial del ejército chileno. El simple pero fundamental y femenino rol de su cuerpo robot de cobre de 32 años, militarizado a favor del pronunciamiento militar del Sr. Espina, otro robot, pero con bigotes y lentes oscuros,

*que nos salvó del marxismo-leninismo y de tanta miseria:
caca estaríamos comiendo, literalmente caca,*

pero ahora, a esta hora nula de la noche se pregunta

¿por qué los seres humanos no vendremos con un interruptor para apagarnos, quedarnos dormidos con sólo apretar un botón que podría estar ubicado en la nuca para que no se vea en las mujeres o en las axilas, en los hombres?

pero en vez de continuar con una posible respuesta, se acuerda,

¡mi uniforme!

se refiere al atuendo con que el régimen militar las tapiza, miliqueras. Se aterra,

mi uniforme está mojado dentro de la lavadora

se desespera, porque en menos de tres horas lo debe tener puesto, seco y bien planchado

y ya no alcanza a secarse, qué hago, cómo lo seco sólo repite, mientras más se oxida ella y la lavadora mojado, mojado, mojado

esta es una madrugada de invierno bajo techo en un clima desértico, acá a estas horas baja la niebla

el frío sí que es un atentado terrorista,

aunque las casas de los oficiales de la villa militar vienen semiamobladas,

no tienen calefacción central estas mierdas, sólo una estufa eléctrica que yo misma eché a perder por razones personales

y si bien, no cobran arriendo por esas viviendas, solamente las entregan con una lavadora,

pero centrifugadora no nos ponen, pues, y eso es lo que en este momento necesito para secar ese uniforme de mierda,

el Departamento de Abastecimiento del régimen piensa que no son necesarias,

pero lo son, claro que lo son. Se lo voy a decir al Sr. Espina mañana por la noche, o sea, hoy por la noche.

En las mañanas de un clima desértico baja la niebla y el frío.

Ya lo dije: el frío es un verdadero atentado terrorista contra los huesos

de las esposas de los oficiales, que deben estar en unas pocas horas sobre la tarima, sí, los oficiales y sus respetables mujeres sobre el elevado y rectangular tablado y la orquesta también a un lado de la tarima. Todos los instrumentos de la banda que han resistido el sol de la provincia, y que en el estricto rigor de los ensayos han logrado afinarse hasta llegar al sonido más próximo de la música que el Sr. Espina les inspira,

han metido una bulla que no es normal, los he tenido dieciocho horas diarias en la oreja

y verá el desfile desde el poder que le va a proporcionar la altura de la tarima puesta en medio de la plaza para celebrar la llegada del Sr. Espina,

si me pongo el uniforme mojado me va a venir la tos, no puedo estar tosiendo mientras estén dando los discursos,

húmedo el uniforme, erectos de frío sus pezones, va a seguir hablando de la esposa del Capitán Cornudo,

y el Sr. Espina no me va a perdonar que no use sostenes, mañana por la noche no voy a poder jugar con él y el resto de los milicos a La Oficina,

programa de humor que semanalmente es transmitido por el Canal Nacional, todos los domingos entre veinte y veintiuna horas, y grabado en un VHS por una de las secciones del Departamento de Abastecimiento del Ejército que se preocupa de entretener al Sr. Espina.

Se ríe, es adicto a los personajes y situaciones,

y piensa en la plancha,

que hace dos semanas, también por razones personales, eché a perder. Igual que el secador de pelo. Pero, aunque estuviera bueno, no lo podría usar: el ruido podría despertar al niño,

que mañana verá desfilas estilando sobre la tarima. Es muy tarde cuando se arrepiente de haber lanzado esa plancha contra el suelo para destrozarla y así poder llamar al cabo de guardia de la villa militar para pedirle que la arregle con la única excusa de poder tirárselo sobre esa cama tuerta

en la que yo debiera estar acostada durmiendo bajo las veinte frazadas que me presta el ejército para soportar los inviernos,

esta destinación es injusta, es como no tener domicilio debiera recibir una orden

acuéstate, por ejemplo,

no, esa no. Un grito seco, militar, que la agrede para que lo acate,

acuéstate mierda o te mato, conchetumadre, duérmete,

por ejemplo,

sí, una orden que la obligue a quedar en posición de descanso sobre el colchón prestado en que duerme oficialmente sola desde que su marido Ricardo Torres,

alias el Capitán Cornudo,

se encuentra realizando entrenamientos militares en Panamá por orden del Sr. Espina.

Para que así ella pueda desplazarse sin problemas al menos cinco veces al año a los cuarteles desde donde el Sr. Espina solicita su presencia para jugar a La Oficina,

mientras a Ricardo lo pican enjambres de mosquitos tremendamente revolucionarios, mosquitos comunistas que se desplazan a Panamá desde Cuba para atacar a mi marido, bichos que no lo dejan cumplir a cabalidad las órdenes del Sr. Espina y, en vez de sostener con sus manos firmemente la carabina, tiene que ocuparlas para rascarse el cuerpo

se reirán de ella sobre la tarima,

sí, las risas,

seguidas de comentarios que son rumores que son verdad, que se han esparcido como la niebla que cae sobre la provincia y que no le permite secar su uniforme que estila chilentemente. En menos de tres horas llega el Sr. Espina,

que además de liberar a este país del comunismo liberó a mi cuerpo, y yo pude flamear como lo van a hacer todas esas banderas perfectamente cosidas mañana, en el desfile en 1979 el Sr. Espina apretó ese otro misterioso interruptor cuando les tomaron la foto oficial el día que ascendieron a Ricardo de teniente a capitán

fue el Sr. Espina, le hizo llegar clandestinamente la foto a la provincia con el mismo cabo a quien le pidió que le arreglara la plancha, el secador y la estufa, la cual en estos momentos podría usar para secar el uniforme que va a hacer que sus pezones queden como dos botones que todo el mundo sabe para qué sirven, cuándo y cómo funcionan. En la foto el Sr. Espina mira su cuello,

yo salgo con una cara de huevona,

con unos ojos de niña católica que se calienta con la idea de un Dios corpóreo y que sabe perfectamente su destino: el casino, la ruleta, el póker o el dominó,

sí, el dominó

mañana las actividades se van a suceder como cuando una pieza de dominó se deja caer sobre las otras haciendo que una figura marcial se desordene. Inmediatamente después de aterrizar, al Sr. Espina lo van a llevar desde el aeropuerto a la ciudad por la carretera nueva para que vea

con sus ojos azules, detrás de sus gafas negras, cuán expedito se ha vuelto el tránsito en esta mierda de pueblo donde mañana no se va a permitir que los caballos caquen frente a la tarima, porque le han asignado al cuerpo de bomberos que mangueren las calles.

Después de los discursos y el desfile llevarán al Sr. Espina a que inaugure el liceo B-12,

porque él no escatima recursos en la construcción de escuelas públicas para que los hijos de esas viejas de mierda de las que estoy a cargo en los centros de madres aprendan a leer y escribir su nombre sin cometer faltas de ortografía cuando tengan que firmar alguna orden de detención por robo o violación. Esas mismas viejas de mierda a las que tengo que controlar en esos centros que el Gobierno instala para que hagan artesanías o borden, pero las huevonas en vez de eso organizan rifas y bingos en los que yo nunca he ganado nada, ni un mínimo premio. Bueno, sí, la plancha me la gané ahí.

A la entrada del liceo B-12 se producirá el primer encuentro,

yo estaré con el grupo de viejas que lo van a saludar histéricas, mientras él tendrá que aguantar el asco que le producen esas ciudadanas, inmundas madres de esos hijos con antecedentes, que tendrán que estar en la misma sala de clases de mi niño, que ahora duerme y que llegará del liceo B-12 con los piojos, la sarna y la mala formación académica de esos profesores de izquierda, que en vez de lápices de pasta andarán con sprays para rayar las paredes,

ella sostendrá las tijeras, y delicadamente se las pasará al Sr. Espina para que así él pueda cortar la cinta tricolor y se dé por inaugurado el recinto escolar y, ahí, cuando él sea quien le pegue el trocito de género sobre su uniforme mojado, encima de su pezón erecto, va a ver cómo ella lo mira sonriente usando los aros que le regaló hace dos años,

moveremos la cabeza al mismo tiempo para ver cómo nuestro niño, que ahora duerme en la pieza de al lado, iza la bandera con delicadeza sin parecer maricón, porque eso el Sr. Espina no se lo perdonaría jamás a uno de los que podrían ser sus hijos, como Mario,

su hijo afeminado,

no he tomado aún cartas en el asunto sobre los insultos que recibe mi hijo en el colegio. Sus compañeros de curso no le dicen Mario, le dicen maricón, flete, nuco, Mariomamona, maraca, mamemimomú, cómete este fiambre.

En el mismo regimiento, pero en la capilla, se va a realizar la misa ensayada a la que asistirá un número reducido de personas,

santos, ángeles y arcángeles que van a aparecer en menos de cinco horas entre el sonido de las voces de esos niños alemanes que han traído desde el sur de Chile para que, rubios y lampiños, canten en la iglesia donde el Capellán Jorquera en un instante preciso de la liturgia dirá: el Señor está con nosotros, y no es el Señor el que está con nosotros, cura pedófilo de niños alemanes lampiños y chilenos peludos. No el Señor, sino el mejor de sus soldados

dirá: pueden darse fraternalmente la paz. Y ella ahí muy católica, ella sin moverse, ella muy militar, ella sin sostenes por segunda vez en menos de dos horas; una

parte de su cuerpo tocará el del Sr. Espina, camuflando cuanto sea posible lo que se está desencadenando en esas aproximaciones que terminarán completamente ligadas mañana por la noche en el casino de oficiales donde está todo preparado para jugar a La Oficina,

y en el juego seré yo, no su mujer ni las viejas, la que le saque los anteojos oscuros; así me podrá ver a través de sus ojos claros antes de que nos vayamos a jugar y yo me ría desnuda, tocándole el ombligo con la misma mano con que le di la paz y le pasé las tijeras. Ay, su ombligo,

el mismo que le permitió alimentarse los nueve meses, cuando el Sr. Espina era un feto que tenía un único propósito y ya desde ahí, embrionario, imaginaba el perfecto movimiento furioso de sus tropas que distribuidas por todo el territorio nacional vigilarían el cumplimiento de sus ideas contra el marxismo,

una corriente política que fue parida sin gestación, sin ombligo quiero decir.

Mañana, es decir,

hoy, es decir, en un rato más,

el primer, el segundo y el tercer encuentro,

pero si no llego puntual a subirme sobre esa tarima con el uniforme seco y bien planchado, el Sr. Espina me va a castigar y, en vez de jugar a La Oficina, me va a encerrar en el clóset,

pero ella lo autoriza, ya que en último término su cuerpo también es un objeto en el inventario del Departamentos de Abastecimientos del Ejército. Es un cuerpo prestado, fanático, para servir al Gobierno Militar.

Me va a castigar, pero me lo merezco, vaya cómo me lo merezco. Estoy viendo cómo me van a sacar la chucha y me voy a tener que quedar callada,

a eso me refería con que ella no se atribuiría los discursos.



Maljut

Eduardo Pavez Goye

Ganador línea Teatro Infantil y/o Juvenil

Es Licenciado en Actuación Teatral de la Universidad Diego Portales. Dramaturgo, director de teatro, guionista y fotógrafo. Autor de numerosas obras de teatro, ha ganado seis veces consecutivas la Muestra de Dramaturgia Nacional (2004- 2012), con las obras *Ocaso de cenizas*, *Fantasma de parafina*, *Animales domésticos*, *Parkour (o un manual para correr en línea recta)*, *Maljut* y *Taská*. Se ha desempeñado como guionista en Canal 13, y como asistente de dirección en el teatro estatal Theater an der Parkaue de Berlín.

Personajes

Chico

Oso displicente

Capitán

Segundo a bordo

El hombre en los radares

Cómico

Chica 1

Chica 2

Ratón

Voz de adulto

Voz de niño 1

Voz de niño 2

Voz de niño 3

Voz de niño 4

Voz de niño 5

Voz de niño 6

Amigo

Amiga 1

Amiga 2

Profesora

Chica del libro

Escena I

Un chico camina por una vía férrea. Es la línea de un tren aparentemente abandonado. No se oye nada excepto el suave ruido de la noche. Poco a poco comienzan a aparecer sonidos mientras el chico camina. Poca iluminación. La caminata es lenta, pausada. Pareciera que lleva un buen rato en esto. Tararea una canción. Quizás una tonada conocida, quizás algo que se le ha ocurrido en el camino. Nada es muy seguro. Es una breve escena donde vemos el silencio y cómo éste es atravesado por una melodía.

De pronto, sin aviso, cae un refrigerador del cielo. Es un sonido estruendoso. El objeto es antiguo. Un refrigerador de los setentas. Enorme. Silencio. El chico lo abre. Una música y luz emanan de su interior. El chico introduce su mano en el enorme objeto y extrae un plátano, que guarda en su mochila. El chico cierra el refrigerador. La música y la luz se apagan. Sigue caminando.

Escena II

En una vía férrea, el oso displicente (que es un actor disfrazado con un traje de oso) tiene en sus manos una luz verde, de aquellas antiguas con las cuales se avisa la proximidad o lejanía de un tren.

Chico: Hola.

Oso displicente: Hola.

Chico: ¿Qué haces?

Oso displicente: ¿Tengo cara de hacer algo?

Chico: No.

Oso displicente: Ah. (Silencio). ¿Entonces?

Chico: No... preguntaba.

Oso displicente: Ah. (*Silencio*). ¿Qué haces?

Chico: Nada.

Oso displicente: Ah. (*Silencio*).

Chico: ¿Quieres un plátano?

Oso displicente: ¿Por qué?

Chico: Te lo cambio por esa luz que tienes ahí.

Oso displicente: ¿Cómo?

Chico: Que te lo cambio por esa luz que—

Oso displicente: Sí entendí. No soy sordo. Mira niño, no puedo. Si te doy esta luz ya no sería el oso de la luz.

Chico: Ah, ¿no?

Oso displicente: No, sería el oso del plátano. Y no soy el oso del plátano.

Chico: Claro.

Oso displicente: Soy el oso de la luz. También soy el oso displicente.

Chico: Sí, eso veo.

Oso displicente: Así que no quiero tu plátano. Me quedo con mi luz.

Chico: Bien.

Oso displicente: Además, tú no tienes ningún plátano.

Chico: ¿Cómo que no? Mira... (*El niño busca en su mochila, efectivamente, no tiene el plátano*). ¿Dónde...?

Oso displicente: ¿Ves? Y yo ya tengo uno. Es mío.

Chico: ¿Pero cómo? Si eso estaba en mi—

Oso displicente: ¿Disculpa? ¿Me estás llamando ladrón?

Chico: No, es sólo que ese plano estaba en mi mochila.

Oso displicente: ¿Ah, sí? Debería estarlo, ¿eh?

El chico sigue caminando, confundido. El oso displicente se pierde en la escena. El chico detiene su caminata un momento y extrae una botella de su mochila. La botella de vidrio tiene agua. La bebe. Oímos el sonido del agua que entra en su boca, amplificada. Por todas partes. Escuchamos la complejidad del sonido de algo aparentemente muy simple.

Escena III

Los ruidos de agua en la boca pasan, casi imperceptiblemente, a convertirse en ruidos de agua de mar. Todo se ha vuelto oscuro. Vemos una noche en la playa. En la orilla, entre la arena, una chica está recostada, como tomando sol. O tomando un baño de luna. Lee una revista, aunque todo está a oscuras. El chico pasa junto a ella, a lo lejos, en la línea del tren. La chica se levanta, sacude su toalla, mira el mar. Hay una cuerda atada a la orilla. La chica comienza a tirarla. Un música suave y atonal que acompaña la escena. La chica se detiene un momento. Al lado de su toalla hay un paquete de golosinas, el cual abre. Oímos el ruido del paquete de golosinas amplificado por todas partes. Suma importancia a un hecho intrascendente. Come una golosina, pero eso no lo oímos. Luego deja el paquete junto a su toalla y vuelve a tirar de la cuerda hasta que ya no logra seguir jalando. Parece ser que la cuerda está atascada en algo. Hay un breve momento de razonamiento. Finalmente, decide arrojar al agua. El chico ya no está, ha seguido caminando por la vía del tren.

Escena IV

Un submarino norteamericano. Clásica escena de películas. Ruido de alarma. Todo titila de rojo. El mundo es un caos bajo el agua en este momento.

Capitán: ¿Cómo vamos?

Segundo a bordo: Muy mal, señor.

El hombre en los radares: Cinco submarinos rusos se aproximan, señor.

Capitán: Tenemos que detenerlos.

El hombre en los radares: Son torpederos nucleares, señor.

Capitán: Maldición. Prepárense para disparar.

Segundo a bordo: Señor, no podemos atacarlos.

Capitán: No le he pedido su opinión.

Segundo a bordo: Señor, como segundo a bordo—

Capitán: Dije que no le he pedido su opinión, señor.

El hombre en los radares: Tenemos emisión de señal. Al parecer están tratando de enviar un mensaje.

Capitán: Es una distracción. Ataquen.

Segundo a bordo: No podemos hacer eso.

Capitán: Salga de mi camino.

Segundo a bordo: No dejaré que active los misiles, señor. Se está excediendo del protocolo.

El hombre en los radares: Capitán, la señal sigue siendo enviada. ¿La acepto o no?

Capitán: Salga de mi camino.

Segundo a bordo: No lo haré, señor. Mi cargo me lo permite.

Capitán: Señor Hammer, escolte al señor Johnson a la prisión del submarino. Queda destituido de su cargo.

Segundo a bordo: No puede hacerme eso.

El hombre en los radares: ¡Señor, la señal!

Capitán: Ya lo hice. (*Presionando un botón*).

Segundo a bordo: ¡Noo!

Ruido de algo que se quiebra. Escuchamos el enorme ruido de un elemento que es lanzado bajo el agua. Los actores detienen la representación, miran a público. Se miran entre ellos. Se ríen. Apagón.

Escena V

En un escenario de stand up comedy, alguien (que parece ser el cómico de ocasión), está terminando de contar un chiste.

Cómico: ...y entonces el mandril le dice al loro: “nunca, eso es indigno de alguien como yo”.

(Un público se ríe de manera impresionante. El cómico está feliz).

Cómico: Ese es un clásico. ¿Sabes la historia del caballo en el bar? Dice así: un tipo y un caballo entran en un bar-

El hombre intenta hablar, pero su voz ha sido reemplazada por sonidos de pisadas sobre hojas secas. Cada vez que abre la boca, suenan las hojas secas siendo aplastadas. El público ríe. El cómico intenta hablar, pero no lo logra. Se desespera.

Cuando mueve sus brazos, suenan diversos instrumentos. Esto ocurre progresivamente. Cuando ya se da cuenta que sus movimientos conllevan música; y su voz, sonido, se aburre. En ese momento ya hemos notado que la música que seguía sus movimientos comenzó muy tonal, y poco a poco se ha ido desarmando. Finalmente, toma el texto sobre el cual se estaba basando para su rutina (unos apuntes sobre un atril), los rompe y los arroja al aire. Caen miles de papeles picados desde el cielo, sobre el público.

Escena VI

Luego que caen papeles, comienzan a caer algunas hojas secas sobre el público. Vemos un bosque. En el bosque, un grupo de personas intentan encender una fogata. La chica 2 está frotando dos varillas. No pasa nada.

Chica 1: Eso no va a prender.

Chica 2: Ya va. Ya va.

Chico: No parece.

Chica 2: Está saliendo humo. Mira.

Chica 1: ¿Dónde? Estás mintiendo.

Chica 2: Oye, si quieres hacerlo tú, toma.

Chica 1: Bueno, pero con un encendedor. ¿Para qué usar esos palitos?

Chica 2: Porque es más natural.

Chico: No seas ridícula. El encendedor es a gas. Hasta donde yo sé, no hay nada más natural que el gas.

Chica 1: El agua.

Chico: Pero hay agua envasada.

Chica 1: ¿Y? Ese gas también es envasado.

Chico: ¿De dónde lo sacan?

Chica 1: ¿De alguna mina de gas?

Chico: Mina de gas, ¿escuchaste eso? No existen las minas de gas.

Chica 1: Sí existen.

Chica 2: Disculpen, pero si van a hablar de minas de gas y no sé qué cosa, mientras me tapan la luz, no voy a poder prender esto nunca.

Chico: ¿De qué te preocupas? Igual no lo vas a poder prender nunca

Chica 1: Opino lo mismo.

Chica 2: ¡Mira, humito! ¡Está por prenderse!

Chico: ¿Dónde?

Chica 1: Mentira. Nunca fue.

Chica 2: ¿Por qué no se dan una vuelta y me dejan sola mejor?

Chico: Bueno. ¿Quieres algo de comer?

Chica 1: Tengo un plátano. A ver. Ah, no. No tengo.

Chico: Yo tengo uno. Toma. *(Se lo entrega a Chica 2).*

Chica 2: Gracias.

Chico: De nada.

Chica 1: Oye, ese plátano era mío.

Chico: No. Me lo traje del refrigerador mi casa. Aunque los plátanos no se guardan en los refrigeradores porque se echan a perder.

Chica 1: Mentira, ese era mi plátano. Yo sé porque tenía esa manchita negra arriba. Me lo quitaste.

Chica 2: Por favor. *(Con el plátano en la mano).* Necesito espacio y concentración para hacer esto. ¿Se pueden ir a dar una vuelta?

Chico: Bueno, tranquila.

Mientras se retiran, Chica 1 le comenta a Chico.

Chica 1: No entiendo por qué no usa un encendedor.

Chica 1 y Chico se van, caminando, a dar una vuelta. Dejamos de ver a Chica 2, que continúa (suponemos) batallando con los palitos. Chico y Chica 1 se tienden de espaldas. Está anocheciendo. Vemos en el cielo las estrellas y constelaciones. Identificamos algunas. Nos hacen identificar algunas. La cruz del sur. Las tres marías. Venus. Marte. Las estrellas comienzan a moverse. Danzan un poco. Una música suave las acompaña.

Escena VII

Oímos una voz y una música mientras vemos las estrellas.

Quando es de noche me gusta cerrar los ojos cuando pasan las luces en mi cara. Voy en auto. Me gusta cerrar los ojos cuando pasa alguna luz que. Me da miedo que mis ojos atrapen el rayo de luz de las luces que pasan por mi cara. Por eso cierro los ojos, cada vez que me gusta cerrarlos cuando las luces. Siempre que cierro las luces en mis ojos de la cara me gusta cuando es de noche. Cuando voy en noche me gusta cerrar los ojos de la luz en la pasan.

Luz siempre en la noche de la cara en la gusta de voy.
Cerrar miedo. Atrapen pasan. Rayo de gusta. Cuando que mi el de en los las ojos luces.
Ojos cara rayos luz ojos cara noche luz cara rayos ojos cara noche luz.
Cuando es noche me gusta ojos luz cara.
Cerrar.
Cerrar.

¡Cerrar! Gracias.

La música calla.

Escena VIII

Volvemos al bosque. La Chica 2 le habla al público.

Chica 2: Hay un árbol que contiene siete manzanas. Una para cada día de la semana. Siete días. Siete manzanas. Siete personas en siete lugares, en siete tiempos que siete días cubren en siete segundos por siete países las siete personas, que en siete tiempos cubren siete lugares muy distintos el uno del otro. Y sin embargo, no están tan lejos. La lejanía es algo que hay entre una cosa y la otra. Por ejemplo entre una manzana del árbol y la otra. Esto entre esto y esto es una lejanía. (*Señala un espacio entre los brazos*). Esto entre esto y esto es una lejanía. (*Con las manos*). Entre esto y esto. (*Con los dedos*). Entre esto. (*Con los ojos*). Y esto.

Luz verde que baña todo el escenario. De fondo, vemos a los otros dos chicos corriendo por el bosque, siendo perseguidos por un oso. Es el oso displicente.

Chica 2: El bosque no es verde. Lo vemos verde. Nuestros ojos transforman la luz que rebota en las cosas y nosotros vemos como si todo tuviera colores. En realidad, los colores no existen. El cielo no es azul. El fuego no es rojo. El bosque no es verde. ¿Qué colores son éstos? (*Vemos objetos de diversos colores, proyectados*).
¿El color azul cielo como sería si el cielo fuera de otro color y no azul?
¿Seguiría siendo azul cielo?
¿Y si no viéramos en colores?
¿Y si viéramos contornos?

Se van los colores de las cosas proyectadas. Sólo vemos los contornos.

Escena IX

Los actores detrás de un telón. Vemos sus contornos. Breve juego de sombras chinas, un poco cliché, en el cual hacen bailar, al ritmo de una música suave, objetos abstractos: espirales, esponjas de formas curiosas; luego aparecen formas identificables: cubos, triángulos, cuadrados. Finalmente, comenzamos a distinguir formas de referentes culturales cada vez más claros. Vemos primero una M de McDonald's, la silueta de una sirenita, y finalmente uno de los actores se pone un gorro de Mickey Mouse. En ese momento el juego de sombras termina. Aparece en escena el actor con el gorro puesto. Es una burda imitación de Mickey Mouse. Algo así como la versión sin presupuesto. Actúa muy mal, como en un pésimo show infantil, tratando a los niños como estúpidos.

Ratón: Hola amiguitos, ¿saben quién soy yo? ¡Sí! Soy el ratón Rickey. Estoy muy contento que estén hoy conmigo. ¡Vengan! ¡Acompañenme en un maravilloso viaje por el mundo del conocimiento!

Se encamina a una pared, pareciera que ocurrirá el clásico efecto de apagar la luz o cambiar de escena antes que llegue a la pared, pero no. Todo sigue igual. Rickey avanza sin detenerse y se da un brutal golpe contra la pared. Cae inconsciente. Silencio largo. Se pone a llover. Rickey, húmedo y mareado, tendido en el suelo, saca un plátano de su bolsillo, lo pela, lo mira, y se prepara para comerlo.

Escena X

Nos vamos a oscuro. Seguimos oyendo el sonido de la lluvia que cae. El ruido se extiende por todo el teatro. Una tenue luz ilumina a una chica, que saca un paraguas amarillo y lo abre. Vemos claramente que el agua cae dentro de su paraguas. No llueve afuera, sólo dentro del paraguas (mediante un sistema de bombeo). La niña mira las gotas que caen a su alrededor. Estornuda. Al hacerlo, la lluvia deja de sonar por los parlantes. Sólo oímos el agua que cae de su paraguas (que es considerablemente más suave). Estornuda nuevamente, y el ruido de lluvia vuelve por todo el teatro. De golpe, cierra el paraguas. Silencio y apagón.

Escena XI

En oscuro, oímos una serie de voces.

Voz de adulto: ¿Por qué llueve?

Voz de niño 1: Porque Dios llora.

Voz de niño 2: Porque las nubes se aprietan.

Voz de niño 3: Porque el agua se cae.

Voz de niño 4: Porque los angelitos hacen pipí.

Voz de niño 5: Porque alguien escupe de un avión.

Voz de niño 6: Porque hay una reino arriba, en el cielo, donde la gente vive súper tranquila y feliz y hay harta agua y a veces tienen que botarla y cuando la botan nos cae a nosotros.

Voz: ¿Por qué no?

Escena XII

El chico del comienzo (de la línea del tren), hablando con una chica.

Chico: En serio, me lo dijo mi papá.

Chica: Te mintió.

Chico: ¿Para qué me va a mentir con eso?

Chica: No sé. Pero no hay nada en las nubes.

Chico: Bueno, tienen agua.

Chica: Ya, pero no tienen un reino entero arriba.

Chico: ¿Por qué no?

Chica: Porque es imposible.

Chico: No me estás respondiendo. A ver, ¿te has parado encima de una nube?

Chica: No.

Chico: ¿Entonces por qué dices que es imposible?

Chica: No lo he hecho porque no se puede.

Chico: ¿Cómo lo sabes?

Chica: A ver, ¿has visto llover hacia arriba?

Chico: No.

Chica: ¿Puede pasar ese fenómeno?

Chico: No sé. Quizás. Todo puede pasar.

Chica: No seas relativista. Hablo en serio.

Chico: Yo también.

Chica: Ya, ¿y sabes cómo funcionan las nubes, las lluvias?

Chico: No.

Chica: Si lo supieras, sabrías que no hay ninguna manera posible que haya un reino encima de nosotros, en los cielos. No existe ese reino.

Chico: ¿Por qué?

Chica: Porque, de partida, no tiene espacio material para estar. ¿Por qué no chocan los aviones con él? En segundo, porque no se podría respirar allí arriba. Tercero, porque no lo vemos.

Chico: ¿Y sólo crees en lo que ves?

Chica: Sabes de lo que estoy hablando.

Chico: No, de hecho no lo sé. Por eso te pregunto tanto.

Chica: Se supone que—

(La Chica se detiene en la mitad de la oración y se sienta. Saca un plátano, se lo va a comer. El Chico la interrumpe).

Chico: ¿Qué, qué? ¿Qué pasa?

Chica: Nada. Me aburrí del tema. No hay ningún reino maravilloso arriba en los cielos y se acabó el tema.

Chico: ¿Lo vas a solucionar así?

Chica: ¿Así cómo?

Chico: Así, diciendo que no hay nada y listo.

Chica: Sí.

Chico: Así no se termina una conversación. De partida, es mala educación.

Chica: Ya... ¿y cómo se termina una conversación?

Chico: Llegando a un acuerdo.

Chica: A ver. Dime un posible acuerdo.

Chico: Si yo encuentro una prueba que hay un reino en el cielo, me crees. Si no la encuentro por ninguna parte, nunca más te cuento ninguna de esas cosas.

Chica: Hecho.

(Se dan la mano. Silencio).

Chico: Estoy seguro que la meteorología me va a dar la razón. Ya verás.

Chica: La meteorología es científica.

Chico: ¿Y? Quizás la ciencia avale la historia que me contó mi papá.

Chica: Tu papá te mintió.

Chico: ¿Otra vez con lo mismo?

Escena XIII

Las nubes se forman por el enfriamiento del aire. Esto provoca la condensación del vapor de agua, invisible, en gotitas o partículas de hielo visibles. Las partículas son tan pequeñas que las sostienen en el aire corrientes verticales leves.

Las diferencias entre formaciones nubosas se deben, en parte, a las diferentes temperaturas de condensación. Cuando se produce a temperaturas inferiores a la

de congelación, las nubes suelen estar formadas por cristales de hielo; las que se forman en aire más cálido suelen contener gotitas de agua. El movimiento de aire asociado al desarrollo de las nubes también afecta a su formación. Las nubes que se crean en aire en reposo tienden a aparecer en capas o estratos, mientras que las que se forman entre vientos o aire con fuertes corrientes verticales presentan un gran desarrollo vertical.

Hay varias clases de nubes, que podemos clasificar en tres grupos: nubes altas, nubes medias y nubes bajas.

Escena XIV

Un colegio. La profesora pide la tarea.

Chica: Eh, profe.

Profesora: ¿Sí?

Chica: No tengo la tarea.

Profesora: No *hizo* la tarea, querrá decir.

Chica: No, sí la hice. No la tengo.

Profesora: ¿No la traje?

Chica: No, sí la traje, pero no la tengo.

Profesora: ¿Cómo así? ¿Y dónde está?

Chica: Se la llevó un oso.

(El curso se ríe. Vemos de fondo, por un par de segundos, el momento al comienzo, en el bosque, en que la chica y el chico huían del oso).

Profesora: ¿Usted cree que soy tonta?

Chica: No.

Profesora: ¿Y cómo espera que me crea eso?

Chica: No espero que se crea *eso*, espero que me crea *a mí*.

Profesora: ¿Y fue un oso?

Chica: Sí.

Profesora: ¿Cuándo?

Chica: No sé. No me acuerdo. Hace un rato...

Profesora: ¿Y espera que confíe en usted con ese nivel de información?

Chica: Información no es igual a veracidad.

Profesora: Mire, el asunto es bien simple. ¿Trajo su tarea o no?

Chica: No.

Profesora: Entonces tiene un rojo.

Chica: ¡Pero la hice!

Profesora: ¿Y la tiene el oso?

Chica: Sí. O sea, no.

Profesora: ¿Cómo, la tiene o no?

Chica: No la tiene. Se la comió.

Profesora: Ya. ¿Y por qué un oso se comería una tarea?

Chica: No sé. Fue el oso displicente.

Profesora: ¿Perdón? ¿Quién?

Chica: El oso displicente.

Profesora: ¿Y sabe usted qué significa “displicente”?

Chica: No.

Profesora: Entonces, ¿por qué lo llama así?

Chica: Porque así se llama.

Profesora: ¿Y no sabe qué es displicente?

Chica: No.

Escena XV

displicente

1. adj. Que disgusta y desagrada:

mirada displicente.

2. De mal humor, falta de interés o de afecto:

dependiente displicente. También s.

Escena XVI

Tres amigos sentados en un banco de plaza en la ciudad.

Amigo: No entiendo.

Amiga 2: Pasa que tienes que frotar dos palitos y entonces sale fuego.

Amigo: Ah.

Amiga 1: Pero eso no pasa nunca en verdad.

Amiga 2: ¿Por qué?

Amiga 1: Porque te demoras como mil años en hacer fuego así. Es mejor usar un encendedor o fósforos.

Amiga 2: Pero es menos natural.

Amigo: Deberíamos salir de camping un día.

Amiga 1: ¿Cómo va a ser menos natural?

Amiga 2: Eso. Es menos natural.

Amigo: Podríamos llevar nuestras mochilas. Ir por ahí.

Amiga1: No hables tonteras. No es menos natural.

Amigo: ¿Les tinca? Sería bueno.

Amiga 1: Si fuera menos natural estaría prohibido.

Amiga 2: No todo lo que es menos natural está prohibido. No digas tonteras tú ahora.

Amigo: Sí, sería buenísimo. Salir de aquí. De la ciudad.

Amiga 1: ¿Por qué?

Amigo: Porque acá estamos todos como atrapados.

Amiga 2: Porque, por ejemplo, te comes un McDonald's y eso de natural no tiene nada.

Amigo: Hay muy poca naturaleza.

Amiga 1: ¿Cómo?

Amiga 2: El pollo que te comes en el McDonald's, ¿crees que es de verdad?

Amigo: Eso, muy pocos árboles. Casi nada de pasto. Casi nada de verde.

Amiga1: Obvio, o sino, ¿qué es?

Amiga 2: No sé. Masa. No sé. Carne de algo. O quizás es pollo, ya, te lo concedo. Pero pollos criados de manera absolutamente innatural.

Amigo: Muy innatural todo esto. Lo de la ciudad, digo.

Amiga 1: ¿Cómo vas a criar algo de manera innatural?

Amiga 2: Criándolo. Encerrándolo en, no sé, una jaula por toda su vida y dándole hormonas para que su carne sea tierna y rica, cuando en verdad el pobre pollo no vive su vida. No vive nada.

Amigo: Que rudo eso de no vivir nada.

Amiga 1: ¿Lo del pollo? ¿Tú te crees eso?

Amiga 2: Es verdad, ¿lo has escuchado?

Amigo: ¿Qué cosa?

Amiga 1: Lo de los pollos.

Amigo: No, yo decía lo de la ciudad.

Amiga 2: ¿Qué cosa de la ciudad?

Amiga 1: ¿Qué estamos encerrados como los pollos? Puede ser.

Amigo: No, yo decía que podríamos irnos de campamento.

Todos se miran. Sonríen. Es una buena idea.

Escena XVII

El chico que había discutido acerca de las nubes se sube a una bicicleta. A medida que pedalea, la bicicleta va haciendo diversos sonidos. Primero en ciclos (o secuencias en círculo, emulando el pedaleo), luego, poco a poco, la bicicleta comienza a elevarse del suelo hasta comenzar a volar. Se alza del piso y sube cada vez más alto. Pasa junto a un avión. Lo esquiva. Sigue subiendo. Una música casi épica lo acompaña. El niño pedalea, contento, en su bicicleta. Finalmente, llega a las nubes. Mira hacia todos lados. No hay nada. No hay ningún reino. Busca un poco más. Nada. Finalmente, pedalea rumbo hacia el suelo. La música ahora va en reversa, sin motivo aparente. El chico deja la bicicleta y se va caminando, desanimado. Escuchamos el sonido del viento entre los árboles. Parece que va a comenzar a llover. Caen un par de gotas. Pasa junto a una chica que está leyendo un libro.

Escena XVIII

Chica del libro: *(Habla en voz alta, como reflexionando para si misma).* El 90% de nuestro

cuerpo está compuesto de-. (*Sonido de agua. silencio.*).

Y no sabemos de qué estamos hechos.

De qué está hecho el resto del cuerpo.

O en otras palabras.

De qué está hecho el cuerpo de los demás.

Vecinos, amigos o conocidos.

¿De qué están hechos los demás?

¿Estamos rellenos de algo?

¿De? (*Sonido de agua. silencio otra vez.*).

Como siempre, uno intenta pensar algo interesante en voz alta pero se siente como si todo el resto del mundo quiere encender el televisor y todo, está lleno de-. (*Sonido de agua. Sonido de mar.*).

La chica del libro cierra su libro. Al cerrarlo, éste gotea un poco. Está húmedo. Mira hacia atrás suyo y vemos el mar. Se encamina hacia él.

Escena XIX

Volvemos a la playa del comienzo. La chica del libro se sumerge en el mar, mientras la chica del comienzo, la que estaba tomando sol en la noche, sale del agua. Se cruzan, pero no se saludan. La chica que ha salido del agua trae consigo un plátano. Lo ha extraído del fondo del mar. Ve pasar al chico de la primera escena, la del tren. Se acerca a él. El chico va desanimado. Ella lo mira, tierna y le da el plátano. Él la mira confundido. Le da las gracias con un gesto. Silencio breve.

Chico: ¿Sabías tú que no hay ningún reino arriba en los cielos? No hay nada allá arriba. No se ve nada. Acabo de subir y no se ve nada. Me dijeron que había gente viviendo arriba.

Que uno se iba para allá, después. No hay nada. No vi nada. Una vez viajé en avión y me quedé dormido. Me dijeron que no lo vi porque me quedé dormido. Pero ahora acabo de estar arriba y no hay nada. Subí y vi el cielo, pero no existe ese reino. No hay nada arriba. Sólo hay nubes. Nubes blancas llenas de agua. No hay nada. Hay un enorme vacío que separa la tierra del espacio.

Chica: También hay agua aquí abajo.

Chico: ¿Abajo dónde?

Chica: Aquí. (*Señalando el mar.*). Abajo.

Chico: Ah.

Chica: Hay agua en ambos lados.

Chico: ¿Cuáles?

Chica: Arriba y abajo. ¿No dices que hay agua arriba?

Chico: Sí. Pero son nubes.

Chica: ¿Y qué son las nubes?

Chico: Agua.

Chica: Entonces hay millones de litros de agua volando sobre nuestras cabezas.

Chico: Claro, algo así.

Chica: Como es arriba, es abajo.

Chico: Claro.

Chica: Que bonito eso, ¿no?

Chico: ¿El qué?

Chica: Que haya agua sobre nuestras cabezas.

Chico: Supongo. ¿Te gusta la lluvia?

Chica: No. Es triste.

Chico: Es linda.

Chica: Me da pena.

Chico: ¿Por qué?

Chica: Porque es triste.

Chico: No es triste. Tú la sientes triste.

Chica: Claro.

Chico: Es otra forma de verlo.

Chica: Claro.

Chico: Algo no es. Le damos un sentido. Creo. Algo así.

Chica: Claro.

Chico: Lo que es arriba es abajo.

Chica: Sí.

(Silencio).

Chico: Oye, gracias por el plátano.

Chica: De nada. Suerte.
El chico se va pensativo. Hace el camino de regreso.

Escena XX

En una vía férrea, el oso displicente tiene en sus manos una luz verde de tren.

Chico: Hola.

Oso displicente: Hola.

Chico: ¿Qué haces?

Oso displicente: Miro mi luz.

Chico: Ah, claro. Es linda.

Oso displicente: Sí, debe serlo, ¿eh?

Chico: Sí.

Oso displicente: ¿Qué tienes ahí?

Chico: Un plátano.

Oso displicente: ¿Me das?

Chico: Claro.

Oso displicente: Te lo cambio por esta luz.

Chico: ¿Por qué?

Oso displicente: Porque quiero un plátano. ¿No puedo? ¿Es feo pedir?

Chico: No, sólo preguntaba. Como pensé que te gustaba ser el oso de la luz verde, creí que nunca la regalarías.

Oso displicente: Me aburrí.

Chico: Claro.

Oso displicente: Me puedo aburrir de las cosas, ¿no?

Chico: Claro.

Oso displicente: ¿Y tú, te aburriste de tu plátano?

Chico: No.

Oso displicente: ¿Y me lo das?

Chico: Claro.

Oso displicente: Gracias.

Chico: De nada. *(Comienza a irse)*.

Oso displicente: ¡Oye!

Chico: ¿Qué?

Oso displicente: No, nada.

Chico: ¿Qué?

Oso displicente: Nada.

Chico: Dime, dime.

Oso displicente: Nada, era una broma. No tengo nada que decirte.

Chico: Ah.

Oso displicente: ¡Oye!

Chico: ¿Qué?

(Pausa breve).

Oso displicente: Gracias por lo del plátano. Me encantan.

Chico: De nada.

El chico se va. El oso queda solo. Abre el plátano. Se lo va a comer.

Escena XXI

La chica que estaba frotando los palitos, por fin logra encender el fuego.

Chica 2: ¡Amigos! ¡Miren! ¡Prendí fuego! ¡Prendí fuego! ¡Miren! ¡Se puede hacer!
¡Era posible! ¡Amigos, miren! ¡Hombres de poca fe, jaja! ¡Todo es posible!, ¿ven?
¡Todo es posible!

La chica, alegre, salta alrededor de felicidad. Vemos que ponen una cacerola sobre el fuego. El agua comienza a hervir. Escuchamos los sonidos del fuego ardiendo, del agua hirviendo. Escuchamos el viento. Poco a poco todo se vuelve blanco. Silencio total. Vemos las nubes, enormes, majestuosas, viajando sobre las ciudades. Y poco a poco vemos que se desarman y se convierten en lluvia, y luego en vapor, y luego en nubes, y luego en lluvia...

...Para siempre.



Madre nuestra que estás en la cama

Pablo San Martín

Ganador línea Temática Libre, categoría de 0 a 5 años de trayectoria

Es Licenciado en Lengua y Literatura Hispánicas de la Universidad de Chile, con estudios de posgrado en Literatura Inglesa Moderna en la Universidad de Edimburgo. Ha recibido numerosos premios y reconocimientos por su producción literaria en los géneros de poesía, drama y ensayo, publicando obras como el poemario, *Romancero abandonado* (Cuarto Propio, 2012), y las obras de teatro *Madre nuestra que estás en la cama* y *El cementerio de naves* (Cuarto Propio, 2012).

Personajes

Madre

Gastón: El hermano menor.

Lucía: La hermana del medio.

Angélica: La hermana mayor.

Fantasmagorías, el Vagabundo, las Niñas, el Conejo, etc.

ACTO I

Una pieza en penumbras. A la izquierda, una ventana cerrada deja pasar un sucio haz de luz roja, aceitosa y pelusienta, que cae sobre una maciza cama con respaldo de madera ubicada en el centro, con los pies hacia el público. Al lado de la ventana, al fondo, un velador; al otro, un armario y la puerta del baño. En toda la sala pesa un leve y frío olor a enfermo, el público debe ser capaz de percibirlo en un comienzo y después se irá acostumbrando. Atrás de la cama hay una mampara de tela que separa el escenario en una parte anterior y otra posterior; todavía no se ve pero servirá para ir representando las escenas que narran los personajes.

Escena I

Madre, Gastón, Lucía y Angélica.

La Madre está acostada en la cama y sólo se le logra ver la cara como un colgajo de piel entre la maraña de pelos grises, y un pañuelo negro floreado; debe tener entre sesenta y setenta años. En frente, a los pies de la cama y mirando al público, está parado Gastón; es un niño de unos doce años de edad, más bien bajo y cuadrangulado, con el pelo corto y engominado, y unos lentes de marcos gruesos y oscuros; lleva puesto un abrigo de cuero con chiporro y hombreras que le queda exageradamente grande, no le deja ver las manos y llega casi hasta el piso: parece como si estuviera asomando las cabeza por un barril o un sarcófago; bajo él se le asoman dos zapatos de cuero puntiagudos y lustradísimos, también desproporcionadamente grandes; la luz le llega por el lado izquierdo, mientras el derecho se difumina levemente en las penumbras; mira intensamente al público con la pera un poco hundida hacia el pecho y bajo el cuello del abrigo. A la izquierda de la cama, de espaldas a la ventana, está Lucía; es una muchacha de unos catorce años, esbelta y con el pelo lacio que le cae hasta los hombros; viste un jumper escolar, un cintillo elasticado, calcetines gruesos hasta la rodilla, y zapatos de charol; sostiene en sus brazos un conejito peluche; tiene la cabeza inclinada y la cara completamente en penumbras; su sombra se extiende a través de la cama y se prolonga más allá en el escenario; su pelo sedoso y su cintillo es lo que más se destaca de ella bajo la luz roja. A la derecha, de brazos cruzados, despeinada, displicente y mascando un enorme chicle que apenas la deja hablar bien, está

Angélica; debe tener alrededor de veinte años; lleva un peto sucio y roto, medias corridas y una minifalda lustrosa; sobre todo eso, tiene puesto un abrigo de pieles muy viejo y desastrado; como la luz le llega de frente, se le pueden ver los rasguños que tiene en la cara. Angélica no deja nunca de mascar chicle ni de hacer globos escandalosamente, ni siquiera en los silencios; siempre se la tiene que escuchar en las pausas, aunque sea poco; así se mantendrá siempre el vínculo con la realidad básica de la obra. Lucía acaricia casi imperceptiblemente su conejito.

Gastón: *(Sin dejar de mirar al público ni de mover nada más que su cabeza; irónico y patético al mismo tiempo, burlándose de sí mismo cuando se burla del resto, como Nietzsche).* Hoy los he visto de nuevo, madre. Se deslizaban pálidos uno tras otro, entrecruzándose en filas imposibles que se elevaban por sobre los edificios, hasta el cielo, perdiéndose en la luz enfermiza y el smog con la cara triste de los pescados glotones. Le aseguro, madre, que a usted le hubiera fascinado verlos. Eran como interminables hileras de trajes y vestidos mojados o sucios que iban colgando por los rieles de un enorme armario de costillas reforzadas, y pernos y aire que se abría desde todas las puertas y ventanas, y volvía y pasaba de nuevo una y otra vez, por aquí y por allá, por todos lados, sin cesar, de vuelta a las mismas piezas fermentadas por el sueño y el ocio, a los mismos baños empañados y sangrientos, pasando como estropajos o plumeros, lamiendo con delgada e imperceptible angustia de lustramuebles el aceite fatal del tiempo que secretan los vidrios de las micros, de las tiendas, de los moteles, todos los vidrios que miramos sin darnos cuenta, madre, y como que filtran y atenúan los deseos. Como le decía, fue un espectáculo divertidísimo, algo digno de verse.

(Poco a poco va a ir disminuyendo la intensidad de la luz roja, sin apagarse nunca por completo, dejando la parte anterior del escenario en semipenumbbras. Al mismo tiempo, atrás de la cama empieza a iluminarse el biombo de tela con una luz pálida, sucia y fantasmal; poco a poco irán apareciendo trajes flotando en sus perchas y formando una fila que se va a ir enredando en sí misma, cada vez más nerviosa y saltona, según la intensidad y el ritmo que le va dando Gastón. De vez en cuando se escuchan quejidos con los ecos que tendría una cueva en un sueño).

Gastón: Podían perfectamente ser la fila inquieta y angustiada de los condenados que vuelven del Juicio Final y no saben qué camino tomar, madre, si el más corto o el más largo; y titubean a cada paso pensando en que el castigo eterno está cada vez más cerca, sin saber de qué manera los atormenta ya, haciéndolos pensar si lograrán acostumbrarse o no a la obra perfecta de la ira divina, si verdaderamente el castigo será eterno como dicen las Escrituras o si acaso la infinita misericordia de Dios no se apiadará finalmente de ellos una vez más y si de tanto oír gritar desconsoladamente a sus pobres criaturas en el sótano de su casa no pensará que ya está bueno, que por fin han aprendido la lección.

(Pausa. Los trajes se van deteniendo lentamente hasta quedar inmóviles).

Escena II

Los mismos y el Vagabundo.

Entra atrás el Vagabundo, desorientado. Viste un terno desastrado color verde mugre, lleva la camisa abierta, el pelo y la barba apelmazados, y, con autoridad, ostenta un enorme hueso de pollo en las manos; deja de vez en cuando insinuarse la raya del poto y exhibe orgulloso una barriga abundante y peluda. Llega al centro de la sala, mirando de un lado a otro, y se detiene con las piernas abiertas, mirando al público. Mientras Gastón habla, él empieza a buscar algo, recorriendo toda la sala, levantando y revisando los trajes, cada vez más ansioso, hasta hacer que algunos caigan.

Gastón: Y vi a uno, a uno, madre, entre todos los que entraban y salían de las bocas apolladas y chamuscadas del infierno, como avispas ansiosas por cavernas de carne derretidas bajo el sol; a uno, digo, que, habiéndose logrado zafar, vagaba desolado por entre ellos esgrimiendo un pequeño cetro, el fémur mordisqueado de algún dodo gigantesco, al que le preguntaba desesperadamente por algo que no logré entender bien y, después de escupirle y maldecirlo y amenazarlo varias veces, empezó a romper con él las vitrinas que habían por ahí y a golpear a todos los que pasaban cerca suyo, gritando.

Gastón y el Vagabundo: *(Al unísono; Gastón impávido pero firme; el Vagabundo gritando con espanto, como si fueran a amputarle una pierna, mientras golpea y pisotea algunos trajes y se escuchan, atrás del público, varios vidrios quebrándose, uno tras otro).* “¡Aléjense de mí reflejos diabólicos! ¡Ay, grotescas máscaras cananitas! ¡Toma, toma! ¡Ay, Moloch! ¡Astoret! ¡Tomen, mierda, tomen! ¡Ídolos malditos! ¡Fuera de aquí, fuera de aquí! ¡Ay, protégeme, Dios mío!”

(Después de dar el último golpe acompañado de un grito, el Vagabundo queda estático en una posición retorcida. Pausa. Se escucha quebrarse el último vidrio, más estrepitoso en el silencio. Se abre de golpe la puerta de la sala y entra una ráfaga de aire fresco y frío. Se cierra. Otra pausa y después pesa nuevamente el olor a enfermo sobre el público. Paulatinamente se apaga la luz de atrás y la de la ventana recupera su intensidad inicial).

Escena III

Los mismos menos el Vagabundo.

Gastón: *(Lento y conclusivo).* Pero nadie, ni siquiera a los que les pegaba o los dueños de las tiendas, prestaba atención a lo que decía o hacía. Entonces recordé lo que me dijo una vez usted, madre, acerca de la prohibición que hizo Jehová Dios al pueblo de Judá de fabricar ídolos o postrarse ante ellos, y de cómo el único hombre

que poseyó una parte, aunque mínima, insignificante, de la sabiduría divina, al final de toda una vida de fidelidad, en sus últimos años, construyó templos para los dioses de los gentiles, no tanto por complacer a sus mujeres, como cuenta el Primer Libro de los Reyes, sino, como usted bien dice, madre, porque no pudo soportar la necesidad de contemplar físicamente la imagen de Dios, aunque fuera una hecha por otros pueblos, y de poder mirarla por fin frente a frente, presidiendo y contemplando los sacrificios que sólo para Él hacía. Y entonces lo supe, madre. Supe que ese hombre era Salomón, que aún andaba buscando la verdadera imagen de Dios entre los falsos ídolos del mundo, como un topo escarbando en un basural, incapaz de discernir con su agudísimo olfato entre lo que volverá a ser tierra húmeda y fértil y los desperdicios que han sido arrebatados definitivamente de su seno.

(Breve pausa, queda pensativo).

Angélica: *(Harta).* ¿Hasta cuándo va seguir hablando hueás este pendejo? No deberían dejarlo leer ni hablar tanto, que le está haciendo mal y va terminar volviéndonos a todos más locos de lo que estamos. *(Para sí, lúgubre, mirando de reojo al público).* Y más encima, por su culpa, toda esta gente...

(Gastón bufa displicente, saca una peineta del bolsillo de su abrigo y se peina con ambas manos y con enfático disgusto).

Lucía: *(Muy despacio, arrullando al peluche).* Sh, sh, chiquito lindo, no pasa nada. Ya, ya, tranquilito, que aquí está la Lucita para cuidarte de esa vieja fea. *(Tierna y confidencial, sin malicia).* Se ha vuelto una amargada desde que el doctor vino y dijo que la mamá estaba enferma, porque no ha podido salir. Eso, eso, mi niño. ¿Tutito?, duérmase nomás.

Angélica: ¿Y a ésta qué le pasa ahora? ¿Ya anda lloriqueando de nuevo?

Lucía: *(Igual).* No le hagas caso, orejoncito, es una histérica. Duérmete nomás.

Madre: *(Reaccionando recién).* Déjalo que hable lo que quiera, niña. ¿No ves que me distrae y me hace dormir mejor? Pero dime, Gastón, ¿dónde fue que viste todo eso?

Gastón: ¿Qué cosa, madre?

Madre: *(Pedagógica).* Bueno, hijo, lo que acabas de decir: las avispas, el dodo, el armario y la carnicería.

Gastón: *(Confundido y girando la cabeza para mirar a la Madre).* ¿Cómo? ¿Qué quiere decir, madre? No le entiendo.

Madre: *(Preocupándose).* A ver, hijito, me acabas de contar que hoy has visto a alguien que me encantaría conocer porque es un buen católico y lee la Biblia como nosotros.

Gastón: ¡Ah, eso, madre! Claro, ya entiendo.

(Calmado, se vuelve nuevamente hacia el público con una sonrisa de alivio y satisfacción. Pausa larga. Se escucha a Angélica mascando chicle. Lucía tararea dulcemente una canción de cuna).

Madre: *(Impacientándose pero sin llegar a ser agresiva).* Y, bueno, Gastón, te preguntaba que dónde lo habías visto.

Gastón: *(Volviéndose para responder).* ¿Todo eso, madre?

(La Madre le asiente con la cabeza y él se da vuelta de nuevo).

Gastón: *(Con lógica).* En ninguna parte, por supuesto. Perdón por no responderle, pero pensé que me lo preguntaba por bromear.

(Angélica lanza una carcajada espeluznante que más bien parece el relincho de un espectro).

Madre: *(Desolada y reconciliadora).* A ver, Gastón, parece que ahora soy yo la que no entiende. ¿Me estás diciendo, hijo, que todo lo que nos acabas de contar a mí y a tus hermanas no es más que un invento de esa cabecita que tienes, que nunca has visto nada parecido, que todo lo que has dicho es una grandísima mentira que inventaste sólo para pasar el rato?

Angélica: *(Para sí, irónica).* Y recién viene a darse cuenta...

Gastón: *(Sin pensarlo).* Claro, madre. *(Breve pausa. Se complica. Después declamatorio).* O sea, sí y no. Es lo que usted nos ha enseñado. ¿No recuerda lo que nos decía cuando aún éramos pequeños y nos llevaba una vez al año a confesarnos por todas las iglesias del barrio? Entonces nos decía que no importaba que durante todo el año sólo hubiésemos cometido pequeños pecados, ingenuos o infantiles, que lo que era realmente importante para la confesión, para la verdadera confesión, era arrepentirse íntimamente de la maldad humana, de nuestra condición caída e irredimible salvo por el sincero arrepentimiento de existir; y nos hacía entender, madre, que la única manera de alcanzar ese arrepentimiento era confesar cosas más terribles que todas las que alguna vez hemos oído o que se ven hoy día en el cine o en los diarios, cosas que

espantaran hasta los confesores carcelarios y políticos, cosas que ni el mismo monseñor Errázuriz se atrevería a creer; nos decía que era necesario concebir las acciones más abominables posibles, las que sólo tenían cabida en nuestra imaginación infantil, porque ese solo hecho bastaba para que algún día alguien las llevara a cabo. Sólo así uno podía arrepentirse verdaderamente de su maldad y recibir el perdón de Dios. ¿Que acaso lo ha olvidado, madre? (*Pausa. Evocativo*). Recuerdo que una vez, madre, hace no más de dos años, Lucía le contó llorando a un párroco que había soñado que era la suma sacerdotisa de un dios con cabeza de vaca y que presidía una ceremonia que consistía en sacrificarle cada una de las participantes tres conejos y, sobre los altares empapados de sangre, bañar sus cuerpos y ofrecérselos en actos lésbicos.

Lucía: (*Casi inaudible*). Gastón, no es necesario que...

Gastón: (*Sin haber oído*). Le dijo que vio cómo una de ellas, poseída por el frenesí bestial del dios, de repente, empezó a mugir y bramar de dolor mientras se le alargaba el hocico y le salían cuernos y pezuñas, y los ojos se le encendían como carbón de sangre, y la piel se le chamuscaba, y ella coceaba desesperada entre las llamas, y el fuego ardía en la sangre de los altares como si fuese parafina. Entonces, madre, Lucía le confesó al cura que desde ese día había empezado a tener fantasías sexuales con uno de sus peluches...

Lucía: (*Un poco más fuerte*). Está bien, Gastón, ya es suficiente.

Escena IV

Los mismos, el Conejo y las niñas.

Se ilumina nuevamente la parte posterior. Esta vez la luz es limpia y brillante, hincha los colores y las formas. Entra primero el Conejo; es blanco, bípedo, de unos dos metros de altura y con un corazón rosado en la guata; lleva una zanahoria gigante bajo el brazo. Dando henchidos "oh" de sorpresa, como buen actor de teatro infantil, inspecciona ridículamente un lugar que finge no conocer; mira hacia el público con la mano derecha sobre los ojos, como para cubrirse del sol; después saluda con todo el brazo extendido sacudiéndose de un lado para otro. Entra una Niña por la izquierda; lleva un vestidito blanco floreado. Se saludan, se abrazan y empiezan a jugar a la ronda.

Gastón: (*Sin dejarse interrumpir*)... porque creyó que el dios con cabeza de vaca le había revelado el antiquísimo ritual pagano de la Apertura de la Boca que le permitiría convertir cualquier imagen animal en un receptáculo del dios, y así su conejito de peluche podría cobrar vida y conciencia y actuar según la voluntad del dios y la de su sacerdotisa recién iniciada. Confesó también, madre, que para poder lograrlo se

dedicó a convencer a una amiguita suya que vivía en el edificio de al lado de que su papá se había ido de la casa por la culpa de una gatita que su mamá le trajo de regalo unos días después de que se separaron. Lucía le contó al cura que la había acechado por semanas, sigilosamente, que la seguía y la espiaba asomándose por las cornisas como una gárgola entre la humedad y las sombras, que fingía preocuparse por ella y la acompañaba a jugar todas las tardes en su departamento antes de que su mamá llegara de trabajar. Cuando terminó por convencerla, su amiga se decidió a tirar a María Antonieta, su gatita, del séptimo piso para abajo; pero entonces, madre, Lucía le dijo que eso no le serviría de nada para—

Lucía: *(Fuerte y levantando la cabeza)* ¡Gastón!

(Entran furtivamente cuatro figuras pequeñas con cabeza de vaca, con taparrabos y las manos ensangrentadas, y rodean acechantes al Conejo y a la primera Niña. Según lo que Gastón vaya contando, cuando en sus juegos el Conejo y la Niña den vueltas por el piso, las que acaban de entrar los rociarán con bencina y les prenderán fuego con un fósforo. Mientras los dos se revuelcan y gritan bajo las llamas, las otras ríen y juegan a la ronda).

Gastón: Al tiro, Lucía, espérame. *(In crescendo)*. Como le decía, madre, Lucía le dijo entonces a su amiga que no le serviría de nada tirar a la gata por la ventana si quería que su papá volviera: para eso tenían que sacrificarla esa misma tarde y mojar con su sangre un ídolo con la forma de algún otro animal que sería el encargado de ir a buscarlo. Le dijo que tenían que vestirse con sábanas de colores oscuros, burdeos o azules, como las que había ese día en el lavadero, y ofrecer libaciones al dios con un vodka barato que había en la cocina. Así fue que creyéndose poseídas por el espíritu del dios, con cuernos y pesuñas, rompieron la botella y mataron a la gatita y se cortaron ellas mismas la cara y los brazos con los pedazos de vidrio que quedaron tirados por el piso, y le prendieron fuego al cadáver, y empezaron a tocarse entre ellas mientras mugían y entonaban cánticos rituales alzando eufóricas el peluche sangriento y medio chamuscado de Lucía.

(Lucía solloza mientras aleja su peluche para verlo mejor, como si fuera algo extraño).

Niñas: *(A lo lejos)*. ¡Baila la Ronda del Fuego del conejito hueón!
¡Míralo, grita en el suelo!
¡De caliente se quemó!

(Las niñas salen riendo. Breve pausa).

Gastón: *(Periodístico)*. Supuestamente, en su arrebato diabólico, las niñas no se habrían dado cuenta de que el fuego alcanzó las—

Lucía: (*Gritando*). ¡Ya, basta!

(*Cae de rodillas llorando. Llega al público el olor a carne y grasa quemada*).

Lucía: ¡Lindo! ¡Lindo! ¡No lo escuches! ¡No fue así! ¡Lo hice por la mamá, mi niño!
¡Sólo por ella y ante los ojos de Dios! ¡Ay, orejoncito lindo! ¡Yo fui la que me quemé!
¡Yo me quemé contigo ese día en el confesorio!

(*Se queda mirándolo un rato como atontada*).

Lucía: (*De pronto*). ¡Ay, pero qué lindo y chiquitito eres! (*Como reaccionando*). Pero no,
¿qué digo? De ninguna manera fui yo. (*Al peluche*). ¡No fui yo!, ¿me escuchas, lindo?
¡No fui yo! ¡No fui! ¡No fui! ¡Lindo, ¿me escuchas?! ¡Mi niño lindo! ¡Lindo! ¡Lindo!

Escena V

Madre, Gastón, Lucía y Angélica.

Pausa larga. Cambio de luces. Lucía encorvada solloza todavía un poco. Angélica hace un globo con el chicle.

Gastón: (*Calmado y evocativo, como si nada hubiera pasado*). Esa vez, madre, el cura nos echó a gritos diciendo que éramos todos unos endemoniados, que hasta el perdón de Dios tenía sus límites, y que usted era la mismísima Ramera del Apocalipsis y la Bestia Escarlata todo junto. Entonces usted se puso muy contenta, dijo que no nos preocupáramos, que el cura era un poco tonto y no entendía, y nos felicitó a todos y nos llevó esa tarde a tomar helados. ¿No fue así, madre?

Lucía: (*Compungida, sin levantar la cabeza*). Gastón tiene razón, mamá. Así fue. Y es lo que usted nos ha enseñado. Me acuerdo que me dijo que desde ese día las puertas del Paraíso estarían abiertas para mí.

Madre: (*Emocionada*). Sí, sí, mi niña, claro. ¿Cómo iba a olvidarlo si fue el día más feliz de mi vida? Desde ese momento sentí que ya había cumplido mi labor de madre y que no le debía nada a este sucio mundo. Pero dime, Gastón, ¿qué tiene que ver todo esto con... con...

Gastón: ¿Lo que dije antes? ¡Pero si es lo mismo, madre!

Madre: ¿Cómo?

(En lo que sigue, Angélica se va a ir impacientando visiblemente poco a poco).

Lucía: Claro que es lo mismo, mamá. ¿Cómo no se da cuenta? Es lo mismo sólo que es como si todos nosotros fuéramos sus confesores pero él no se estuviera confesando en este preciso momento. ¿No cierto, Gastón?

Gastón: Más o menos.

Lucía: Como si te confesaras por confesarte, pero sin hacerlo realmente.

Gastón: Eso mismo. Es como un secreto que todos saben pero que sigue siendo secreto.

Lucía: ¿Ve, mamá? Ya se lo decía yo. *(Al peluche, con voz aguaguada de mamá).* ¿No cierto, orejoncito? ¿No cierto?

Madre: *(No muy convencida pero tratando de quedar bien).* Es que dicho así, m'hijita, ¡claro!

Angélica: *(Pateando el piso y tirándose el pelo, perdiendo la poca compostura que tiene).* ¡Ya cállense de una vez! ¡Trío de sapos negros esquizoides con muletas! *(Más para sí que para los otros).* ¡Viejos y barbudos más encima, con el culo de pasa peluda! ¡Patalean como locos en el aire para no perder el equilibrio y reventarse contra el piso! ¡Qué familia me tocó, por la mierda! ¡La sirvienta de esta vieja de trapo cocido con estopa que quiere darle teta a un conejo! ¡Un pendejo de trece años que se peina a lo Hitler y se las da de teólogo! ¡Y, claro, la Suma Pontífice del Dios loco o sádico en que creen este par de estúpidos! ¡Bendita en la juventud que nunca tuvo con piernas para moverse y comer por sí misma! ¡Y que en sus eternos últimos años, después de haber convertido nuestras cunas en ataúdes sin que nadie se diera cuenta, se dedica a repartir panfletos autografiados por la virgencita desde de su imperial cama, sin sacarse nunca su camisa de dormir! *(Al resto).* ¿Cuándo van a cortarla con sus estupideces y hacer algo por sus vidas y para que podamos salir de aquí? Ya llevamos casi cuatro meses encerrados por culpa de esta guatona barbuda que después de que el doctor le diagnosticó una leucemia terminal decidió enterrarse en vida con nosotros, *(Remedando a Gastón).* “como los antiguos faraones con sus esclavos”, y cerró todas las puertas de la casa, cortó los cables del teléfono y se tragó las llaves para mirarnos cómo la miramos morir, y ustedes ahí tan tranquilos, como si nada.

(Gastón saca un libro de debajo de la cama y se pone a leer).

Lucía: *(Enérgica, pero tratando de no despertar al peluche).* Lo que pasa es que tú estás vuelta una amargada porque tenemos que quedarnos cuidando a la mamá y no puedes

salir. Eso te pasa por creer que afuera todo es distinto que acá. Pero estás equivocada, Angélica Dominga. ¡Estás muy equivocada! Crees que saliendo de la casa se van a acabar todos tus problemas, ¡y no es así! No sabes que lo que no puedes hacer aquí adentro, mucho menos vas a poder hacerlo afuera. (*Moralista y maternal, ya más calmada*). Gritas, te tiras el pelo, te rasguñas la cara, rompes tu ropa, ¿y todo para qué? Eres como esa sirvienta que se sentaba sobre su baúl de inmigrante y repetía: “Si yo fuera rica esto no me pasaría.”; y sus pupilas giraban cada vez más rápido, tragándose las sombras de la pieza, hasta que desapareció en el vértigo de su propia rabia¹. ¿Qué vas a lograr, ah? Dime, Angélica. Aquí al menos tienes una familia con la que puedes compartir: yo, tú, Vladimir, el Gastón y la mamá. Sé que no nos aguantas mucho, sobre todo al Gastón, pero nosotros hacemos todo lo posible por no molestarte e ignorar tus malas caras. Lo único que tienes que hacer es sacudir los muebles y el espejo, o barrer de vez en cuando, mientras el Gastón se preocupa mantener los cultivos en el baño y yo le doy de comer a la mamá, y desconecto la bacínica de los conductos de debajo de su cama y la limpio sin poner problemas. No sé de qué te quejas tanto, Angélica. Eres una niñita muy linda, no dejes que estas pataletas te hagan parecer una de esas muñecas que el Gastón me derritió en el microondas.

Angélica: (*Ya eufórica*). ¿Pero cómo no me voy a quejar, Lucía? ¿Es que todavía no entiendes que nos vamos a pudrir aquí por culpa del miedo y del egoísmo de este monstruito, al que ustedes insisten en decirle mamá, que no pudo aceptar morir solo? ¿Qué vamos a hacer cuando se nos acaben los diarios, y al Gastón no se le ocurra sacar otra cosa de su enciclopedia escolar para que podamos comer, o cuando descubran que le sacamos el agua al departamento de arriba y vuelvan a cortarla? ¿Qué va a pasar entonces, Lucía? ¿Ah? ¿No sabes? ¡Yo te voy a decir lo que va a pasar!

(*En algún punto el chicle le impide expresar bien su rabia y lo escupe al piso. Lucía suelta a Vladimir para taparse las orejas y decir no, no, no en voz baja mientras sacude la cabeza*).

Angélica: ¡Nos vamos a morir de frío y hambre acurrucados unos contra otros sobre el cadáver de esta vieja y, cuando por fin a los pacos y a la gente que llamamos antes de que ella cortara el teléfono se les ocurra que lo que les dijimos puede haber sido cierto, nos van a encontrar a todos desnutridos, cubiertos de polvo, con los ojos huecos, la nariz hundida, llenos de larvas y gusanos, y de pelusas azules, como esos ratones que encontramos una vez en el lavadero!

¹ Trescientos millones de Roberto Arlt.

(Respira ansiosa, con los ojos desorbitados. Cuando recupera el control, se percata de la presencia del público).

Angélica: ¿Y ustedes qué miran? ¿Qué miran, ah? ¡Qué miran les estoy preguntando!

(Sorprendido, Gastón deja de leer su libro y la mira entre curioso y abstraído. Lucía se arrodilla para recoger su peluche y lo arrulla).

Angélica: ¿Qué les importa, a ver, qué podría importarles a ustedes ver cómo tres hermanos intentan sobrevivir miserablemente encerrados en un departamento que se cae a pedazos contemplando cómo su mamá se muere? ¡Esto pasa todos los días en todos los lugares del mundo! *(Pausa inusualmente reflexiva para Angélica. Después).* Si es que tienen un departamento para estar encerrados. ¡Pero eso no es lo importante! Lo importante es que ustedes no son capaces de salir a la calle y ver con sus propios ojos las brutalidades que pasan todos los días en su propia ciudad, y tienen que venir a satisfacer su morbosidad mirándonos como si esto fuera un espectáculo, algo extraordinario o fantástico, ideado por un pobre hueón ocioso, enfermizo o de muy mal gusto, para entretenerlos a ustedes cuando no se les ocurre nada mejor que hacer en su tiempo libre para cebar su propia soledad y su propia vani—

Gastón: *(Profundo y terrible, alzando los brazos como un director de orquesta o un vampiro)* ¡Ya basta, Angélica! ¡Tú no eres quién para expulsar a los mercaderes del templo! ¡Los caprinos serán vengados tarde o temprano por el Sol de Justicia! *(Bajando los brazos de golpe, como un sacerdote en un sacrificio humano en el momento que pronuncia el nombre del dios).*

¡Telón!

(Telón).

ACTO II

La misma pieza.

Escena I

Madre, Gastón, Lucía y Angélica.

La Madre duerme, a ratos ronca. Lucía está sentada en el piso a la izquierda de la cama, apoyada contra la pared y bajo la ventana, con su peluche en brazos. Gastón lee de pie un libro grande y viejo que está apoyado sobre una silla, pasando las páginas amarillentas y quebradizas con ambas manos y excesivo cuidado.

Angélica está sentada con las piernas cruzadas en la esquina derecha de la cama como si esperara algo, de vez en cuando haciendo globos con el chicle o enredándose en el dedo para volver a metérselo a la boca.

Lucía: *(Al peluche).* Ya, Vladimir, es hora de la siesta. ¿Cómo? ¿No tienes sueño? Pero trata. ¿No quieres dormir? Pobre, debiste quedar asustado con toda la pelotera de recién. ¿No prefieres entonces que la Lucita te cuente un cuento? ¡Claro que sí, mi niño lindo! *(Satisfecha).* Yo sabía. *(Pausa).* Había una vez... *(Breve pausa).* Un conejito de peluche... *(Otra pausa. Luego sorprendida).* ¿Ya te lo sabes? Entonces cuéntamelo tú que yo no tengo idea cómo sigue. ¿Qué? Ah, ya, bueno; pero trata de no interrumpirme, que me desconcentro. Había una vez un conejito de peluche... *(Pausa).* Que vivía en un país en donde Gastón era el rey... *(Recapituladora y muy segura de sí misma).* Eso; sí.

(Disminuye la luz roja de la ventana y se enciende la luz de atrás, esta vez limpiísima, dejando ver un paisaje de colinas de cartones de colores y galletas con cielo despejado y sol. Entra abundante aire fresco ventilando la sala para dar la sensación de amplitud. Sobre las colinas hay algo así como un observatorio de papel aluminio del que salen columnas de humo de distintos colores, dos ríos, uno de pebre y otro de chancaca, y de vez en cuando unas sopaipillas con carita feliz que ruedan por las colinas gritando: “¡Wipi!” A medida que la narración avanza se debe empezar a sentir el aroma de la chancaca caliente con naranja y canela. Alternativamente y mutatis mutandis, podría ser una fábrica de galletas o de muffins, y los ríos, uno de mantequilla y otro de chocolate. Angélica se irá quedando dormida de a poco, encorvándose sobre sí misma primero, despertándose un par de veces con lo cabeceos, hasta caer toda despaturrada en el piso. Gastón continúa su lectura).

Lucía: Éste era un país en donde todo —la ropa, las casas, los árboles y hasta las montañas— estaba hecho de cartones de colores recortados y galletas de navidad. Y todos los habitantes de este país eran peluches. Bueno, todos excepto Gastón y Angélica. Angélica era la mayordoma de palacio, o la sirvienta principal, pero si quería también podía ser la princesa. ¿La mamá? No po’, Vladimir, si ya te he dicho que la mamá no sale en los cuentos; puedes imaginarte que no había nacido todavía, o que se había ido a la playa o no sé. *(Para sí).* Quizás ya se había muerto. Pero ya déjame que te cuente la historia. La cuestión es que este conejito trabajaba en una fábrica de sopaipillas que tenía el rey, de donde salía un río de pebre y otro de chancaca para alimentar a todos los habitantes del país. No po’, Vladimir; obvio que no se mezclaban. Uno era para los peluches y el otro para Gastón y Angélica. Bueno, la cosa es que este conejito era el presidente del sindicato de peluches de la fábrica y también uno de los peluches del rey Gastón. Así que un día, quiero decir una noche, cuando se estaban quedando dormidos, el conejito le preguntó a Gastón que qué pensaba acerca de la revolución que planeaban hacer él con los demás peluches para poder

² Epigrama LXXX del Tao Te King. Termina así: “viajado de un país a otro”.

ver teleseries mientras trabajaban y para que todos, como él y Angélica, pudieran comer sopaipillas pasadas. (*Precipitada y confusa*). Gastón dijo que por él no había ningún problema, que quizá si trabajaran conejos reales en la fábrica a éstos no les gustaría la idea porque no se podrían meter a la lavadora después de llenarse de chancaca, pero que él estaba completamente de acuerdo y que, lo que era más, se uniría a ellos mañana mismo. Y entonces, mientras se dormían, comenzó a recitarle al conejito ese poema que dice: (*Conmovida y con calma*). “Si yo fuera el gobernador de un pequeño estado de pocos habitantes, me gustaría que, aunque las aldeas vecinas estuvieran tan cerca como para oír los cantos de sus gallos y los ladridos de sus perros, la gente muriera de edad muy avanzada sin haber—”.²

(*En ese momento empieza a sonar muy fuertemente una alarma y a brillar una luz roja sobre la cabecera de la cama. El paisaje del fondo desaparece. La Madre y Angélica despiertan asustadas pero se calman de inmediato. Lucía deja su peluche a un lado, se para y mueve una palanca que hay junto a la cama, con lo que se detiene la alarma. Gastón cierra su libro con parsimonia y saca dos frascos grandes de conserva de debajo de la cama. Se dirige hacia la puerta del baño, la abre y de pronto se ve envuelto en una nebulosa luz verde fosforescente en la que desaparece.*)

Angélica: (*Restregándose un ojo con la mano*). Mi cabeza... (*Sin esperar respuesta*). ¿Están seguros de que no hay otra manera...?

(*Lucía toma nuevamente su peluche y se acerca al borde del escenario para dirigirse al público*).

Lucía: (*Débil y cansada*). Ya han pasado casi cuatro meses desde que el doctor vino a ver a la mamá y que nosotros hemos estado cuidándola, como ya le habrán oído decir a Angélica. Ha sido difícil, no se los niego, pero hemos sabido arreglárnoslas entre todos. La comida que había en la despensa no hubiera alcanzado para más de dos semanas en condiciones normales. (*Al peluche*). ¿Verdad que sí? Pero como no hemos tenido que movernos mucho y entre todos decidimos racionarla estrictamente, nos alcanzó para casi un mes. (*Mirando al piso*). Después vinieron unos días horribles, los peores de todos. Nadie pensaba ni hablaba de otra cosa que no fuera de comida, hasta el Vladimir (*Le enseña el peluche al público*). Que no come casi nada. (*Con una sonrisa*). Bueno, todos excepto el Gastón, que nos distraía con sus historias de vez en cuando. A decir verdad, yo apenas tenía fuerzas para hablar y para reír, y menos aún las hubiera tenido para quejarme. Me acuerdo de que estuvimos a punto de comernos los libros que el Gastón guarda debajo de la cama, pero él no nos dejó, dijo que ya se le ocurriría algo. (*Optimista, casi llorando*). Y por suerte que en esos días encontré ese libro sobre las hormigas, si no, no sé qué hubiéramos hecho. Así que, igual que como las hormigas cortan hojas y después las mastican y las escupen en una de las cámaras de su hormiguero para que crezcan hongos, así nosotros tomamos todos los diarios, cuadernos y revistas que habían en la casa, y los masticamos

e hicimos una pila enorme que dejamos reposando en el baño hasta que crecieron los hongos y nos los pudimos comer. Es verdad que no son la exquisitez más grande del mundo, pero después de un tiempo uno se acostumbra. Tienen un gusto a algo así como a pollo frío cubierto con engrudo, pero no es tan terrible como suena. Lo mismo pasó con el agua unas semanas después y tuvimos que hacerle un hoyito a una de las cañerías del departamento de arriba para que goteara y pudiéramos guardar agua en las ollas, en los lavamanos y en la tina. (*Conclusiva*). El gas se nos acabó la semana pasada, pero ya pasó lo peor del invierno, así que no tenemos de qué preocuparnos por ahora, ¿verdad, orejoncito? Y la luz, bueno, no ha sido tan terrible...

(Gastón sale del baño con los dos frascos llenos de hongos y de un líquido verde o amarillo brillante, como tinta de destacadador. Lucía deja su peluche sobre la cama y se los recibe. Gastón se devuelve a cerrar la puerta del baño que quedó abierta. Lucía se acerca al velador y empieza a verter los hongos con una cuchara sobre cuatro platos hondos que hay ahí. Gastón toma uno para sí, le entrega otro a Angélica y se pone a comer el suyo ensimismado frente a la cama y de cara al público. Angélica lo revuelve una y otra vez sin decidirse a probarlo. Lucía empieza a darle de comer a la Madre antes de comerse el suyo).

Lucía: (*Dándole de comer como a una guagua*). Tome, mamá, le va a hacer bien. Sé que no es lo más rico del mundo, pero... Eso, hágalo por mí.

Gastón: (*Masticando lentamente, casi sin darse cuenta de que está comiendo*). Y pensar que estas formas de vida tan primitivas pueden surgir y desarrollarse en el frío y la oscuridad, siempre que haya un poco de humedad y alguna materia, por la cual extenderse y que absorber. Viviendo, simplemente.

(Sin que disminuya mucho la luz roja de la pieza, atrás va a empezar a verse el baño en penumbras, todo cubierto de papel masticado, como si estuviera nevado con algo pegajoso y de colores sucios, con la tina al frente, a la izquierda el wáter, y atrás una gran pila de papel de cerca de un metro de altura. De a poco, van a ir brotando los hongos, delgados, altos y transparentes, irradiando una luz verde fosforescente y, después, liberando esporas como si fueran vapor que brilla del mismo modo).

Gastón: Se nutren y sienten cómo van creciendo, extendiéndose como una redcilla microscópica, haciendo brotar de vez en cuando sus órganos sexuales, pequeños y simpáticos, brillando con su propia luz. (*Cuchareando el plato para ver mejor el aceite*). Con este aceite proteico maravilloso. (*Se queda mirando el plato ensimismado. Después*). Luciferrina, ¡qué nombre más glorioso! Como el espíritu de Dios revoloteando sobre las aguas en las tinieblas...

Lucía: Ésta por el Gastón.

Gastón: Pero ahora que lo pienso, los líquenes crecen en hábitats aún más inhóspitos, como en los desiertos o en el Ártico, o incluso a pleno sol sobre la roca desnuda, o en una isla volcánica recién formada. Son como un solo organismo, el alga y el hongo. Ninguno podría sobrevivir sin el otro en esas condiciones tan extremas; cumplen distintas funciones que se complementan, como dos sistemas distintos, ambas indispensables para la vida. Los hongos están en todas partes, en el océano y los ríos, en todos los seres vivos y muertos, en el aire que respiramos, depositados en nuestros pulmones e intestinos, y para qué decir en los bosques, las montañas y los valles, en la tierra toda. Los siento adentro mío, aletargados, esperando el momento justo para poder crecer, como esas esporas que se meten dentro de los saltamontes o las hormigas, los vuelven locos y luego brotan de su cadáver para pasar a otro insecto de la misma especie, y así en eterno tránsito. *(Dejando de comer, con la cuchara a medio camino)*. ¡Omnipresentes e invisibles! ¡¿Qué es esto si no la ubicuidad?! ¡Y a la vez el parco símbolo de la muerte! *(Pausa. Vuelve en sí y empieza a comer)*. Catalizadores universales de la vida, los únicos que permiten que los desechos inservibles de los demás seres vivos y de los ya muertos puedan volver a formar nueva vida. *(Concesivo y ofendido, tratando que no lo escuchen)*. Además de las bacterias, claro. *(Enojado)*. ¡Pero las bacterias no tienen la magnificencia de los hongos! ¡A la vez gigantescos y microscópicos!

(Del wáter abierto empieza a brotar un hongo enorme con sombrero corrugado, idéntico a una morilla, Morchella esculenta, o una trompeta de la muerte, Craterellus cornucopioides, a gusto de los representantes o del lector, pero de metro y medio de altura).

Gastón: Protaxites debió haber medido unos seis metros de altura, y ahora que lo pienso es probable que sólo fuera la parte visible del hongo, uno de sus órganos sexuales, así como las setas o los anillos de hadas que la gente confunde comúnmente con la totalidad del hongo. *(Desafiante)*. Dejen una fruta o un pedazo de pan al aire libre, o no, mejor: en cualquier rincón de su casa, dentro del refrigerador o debajo de su almohada, y en menos de una o dos semanas va a estar todo atravesado por redcillas microscópicas que lo irán disolviendo lentamente en compuestos simples susceptibles de ser absorbidos por otros organismos diminutos o por las mismas plantas. ¡Recicladores infalibles de la materia orgánica! *(Burlón)*. Aquí los huesos, acá la carne y por allá los pelos. *(Para sí)*. Qué mala broma. En fin... *(Se queda un rato mirando el plato. Luego lo alza, extático)*. ¡Ah! ¡Por fin! ¿Podrá ser? ¿Ese vínculo secreto, el enigma eterno del universo, cifrado aquí, enfrente mío, en este pequeño plato? *(Volviendo en sí)*. No, no. Qué estás pensando. *(Pausa. Mirando al público)*. ¿O sí?

Lucía: Eso, mamá; se está portando muy bien hoy.

(Angélica prueba un poco de su plato, hace una arcada y lo tira al piso esparciendo toda la comida, con lo que desaparece la imagen del baño).

Angélica: ¡No voy a volver a comer esta porquería nunca más! ¡Es un asco, como comer pasteles de caca de vaca y lombrices! Les apuesto que vamos a terminar muriéndonos intoxicados... ¡Podría comer mucho mejor mendigando en la calle! (*Decidida*). ¡Yah! ¡Se acabó esta hueá! ¡Vamos abrirle la guata a esta vieja a ver si encontramos las llaves para que por fin salgamos de aquí! (*Para sí*). ¡Si es que no se han derretido todavía sus entrañas infernales!

Madre: (*Con grandeza de espíritu*). El mundo está muy malo, hijita. Un día vas a entender que todo lo que he hecho lo he hecho por ti. ¿No es verdad, Lucía?

(*Angélica mira ansiosa hacia todos lados. Gastón la mira con curiosidad; Lucía, helada. Finalmente, Angélica toma la silla en la que Gastón apoyaba su libro, y la levanta sobre su cabeza e intenta pegarle a la Madre con ella, pero se le cae para atrás*).

Gastón: (*A Lucía*). ¡El cloroformo!

(*Mientras Angélica vuelve a tomar la silla, Lucía saca un frasco y una toalla del velador, empapa la toalla con el contenido del frasco y se la pasa a Gastón. Éste salta como una araña sobre la espalda de Angélica y le cubre la cara con la toalla. Angélica cae al piso inconsciente*).

Gastón: Vamos a amarrarla.

Lucía: ¿De nuevo? Si sabes que después se pone peor...

Gastón: Hay que hacerlo, no hay otra manera.

Lucía: (*Sincera*). Pobrecita Angélica, parece que nunca va a entender.

(*Amarran a Angélica con una cuerda que hay debajo de la cama y la dejan acostada en el piso con un cojín debajo de la cabeza. Vuelven a comer. La Madre parpadea*).

Gastón: (*Como si nada hubiera pasado*). En las laderas boscosas del monte Adams, en el estado de Washington, encontraron un hongo de seiscientos hectáreas, y que debe tener entre cuatrocientos y mil años de edad. Aunque se cree que hay otros que han vivido mucho más, como los líquenes que hay en el Ártico, que tienen más de cuatro mil años... Pero, ¿qué me dicen estas cifras? Nada; en realidad, nada. Son dimensiones prácticamente inimaginables. ¿A qué podría compararlas sino a la sensación de inabarcabilidad que sentimos al contemplar tendidos el cielo estrellado o al ver desde lo alto de una montaña la inmensidad de la tierra o del océano desaparecer al encontrarse con el cielo? (*A regañadientes*). Aunque algunos insistan en usar trucos sucios como los mapas o los satélites, que al final no dicen nada.

(*Conclusivo*). Son ante todo, cifras inhumanas, y, por lo mismo, insensibles para nosotros. ¿Qué otra cosa pueden ser sino nombres infantiles y ridículos para Dios, la eternidad o el absoluto?

Madre: (*Después de un rato*). Hijos, ¿creen que hoy vaya a venir el amigo de Gastón?

Gastón: (*Un poco molesto*). ¿Cuál, madre?

Madre: Ése del que nos hablaste en la mañana.

Gastón: No sé, madre; es que es bastante impuntual. ¿Por qué? ¿Le gustaría conocerlo?

Madre: No, no particularmente. Sólo me gustaría saber cuál teleserie es la que ve.

Gastón: (*De pronto preocupadísimo, como si cuestionaran los fundamentos de su fe*). ¿Teleserie, madre? No sé... Pero... A ver... (*Se queda pensando angustiado. Luego, sorprendido*). ¿Cómo? (*Intentando convencerse*). No, no puede ser...

Madre: ¿No estará escondido entre esa gente...?

Gastón: (*Después de considerarlo cuidadosamente*). No, madre, no lo creo.

Escena II

Los mismos y el Hombre.

Entra al baño por el lado derecho un hombre desnudo, glorioso y orgulloso como el David de Miguel Ángel, y deja unas ofrendas al hongo gigante al borde del wáter, quizá incienso o unos pocillos con los primeros granos de la cosecha. Después, a medida que el discurso de Gastón avance, los hongos luminiscentes lo irán envolviendo como tentáculos. El Hombre acepta esto inmóvil, con sumiso pavor. La Madre empieza a quedarse dormida.

Gastón: Dios hizo al hombre a su imagen y semejanza, es cierto. Pero sólo en cuanto a su apariencia de bípedo torpe y engreído. Y creó en los hongos, en cambio, la imagen más perfecta de su divinidad, de sus cualidades *a priori* inhumanas. (*De pronto, a la Madre*). Imagínesele, madre, ir expandiéndose como una onda por toda la creación, como un ser vivo que no se mueve, sólo crece; invisible pero compenetrándolo todo: el mar, la tierra, el aire, los animales, los cadáveres, las raíces. Y desde distintos puntos además, porque un solo hongo puede viajar por el agua o por el aire en sus esporas, o incluso dentro del tracto digestivo de cual-

quier animal, un cerdo salvaje o un ave, y empezar a crecer apenas encuentre las condiciones favorables para ello. Y no digo los *hijos* de este hongo, sino el *mismo* hongo, genéticamente idéntico, que se desprende asexualmente de sí para dispersarse por la tierra para cumplir su cometido, que es que la vida siga su curso, a pesar de la muerte, o por sobre la muerte, dar la posibilidad para el movimiento incesante de la vida, más allá de los seres vivos mismos, como su condición o su origen, como una cualidad adquirida de la materia, el de ser el órgano renovador de este organismo del que todos formamos parte y del que no podremos independizarnos ni dominar jamás.

(A estas alturas, el Hombre está casi completamente envuelto por los hongos y cuando ya no puede seguir aceptando su destino empieza a quejarse angustiado como lo haría una mosca en una telaraña hasta caer pataleando sobre la pila de papel masticado o en la tina).

Gastón: Imagínese, madre, sienta cómo toda su piel se le va desprendiendo como las infinitas hifas de un micelio que la pone en contacto con todo el resto de la creación, que la descompone y la reabsorbe, y al mismo tiempo le da todo lo necesario para vivir. ¿Logra sentirlo, madre? ¿Verdad que sí? *(Sorprendido y con los ojos desenfocados)*. ¡Hh! ¡Pero qué veo, madre, qué veo!—

Lucía: Y ésta por... Ya, mamá, después lo escucha, si queda poco. *(Intenta darle otra cucharada pero no puede. Después, al público)*. ¡Ya se quedó dormida!

Escena III

Los mismos menos el Hombre.

Lucía toma un trapero, limpia el piso y guarda la toalla y el frasco de cloroformo. Gastón retoma su lectura.

Lucía: *(De pronto, entusiasta, a Gastón)*. ¡Juguemos a que estamos todos encerrados en un departamento, que habíamos recién almorzado antes de que Angélica se pusiera como loca y que hay que lavar los platos!

(Gastón la mira entre desconcertado y molesto).

Lucía: *(Avergonzada)*. Bueno... *(Pausa incómoda. Se muerde los labios. Después, decidida)* ¡O a que estamos encerrados en un calabozo en el fondo del mar, y un pulpo carnívoro gigante lleno de colmillos en todos sus tentáculos no quiere dejarnos salir!

Gastón: *(Desinteresado)*. ¿Y Vladimir?

Lucía: (*Apuntándolo*). Se quedó dormido mientras amarrábamos a Angélica.

Gastón: (*Maquinador*). Pero que el pulpo sea Angélica.

Lucía: O la mamá...

(*Gastón la mira con desaprobación*).

Lucía: Está bien... (*Entusiasmada, al público*). ¡Si, total, no se va a dar ni cuenta!

Madre: (*Despertando, orgullosa*). ¡Ah, mis hijos!

(*La luz de la pieza se empieza a poner poco a poco de color verde mugre y entra en la sala un olor fresco a algas y mar. Lo que sigue va a ocurrir como en cámara lenta mientras en el fondo se escucha una caja musical y todo suena sordo, con eco y sonidos de abajo del agua. Gastón guarda su libro y se saca el abrigo, queda con sus calzoncillos rotos y los zapatos que más bien parecen gualetas. Después va al armario y saca el casco de una escafandra y un arpón. En tanto, Lucía se pone un chaleco salvavidas y un esnórquel que saca de debajo de las almohadas de la cama y se amarra a Vladimir a la cintura*).

Lucía: (*De pronto, burbujeante*). ¡Y que haya uno de esos castillos hundidos como los que hay en una de las peceras de la tienda de mascotas! ¡Y un galeón encallado en un arrecife de coral y cofres con tesoros escondidos y perlas y conchas gigantes y miles de millones de piedritas de colores!

Gastón: (*Igual, con el casco en las manos*). ¡Y que haya también miles de especies de animales que la ciencia cree legendarias o extintas!

(*De pronto, empiezan a flotar todas las cosas de la pieza: la cama, todo lo que hay debajo de ella, el velador, el armario y hasta Angélica. Atrás aparece un castillo hundido como el que quiere Lucía. Gastón se pone el casco de la escafandra, cuyo tubo de oxígeno nunca alcanza a salir por completo del armario, y se cuelga el arpón al hombro. Lucía se monta en un delfín inflable que acaba de salir de debajo de la cama. Así, ambos empiezan a nadar por el aire, explorando la pieza como si fuera un lugar desconocido y peligroso, descubriendo tesoros, corales, lirios de mar y extrañas especies de crustáceos y otros animales marinos*).

Lucía: (*Tras pisar un lirio de mar, Lamprometra sp*). ¡Mira, Gastón! ¡Son como labios de pestañas! ¡O pestañas de labios!

Gastón: (*Sin haberla oído, al ver una langosta azul, Panulirus versicolor, de medio metro de largo*). ¡Oh!

(*Gastón nada lo más rápido que puede hacia la langosta y la mira fascinado, dando vueltas alrededor*

suyo y anotando cosas en una pequeña libreta. En ese momento empieza a salir muy lentamente del castillo un calamar vampiro, Vampyroteuthis infernalis, inmenso, de dos metros de largo).

Lucía: *(Encontrando un tesoro).* ¡Gastón!

(De a poco, el calamar vampiro va a ir adelantándose hasta salir por la derecha y entrar a la pieza por la puerta del baño. Se queda un rato dando vueltas y después se dirige hacia Lucía. Ésta está fascinada con el tesoro y no percibe su presencia hasta que está encima de ella y su sombra la tapa).

Lucía: *(Muy despacio y asustada, cubriendo a Vladimir:)* Gastón... Gastón...

(El calamar vampiro empieza a cubrirla de a poco. Lucía sigue llamando a Gastón hasta que el calamar la toca y ella pega un grito como de película de terror en blanco y negro. Gastón se da vuelta y, sorprendido, saca el arpón, lo carga y lo apunta hacia el calamar vampiro).

Gastón: ¡Lucía! *(De pronto desconcertado).* ¿Ah? *(Cayendo de golpe al piso, enojado, con voz normal).* ¡Lucía, no cachái nada! *(Señalando al calamar con el arpón mientras mira hacia otro lugar).* ¡Ese bicho apenas mide como treinta centímetros y vive como setecientos metros más abajo!

Lucía: *(Sacando la cabeza entre el saco de tentáculos).* ¿En serio?

Gastón: *(Sacándose el arpón y el casco).* ¡No se puede jugar contigo a los exploradores submarinos! ¡Siempre hacís lo mismo!

Lucía: *(Saliendo).* Pucha, perdón. No tenía idea.

Gastón: Tú vas a tener que limpiar todo ahora.

Lucía: *(Triste).* Está bien... *(Pausa).* Gastón, yo no quería...

(Gastón se seca con una toalla, se coloca su abrigo, se peina cuidadosamente y se pone a leer. Lucía, resignada, va al baño, saca un trapeo y se pone a trapear el piso, mirando de vez en cuando al calamar vampiro que quedó tirado. Se oye a Angélica roncando).

Madre: *(Después de un buen rato).* ¿Qué había que hacer ahora?

Lucía: *(A la mesa de luz, trapeando).* Creo que ya deberían haber apagado las luces...

(Telón).

ACTO III

De nuevo la misma pieza.

Escena I

La Madre y Angélica duermen. Gastón lee invariablemente sin prestar atención a nada de lo que dicen mientras Lucía lava los platos en un recipiente lleno de espuma. Hay un fresco y penetrante olor a detergente o a baño recién aseado.

Angélica: (*Durmiendo, cariñosa, con autoridad*). Ya, apúrense, que van a llegar tarde al colegio de nuevo y me van a atrasar a mí de paso. (*Riéndose*). Pero Gastón, si no tienes por qué peinarte todos los días como si fueras a misa. A ver, pásame esa cuestión.

(Lucía la mira, contenta).

Angélica: (*Satisfecha*). Ahora sí. Quedaste lindo, ¿viste? (*Riéndose*). ¿No te gusta? Bueno, ya, no importa. Pa' la próxima, que ya hay que ir saliendo. Tómame ese vaso de leche rápido, y llévate ese pan que te hice, que ya no alcanzas a comértelo aquí. ¿Alguien ha visto las llaves? No me digan que las escondieron de nuevo. (*Bromista*). O que se las comió el monstruo que vive debajo de la cama del Gastón. ¡Lucía! (*Pausa*). ¡Lucía! (*Pausa. Ya un poco exasperada*). ¡Lucía, ya po'! ¡Hasta cuándo! ¡Estái hace media hora en el baño! ¡Eris la primera en levantarse y la última en estar lista siempre! (*Directiva*). Ahí está tu almuerzo. Sí, sí sé que no te gustan, pero tienes que comerlas una vez a la semana por lo menos, así que nada de mañoseos. (*Sorprendida*). ¡Mira dónde estaban, con los cubiertos! (*Orgullosa*). Además, esta semana me pagan, así que, si se portan bien, el viernes en la noche los puedo invitar al McDonald o al cine, como prefieran. (*Riéndose*). Sí, en serio. Y ya toma tus cosas, que estamos tarde pa' variar. (*Acogedora*). Toma, Gastón, aquí tienes mil pesos para que te compres algo en la tarde, que yo tengo cosas que hacer a la hora de almuerzo y no voy a poder irte a buscar, y vas a tener que esperar a la Lucía, ¿ya? Y usted, señorita, aquí tiene la plata para la micro de esta semana. (*Amenazante pero tierna*). ¡Y pobre de usted que se le vaya a ocurrir gastársela en cigarros de nuevo, ¡¿me oyó?! Ya, vamos, apúrense. ¡Cuidado con las escaleras, Gastón! (*Enojada*). ¡Eres un porfiado! ¡Dame la mano! (*Maliciosa*). Parece que no vamos a ir na' al cine el viernes. Ah, ya po', entonces pórtrate bien. Ah, se me olvidaba, ayer llamó la tía Sandra—no, ya, no importa, crucen ahora, que está en verde. Dame un beso. Qué rico. Ya, chao. Cuídense, nos vemos en la tarde. Chao, chao.

(Pausa larga. Lucía sacude la cabeza, deja de mirarla y sigue lavando los platos).

Angélica: Puta, de nuevo estoy atrasá'. Estos cabros chicos hacen lo que quieren porque saben que no puedo enojarme con ellos por mucho tiempo. (*Somriendo*). Los niños... Aunque la Lucía ya está vuelta una mujercita. Pensar que el otro día la pillé mirándose al espejo cuando— Yo, aquí, perdón. Déme un café y uno de esos sándwiches que salen ahí en el... (*Desconcertada*). ¿Gabriel? Hola, ¿cómo estái? Tanto tiempo, sí. ¿Qué hacís por aquí? Er, sí, tenís razón. Qué pregunta más tonta, ¿verdad? Y dime, ¿qué hai hecho todo este tiempo? Ah, qué buena. Sí, de ésos. Para llevar. Aunque quizá podríamos... Ah, sí, tenís razón, na' que ver. Azúcar. No, está bien así. Gracias. Estoy trabajando de cajera en un supermercado que queda aquí a la vuelta. Sí, el mismo. Quizá un día de éstos podríamos juntarnos a almorzar o... Ah, sí po', obvio, qué tonta. ¡Uy, perdón! ¡¿Te quemé?! ¿En serio? Ay, qué bueno. Me asusté. No sé por qué ando media tiritona últimamente... ¿Qué habíai dicho recién? Ah, cerca de acá, en un edificio que queda cinco cuadras más abajo, con mis hermanos. (*Cambio brusco, emocionada*). ¡Tendríai que ver a la Lucía, Gabriel! ¡Está tan grande! ¡Y al Gastón! (*Pausa. Luego un poco avergonzada*). Verdad que nunca los conociste... (*Pausa*). ¿Estái bien? ¿Te pasa algo? ¿Cómo? (*Complicada*). Ah, lo de esa vez... Mira, esa noche no pude llegar porque... ¿Te acordái de que justo esa tarde el doctor iba a ir a ver a mi mamá a la casa? ¿No? Bueno, la cosa es que fue y... Pucha, sé que es difícil de creer, pero— Es que tampoco pude llamarte. Te juro, Gabriel. Después tampoco. ¿No me crees, verdad? ¿Ah? (*Descorazonada*). ¿Cuánto dijiste? Aquí. No, gracias a ti. Bueno, chao. Supongo que nos vemos. ¿Vai a estar aquí mañana en la mañana? Ah, bueno. Hablemos entonces. ¿Me llamas tú o te llamo yo? Sí, mejor. Ya po', que estés bien. Chao. (*Pausa. Después enojada*). ¡Ah! ¡Tonta, tonta, tonta! (*Pausa larga. Lucía termina de lavar los platos, los seca y los ordena con calma. Después guarda el recipiente con espuma en el baño*).

Angélica: (*Despertando*). Puta la hueá... No otra vez...

(*Angélica se retuerce como un gusano para tratar de alcanzar el chicle que está a unos quince centímetros de su boca*).

Angélica: Lucía, ¿no querríai pasarme mi chicle?

(*Pausa. Lucía finge no haberla escuchado*).

Angélica: Tú cachái po', pa' que no se me atrofien los músculos de la mandíbula, que con la pelotera no alcancé a comer casi na'.

(*Lucía se para y la mira algo displicente*).

Angélica: (*Apuntando con la lengua*). Está aquí, mira, enfrente mío.

(Lucía va, lo recoge y, cuando se lo pone en la boca, Angélica le muerde el dedo).

Lucía: ¡Ay!

Angélica: *(Riéndose).* Pa' que aprendái po', pendeja tonta. *(Muy seria).* Ahora suéltame.

Lucía: *(Chupándose el dedo mientras se devuelve).* No, eres una tonta...

(Lucía se queda parada un rato mirando el piso con rabia).

Angélica: ¡Lucía! Más te vale hacerme caso, si no...

(Tras hacer un gesto de desprecio, Lucía va al velador y saca unas revistas de publicidad, un bloc de notas, unas tijeras y un estífix. Después se sienta en el piso bajo la ventana, y deja las cosas entre sus piernas abiertas y a Vladimir enfrente suyo).

Angélica: ¡Lucía, te estoy hablando!

Lucía: *(Ignorándola).* Ya, Vladimir. Vamos a hacerle un regalo al Gastón, que está de cumpleaños la semana que viene. Toma. *(Le pasa una revista).* Busca algo que quieras regalarle. ¿Yo? No estoy muy segura todavía, pero creo que quizá un microscopio o uno de esos amuletos incas que están de moda ahora, si es que no se han agotado. *(Pausa).* Pero pensándolo un poco quizás lo mejor sea que le regale algo que le sirva más ahora, como unos calzoncillos nuevos o unos lápices para pintar. *(Retándolo, cariñosa).* ¡No! ¿Cómo se te ocurre, Vladimir? Lo que encuentres te lo voy a tener que recortar yo porque estas tijeras son muy peligrosas para cualquier conejito de peluche, y sobre todo para uno tan chiquitito como tú. Imagínate te cortas las orejas. No, ni pensarlo.

(Hojea las revistas un rato).

Lucía: ¡Ih! ¡Mira lo que encontré!
(Se pone a recortar algo ansiosa, a tijeretazos).

Angélica: Oye, ¿por qué está de nuevo todo el piso mojado? No me digan que estuvieron otra vez jugando a los exploradores submarinos y al castillito en el mar...

Lucía: *(Recortando).* Shh, Angélica. Di lo que quieras, pero más despacio, que la mamá está durmiendo.

Angélica: ¡No puedo creerlo! ¡Estos pendejos van a volverme local!

(Angélica empieza a revolcarse en el piso, pataleando y gritando de rabia).

Lucía: Ya cállate. *(Al peluche).* Vladimir, no le hagas caso, siempre se pone así cuando la amarramos.

Angélica: *(Conciliadora).* Lucía, ¿por qué no ayudas a tu hermana con estas cuerdas, a ver si por fin hacemos algo para poder salir de aquí, comer algo decente y vivir como la gente normal? *(Pausa larga. Después suplicante).* ¡Ya, Lucía, por favor! ¡Deja de recortar y pegar tus paraísos artificiales como si todavía estuvieras en el jardín o como si fueras uno de esos niños que no pueden despegarse del computador! *(Sin poder seguir fingiendo).* ¡Mira cómo estamos sobreviviendo apenas! ¡Date cuenta de que esto no puede seguir así! En cualquier momento va a morir uno de nosotros, y ahí te quiero ver si vai a seguir tan contenta recortando hueás con tu peluche...

Lucía: *(Conteniendo su rabia mientras recorta).* Eres una tonta, una amargada...

Angélica: *(Gritando).* ¡Ya deja ese conejo maricón y date cuenta de que si seguís así vai a terminar igual que la mamá! ¡O peor!

Lucía: *(Alzando la voz y mirándola por primera vez).* ¡Nada que ver! *(Al peluche, tensa).* No le hagas caso, es una histérica. Sigue buscando un regalo para el Gastón. *(Vuelve a recortar).*

Angélica: Sí, vai a terminar vieja, con el pelo blanco y encorvada en una mecedora, hablándole a un peluche descocido y con un ojo colgando, con las tetas secas y arrugadas, el cuerpo cayéndose a pedazos como a una monja, sin haber salido jamás de tu casa ni haber conocido nada del mundo, sin siquiera tener la más vaga idea de lo que significa estar viva, ¿y a eso le llamas felicidad?

Lucía: *(Mientras deja las tijeras a un lado, gritando).* ¡Tú no entiendes nada!

Angélica: ¿Ah no?

Lucía: *(De pie, furiosa).* ¡No, Angélica! Tú no entiendes nada, porque, en el fondo, eres igual a la mamá en todo lo que le criticas. Sólo te preocupan tus propios deseos y tus ambiciones mezquinas. *(Apretando los puños y los dientes).* Y lo peor de todo es que no te das cuenta... ¡No te das cuenta, Angélica! ¿No ves que con tu odio has terminado siendo exactamente todo lo que has condenado en tu vida? Y por eso no eres capaz de aceptar las cosas como son y de así vivir lo mejor que puedas con nosotros dentro de lo que bien o mal nos ha tocado. *(Breve pausa meneado la cabeza en signo de reprobación. Luego rotunda y terrible, como Dios en el Juicio*

Final). Tú nunca vas a poder ser libre, Angélica. Si pudieras, finalmente, a pesar de todo, salir de aquí y empezar a hacer las cosas que crees que te harán feliz, terminarías volviéndote sin darte cuenta la esclava de tus propios caprichos, de tus aspiraciones imposibles y tus sueños frustrados. Nunca vas a poder ser feliz, aquí o en cualquier otra parte, porque no sabes aceptar la realidad. Y la realidad nunca, óyeme bien Angélica, ¡la realidad nunca va a ser lo que queremos! Y creer lo contrario, hermanita, ¡eso sí que sería ingenuo, eso sí que sería vivir en un mundo de fantasía!

Angélica: (*Remedándola*). Ñaña, ñaña, ñá... ¿Ya terminaste? Bueno, entonces suéltame antes de que...

(*Con un gesto de desprecio Lucía deja de prestarle atención y se pone a pegar sus recortes en el bloc de notas*).

Lucía: (*Después de un rato, al peluche, fingiendo inseguridad*). ¿Una lavadora de platos? (*Riéndose*). No, si está bien, mi niño. Era una broma. (*Lo toma y lo besa en la mejilla*). Estoy segura de que le va a encantar, ¡si es preciosa!

Angélica: ¡Lucía!

Madre: (*Despertando*). ¡Ah, qué bueno que estamos todos juntos en familia! ¡No hay nada mejor que morirse con la gente que uno más quiere! ¡Y dejar todos de una vez este mundo de sufrimientos e injusticias en un gesto de amor!

Lucía: Ya, apúrate, Vladimir, que en un ratito va a empezar la teleserie. ¿Entonces estás seguro? (*Tomando una revista*). Ya, pásamelo.

Angélica: (*Rindiéndose*). ¡Ash!

Madre: (*Molesta*). ¿Es que nadie oyó lo que acabo de decir?

Gastón: Yo sí, madre.

Madre: Bueno, ¿y qué piensas?

Gastón: Que, según lo que usted dice, y Lucía, no sé si Angélica, el mundo debería ser como un tornillo.

Madre: ¿Como un tornillo?

Gastón: Sí, verá, según su concepción, el mundo, o el universo, se le presenta

primero al individuo como algo plano o sin profundidad, como la cabeza de un tornillo mirada de frente, da lo mismo la forma que tenga, en cuyo centro hay grabado un símbolo: una línea, una cruz, una estrella o cualquier otra cosa que le haga sentido. No estoy hablando de la forma espacial efectiva que pueda tener el mundo o el universo, sino del modo en que lo experimentamos. Por eso, no digo que el espiral cósmico tenga algo así como la cabeza de un tornillo, sino que cuando uno está entrando en él pareciera que tuviera como una de esas tapas de aluminio que traen las margarinas o los yogures. Entonces, llegado el momento, el individuo se da cuenta de que detrás o debajo de este símbolo y de él mismo, o quizá atravesándolos, hay un brillante y casi imperceptible filo que se enrosca sobre sí mismo, y se va encogiéndose y concentrando de a poco hasta desaparecer en algo así como la punta de un tornillo. Esta punta no es otra cosa que un punto como cualquier otro de la espiral cósmica, pero que justamente al converger en él todos los demás puntos es también algo así como la cifra de todo el universo, su principio y su fin, algo que tenemos que suponer que está en el espacio únicamente para poder pensar en él. Como la singularidad un hoyo negro. O la punta de un tornillo, que se va tragando todo el tornillo sin meterlo en ninguna parte y sin estar él precisamente en ninguna parte tampoco.

Madre: (*Cansada y sin mucho interés*). ¿Pero qué puede tener que ver todo esto con lo que yo acababa de decir?

Gastón: Que nosotros estamos en este preciso momento en el último tramo de la espiral, entrando en su horizonte de sucesos, a punto de llegar a la punta y desaparecer ahí y de este modo volver unimos sin quererlo a la totalidad de lo existente. (*Para sí, levantando las cejas*). O gracias a usted, más bien dicho. (*Mirando a sus hermanas*). Ante la inminencia de lo cual cada uno ha tratado de resolver las cosas lo mejor que puede. O no. No sé, de esto último no estoy muy seguro, pero no creo que nadie trate de terminar mal a propósito. (*Volteándose hacia ella*). La cosa es que la punta del tornillo, el fin y el origen invisible de todo lo que existe están justamente ahí, en la cama en que usted está acostada, a la altura de su ombligo. ¿Es que no lo ve, madre?

Lucía: ¡Ya está casi listo, Vladimir!

Madre: Me cuesta imaginármelo. ¡Es que es todo tan abstracto!

Gastón: A ver, piénselo así. (*Con los ojos brillando*). Dios es el tornillo, quiero decir su forma y sus cualidades, las fuerzas que lo rigen, su incesante movimiento de auto-destrucción y regeneración, algo así como la naturaleza en la materia y la energía sin ser ella propiamente la materia o la energía. Algunos, los más incrédulos, incluso llegaron a afirmar que el movimiento de la espiral era solamente una cuestión

de perspectiva, algo así como lo del movimiento de la tierra. Pero lo cierto es que el tornillo se mueve y no se mueve al mismo tiempo, se enrosca y comprime eternamente sobre sí mismo y desaparece y, sin embargo, permanece intacto. Si no, sólo mírelo.

(Gastón saca un tornillo de un bolsillo de su abrigo y se lo pasa a la Madre. Ésta lo examina con ambas manos).

Madre: *(Después de un rato, haciendo que el tornillo pase rodando de una mano a otra).* ¡Pero si tienes razón! ¡Se va enroscando y achicando hasta desaparecer, y sin embargo, sigue aquí intacto en mis manos!

Gastón: Es lo que trataba de decirle. El problema con la imagen del tornillo es que el movimiento puede invertirse sin que el tornillo sufra ningún trastorno, siendo que el movimiento de la espiral cósmica no puede ser detenido ni invertirse sino en el día en que todo se acabe. Por eso es que algunos prefieren la imagen de la lavadora o el trompo, pero éstas plantean sus propios problemas, a veces incluso mayores.

Madre: *(Sin dejar de jugar con el tornillo).* Ah, ya veo.

(Después de un rato se pone el tornillo en el ombligo).

Angélica: ¿Por qué mejor no se lo mete por el...?

(La Madre mira al público y parpadea. Lucía termina de hacer el regalo para Gastón, mira alegre a su hermano y va a esconderlo en el velador. Después se sienta en el piso con Vladimir sobre las piernas. Gastón vuelve a leer).

Lucía: ¿Qué crees que vaya a pasar hoy, Vladimir? *(Fingiendo interés).* Mh, ¿en serio? Ah. Es que no me acuerdo cómo terminó la semana pasada.

(Pausa larga).

Gastón: *(Para sí, cavilante).* Aunque podría ser que la espiral tuviera ambos movimientos al mismo tiempo... Quiero decir que fuera dos espirales que convergen en el mismo punto, entrelazadas, una que iría hacia él, y otra que emergería de él, como dos tornillos superpuestos, cuyas cabezas calzarían de vez en cuando desde nuestra perspectiva, como el sol y la luna en un eclipse... Y la inversión de la que hablo sería entonces la inversión de ambas espirales, un cambio de polaridad en el universo, no su fin, sino el principio de otro orden...

(Pausa larga).

Gastón: Oye, Lucía.

Lucía: ¿Qué, Gastón?

Gastón: *(Aséptico).* ¿Qué hiciste al final con ese “calamar vampiro”?

Lucía: Lo dejé en el baño.

Gastón: Ah.

(Vuelve a leer. Pausa larga).

Madre: Anda, Gastón, léenos un pasaje a mí y a tus hermanas antes de que empiece la teleserie al lado y nos pongamos a escucharla.

Lucía: *(Expectante).* Sí, Gastón, sí. Di que sí. Hace tiempo que no nos lees nada. *(Al peluche).* ¿No cierto?

Gastón: ¿Está segura madre? ¿No está muy cansada? ¿No la molesto?

Madre: No, para nada; por favor.

Gastón: Está bien.

(Se pone a hojear el libro grande que está sobre la silla).

Angélica: ¿No podrían soltarme un rato?

(Lucía mira a la Madre).

Angélica: Es que ya me duelen mucho las muñecas.

Madre: *(Como venciendo a sí misma).* Está bien. *(A Lucía).* Suéltala, hija.

(Lucía, un poco titubeante, va y desata a Angélica).

Gastón: *(Después de haber hojeado largamente, y haberse decidido, se limpia la garganta y lee, dramático).* “Las dos bestias. Me paré sobre la arena del mar, y vi subir del mar una bestia que tenía siete cabezas y diez cuernos; y en sus cuernos diez diademas; y sobre

sus cabezas, un nombre blasfemo. Y la bestia que vi era semejante a un leopardo, y sus pies como de oso, y su boca como boca de león. Y el dragón le dio su poder y su trono, y grande autoridad. Vi una de sus cabezas como herida de muerte, pero su herida mortal fue sanada; y se maravilló toda la tierra en pos de la bestia, y adoraron al dragón que había dado autoridad a la bestia, y adoraron a la bestia, diciendo: ¿Quién como la bestia, y quién podrá—.”

Angélica: *(Gritando)*. ¡Ah! ¡Ya! ¡Hasta cuándo!

(Descontrolada, le quita la biblia a Gastón, se precipita hacia la ventana y la tira violentamente hacia afuera. Toma a Gastón del cuello de su chaqueta y lo acerca a la ventana mostrándole lo que hay abajo).

Angélica: ¡Eso mismo te va a pasar a vo’ si no te quedái callao de una buena vez! ¿Te quedó claro?

Gastón: *(Pasmado, con miedo)*. Sí, sí, Angélica.

Angélica: *(A Lucía, tratando de quitarle el peluche)*. ¡Y tú ya pásame ese conejo culiao! ¡Vamos a cortarla con el hueveo!

(Deja caer a Gastón al piso y él queda gateando tiritón en busca de sus anteojos).

Lucía: *(Tirando del peluche con ambas manos)*. ¡No!

Madre: ¡Angélica!

Angélica: ¡Dámelo te dije!

Madre: ¡Angélica, esto ya es demasiado!

Angélica: *(A la Madre)*. ¡Y tú quédate callado, sapo mórbido e inválido, que si no te corto esa papada seca y peluda que te cuelga hasta las tetas y la dejo ahumándose arriba de la estufa a ver si comemos algo de comida por fin!

Madre: Te aguanto que a mí me trates así, Angélica, ¡pero a tus hermanos! ¡Esto no va a quedar así!

Angélica: Ay, sí, mira cómo tiemblo. *(Pasa sí:)* ¡Vieja estúpida!

Gastón: *(Lanzándose sobre ella con un uslero que acaba de sacar de debajo de la cama)*. ¡Angélica!

Angélica: (*Pateándolo*). Tú sale, pendejo estúpido.

(*Gastón cae de espaldas, se golpea en la nuca con el borde de la cama y queda en el piso inconsciente*).

Lucía: (*Soltando su peluche para ir a ayudar a Gastón*). ¡Gastón!

(*Angélica tira el peluche de Lucía por la ventana, toma el uslero que cayó al piso, y se lanza sobre la cama para golpear a la Madre*).

Angélica: ¡Ahora vai a ver vieja de mierda!

Madre: ¡Ah! ¡No! ¡Auxilio! ¡Gastón! ¡Lucía!

Lucía: ¡Gastón! ¡Gastón! ¡Despierta! ¡Haz algo! (*Al público, suplicante*). ¡Hagan algo! (*Quebrándose y tapándose la cara*). ¡Hagan algo, por favor!

Angélica: (*Golpeando brutalmente a la Madre, que grita*). ¡Toma! ¡Toma! ¡Toma! ¡Ahora me las vai pagar todas juntas vieja reculíá'!

Lucía: (*Sorprendida de sí misma*) ¡El cloroformo!

(*Lucía va nuevamente hacia al velador, saca la toalla empapada con cloroformo y se la pone en la boca a Angélica, que cae inconsciente de la cama*).

Lucía: Mamá... ¿Mamá, está bien?

(*Va a buscar un poco de agua y le moja la cara con un trapo húmedo*).

Madre: (*Despertando*). ¿Ah? ¿Qué?

(*Se pone a llorar*).

Lucía: Ya, ya, si está todo bien. No pasó nada. No pasó nada.

(*La Madre sigue sollozando un rato. Lucía toma a Gastón en brazos y lo acuesta a los pies de la cama. Le limpia la cara y una herida que tiene en la cabeza. Gastón recobra la consciencia*).

Lucía: Duerme, chiquito, ya está todo bien.

(*Gastón se duerme. Lucía ata nuevamente a Angélica. Luego esconde el uslero y la toalla con cloroformo. De pronto, se queda mirando a Angélica*).

Lucía: *(Dándole una patada).* ¡Eres una tonta!

(Empieza a oscurecer y se escucha que la televisión del departamento de al lado empieza a dar una teleserie. Lucía mira desconcertada a su alrededor. De pronto, queda helada. Gira lentamente la cabeza hacia la ventana, como si fuera a ver algo espantoso. Luego se acerca muy despacio, con miedo. Se asoma y mira para abajo).

Lucía: Vladimir...

(Telón).



XV

Muestra de
Dramaturgia
Nacional

Somalia

Álvaro Carmona

Ganador categoría Autores Noveles

Es actor egresado de la Escuela Teatro Imagen, Licenciado en Actuación de la Universidad de las Américas, tiene un Postítulo en Actuación en la Universidad Católica de Santiago, y estudios de Pedagogía Teatral en la Universidad Pedro de Valdivia. Además ha participado en el taller de guiones de Canal 13. En el año 2003 funda la compañía La Matiné, con la cual ha desarrollado diversas presentaciones y montajes, vinculándose así con la dramaturgia y la representación escénica.

Personajes

Hombre en Coma

Enfermera

Hombre infectado

Hombre desinfectando

Buggas

Diente Rojo

Adowe Osman Alí

Un cura rezando

Un Mercenario

Secuestrado

Mujer Obsesiva

Cirujano Falso

Renato

El hombre que creó un virus

La Prostituta Bipolar

Liberado

Escena I

El Esqueleto: Exhumación N° 1.

Breves pensamientos para entender las cosas.

Desencantado de la vida, antes y después de ser un cadáver.

La vida ya está muerta, eso es un hecho.

No tengo garras ni colmillos, estoy en desventaja. No puedo ya defenderme.

La idea es encontrar un cedazo, una madeja que desenredar, un punto de partida o un punto de giro.

Un pretexto para decir algo, para mirar las cosas de nuevo.

Invertir las posiciones, alternar los recovecos donde se aloja la existencia.

La existencia con su progresión, con sus tramas, conflictos centrales y desenlaces.

Para reconstituir la escena. Para indagar en el conflicto humano, la problemática.

Argumentalmente hablando, desconozco mis motivos, creo no querer ni necesitar nada.

El agua de la lluvia me refresca, el sol volatiliza las cosas.

Es una presencia dialéctica, un purgatorio de presencias, de recuerdos y de acciones irreflexivas.

Me dijeron desde niño, no seas un cliché, busca la originalidad, se tú, siempre tú.

Era un cliché angustiado, era un cliché deprimido, un cliché sobreactuado.

Instalarse en el mundo, tener una parada.

Posicionarse en el espacio, y encontrar un idioma.

Decodificar y descifrar los mensajes para poder mirar con perspectiva, en un mundo donde las trayectorias están inevitablemente cruzadas.

Aunque no quieras, inevitablemente encontramos nexos, vínculos, ligazones, correspondencias y choques entre las cosas. La indolencia es reflejo condicionado, provocado por la sobreexposición a estímulos. Desidia, apatía, impedimento, aislamiento, alienación.

La socialización humana es una mierda, las relaciones humanas son una pérdida de tiempo.

No puedes amar, si te odias a ti mismo, no se puede amar si odias a tu pareja. No se puede amar.

Por qué detrás de tu disfraz se esconde un animal herido, un niño lastimado.

Alguien trágico o tragicómico.

Una persona golpeada y fracturada.

Una persona, fastidiada.

Aburrida y cansada.

Detente.

Respira, inhala, expulsa.

Suspéndete.

La vida es una deconstrucción, mis huesitos son una evidencia de eso.

Las familias se deconstruyen. Mis padres se deconstruyeron, ni hablar mis abuelos y sus abuelos.

La ciudad se deconstruyó, paulatinamente todo se irá deconstruyendo, en algún momento todo estará deconstruido.

¿Quieren saber como morí?, más adelante lo sabrán.

Eso no es lo importante, lo importante es encontrar un metalenguaje.

Eso es, tener miles y miles de excusas y argumentar.

Inteligentes coartadas, y todo tipo de subterfugios para referenciar algo. Para contar algo, para mirar el estado de las cosas. Para ir y venir.

Mis huesos son testimoniales.

Aunque nunca he entendido para qué se exhuman los huesos, ni para que se disecan los animales.

Otra cosa es hablar con los muertos, sí, sí, eso es otra cosa.

Es verdad, los huesos son democráticos, en los huesos rige el principio de igualdad, existe la igualdad y la justicia social.

Pero no tengo lágrimas para llorar, ni para secar, ni emociones que enfrentar.

Voz para cantar.

Esperar, esperar. Un montoncito de huesos.

Tal vez centrar mi atención en otra cosa.

Para contar algo, para mirar el estado de las cosas.

Para salir de mí.

Aunque hoy está todo muy raro.

Escena II

Una persona que cree ser escuchada pero no es así.

Hombre en Coma: Mi mente se cierra y se abre, viaja y se va. Quiero ver como quedé, como quedó mi hígado después del trasplante, hace tiempo que no me muevo,

las personas le tienen pánico a lo estático, les desespera. Es mentira que es difícil olvidar, yo fui olvidado. ¿Dónde hay un espejo?, ¿dónde están las esperanzas y las alegrías?, ¿dónde? No me hago problemas, escucho la tele, la radio, etc., después el infinito y nada más. La medicina hace milagros, la medicina prolonga la vida.

Enfermera: Es la hora de limpiarse, señor.

Hombre: Estoy lleno de inquietudes, necesidades, que deben ser resueltas.

Enfermera: Vamos por los brazos. ¿Cómo dormiste?, pórtate bien.

Hombre: No he dormido nada, estoy ansioso ¿es mejor ser malo o bueno?

Enfermera: Por acá jabón...

Hombre: Los días fatales son sólo para algunos, ¿verdad? A mí no me toca.

Enfermera: Bien, muy bien, pero qué pesado.

Hombre: ¿Ganar, triunfar?, ¿por qué hoy estoy divagando?, son las típicas preguntas. El sí o el no. Me tocó triunfar, ¿salvarme verdad?

Enfermera: No se ponga tenso, relájese.

Hombre: ¿Por qué me grita?, ¿estoy muy preguntón? Llorar o aguantar, mantenerse o derrumbarse. Basta, quiero ver las cosas positivamente. Es tremendamente impersonal la salud pública.

Enfermera: ¿Qué pasa por que estás tan rígido hoy?

Hombre: ¿No crees que todo esto es muy impersonal, indirecto y un poco cruel? ¿Suerte o mala suerte? ¿El destino está escrito? ¿Qué piensas de la tristeza? ¿Y de la ansiedad? ¿Por qué no me sacan estos tubos, la tristeza y la ansiedad?

Enfermera: Ya, ayúdame a lavarte, colabora por favor.

Hombre: ¿Porqué unos sí y otros no?, esa es la pregunta, ¿porqué unos sí y otros no? Yo me encargué de destruir mi hígado, con una disciplina asombrosa e inevitable.

Enfermera: No respondes a los estímulos, sigue tu siesta, después te veo.

Hombre: Tú no respondes a mis estímulos, ¿qué pasa?, ¿algo no salió bien?, ¿algún estúpido imprevisto?, ¿te vas por un rato corto o un rato largo?

Enfermera: Esta sección es tranquila, silenciosa, sacrificada y rutinaria, ellos parecen muertos pero no lo son, ¿por qué sé que no están muertos? No lo sé bien, la respiración, el corazón, un hálito, un vaho, un soplo, un aliento, un pálido de vivo no de muerto. ¿Para qué sirve la vida?, si ellos sufren yo me encargo, lo peor es el sufrimiento, siempre quise escapar del sufrimiento, pero no pude, pero eso no significa que no ayude a los otros a escapar del dolor. El hospital prefiere que se vayan rápido, porque es un costo innecesario, que sale caro, la línea se pone delgada y al final se corta.

(Se va la enfermera, el hombre en coma está en coma total).

Enfermera: Buenos días, ¿cómo estas?, estuvimos hablando de ti. *(Hombre no se mueve)*, no lo tomes a mal, estoy experimentando contigo, sobre qué necesitas para que sea placentero, dulce. Discúlpame por favor, a mí siempre me dijeron que cumpliría mi deber. A veces creo que me quisieras decir algo, tus ojos brillan, pero hoy no, estás silencioso, estás tranquilo, y rendido, no creas que no me da pena, pero la piel se curte con el tiempo, llevó mucho tiempo siendo enfermera, en este hospital de mala muerte, perdón es solo una expresión, no me refiero a ti. Rechazaste el hígado, y todo se complicó. Soy sincera: es lo mejor para ti, ya llevas demasiado tiempo acá, será menos doloroso, evitemos el sufrimiento ya.

Escena III

Un hombre con una especie de traje de astronauta está desinfectando a otro.

Hombre desinfectando: Este es un procedimiento de rutina, no te preocupes.

Hombre infectado: ¿Qué ocurre?

Hombre desinfectando: Ocurren tantas cosas por segundo en este mundo.

Hombre infectado: ¿Y a mí qué me pasó?, ¿qué me ocurrió?

Hombre desinfectando: Es una desinfección, un procedimiento de rutina, de los cientos que le hacemos a todos.

Hombre infectado: No te creo nada, sé que mientes.

Hombre desinfectando: Sucede algo, pero no estoy autorizado para dar información, no puedo violar el código de confidencialidad, la máquina indica algo preocupante, alarmante. Todo indica que eres un factor inminente de riesgo.

Hombre infectado: ¿Qué pasa?

Hombre desinfectando: Eres una amenaza viral, yo diría letal.

Hombre infectado: ¿Qué?

Hombre desinfectando: Estás contagiado del propio virus que creaste, era una posibilidad, son gajes del oficio, pero tu trabajo lo has hecho muy bien, debes estar orgulloso.

Hombre infectado: ¿Qué va a pasar conmigo?

Hombre desinfectando: Estarás en cuarentena, aislado, recluido, exiliado, se prueba el antídoto, y si todo sale bien, vuelves a trabajar.

Hombre infectado: ¿Y si el antídoto no funciona?

Hombre desinfectando: Entonces creaste un virus sin cura, un arma de destrucción masiva, pero no te podemos curar, y se nos podría escapar de las manos.

Hombre infectado: Se supone que yo estaba bacteriológicamente inmunizado.

Hombre desinfectando: No somos infalibles.

Hombre infectado: Dijiste que existía una posibilidad, ¿ustedes sabían que me podía contagiar?, o ¿ustedes sabían que me iba a contagiar?

Hombre desinfectando: El protocolo me impide revelar detalles de cómo funciona la organización central, puede haber sido un lamentable accidente, y según las probabilidades, un posible error humano, un fatídico error humano, los humanos siempre fallamos, ¿te has dado cuenta?

Hombre infectado: Quiero ir al baño.

Hombre desinfectando: Tienes que esperar, tengo que confirmar la noticia, cuánto vas a soportar, parece que no mucho, y después ver el poder de fuego, sembrarlo y cosecharlo por los campos que queramos.

Hombre infectado: ¿Estás contento?, van a morir cientos de miles.

Hombre desinfectando: En la dinámica del poder, no hay espacio para el dolor, no me digas que no lo sabías, tú fuiste el creador, el hombre se hizo dios.

Hombre infectado: Me voy de acá.

Hombre desinfectando: No hagas estupideces.

Hombre infectado: Ahhhhh.

Hombre desinfectando: Si lo haces de nuevo, te pongo más voltaje, vas a parecer un cometa electrocutado, te has convertido en una amenaza para la sociedad, los estamos protegiendo de ti.

Hombre infectado: Quiero ver a mi familia.

Hombre desinfectando: Los puedes contagiar, en este punto me resulta casi imposible garantizar algo.

Hombre infectado: Un abogado.

Hombre desinfectando: La ley nos faculta para aislarte y excluirte de todo. Así que descansa ahora, no sabemos cuánta fuerza tiene este virus, puede ser mucha, tal vez exterminadora, parece mortífero, pernicioso, eso lo hiciste bien pero, se insubordinó. Te dejo, ten paciencia, ten fuerza.

Hombre infectado: Un virus para el planeta, una enfermedad novedosa, que llevará a hacer un medicamento y su cura, tanta gente que eliminar. Hacer homicidios masivos, homicidios topográficos, topocidios, gigantocidios. He hecho mi trabajo con profesionalismo, con rigor, para manipular las cosas.

Es una trampa, caí en una trampa, las trampas siempre son burdas, los complots que se interponen en las existencias, detrás de todo lo que sucede, siempre hay una mano negra que mueve todo, para aprovecharse, de la señoras, de los empleados, de los drogadictos, de los incrédulos, de los tontos, de los inteligentes, de todos. Es una cadena inimaginable.

De verdad soy un buen hombre, no merezco este fin, solo me dejé llevar por la corriente, los días pasan tan rápido, es la vorágine, el tiempo pasa más rápido que antes, no se puede desperdiciar la vida, tenía que hacerlo, el futuro no es alentador, el futuro no existe, lo sé mejor que nadie. Me cuesta respirar, este virus tiene un comportamiento agresivo, viene creado así, el mensaje es muy claro: mata, destruye,

termina rápido con todo. Ahhh, es un virus invasivo, tan cruel como la existencia, va a asolar las costas de África, exterminar, reducir la población, topocidios, homicidios geográficos, a la población diezmarla, enloquecerla, cualquier país, Kenia, Somalia, Pakistán, o cualquier lugar donde haya que hacerlo. Tienen que tener cuidado, tengan cuidado al respirar, al comer, al beber es una cepa única.

Escena IV

Una cuestión global.

Un barco de piratas Somali, en algún lugar del océano índigo, navega, analizando los próximos movimientos a realizar.

Buggas: Condiciones de hoy: mar hondo, marea fisurada, vientos que agrietan la piel. Temperatura: calor seco que reseca. Qué sucio está todo, qué sucio es el abandono. Ahí van los lobos y los tiburones acorazados, acechando con sus banderitas afiladas de algún país la soberanía de las aguas, desafiantes, provocadores. El mar escucha nuestro sufrimiento, el mar escucha a nuestro pueblo. Hoy día nuestro pueblo tiene que comer piedras y aire, nuestra gente es comida por insectos. El viento despelleja la piel, nos cubre la arena, el sol quema sobre nuestra miseria, y la sequía interminable de nuestra desdicha nos transforma poco a poco en larvas, a esta agua llega la mierda del mundo, la fétida historia del mundo. El mar ultrajado se ve despejado, solamente pedimos dinero y mercancías, nada más, queremos no tener que matar a nadie, ¿está bien?

Diente Rojo: El mar está picado y confundido, no salgamos hoy.

Buggas: El mar es lo único que está a nuestro favor....

Diente Rojo: Hoy no, tengo un mal presentimiento...

Buggas: ¿Un mal presentimiento?

Adowe Osman Alí: ¿Qué pasa, Rojo, tienes miedo?

Diente Rojo: No, un mal presentimiento, es un mal presentimiento nada más...

Buggas: ¿Qué puede salir peor que esta catástrofe humanitaria? ¿Qué puede ser peor que respirar, beber, asolearse de basura radioactiva? ¿Qué puede ser peor que ser esqueletos condenados a deambular por el desierto?

Diente Rojo: Probablemente nada, queremos vivir, ¿no?, es un sonido, un ruido que no cesa, punzante, agudo.

Buggas: No te confundas, Rojo, ese ruido es el zumbido del mar, cuando tus pies vuelvan al continente, y el vaivén se detenga, y sientas de nuevo este presente sin futuro, se te va a quitar. No empieces con tus estupideces.

Diente Rojo: Es diferente, está en el corazón, en mi cabeza, en el alma negra...en el alma de los negros.

Buggas: No me interesa, ¿qué alma negra?, ¿corazón?, ya te dije, es el vaivén del mar. No me gustan las conversaciones que muestran debilidad.

Adowe Osman Alí: Rojo, no olvides que ya estás acostumbrado, tal vez solo estás cansado.

Diente Rojo: ¿Por qué nosotros?, ¿por qué nosotros?

Adowe Osman Alí: Solo dios sabe....

Buggas: ¿Qué dios?, si dios estuviera con nosotros..., el único que está con nosotros es el mar, todos están contra nosotros, todos son nuestros enemigos.

Adowe Osman Alí: Nuestro dios está siendo vencido, ese es el problema, pero nuestro dios sí nos quiere, nuestro dios nos ama.

Buggas: Porque no se dejan de hablar estupideces, ¿ves Rojo? Estás llamando a la mala suerte y sembrando dudas sobre el mar. Nunca subestimes el poder del mar, no subestimes al mar.

Diente Rojo: Quiero escapar de la mala suerte.

Buggas: Anda, el mundo te quiere conocer, quieren ayudarte a tener una vida, una casa, una familia. El mundo quiere saber de dónde vienes, cómo es tu cultura, y cuál es el baile típico de tu nación, el mundo para nosotros es estrecho, como el ojal de un alfiler, como el cañón de este rifle.

Diente Rojo: Dijimos que no mataríamos a nadie, no teníamos que matar a ese estadounidense. Habían pagado el rescate.

Adowe Osman Alí: El tipo tenía tripas, corazón, sangre ¡primer mundistas!, tenía

que comer lo que comemos todos, tenía que aprender a hidratarse con el agua tibia y color café que le dábamos.

Buggas: No es nuestra culpa que haya muerto, no tenemos la culpa que haya enfermado, no quiero sentimentalismos baratos, ya te dije que no me gustan los sentimentalismos baratos, no me gusta la debilidad.

Diente Rojo: Querían más dinero... lo podrían haber dejado y listo, en un bote, navegar por el océano, libre, que meditara y que diera explicaciones de lo que hacemos.

Buggas: Entonces quién se aprovecha de ellos.

Diente Rojo: Ya está, nos desprendemos rápido, no nos localizan.

Adowe Osman Alí: Nosotros somos piratas, dios nos protege, es su decisión, él nos perdona.

Buggas: Y sigues con lo de dios...esto es una guerra, es la dignidad y punto...

Escena V

El suicido de la sociedad.

Un cura rezando: Y en este hermoso día, hoy estoy ante ti, agradeciendo tu perdón nuevamente por mis pecados, camino por la fe, siempre a la espera de tu encuentro, tratando de ser fiel. Me has dado tantas recompensas, nunca me cansaré de agradecerte, sintiéndome en ese estado de gracia, dispuesto siempre a recorrer los senderos que dispones.

Es impresionante, cuanta imperfección hay hoy en día. Tenemos que dominarnos, controlar la animalidad, avanzar en el camino de la moral, ir a paso firme, conociéndonos, observando ese grado de oscuridad que tiene toda criatura. En mi servicio misericordioso escuchaba cosas terribles, la carne es tan débil, impulsiva. Somos como fieras, algo nos lleva a cometer actos, acciones, errores, malas decisiones. Ese minuto, al que todos nos enfrentamos. Fallamos en las grandes pruebas que nos pones por delante, después no podemos volver atrás, nos pasa a todos, a todas las ovejas y corderos de tu obediente rebaño.

Yo ahora frente a tu infinita grandeza y bondad, acepto tus nuevas oportunidades: has decidido enviarme a África, a Somalia, a ese pobre e incómodo país, tan alejado de mis costumbres, mi trabajo y mi área vocacional.

Esperaba otra cosa a mi edad, una recompensa a mi dedicación, por servir, por

dar tanto de mí. Mi deber es ahora estar con los más desposeídos de la tierra, que más te puedo decir, ¿cómo será el agua que beberé?, ¿cómo serán los olores de un grupo humano tan diferente?, ¿me acostumbraré a sus costumbres?, ¿les tendré que dar la mano?, ¿abrazarlos?, deben andar descalzos por la tierra, semi-desnudos. Me preocupan mis necesidades básicas, comer, dormir, respirar, vivir la soledad. ¿Cómo el destino hace eso conmigo?

Yo iba a vivir de tu gloria eternamente, me haces convivir con la miseria, con esa cara del mal. A mis años, este purgatorio, internarme al corazón del dolor. No he sido yo el que pecó.

Escucho voces, mi dios, tengo sueños perturbadores, ¿qué puedo hacer para tener tu paz?

Escena VI

Un Mercenario: No me mires de cerca, no se te ocurra mirarme a los ojos, estoy repleto de balas, me apresto a cazar, inmovilizo, desangro, desnucó al oponente, estoy al servicio de una empresa internacional de seguridad, no soy un soldado, soy un cazador, que se ampara en tratados internacionales, en convenciones y acuerdos ocultos. Tengo licencia para matar en cualquier continente, soy el que destruye sobre lo destruido, me asomo entre las ruinas, no ofrezco soluciones, ofrezco salidas, así suenan las salidas (*ruido de balas*). Hay que dominar la superficie, hacerse invisible y atacar, así el ser humano domina a otro ser humano.

Las cosas no me dan asco, las cosas se resuelven en el momento, se zanja el que aguanta, aguanta. Siempre fui bueno para esto, ser asesino a sueldo es respetado, tengo semillas, déjame despuntarlas, tengo municiones déjame detonarlas.

Ser asesino es una profesión rentable, ser asesino la lleva. He conocido gente importante, los que juegan con el mundo, con el globo terráqueo. Me miran con respeto, yo lo sé, ellos saben que hago el trabajo de ellos, interpreto sus ideas, le doy forma a su odio, coloreo la violencia a chispazos con mis bengalas, cumplo sus sueños. Me tienen fe. Hay una guerra mundial allá y nadie lo sabe.

Me siento invencible, estoy tan conforme con mi vida, estoy enamorado, viajo por el mundo, tengo dinero, le mando plata a mis viejitos, ayudo a los imbéciles de mis hermanos, cuando estoy de vacaciones veo tele, duermo y estoy con mi pierna. Ella es bonita, yo la tengo como reina, le compré un plasma, un DVD, le paso plata para que esté arreglada, bonita, ella me soporta. Es tan difícil que alguien te aguante como eres, con tus defectos, tus olores, tus cosas.

A ella no le gusta hablar de lo que hago, dice que le dan malas vibras, que hasta se deprime, ella se pone así melancólica, yo la saco a pasear, la llevo al mall, le cuelgo una joyita y se calma. La mujer ya no es la misma de antes, ha cambiado mucho, eso me descoloca, me cambia el esquema, yo trato de tenerle paciencia

¿Con quién me encontraré hoy?, un beduino, un chiíta, un somalí, un alto personero, un jeque, al que aniquilar. Echo de menos a mi pollita, a ella le gusta el reggae-tón, yo escucho a John Lennon, Led Zepelin, Hendrix, ella no me dice nada.

Lo que no le gusta son mis amigos, dice que todos tienen la mirada perdida, que no miran a los ojos. Ella dice que yo tampoco miro a los ojos, con mis amigos nos emborrachamos y eructamos. Una vez ella me retó frente a ellos, y yo la reduje, tuve que aplicar un procedimiento que se usaba en la contra para reducir mujeres, lo hice para que supiera quién es el que manda, tenía que demostrar quién domina. Al día siguiente, no me hablaba ni una sílaba, se iba a ir, entonces ¡qué no le compré!, y me perdonó. Ahora se quiere operar una parte de su cuerpecito, yo le dije que fuera a uno barato, sí. Nos vamos a cambiar de casa, a la que ella quiere, en un lindo barrio.

Escena VII

En algún lugar del Océano, Diente Rojo busca solucionar una situación compleja.

Diente Rojo: El inflexible Capitán Buggas me hace callar y me manda a conducir el barco, yo insisto en que volvamos a la costa y nos tomemos el día, pero Buggas se molesta y forcejeamos. Yo no me dejo golpear por nadie, Osman Alí evita que la pelea siga, Buggas dispara al aire varias veces, lo que asusta a un cautivo secuestrado que estaba adentro del barco. Éste intenta escapar, lanzándose al mar, Buggas me manda a rescatarlo en una lancha.

En las planicies costeras se ve un barco extraño en actitud sospechosa, entonces me abandonan en medio del mar, mientras busco al que se lanzó. Hay una extraña neblina que me hace sentir que estaba predestinado para vivir este momento, una extraña familiaridad, un extraño *deja vu*, o simplemente son los efectos de la adrenalina en mi sistema nervioso.

Secuestrado: ¿Vamos a la costa?

Diente Rojo: No entiendo, no quiero hablar contigo.

Secuestrado: Los van a agarrar.

Diente Rojo: No comprendo nada de lo que dices, percibo solamente tu miedo, huelo en ti tu miedo, el miedo está en todos lados.

Secuestrado: Me van a rescatar, reconstruiré mi vida, comenzaré de cero. Todos tenemos ese poder, el ser humano es poderoso, puede resistir mucho, imagínate un feto en el vientre materno, luchando por su vida. Voy a volver a nacer.

Diente Rojo: Te salvé la vida y no te quedas callado. Ese barco me inquieta, me perturba, no llevaba bandera, se movía con rapidez, hay tipos merodeando, barcos repletos de mercenarios del mundo, aves de carroña con sed de sangre, de carne. El mar hace dibujos oscilantes, mi presente se rebasa de incertidumbre. Escucho el silbido otra vez, ese silbido punzante que separa una dimensión de la otra, la vida y la muerte, esas fuerzas siempre encontrándose. La neblina quiere decirme algo, me voy a agazapar en las rocas.

Secuestrado: Esas fueron balas, suenan como fuegos artificiales, pero no creo que nadie esté encendiendo fuegos artificiales, es el sonido universal de la violencia.

Diente Rojo: Acá estamos a salvo, he comido poco, tengo sueño, tengo hambre, estoy cansado de todo, de vivir, de ser somalí. Si me hubiera tocado nacer en otro tiempo, en otro espacio, hubiese dormido más tiempo. Quiero dormir el resto de mi vida, no quiero pensar más en lo que me tocó vivir, quiero mi casa. ¿No te da sueño esa neblina?

El Mar se pone rojo, rojo encarnizado y brutal, la marea hace que el bote se meza, me caigo de sueño.

Diente Rojo duerme, se escuchan ráfagas de bala.

Escena VIII

Divagaciones para dejar un cuerpo.

El hombre en coma: Los juegos hacen la vida, al final la vida es un juego. Si no jugáramos a algo, no tendríamos nada más que hacer, si no jugáramos a algo, no tendríamos que perder, no habría nada que perder, si no juegas, estás fuera.

Hay alguna forma de saber porqué las cosas suceden, el que crea saberlo, el que crea que el mundo debe ser como él cree tiene sobre sí una muralla, en su estructura de carácter. Al final de todo esto, ¿cuál es la tesis?, ¿de qué se trata esto? Me doy vueltas sobre lo mismo. Voy a derrochar la vida, me voy a lanzar, y hacerme mierda.

Pero siempre falta algo.

Yo me siento en deuda, siempre estuve en deuda. Quería hablar contigo y nunca pasó, dije que lo iba a decir y nunca lo dije, creí que me iba a quedar solo y me quedé. Tenía tantas frases que nunca dije.

Quiero decidir, déjame decidir, decidir algo de mi destino. El destino es una ruleta rusa. Quedamos helados, cuando algo cambia la vida para siempre, y nada es igual, cuando una llamada cambia todo, nada es igual, quedamos en *shock*, cuando la vida cambia para siempre, y nada es igual.

Hay que tener alma de payaso, desfigurarse a carcajadas para no sufrir, tener una percepción subjetiva a través de la risa, aprender a no sufrir sin volverte un monstruo, aprender a no sufrir sin desarrollar un rictus, aprender a no sufrir, sin volverse una mala persona.

El problema de todo está en la reproducción, nos reproducimos desafortunadamente, nos esparcimos por el mundo. Propongo una metamorfosis dialéctica, alquímica, que revuelva los arquetipos, invierta los sentidos, y le dé una estúpida y satisfactoria respuesta a las almas que transitan por el mundo, entre existencia y existencia. Propongo una gran castración química, un aborto o un suicidio colectivo.

¿Qué forma tiene el alma? ¿Qué forma tiene?

Mi tiempo se acaba, voy a partir, lo presiento, esa enfermera me quiere matar, lo veo en su cara, pero yo no controlo la situación. Los que van a morir te saludan, los que se van de este mundo, te saludan, todos vamos a morir, no tengo control sobre la jodida situación.

Enfermera: Angelito, buenos días, ¿estás respondiendo al tratamiento?, cada día que pasa te acercas a tu final. Estoy tan feliz de ayudarte, hoy vamos a aumentar la dosis, tómalo como un regalo, hoy es un día especial, no son muchos los días especiales en la vida, no me acuerdo ya de algún día especial, y eso que la medicina ha avanzado tanto en esto de precipitar las cosas. Pero hoy es un día especial.

Tengo una sobrina, no directa, que su mamá, hija de una amiga de mi abuela, que se casó con un caballero, que después murió, y se fueron a vivir cerca de donde vivió mi mamá, cuando yo era chiquitita, en la calle donde ahora está un supermercado, de esos hipermercados que hacen tan feos.

Ella se casó con un caballero que era marino, que ahora maneja barcos por el mundo, con tanta mala suerte que justo estos piratas desgraciados, raptaran su barco. Allá por Somalia, creo, esos países están tan maleados, oiga, y eso del terrorismo, gente que se matan entre sí porque sí. El mundo está muy loco. Te voy a poner otra inyección, ¿estás cansadito?, falta poquito ya. Pórtate bien, tú has salido más difícil que los demás, no pueden ser todos iguales.

Con esta platita extra que me está dando el hospital, por el buen rendimiento de los recursos, me voy a comprar un televisor plasma digital, con esto nuevo de la tele, que son más canales, también unas cremas antiarrugas, y la otra platita la voy a donar, para estar tranquila con mi conciencia. No sé si adoptar un niño a distancia, o dar plata a este país donde los niños se mueren de hambre. No quiero comprometerme con un niño adoptado, ¿y si me lo mandan para acá?, me tendré que encargar de él. Mejor doy plata para que les compren comida a esos niños huérfanos con hambre. ¿Qué está pasando?, ¿por qué no te mueres de una vez? Discúlpame, soltar a veces no es fácil.

Te sigo contando de esta sobrina, entonces, su marido qué está raptado, por allá en un mar lejano, el barco donde estaba fue atacado y no se sabe de él. Qué mala suerte,

ese caballero, tuvo tanta, pero tanta mala suerte, y eso que es un santo ese hombre. Tú no puedes decir que has tenido mala suerte, yo te he cuidado, hemos hecho un nido de amor, me he preocupado de ti, he atendido tus problemas. Ahora tú sé bueno conmigo, haz que sea fácil, dulce, liviano, placentero, eso es, muy bien, ¿viste que podías desprenderte de ti? Ahora eres libre, te elevas y te alejas, este momento me emociona, deseo irme y no sentir, más que mal fui yo quién... Me voy, la otra enfermera, la del otro turno te va a encontrar, y se encargará de tus restos mortales, voy a hacer eso que te dije de la donación, y ya no te veo más, adiós.

Escena IX

La obsesión está en el cuerpo, obedece a tu cuerpo.

Una mujer obsesiva en una clínica estética de mala muerte.

Mujer Obsesiva: ¿Me garantiza un buen resultado?

Cirujano Falso: La verdad, en este momento usted me toma por sorpresa, no la puedo atender.

Mujer Obsesiva: Llevo días llamándolos, ¿qué se cree?, ¿que me puede hacer esperar?

Cirujano Falso: Estamos en un mal momento.

Mujer Obsesiva: Quiero un presupuesto.

Cirujano Falso: Usted no me entiende, no estamos operativos.

Mujer Obsesiva: ¿Operativos es que no operan?

Cirujano Falso: Digamos que sí. ¿No le interesa un tratamiento dental?

Mujer Obsesiva: ¿Cómo un tratamiento dental? Quiero transformarme, usted es cirujano.

Cirujano Falso: Estamos cambiando de giro, por eso le ofrecía una promoción.

Mujer Obsesiva: Quiero alcanzar el siguiente nivel de perfección, alcanzar la plenitud pero de adentro hacia fuera, sin maquetearse. Un nuevo concepto en evolución.

Cirujano Falso: Que bello, lamentablemente no puedo cumplir tan noble y magnánimo fin.

Mujer Obsesiva: Dígame cuánto y pagaré, quiero estar completamente nueva y me escaparé, tengo derecho a reinventarme ¿Ha escuchado esa palabra?

Cirujano Falso: Claro, podemos conversar en otra parte.

Mujer Obsesiva: ¿Está nervioso?, ¿qué le pasa?

Cirujano Falso: Como le dije, no estamos en un buen momento.

Mujer Obsesiva: ¿No te excito acaso?, ¡Te excito!, yo sé que te excito.

Cirujano Falso: Sí, es muy bella, al mismo tiempo que la miro, me imagino qué esculpir, modelar y tallar en usted.

Mujer Obsesiva: Verdad, mi cuerpo puede ser una obra de arte.

Cirujano Falso: ¿A quién le ofrece su cuerpo?, ¿A quién se lo regaló? ¿Tiene marido?

Mujer Obsesiva: Sí, pero no se lo regalo se lo presto.

Cirujano Falso: ¿Y qué es, un banquero, un empresario?

Mujer Obsesiva: No precisamente.

Cirujano Falso: ¿Te da una buena vida?

Mujer Obsesiva: No me puedo quejar.

Cirujano Falso: ¿Y qué hace él?

Mujer Obsesiva: Es un mercenario, muy bueno en lo que hace.

Cirujano Falso: Que interesante oficio. Todos tenemos nuestra vocación.

Mujer Obsesiva: Sin duda. Volviendo a mi tema, quiero una lipoescultura, y un retoque facial, e inyectarme un poco de botox, quiero un retoque como la de la foto.

Cirujano Falso: Jennifer López...

Mujer Obsesiva: Jennifer López, pero con mi estilo, con mi onda.

Cirujano Falso: Claro, bueno, creo que en otra oportunidad será.

Mujer Obsesiva: Tú no te mueves a ninguna parte. *(Saca una pistola).*

Cirujano Falso: Yo creo que tú necesitas otra cosa. Ayuda psicológica. Pastillas, medicación.

Mujer Obsesiva: Ah sí, ¿y tú crees que no me di cuenta que eres un charlatán, un chanta?

Cirujano Falso: ¿Por qué no te vas a un cirujano de verdad?

Mujer Obsesiva: Porque eres accesible a mi bolsillo.

Cirujano Falso: Me estoy escapando. ¿No te habías dado cuenta?

Mujer Obsesiva: Noté algo, pero yo tengo mis propios problemas, me preocupo de mí, ¿ya?

Cirujano Falso: Estoy escapando, con la poca plata que me queda, mi socio no sabe nada, va a llegar acá, se va a encontrar con que me fui y una orden de detención por negligencias médicas. ¿Quieres que te opere?

Mujer Obsesiva: Si es a un precio razonable, que me deje lista para irme, hay que arriesgarse, confío en ti, tú miras a los ojos, eso me gusta.

Cirujano Falso: Va a llegar Investigaciones, ¿esa arma ha matado a alguien?

Mujer Obsesiva: No lo sé, es de mi marido.

Cirujano Falso: Mejor nos vamos, tú eres una mujer hermosa y materialista, que te vales de tu físico para construir las relaciones, con suerte y mucho sexo, encontrarás las personas indicadas, llevarás una vida feliz o aceptable. En cambio yo soy un impostor, que tengo que idear una nueva vida, otro comienzo, ocultando las otras cosas que ya había comenzado, y tuve que dejar. Disculpándome que me haya metido en tu vida privada, me despido.

Mujer Obsesiva: ¿Sabes operar?

Cirujano Falso: Sí, algo sé, estuve tres años en la Universidad.

Mujer Obsesiva: Ya lo sé, escapemos juntos, vámonos, ¿No te gusto o acaso eres...?

Cirujano Falso: No, no, no, me pareces atractiva, aunque puedes mejorar. Evolucionar. ¿Y tu marido?

Mujer Obsesiva: Lo quiero dejar, me aburrí, me aburrí de sus prácticas, de sus manos, de su olor, de su vida. Dejó plata para operarme, le voy a sacar toda la plata a sus tarjetas, hasta que las bloquee. Yo te mantengo y me vas esculpiendo poco a poco.

Cirujano Falso: Qué bien, me dedicaría a lo que más me gusta hacer, la escultura humana. Esculpir sobre la dermis.

Mujer Obsesiva: Eso sí, seremos fugitivos para siempre. A mi marido no creo que le agrade.

Cirujano Falso: Cambiemos nuestras identidades, nuestras caras.

Mujer Obsesiva: Es justo lo que estaba buscando.

Cirujano Falso: Tenemos un proyecto de vida.

Mujer Obsesiva: Un proyecto de vida en común, dame un beso. Que mágico.

Cirujano Falso: Que labios tan sabrosos, conozco una crema para hacer relucir el colágeno, sacarle brillo.

Mujer Obsesiva: Dime todo sobre el busto, el cutis, todos los secretos de la piel, y por favor, no se te ocurra llamarme pollita.

Escena X

El suicidio de la sociedad II.

Cura: Esa voces me siguen a todos lados, dios, dame tregua.

Renato: ¿Hola padre como está?

Cura: Pero qué sorpresa, ¿cómo llegaste?, no te escuché.

Renato: No me escuchó porque estaba llorando.

Cura: ¿Quién, yo?

Renato: Sí, usted.

Cura: Quizás me dio un poco de nostalgia y me emocioné, pero nada más.

Renato: No creo que sea por eso.

Cura: Sí, te digo que es eso. Me voy a Somalía.

Renato: Qué desconcertante, pero no me interesa, usted sabe a lo que vengo.

Cura: La verdad no lo sé, desde que dejaste los hábitos, no he sabido nada de ti. ¿Que ha pasado?

Renato: Yo no dejé nada.

Cura: De un momento a otro te rendiste, no tenías vocación.

Renato: ¿En qué mundo vives?, pensaste que podías hacer lo que se te diera la gana, creíste que siempre te iban a proteger. Las cosas no se olvidan, alguien siempre va a acordarse, mientras tu red de protección se desmorona. Un imperio cae, un régimen cae, un asesino es descubierto, no ibas a resbalarte, no siempre se puede, lo lamento.

Cura: Si hablas de esas cosas, ya quedaron atrás. Ahora me preocupo del futuro, la institución confía en mí. Me libero de lo malo, me sacudo todo lo oscuro y pienso siempre en el bien, las labores del señor a uno lo tienen tan ocupado, que me siento en paz. Cuéntame, ¿por qué te fuiste?

Renato: Yo no me fui, me suicidé.

Cura: Ah, esa decisión tuya nunca la compartí, pero era evidente tu debilidad y flaqueza espiritual.

Renato: Asqueroso, te revuelcas en tu mierda, cagaste familias, vidas, no puedes vivir. Asqueroso.

Cura: Lo sobrellevo, créeme, no es fácil para mí.

Renato: Para mí tampoco. Los detalles, te los puedes imaginar. Te tengo una solución, tal vez justa, haz lo mismo que yo, mádate.

Cura: ¿Qué? ¡Hablas con un odio! ¡Tienes tanto odio, eso es tan malo para el espíritu!

Renato: Estás hasta las patas, se viene una investigación. ¿Prefieres morir en ese país, Somalía?

Cura: Siempre he querido morir en mi tierra. Amo mi tierra.

Renato: Entonces anda y hazlo, viejo estúpido, una vida como la tuya no merece existir más, existir para ti es podrirse.

Cura: Si tú supieras cuánto sufro en las noches, en las madrugadas, es espeluznante.

Renato: No me interesa, en la oficina, cuélgate, ahora, aprovecha que no hay nadie, hazlo ahora, no lo pienses, no tienes que pensarlo. Hazlo, hazlo, hazlo, hazlo, hazlo, hazlo, hazlo, hazlo.

Cura: Renato, ¿dónde estás? Renato, voy caminando a esa oficina qué me dices, cierro con llave, voy lleno de culpa, uso una ropa cualquiera, voy, rezo, ahora, lo voy a hacer. Me cuelgo, me asfixio, se acabó, ya no respiro, me persigno por última vez, el aliento extinguido, solo soy un cadáver, un simple cadáver, un cadáver para siempre.

Escena XI

El hombre en coma transformándose en osamentas: Y la maquineta sonó y sonó, con el sonido que avisa que llegó la muerte.

Se abren las puertas inter-dimensionales. Ese sonido continuo, y aquí estoy. Seré huesos, fósiles, pedacitos de mí.

Y no había ni oráculos, ni cartas, ni talismanes.

Solamente es el ser arrojado a su destino, un ciclo tortuoso e interminable, hasta que todo se descompone.

La desilusión extingue el instinto de sobrevivencia y deseo de conservación.

Un acto de sobrevivencia, una lucha para no morir, para no desaparecer. ¿Dónde están las campanas?, ¿en qué consiste este proceso?, quería registrarlo minuciosamente, solamente veo la penumbra, la penumbra.

Esa enfermera me dio a probar la cicuta del hospital, y yo morí sin decir ni pío. ¿Quién va a reclamarme? Esto no puede quedar así. Morí sin decir una palabra. Como gente muere, gente nace, un círculo de turnos.

No moví un dedo, a mi favor puedo decir que todas las muertes son poéticas, a mi favor puedo decir que todas las muertes son patéticas.

Otro ser humano se ha ido y a nadie le importa, un ser humano ha muerto, da lo mismo quién fue, sin besos, sin flores de despedidas. Hay que tener coraje para vivir, sobre todo cuando te meten en un cajón. ¿Con quién me voy a topar? Está todo dicho, a lo hecho pecho, volvería a nacer de nuevo, volvería a morir de nuevo. Volvería, hasta resucitaría.

Los que van a morir te saludan, saludos de un hombre anónimo.

Escena XII

En un escondite en unos arrecifes están el secuestrado y Diente Rojo.

Diente Rojo: Qué buena siesta, pude descansar, no recuerdo nada, el barco, mi gente, ¿dónde están? vamos a buscar el barco, ah tú, quiero deshacerme de ti, de una vez. (*Grita unos sonidos*).

Van a responder, ¿cómo se te ocurre lanzarte al mar?, yo suelo ser el más bueno en estas cosas. Yo tengo un buen corazón, pero hoy no es mi día. Ser pirata me pone de mal humor. Necesito vacaciones, estoy estresado, ¿entendiste?, así que disculpa si te trato mal, disculpa el maltrato. Esta situación me descoloca, estoy inquieto, la vida tiene días complicados, la suma de días complicados, dan tiempos complicados, este es un día muy complicado. Quiero fumar, calmar la angustia, beber licor, será bueno que me mueva, estoy indeciso. Maldita espera, fue esa neblina la que me adormeció. Buggas, Osman..., huelo sangre en el mar, no quiero encontrarme con la huella de la sangre, ellos son unos zorros profesionales, no van a morir torpemente. Emerge, barco, brota del mar, aparece sigiloso entre los arrecifes, escúrrete entre las piedras. Nace del horizonte. Cae del cielo.

Secuestrado: Cómo pierdes tu tiempo, ¿No te acuerdas de la neblina? Ahhh, esa neblina teñida, espesa y que daban náuseas. Tienes mala memoria.

Diente Rojo: No estás autorizado a hablar, te dije que estaba de mal humor.

Secuestrado: Estás preocupado, eso es lo que pasa, ya sabes el desenlace de esta historia, pero no quieres darte cuenta.

Diente Rojo: ¿Qué tiene la neblina?, aquí todos los días son así borrosos, acalorados, impredecibles.

Secuestrado: Cuando cayó la neblina comenzó todo.

Diente Rojo: En las costas de Somalía el mar hierve, como una caldera. En las costas de Somalía se cruzan muchas líneas del mundo, es el vertedero del mundo, se hace un nudo ciego. En las costas en una parte de la neblina se refleja un mundo desahuciado, se forma un remolino, el proyecto humano abortado.

A las costas de Somalía van a parar los desperdicios de todos, de la humanidad, donde los más grandes, se cagan, se mean, se violan el mar, toda la basura del mundo, ves la basura del primer mundo, naufraga en este mar, acá están los despojos de la humanidad. Mi problema es básico, no filosófico. Nosotros éramos pescadores, vivíamos del mar. Tengo hambre, ¿entiendes?, tengo hambre, tengo sed, tengo mucha sed. El que niega el agua, niega la vida, el que niega los pueblos, niega la vida en el planeta. El problema de ustedes es un problema animal, quieren más, siempre quieren más.

Escena XIII

La amenaza bacteriológica.

El hombre infectado: Había que hacer un nuevo virus para el mundo. Y este tenía que expandirse por superficies de miles de kilómetros cuadrados, alcanzando unas 50 personas por kilómetro como mínimo. Eso hubiera sido, un resultado aceptable y rentable económicamente. Pero se volvió contra mí, se rebeló, qué ironía dramática, el primero en contagiarse de este virus fui yo mismo.

Mi hoja de ruta es el paradigma científico, el método de análisis e investigación, los microscopios, y el pensamiento frío y desconectado de las emociones. El hemisferio izquierdo domina gran parte de mis actos. Ahora espero un antídoto, soy revisado, manoseado constantemente, pasé a ser yo el estudiado, el caso de análisis. Me convertí en una rata de laboratorio, soy una triste rata de laboratorio humano, excluida, alejada de todo, profesionalmente humillada, excluida. Una rata de laboratorio no mira el futuro. No se lo permitimos.

Escena XIV

La Prostituta Bipolar.

El hombre que creó un virus: Hay que celebrar, hoy es el día más feliz de mi vida.

La Prostituta Bipolar: Te quedan 30 minutos y no has hecho nada.

El hombre que creó un virus: No importa, tenía que hablar con alguien, tanto tiempo encerrado en el laboratorio. Con seres que no hablan nada.

La Prostituta Bipolar: Pareces una persona retraída.

El hombre que creó un virus: Soy una persona estudiosa y metódica, que cumple paso a paso sus metas, por eso avanzo. Me voy a casar, voy a tener una familia, la madre de mis hijos lo hará vía cesárea, es el método más efectivo.

La Prostituta Bipolar: Qué proyectado. Yo estoy adaptada totalmente para no reproducirme.

El hombre que creó un virus: Todo se planifica, todo se calcula, se cuantifica, para tener dominada la situación, el objeto y sujeto. Controlar socialmente, a los habitantes.

La Prostituta Bipolar: Tienes algo perverso, tú.

El hombre que creó un virus: Y tú algo desequilibrado.

La Prostituta Bipolar: ¿Qué?

El hombre que creó un virus: Nada.no importa.

La Prostituta Bipolar: ¿Con cuánta gente siniestra me habré acostado?

El hombre que creó un virus: Hay cosas más siniestras que fabricar un virus.

La Prostituta Bipolar: ¿Qué?, ¿eso estás celebrando?, ¿qué?, ¿qué?

El hombre que creó un virus: Tú empezaste con la palabra siniestro, que absurdo malentendido. ¿Qué te pasa? ¿Puedes dejar de gritar y llorar?, te pido que hagas tu trabajo.

La Prostituta Bipolar: Ya terminó la hora, y yo no trabajo para ti, tu vienes porque me necesitas y me pagas por eso, mi plata. Es que todo está tan mal, y tú me dices que creaste un virus. Estoy harta de toda la maldad, la enfermedad y el egoísmo que hay en el mundo, y tú me sales con eso.

El hombre que creó un virus: Está bien, pero, ¿te puedes calmar un poco? Tranquila, era una broma, solo estoy celebrando, di el pie de mi departamento.

La Prostituta Bipolar: Es que tengo un trastorno de personalidad, disculpa.

El hombre que creó un virus: Era previsible. ¿No te has cuestionado tu trabajo alguna vez?

La Prostituta Bipolar: Sí, miles de veces. ¿Qué pasa?, ¿me encuentras una mala prostituta?, ahhh, no sirvo para nada, para nada. No, soy una inútil del sexo, ni del placer.

El hombre que creó un virus: Cálmate, cálmate, cabe la posibilidad que no te guste lo que haces. Solo estamos conversando

La Prostituta Bipolar: ¿Qué onda? Me estás analizando huevón. ¿Qué es esto, un psicoanálisis barato?, ¿me estás mirando en menos? Claro que lo he pensado. ¿Crees que tengo muchas opciones? ¿Acaso es muy fácil educarse? ¿Qué onda loco, qué te pasa? ¿Qué te tengo que estar contando mi vida? No te atrevas a mirar más adentro de mí, geniecito, porque no sabes con que te puedes encontrar.

El hombre que creó un virus: Creo que comprendí la idea. Tu plata, quédate con el vuelto.

Prostituta: Gracias, qué amable de tu parte, es muy lindo, qué generoso. Gracias.

El hombre que creó un virus se acuesta un poco desconcertado, luego empieza a sentirse extraño, comienza a toser y enfermarse vertiginosamente, y se transforma en el hombre infectado.

Escena XV

Desencuentros cotidianos.

La Enfermera: Hoy me sentí tan extraña que comí como una bestia, después compré en el mall, me sentí un poco mejor, pero después se me quitó. Hoy supe una noticia terrible, se quitó la vida un cura, sí, un representante de dios en la tierra. Me sentí tan mal. Qué solo se debe haber sentido ese hombre para hacer eso. Solo dios da la vida y solo dios la quita, en algunos casos, todo tiene excepciones, por supuesto. Estoy confundida, quiero un poco de claridad, tranquilidad. Hago demasiadas cosas en el día, me gustaría salir a alguna parte.

La Prostituta Bipolar: Mamá, hola, tanto tiempo. ¿Donas plata a Somalía?

La Enfermera: Claro que sí, hago muchas cosas buenas. Tú debes venir a limpiar tu conciencia.

La Prostituta Bipolar: Esto me da alegría, me reconforta, mamá.

La Enfermera: ¿Qué estás tomando? Me está yendo bien por mi propio esfuerzo. Si tú quisieras, te podría ayudar.

La Prostituta Bipolar: Es para mí tratamiento, en unos momentos me debería poner contenta. Te ves cansada.

La Enfermera: Eso es para que veas que envejecemos, que pasa el tiempo. Tú te ves dopada y decaída.

La Prostituta Bipolar: ¿Y tú vienes a limpiar tu conciencia?

La Enfermera: Hacer esto es gratificante. Si todos ayudáramos a los que más lo necesitan, el mundo sería un lugar mejor. ¿Y la guagüita?

La Prostituta Bipolar: Mamá, yo estoy adaptada para no reproducirme. No hay guagüita, eso ya pasó. Vivo donde siempre, por si me quieres visitar.

La Enfermera: Si tuviera tiempo iría, mi trabajo es de horarios, no cuando yo quiera.

La Prostituta Bipolar: Bueno. Adiós mamá, que bueno que por fin estás haciendo algo por alguien que no seas tú.

La Enfermera: Que le vaya muy bien señorita. Olvídese que me vio, piérdase luego en los callejones de la memoria que a veces por casualidad uno se pierde. Fractura de dimensiones dolorosas, el dolor se junta en capas, en pliegues. Cuando la lejanía se hace incalculable, no hay que mirar la distancia. Porque el abismo te puede dejar ciega.

Escena XVI

Memorias de una masacre.

El Mercenario: Hoy tuve una noche de acción, una noche llena de violencia. Hoy tuve que trabajar. La cacería fue despiadada, los gatillos se activaron. Hice de tripas corazón. Hoy tuve un día brutal, participé de una sangrienta y fulminante masacre. El objetivo era un barco de piratas, la persecución fue mas o menos rápida, estaban desprevenidos, nosotros concentrados. Abordamos su barco, tenían cara de espanto, nuestro fuego era intenso y mayor, estaban improvisando, en pocos minutos controlamos a la tripulación. Yo di todo de mí, yo puse toda mi bestialidad disponible, esto me deja eléctrico, tiritón. Quisiera abrazarme a mi pollita, a mi chanchita. Al final de todo, los cuerpos se alejaban en medio de la neblina.

Hoy decidí tomarme un receso, quiero replantearme las cosas, necesito estar con mi pollita, no me puedo borrar la cara de mis víctimas, necesito un tiempo, no se pasa el olor a sangre, creo que mis problemas deben tener una relación directa con mi trabajo.

Él me ofrecía plata y que lo dejara nadar, pero lo empapelé a balazos, al otro lo mismo, en esos momentos no se piensa, no se puede pensar, no es uno el que está, es una locura visceral. Ahora que voy a volver, todo será distinto, nuevo, van a haber cambios. Me vienen tiritones en la mente cuando la memoria de la carne está fresca, me tengo que bañar varias veces, para no sentir el olor. Voy hablar con ella desde mi teléfono satelital, decirle todo lo que la quiero. Sus palabras me calman... no contesta, debe estar ocupada, la voy a llamar en un rato más, me dan arcadas por un rato. Después, todo es silencioso y solitario. Con mis manos quiero hacerte cariños, mejorar las cosas, acicalarte, trazar nuevos caminos junto a ti, mis manos también saben hacer cosas buenas. Me voy a bañar otra vez, este pegajoso olor que no se quita.

Escena XVII

Una relación artificial.

Cirujano Falso: Mírate al espejo.

Mujer Obsesiva: Eres un artista de la belleza, qué precisión con la que trabajas.

Cirujano Falso: Modelo desde el alma, sin tu esencia, no podríamos hacer nada más.

Mujer Obsesiva: Qué bello todo lo que emana de tus labios, y de tus manos.

Cirujano Falso: Me tomo con mucha humildad mi talento. ¿Por qué no te deshaces de ese teléfono? Nos pueden localizar.

Mujer: Lo sé, pero no me puedo despegar de él todavía. Me gusta saber que todavía piensa en mí.

Cirujano Falso: Eso puede ser peligroso.

Mujer: Está sonando el teléfono, me busca, no siento nada por él, sólo me gusta sentirme deseada.

Cirujano Falso: Yo comprendo perfectamente el rol de la mujer objeto.

Mujer: ¿Entonces no te molesta este objeto fetiche? No me interesa volver con ese carnicero despiadado.

Cirujano Falso: Pero eso nos pone en peligro.

Mujer: No te asustes, él es tan trabajólico, debe estar lleno de obligaciones.

Cirujano Falso: En fin, siempre estamos sujetos al azar. Si un día tengo que escapar, lo haré una y otra vez, y otra, y otra, todas las veces que sea necesaria. Mi condición de falsedad me ha enseñado a desplazarme por los agujeros de la realidad, por los escondites, las puertas falsas, hacer tretas y trampas, por un entramado de mentiras. Esta relación está basada en un contrato de intereses. Me interesa mejorar profesionalmente, así que voy a seguir esculpiendo tu cuerpo.

Mujer: Pensaría que estás celoso. Termina tu escultura de una vez, ¿cuánto falta para terminar?

Cirujano Falso: Estás casi lista.

Mujer: Estoy ansiosa por ver el resultado final.

Cirujano Falso: Después te voy a tatuar mi firma. Estamos obsesionados con el cuerpo. Estamos obsesionados con la eternidad física.

Mujer: El cuerpo está hecho de miles de detalles, tiene que estar en permanente observación, en mantenimiento.

Cirujano Falso: Y advertir las imperfecciones a tiempo.

Mujer: Voy al baño.

Cirujano Falso: No te muevas, en unos minutos puedes sacarte los parches. Te doy gracias infinitas por darme esta oportunidad de desarrollo, te estoy tan agradecido...

Mujer: Ya, pero no llores.

Cirujano Falso: Las cosas sublimes me hacen llorar. Mi gran obra está terminada. Me siento como Miguel Ángel, el Greco.

Mujer: Tienes mucho que esculpir todavía, tenemos tanto tiempo por delante, tenemos toda una vida para explorar con el bisturí. La adicción a las cirugías es la más exquisita de todas las adicciones. Ya tengo ganas de hacerme otra, y ni siquiera he

terminado ésta. Esto es normal, ¿verdad?, es algo natural. ¿Estás ahí?, ¿dónde te fuiste? Mi amor, méteme bisturí...

Escena XVIII

El choque de dos mundos.

Diente Rojo: La noticia de la muerte de la tripulación me ha golpeado brutalmente, la posibilidad de la muerte siempre es enorme, sin embargo, nunca nos acostumbramos a que se haga realidad. El que el barco haya encallado, y no hubiera ninguna respuesta a mis llamados, es un indicador claro de este mal desenlace.

La neblina ha desaparecido, dispersándose por distintas partes de la bahía. No tengo un relato de los acontecimientos, no tengo ninguna claridad de cómo sucedieron los hechos. Diré simplemente que fue la fatalidad, diré que los cuerpos fueron inmediatamente devorados por los peces y los cuervos, que se enfrentaron en una dura lucha por la carne. Diré que me sumergí en el mar por horas, mientras pasaban las ráfagas de bala por sobre mí, y yo ágil me escabullí entre la sangre. Me transformaré en un mito, en un sujeto trascendente. O tal vez no, la muerte y la sobrevivencia es algo tan común por aquí, que todo se olvida.

Tenía un mal presentimiento, era evidente que algo malo iba a pasar, se los dije, esto de predecir es un don terrible, la tragedia se abalanza sobre mis ojos, los gritos ensordecen mis oídos. Pero no sé, como fue nada, no los pude defender. Yo que tengo la mejor puntería, avizoraba a lo lejos las malas presencias. Ahora me encuentro imaginando las posibilidades del ataque, necesito una imagen final, un recuerdo que llevarme, un resto, algo que cierre el ciclo.

Secuestrado: El barco pasó enfrente de ti, pero tuviste miedo, fue un comando de elite, un comando especializado en matar.

No tuvieron ninguna posibilidad ante esa tropa, se notaba la diferencia, las brechas entre uno y otro, el primer mundo contra el tercero. Cuando el destello de las luces se detuvo, y los sonidos de las metrallas pasaron a ser voces de celebración, vino una neblina y ahí te tendiste en el bote, y yo grité como un animal que me rescataran. Un tipo en la proa me vio, le dije que tú estabas vivo, que te matara y me rescatara. Pero, ¿sabes qué hacía el muy imbécil?, hablaba por un teléfono satelital, pero estoy seguro que no hablaba con nadie. Ahí la neblina me agarró a mí también, y comencé a dormirme, y tú hacías unos sonidos, y ya no tuve más capacidad de prestar atención a nada. Que te quede claro que tú no hiciste nada por ellos.

Diente Rojo: Ya estoy harto de ti, no me gusta tu sonsonete, tu voz me tiene aburrido, no te entiendo nada.

Secuestrado: Cobarde. Pirata cobarde, lacra del desierto. Arruinaste mi vida. Te metes con gente inocente. Yo no tengo nada que ver en esto.

Diente Rojo: Llorón, tienes cara de llorón, grasiento holgazán occidental. Por tu culpa mataron a mis amigos. ¿Para qué te tiraste al mar?, ahora sí que no te vas a salvar. ¿Viste?, perdimos todos. Te salvé la vida, si no hubiéramos gastado tiempo en ti, estaría todo bien.

Secuestrado: ¿Qué les he hecho yo? He trabajado toda mi vida para esto. Para terminar en una lancha, en un continente que no me pertenece, que no me interesa. Trago mosquitos, me muero lentamente. Animal famélico, desnutrido y aprovechador.

Diente Rojo: Ustedes, dueños del mundo, vienen con sus desperdicios del progreso. No vengan más por acá con sus crisis y estrategias comerciales. Qué pena que nosotros no somos una nación para la expansión y diversificación de sus negocios. No somos una plataforma de desarrollo y valor agregado, vienen con toda su mierda hasta acá, mientras mi pueblo se muere de hambre y se desangra, los despojos de su sistema enfermo y los despojos del mundo vienen a parar acá, como no hay barriles de petróleo en el medio, entonces nos dejan los desechos de su festín desenfrenado. No tenemos nada que hacer en los índices económicos. No tenemos mayor expectativa de vida, y nuestro ingreso *per cápita* no nos hace un mercado atractivo

Secuestrado: Ahora te quejas, ¿qué sacas quejándote?, ¿qué sacan quejándose? , ¿por qué no lo pensaste antes de raptarme, mejor?, ¿por qué no lo pensaste dos veces? Esto no tiene sentido, estoy gastando mi poca fuerza. Nunca vamos a llegar a un acuerdo.

Diente Rojo: Me aburrí. Llegó la hora de separarnos. Yo me voy en el bote, tú camina para allá, a 20 kilómetros ya se puede divisar gente. Llévate el agua, no creo que te den comida. Que tengas buena suerte.

Secuestrado: ¿Y me vas a dejar solo?, arreglemos las cosas. ¿Adónde?, ¿allá me tengo que ir?, tú te empiezas a desplazar en el bote, te pierdes entre las olas, me siento mínimo ante la inmensidad. ¿Sobreviviré? ¿Contéstame?

Escena XIX

El Esqueleto: Exhumación N° 2.

Divagaciones de un exhumado.

Y bueno, los caminos de la vida son insospechados. Todos los caminos son encrucijadas.

Yo cometí dos delitos, crear un virus, y después respirarlo.

¿Cómo podemos cometer tantos descuidos, tantos errores en una sola vida?

¿Qué más quieren de mí?, ¿por qué se meten con mis huesos?

Son indefensos e inofensivos, ¿qué más quieren saber?

Si no hay respuestas en la vida, mucho menos las hallarán en un fósil común, sin mayor relevancia, desde una mirada científica.

Ahora yo los puedo analizar a ustedes, tengo cosas de ustedes, pero no soy ustedes. Ya no me miro al espejo, no me toco los cabellos, ni tengo gases, no me preocupo de las canas.

Pero puedo decir que tienen instintos primitivos, subyugados. Instintos antropófagos, costumbres irracionales, ritos sociales absurdos. Modelos crueles y degenerados. La patria no sirve para nada. Las patrias sirven solo para hacer tragedias. Y los ojos ven tanto, los ojos lo han visto todo.

Cosas que no se entienden, pasos en falso, atajos de mentira.

Reconciliarse con algo, entre todos.

Disgregarse y fragmentarse, diluirse, evaporarse.

Son formas, nada más que eso, el contenido es aburrido.

Lleguemos al fondo de las cosas de una vez. Conocerse es serse en un cono.

Hacer caminos y puentes, proyectos de vida para toda la población mundial.

El asunto es el cómo. ¿Cómo se llega al cielo?, quiero morder el cielo. ¿Cómo llegamos al contenido, sin tanta forma y viceversa?

Distanciarse de las cosas para observar el fenómeno. Distanciarse de uno, para saber quién es uno. Aléjense todos de mí.

Por eso les preguntamos a los oráculos, a los talismanes, y no nos dicen nada, o mejor dicho, no les entendemos.

Pero mis huesos no les van a decir nada. El único que murió con ese virus fui yo, el único sistema inmunológico que no funcionó fue el mío, yo no soy un peligro para nadie.

Me da frío la superficie, no me quiero volver a resfriar.

Señores empleadores, lo di todo ya, déjenme en paz.

Olvídense de mí, guárdenme ya.

Deposítenme, archívenme.

Devuélvanme de donde vine.

No tengo nada que contar, nada que decir.

Nada.

Nada.

Ausencia.

Cero.

Vacío.

El vacío.
Sólo el vacío.

Escena XX

Una relación disfuncional.

El Mercenario: Así que me ibas a dejar así, como un perro.

La Mujer: Me tomé un tiempo, lo necesitaba. ¿Y mi cirujano personal?

El Mercenario: Se ha ido, me dijo que lo despidiera de ti, que lo perdonarás, que siempre ha sido un cerdo. Yo le creí, me pareció sincero.

La Mujer: Se fue, ya lo intuía, nunca fijaba la mirada, su mirada era movediza. ¿Y por qué no lo mataste?

El Mercenario: No me llamó la atención, no tuve ese instinto hacía él. Ya no mato, me cansé de matar.

La Mujer: Qué cambio tan positivo, te va a hacer muy bien, te quería dar una sorpresa. ¿Y no le hiciste nada?

El Mercenario: Solamente una patada, dura, directa, bien dada.

La Mujer: Sácame los parches, mírame, vive una experiencia única.

El Mercenario: Pero estás horrible. ¿Qué te hiciste?

La Mujer: ¿No te gusto?

El Mercenario: Sobre gustos no hay nada escrito, pero estás un poco hinchada.

La Mujer: Yo que te quería dar un sorpresa e hice todo esto.

El Mercenario: Ahora lloras.

La Mujer: Si vienes por mí, mátame de una vez, mátame ahora.

El Mercenario: Te dije que ya no mato a nadie.

La Mujer: Podré vivir para ver los resultados de mis operaciones.

El Mercenario: Estás horrible. Te dijeron que eso se arregla.

La Mujer: Por supuesto, el doctor me dijo que al principio era muy duro, pero después todo mejoraba y se normalizaba. Y la belleza emergía.

El Mercenario: Me dijo que era dentista.

La Mujer: Hoy en día las disciplinas están muy cruzadas. Es muy bien mirado.

El Mercenario: Estoy confundido, no sé si quererte o no.

La Mujer: No entiendes el giro que ha dado mi vida. Tengo un objetivo en la vida, la perfección.

El Mercenario: Yo también tengo un nuevo objetivo. Un objetivo de crecimiento personal.

La Mujer: Entonces estamos en nuestro mejor momento, para que nuestras vidas se vuelvan a cruzar.

El Mercenario: No me había fijado en tu cuerpo.

La Mujer: ¿Qué tiene?

El Mercenario: Está apetitoso. Este dentista de verdad hizo un muy buen trabajo con tus nalgas, sí, tus senos, lo más interesante es la naturalidad de los contornos.

La Mujer: El era un artista, un artista incomprensido.

El Mercenario: Necesitaba ver mis dientes, ¿podremos alcanzarlo?

La Mujer: No, lo perdimos. Quedamos tú y yo.

El Mercenario: Solo nosotros, comencemos de nuevo.

La Mujer: Un nuevo amanecer. Una nueva etapa. ¿De qué viviremos?

El Mercenario: Invertí dinero en la bolsa. Soy accionista en una empresa de armas.

La Mujer: Qué buena iniciativa, qué buen olfato para los negocios.

El Mercenario: Sí, es mucho más tranquilo. Pollita, te quería decir eso hace tanto tiempo. Pollita, pollita, pollita.

La Mujer: Yo también quería volver a escucharlo. Bésame.

Escena XXI

En la cárcel.

La Enfermera: Hoy me sentí tan extraña que comí como una bestia, después compré en el mall, me sentí un poco mejor, pero después se me quitó. Hoy supe una noticia terrible, se quitó la vida, un cura, si, un representante de dios, en la tierra. ¿Me sentí tan mal, que solo se debe haber sentido ese hombre para hacer eso. Solo dios da la vida y solo dios la quita, en algunos casos, todo tiene excepciones por supuesto. Estoy confundida quiero un poco de claridad, tranquilidad. Hago demasiadas cosas en el día, me gustaría salir a alguna parte.

La Prostituta Bipolar: Mamá, por fin te puedo ver.

La Enfermera: Gracias por venir a ver a tu madre.

La Prostituta Bipolar: ¿Pero cómo? Mamá, ¿cómo pudiste, matar a pacientes?

La Enfermera: No vas a creer esas historias macabras que ponen en la televisión. Era una orden de arriba. ¿Crees que por iniciativa propia iba a hacer una cosa así? Desde que se suicidó ese cura, que se puso todo feo. ¿Ya lo enterraron?

La Prostituta Bipolar: Ah si ese cura, pero eso fue hace varios meses.

La Enfermera: Estoy perdiendo la noción del tiempo. ¿Por qué no me viniste a ver?

La Prostituta Bipolar: Estuve aislada de todo.

La Enfermera: ¿Te quisiste ir a uno de esos retiros, donde uno se encuentra?

La Prostituta Bipolar: No mamá, la policía secreta, me tuvieron encerrada, buscando un famoso virus que no me encontraron.

La Enfermera: ¿Te lo transmitió un cliente?

La Prostituta Bipolar: Algo así, lo bueno fue que, como no tenía nada y estaba en observación, me traté la bipolaridad, me hicieron un tratamiento. Una vez que se cercioraron de que no tenía nada, me dejaron en la calle como un perro, como una perra, mejor dicho. Pero me sentía mucho mejor, sin esa sensación, sin ese dolor que siempre me persigue.

La Enfermera: Qué bueno hija. ¿Y sigues en lo mismo?

La Prostituta Bipolar: Formé una familia, tengo un marido. Dejé de hacer lo que hacía antes. Mamá, encontré a Dios.

La Enfermera: ¿Dónde?

La Prostituta Bipolar: Cuando hacía mi antiguo trabajo.

La Enfermera: ¿Ahí, en la cama?

La Prostituta Bipolar: Sí, es una historia muy bonita, maravillosa.

La Enfermera: Estoy comenzando a olvidar. Es divertido recordar lo que se olvida y enumerar todo lo que se había olvidado. Había tantas cosas que había olvidado.

La Prostituta Bipolar: Entonces eso no es olvido.

La Enfermera: Lo que pasa es que no sé si lo que recordé es lo que había olvidado. Quizás ni lo viví

La Prostituta Bipolar: Esos son detalles, lo importante es que tu cabeza funciona. No te hagas problemas.

La Enfermera: ¿Y lo del cura?, pensaba que fue ayer.

La Prostituta Bipolar: Desorientarse en el espacio y tiempo es algo normal, imagínate a mí cuantas veces me pasó. No sabes como deambulaba por las calles.

La Enfermera: Si caigo yo, caen todos.

La Prostituta Bipolar: Ellos te están ayudando. Gracias a dios están haciendo una investigación fraudulenta, tienes que aferrarte a eso y confiar.

La Enfermera: Yo siempre fui muy cuidadosa, siempre. Siempre fui muy respetuosa

de los momentos de cada uno de los pacientes. Tal vez con uno por ahí no tanto. Algunas veces se me aparece en los sueños y me siento mal. Él estaba muy mal. Es tan difícil ser enfermera.

La Prostituta Bipolar: Si es uno solo no importa, no eres una máquina, nadie es perfecta. Eres una buena enfermera.

La Enfermera: ¿Y sigues donando plata para ese país?

La Prostituta Bipolar: Sí, yo y mi marido.

La Enfermera: Me gustaría conocer a tu marido.

La Prostituta Bipolar: Cuando salgas de acá lo conocerás.

Escena XXII

De cómo conoció la Prostituta Bipolar a su marido.

Liberado: Necesitaba esto hace tanto tiempo

La Prostituta Bipolar: Yo también.

Liberado: ¿Tú lo necesitabas?

La Prostituta Bipolar: Estuve en cautiverio.

Liberado: Yo también estuve en cautiverio. ¿Te secuestraron?

La Prostituta Bipolar: Sí

Liberado: A mí también, unos piratas somalíes.

La Prostituta Bipolar: ¿En serio? A mí la policía secreta.

Liberado: Después de varios meses eternos, me dejaron en una orilla y caminé y caminé hasta que llegué a una tribu, que me adoptó, me dieron lo que podían, después pude regresar. Y sobreviví. ¿Y tú'?

La Prostituta Bipolar: Creyeron que tenía un virus, que no tenía, después me de-

jaron en la calle, sin nada, dijeron que tuve suerte, que en la mayoría de los casos prefieren eliminarlos para que no cuenten nada, y me trataron mi bipolaridad.

Liberado: ¿Qué te dieron?

La Prostituta Bipolar: Pastillas, y quizás, no sé, el silencio, el encierro, sobrevivir.

Liberado: Sobrevivir. Nos ocurrió algo muy parecido.

La Prostituta Bipolar: Bueno, terminamos.

Liberado: A veces el tiempo es tan rápido, y a veces es tan lento.

La Prostituta Bipolar: Ya me voy, no sigas, yo no creo en las casualidades, ni en las causalidades. No creo en nada ni nadie, es simple, sin engancharse ¿Mi dinero?

Liberado: Tenemos una experiencia de vida en común, te dejo mi tarjeta, por cualquier cosa, me encantó conversar contigo.

La Prostituta Bipolar: A mí también. Pero estás confundiendo las cosas.

Liberado: Llévala por si acaso. Sin ningún compromiso.
Ámame, escúchame, quiéreme.
Te cuidaré, te entenderé, adiós.

Escena XXIII

Un epílogo apócrifo.

El Esqueleto: La Exhumación N° 3.

Y estos tipos no se cansaron nunca de registrarme, de traquetearme, de ultrajarme.

¿Pudieron ver algo muchachos?

No le hagan caso a mi mal humor.

No es recomendable enojarse tanto.

Mis recuerdos nos llevaron a estos enredos y desenredos.

Ya se fueron. Ya se van por fin.

Había algo en el fondo de esta fosa.

¿O no revisaron bien?

Ahí está la puerta a otro mundo, de eso estoy completamente seguro.

Al final de este mundo tiene que comenzar otro.
Es elemental lógica, los huesos tienen sentido común.
Como que me puse nostálgico con todo esto.
Ahora solo pido que me dejen descansar en paz
Busquen sus propios trucos para inventar su propia suerte.
Drenen las sustancias, eliminen las toxinas, la mierda de la gente.
No es tan fácil soportar a tanta gente.
Ni tampoco soportar ese planeta. Es un mundo lleno de contradicciones y de injusticias.
No me escuchen más.
Mal que mal, ustedes un día vendrán para acá.
Y podrán observar.
Más allá de sus narices, más allá del ombligo.
Perdonen el tono socarrón y el sarcasmo.
No llegó la sangre al río, estoy limpio de polvo y paja.
No te debo nada ya.
Déjame.
Fueron solo letanías aletargadas.
Un chicle que se estira, que se estira y se estira.
La tensión que se acumula, se acumula, y se acumula.
Y explota.
Explota.
En algún lugar existe.
Una remota.
Mínima.
Estúpida.
Resquebrajada.
Razón para vivir.
Y si todo se hace trizas.
Cierra los ojos.
No importa.
Al final de todo, debería haber algo.
Aunque sea saliva, y lamer las heridas.
Lamer las heridas.
Soportar los reveses, cientos de miles.
Se revienta, se revienta, termina, las hojas caen, quiero llorar.
Ahí está la puerta a otro mundo, de eso estoy completamente seguro.
Al final de este mundo, tiene que comenzar otro.
Al final de todo esto, en algún lugar, tiene que estar su opuesto.

Fin.



Chicago-Nueva York

Sergio Gómez

Ganador categoría Autores Emergentes

Estudió Derecho y Literatura en la Universidad de Concepción. Escritor, editor y guionista. Ha publicado novelas como *Vidas ejemplares* (Planeta, 1996), *El labio inferior* (Planeta, 1998), *Patagonia* (Seix Barral, 2005), *La mujer del policía* (Alfaguara, 2000) y la saga de novelas juveniles *Quique Hache, detective* (Alfaguara, 1999). Editor de las antologías *Cuentos con Walkman* (Planeta, 1993) y *MacOndo* (Planeta, 1996). Ha sido además guionista de cine y televisión, en películas como *B-Happy*, de Gonzalo Justiniano (2004), y las series *Justicia para todos* y *Herencia*. En teatro estrenó la obra *Extrañas costumbres orales*, y adaptó y dirigió *Palomita blanca* de Enrique Lafourcade.

Personajes

Olga: Mujer de 70 años.

Tinita: Mujer de 50 años.

Rebeca: Mujer de 45 años.

Iris: Mujer de 30 años.

Olga: Mujer de 20 años.

ACTO I

Olga es una mujer mayor. En el umbral de la ancianidad. Su pelo está completamente blanco. Pero tiene una postura, una forma de presentarse que se puede interpretar como altiva y orgullosa, aunque alterna también con una actitud nerviosa, como la de una fumadora empedernida.

Su hija, Tinita, es una mujer adulta y, por su vestimenta, se puede decir que ha vivido mucho tiempo en un país como Estados Unidos, por lo tanto, no es elegante, más bien, des preocupada.

Ambas mujeres se encuentran en lo que debería prefigurar una Residencia del adulto mayor, un asilo para ancianos con dinero.

La mayoría de las escenas requieren de un mínimo y sugerente espacio escenográfico. Más adelante, las escenas de la prisión, durante la guerra, se sugieren de otra forma.

En el inicio Olga está en una silla de ruedas, lleva una manta en sus rodillas. Está frente al escenario. En el fondo, su hija Tinita lee el diario sentada en una silla de playa o una silla liviana.

Olga: La belleza no es algo que dure toda la vida; la mía, por ejemplo, duró poco.

Tinita: *(Distraída deja el diario).* ¿Qué? ¿Habló, mamá?

Olga: No es por nostalgia, más bien, reclamo porque fue muy breve.

Tinita: Usted siempre has sido bonita, mamá. Cuando niña para mí eras la más bonita de todas.

Olga: No es cierto. *(Vuelve risueña a enfrentarla).*

Tinita: Es verdad.

Olga: Entonces no eres objetiva. Eres mi hija. Tu padre siempre decía que yo no era bonita.

Tinita: Jamás dijo algo así.

Olga: Decía que tenía defectos, que me afeaban, que era muy delgada, que mi pelo era un desastre, que caminaba mal, que mis caderas, que mis manos...

Tinita: Papa no decía eso. Me consta, él la adoraba.

Olga: No lo demostró en vida. Y ahora es muy tarde para él...

Tinita: ¿Está bien atendida aquí? *(Se levanta y camina observando por el patio).*

Olga: *(Alegre de improviso).* Estupendamente. Las enfermeras son de lo mejor, muy preocupadas... En realidad no debiste venir, el viaje es muy largo. Siempre quise conocer Nueva York, esa ciudad debe ser enorme...

Tinita: Usted sabe perfectamente que no vivo en Nueva York sino en un pequeño pueblito; la ciudad más grande y cercana a mi casa es Chicago.

Olga: Por supuesto que lo sé. Ocurre que no me ubico en los mapas. A mí los mapas me dan miedo.

Tinita: Pero cómo le va a dar miedo.

Olga: *(Distraída)*... De Europa nos venimos con tu padre el 47, desde entonces no nos movimos de aquí. ¿Para qué queríamos viajar?

Tinita: No sé por qué se le ocurrió venir a quedarse a este lugar. Tiene su casa.

Olga: Las enfermeras son muy profesionales. Mi pieza está siempre limpia. Tú sabes lo desordenada que soy yo con mis cosas.

Tinita: Usted y sus ideas. Acuérdesese que la invité a Estados Unidos. Podíamos vivir juntas allí, o muy cerca.

Olga: ¿Y Robert?

Tinita: ¿Qué pasa con Robert? No se hace problemas, fue él quien me dijo que la llevara.

Olga: Pero este es mi país desde hace más de cincuenta años. Aquí se murió tu papá. No estoy como para empezar de nuevo en un lugar distinto.

Tinita: Es a mi casa adonde la estoy invitando, mamá, no a cualquier parte. Sus nietos han crecido sin sus abuelos. Hablan mal el castellano; los únicos vínculos que mantenemos son las pocas ocasiones en que han estado aquí de vacaciones.

Olga: (*Otra vez distraída*) Tu padre leía todo el día. Tú sabes que a mí me gusta leer, pero él era diferente, un exagerado, todo el día en lo mismo.

Tinita: Si tenía tanto tiempo para leer no le hubiera costado demasiado escribir una carta. A mí o a Gino.

Olga: (*Molesta*). No me hables de tu hermano. No me viene a ver, dice que le deprime este lugar de viejos.

Tinita: Mamá, usted tiene su casa, no es una anciana. Tiene dinero, sus ahorros; no entiendo por qué quiere quedarse aquí.

Olga: Espera. Esto no es un asilo de ancianos.

Tinita: ¿No?

Olga: (*Divertida*). “Residencia del adulto mayor” y espera a escuchar el nombre: “Años maravilloso”, ¿No es tierno?

Tinita: ¿Tierno?

Olga: “Años maravillosos”.

(*Ambas se ríen*).

Olga: Déjame hacerte una pregunta, Tinita, sobre esa ciudad grande cerca del pueblo de dónde vives en Estados Unidos...

Tinita: Chicago

Olga: Exacto. La ciudad de los gánster. ¿Tiene teatros y cines? ¿Vas allí a ver algún musical? ¿Has visto a actores o actrices famosas? ¿Cómo son sus casas?

Tinita: ¿Sus casas? Como en todas partes, nada especial.

Olga: Pero yo creía

Tinita: Nunca he visto a nadie famoso... Una vez vi a *Jacques Cousteau*.

Olga: ¿Quién?

Tinita: Un oceanógrafo. Bueno, da lo mismo.

Olga: (*Seria*)... En el Campo de concentración soñábamos junto con mis compañeras, soñábamos con los lugares que visitaríamos cuando saliéramos del encierro.

Tinita: No comience con esos recuerdos, después es peor, le hacen mal y no puede dormir.

Olga: Los últimos meses me he acordado harto de mis amigas allí, de dos de ellas en especial, las más cercanas: Iris y Rebeca.

Tinita: Pero son cosas feas. Y después le sube la presión. Eso pasó hace tanto tiempo, no vale la pena.

Olga: Tal vez me voy a morir, por eso tengo tan vividos recuerdos de esa época. Tal vez presiento algo, ¿no crees?

Tinita: ¿Presentir qué?

Olga: Que me llegó la hora como se dice... (*Seria otra vez*). Ninguna de ellas sobrevivió: Iris, Rebeca.

Tinita: Qué porfiada es usted. Hablemos de otra cosa, mejor.

Olga: ¿Quieres saber de qué moría la mayoría de los prisioneros?

Tinita: (*Resignada al tema*). Está bien, ¿de qué?

Olga: De hambre y de pulmonía.

(Olga se levanta de la silla abruptamente alegre. Viste un buzo deportivo y comienza a elongar y a hacer ejercicios. Se le ve en buen estado físico, muy distinto a la imagen sentada anterior).

Olga: (*Se detiene y contempla a su hija*). Me alegra que vinieras, Tinita.

Tinita: Me quedo sola hasta fin de mes. Para mí no es ninguna obligación venir a verla, mamá.

Olga: No tengo ningún problema con este lugar. Puedo salir cuando quiera, hasta de viaje me puedo ir , y nadie me diría nada. Para eso pago mi mensualidad.

Tinita: Qué le parece lo siguiente: podríamos juntarnos en Miami. La familia de Robert tiene una casa cerca de los cayos de Florida. Usted toma un avión, y yo la voy a esperar al aeropuerto. Podría ser en diciembre, así pasamos la navidad juntas, ¿qué le parece la idea?

Olga: Por supuesto, me molesta que la Residencia esté llena de viejas, pero en fin...

Tinita: La casa de los familiares de Robert, unos tíos ricos que no viven allí, está a media cuadra de la playa. El agua del mar es tibia, y la arena blanca.

Olga: A mí la playa nunca me ha gustado, tú lo sabes. Tengo aversión por la arena. Y caminar descalza, bajo ninguna circunstancia.

Tinita: Lo sé, mamá, usted tiene sus obsesiones, y se las respeto, conviví con sus cosas durante años.

Olga: ¿A qué te refieres? Suenas como quejándote.

Tinita: No me quejo, solo le digo cosas que antes no me atrevía.

Olga: ¿Como cuáles?

Tinita: Por ejemplo, nunca comprendí la relación de papá y usted. No sé por qué vivieron juntos tanto tiempo, por qué no se separaron antes.

Olga: La relación con tu papá fue de un inmenso respeto antes que nada. Vivimos juntos casi sesenta años, eso es mucho tiempo. Aprendimos a soportarnos.

Tinita: En ocasiones Robert también me parece insoportable. No entiende mis chistes, somos de diferentes culturas. A veces detesto la cultura gringa, pero a veces, o la mayoría de las veces, la disfruto.

Olga: (*Intrigante*). En las noches, en mis sueños, hablo con mis amigas muertas, con Iris y Rebeca principalmente, no son sueños, sino conversaciones. Conversamos de la vida que nos esperaba fuera de prisión.

Tinita: Ya, le dio con lo mismo.

Olga: Planificábamos viajar a países lejos de la guerra, y, claro, hablábamos de Estados Unidos, de las películas que venían de allí.

Tinita: Pero eso pasó hace, ¿cuánto?, sesenta años atrás, no se mortifique.

Olga: Todos esos proyectos ahora son irrealizables, pero cuando antes los conversábamos parecían al alcance de la mano. Bueno, al menos sobreviví, lo que no es menor.

Tinita: Nadie niega que usted sufrió mucho, pero ha tenido una vida grata junto al papá. Entiendo que faltó mucho entre ustedes dos, tal vez el amor se acabó, pero hasta donde recuerdo, él le dio de todo, y la dejó con suficientes bienes materiales.

Olga: Sí, es cierto.

Tinita: Y fue usted la que quiso ingresar en esta Residencia. Yo estuve de acuerdo porque al menos tiene quien la atienda, pero también es verdad que usted no es una anciana, que aun puede valerse por sí misma sin problemas.

Olga: (*Dramática*). Nunca entenderás lo que fue vivir ese horror.

Tinita: La escuché quejarse de ello toda mi adolescencia. Cada vez que veo una película con el tema, veo una fotografía de prisioneros, me acuerdo de usted y me angustio.

Olga: Me estás culpado por aquello, Tinita.

Tinita: No minimizo lo que le ocurrió, pero supongo que llega un momento en el que hay que intentar olvidarse para seguir viviendo, para disfrutar lo que sí tenemos. Usted estuvo tres años prisionera, pero ha vivido sesenta años de otro modo, lo sé porque he hablado con sus amistades, y todos me cuentan lo alegre que es usted.

Olga: Ahora crees que soy una vieja quejona. Como tú dices, los años con tu padre al comienzo fueron buenos.

Tinita: Mi papá trabajó su negocio desde muy abajo, y usted estuvo a su lado, lo ayudó.

Olga: Es cierto, trabajamos día y noche, hasta que conseguimos. Luego compramos ese departamento en Cantagallos. Tuve y tengo muchas amigas, grupos con los que leíamos novelas, hacíamos deporte, gimnasia...

Tinita: Si es así entonces no entiendo por qué se vino a vivir aquí. Usted es una mujer que se las puede arreglar sola y tiene los recursos, los mismos que ahorraron con papá.

Olga: Me vine por otra razón.

ACTO II

Olga, Iris, Rebeca. Olga es la más joven de todas, casi una niña. Iris es joven y bonita, y Rebeca parece mayor que las otras dos. Las tres llevan uniformes de prisioneras. Sin embargo, las tres se ven bien. De alguna forma, su prisión es bajo ciertos privilegios. La decoración del lugar es simple, austera. Literas de madera en el fondo. Iris hojea una revista.

Olga: ¿Qué dice la revista?

Iris: Voy a traducir.

Rebeca: Tú eres la única que sabe inglés, Iris, ¿qué dice?

Iris: Dice, “Interiorismo y decoración en dos grandes ciudades: Chicago – Nueva York. Las grandes mansiones hoy lucen...”

Olga: No entiendo que significa la palabra “interiorismo”.

Rebeca: Olga, tú escucha, nada más.

Olga: Pero quiero entender.

Iris: Interiorismo es decoración al interior de las casas. *(Indica las fotografías del interior).* Miren los ejemplos, que bonito se ve todo. Casas muy grandes. Yo quiero vivir en una casa así. La decoraría igual.

Olga: Parece un museo.

Rebeca: ¿Estás segura de que la revista te la regaló el Comandante?

Iris: No, pues, como me la iba a regalar él. Fue su mujer, le sobraba, le llegan del extranjero.

Olga: ¿Y qué más te regalaron, Iris?

Iris: Probé chocolate caliente, un poquito, sobró del desayuno de los niños.

Rebeca: Mejor nos cuentas del chofer.

Iris: Creí que querían leer la revista de decoración.

Olga: Sí, la revista.

Rebeca: Quiero saber más de ellos, de la familia del Comandante.

Iris: La casa está en el medio del bosque, y que cubre las cercas de alambres, por eso no se ve nada desde las barracas.

Olga: No veo que interesante tiene contar eso, mejor era leer la revista. Además, tengo hambre.

Rebeca: (*Enfática*). Olga, todos tenemos hambre... En la mañana se murieron las hermanas Hoffman, dicen que murieron de hambre.

Iris: (*Sorprendida*). No lo sabía.

Rebeca: Se murieron juntas, y al mismo tiempo. No es extraordinario. Dicen que murieron de hambre.

Olga: Y cuando llegue el invierno será peor. ¿Ustedes creen que nos van a dejar ir antes del invierno?

Rebeca: Olga, tú eres muy joven y no entiendes.

Olga: Mis papá y hermanos están en las barracas de los hombres. Los he visto a lo lejos.

Rebeca: Hablemos de otra cosa. Quiero saber de la casa del Comandante. Sigue, Iris.

Iris: Es una casa muy bonita, debió estar ahí antes de que construyeran el Campo. Es una casa como la de la revista, y huele muy rico, a cera, a flores, porque la señora Ángela tiene siempre flores por todas partes. Hay dos empleadas, y un empleado más, Peter, el chofer. Peter es el que me traslada.

Olga: ¿En auto?

Iris: Peter es el empleado de confianza del Comandante, el más cercano a la familia, a veces incluso come con ellos. Peter es... como les digo.

Rebeca: ¿Es qué?

Iris: Es muy guapo, alto y...

Rebeca: No puedo creer lo que hablas.

Iris: Pero es verdad. Me dijo que un día me ayudaría a traer comida para ustedes. A Peter le dejan hacer lo que quiera, y puede ir por donde sea. Me dijo que sabía del hambre de aquí adentro.

Olga: Iris, tienes que conquistar a Peter, así tendremos comida.

Rebeca: (*Desencajada*). No hablen tonteras ustedes dos. Somos prisioneras. Todos los días muere alguien en el Campo, o se los llevan de aquí, dicen que los fusilan, o los matan con gas. Peter, el Comandante, la mujer o los hijos del Comandante, nos odian y al final nos matarán a todas.

Iris: No digas eso, Rebeca.

Olga: (*Temerosa*). Pero dijiste que nos dejarían ir cuando acabe la guerra.

Rebeca: De aquí no vamos a salir.

(*La más afectada es Olga*).

Iris: No hables así que asustas a Olga, por favor, Rebeca. Lo que cuentas son habladurías, es solo desinformación, Peter dice que esto se resolverá, y pronto.

Rebeca: Todos los días llegan trenes y camiones con gente. Y las barracas no crecen, sino que disminuyen. ¿No les parece extraño? Se los llevan cuando recién llegan a esa parte del Campo, a la que no se puede pasar, allí se deshacen de ellos, así dicen en la enfermería donde trabajo.

Olga: Mi papá y mi hermano están al otro lado del Campo, yo he visto a mi hermano, lo he saludado, estoy segura de que era él.

Rebeca: Nosotras tres, y todas las mujeres de esta barraca somos privilegiadas porque trabajamos, pero...

Iris: Mejor les hablo de la casa de la familia del Comandante. Bueno, él viene todos los días a almorzar. Como no encontraron a un profesor de idioma para los niños, me llamaron a mí. Yo antes hacía clases de idiomas. Además, le caí bien a la señora Ángela.

Olga: *(Riendo)*. Y a Peter.

Iris: También. Peter no es un soldado, el Comandante lo adoptó casi como a un hijo, por eso trabaja con él.

Rebeca: No seas ingenua. Ambos son lo mismo.

Iris: Por las tardes, cuando el Comandante termina su jornada aquí en el Campo, regresa a la casa, y Peter me conduce hasta la barraca.

Olga: ¿Qué pasa en ese momento?

Iris: Es el momento más lindo del día. Se junta toda la familia, antes de la cena. El Comandante juega un rato con los niños, es muy cariñoso con sus hijos, y escuchan juntos música en una radio.

Rebeca: Iris, nunca creas lo que te dicen, si te adulan o te prometen cosas. Al final, para ellos, tú eres una prisionera.

Iris: Lo sé, me lo repito todos los días. Pero entrar a esa casa al menos es un respiro... En la casa del Comandante pareciera que no existe la guerra, ni esta prisión, es como entrar a las casas de esta revista donde todo es perfecto, lleno de luz, ordenado, limpio y oloroso.

ACTO III

En un parque, Olga y su hija Tina. Parece correr viento. Llevan pañuelos en la cabeza, y abrigos. Olga fuma.

Tinita: Me trajo aquí solo para fumar, mamá.

Olga: Es lo único que no se permite en la Residencia. Lo curioso es que si ves esa casa de allí, y la de más allá, todas son Residencias del adulto mayor.

Tinita: ¿Todas?, ¿y en el mismo sector? De todas maneras, no debería fumar.

Olga: La salud es lo mejor que tengo.

Tinita: De todas maneras, me imagino que mi papá no estuvo para nada de acuerdo con que se viniera a este asilo o Residencia.

Olga: Con tu padre nos dimos cuenta, o al menos yo me di cuenta, de que me había equivocado con respecto a él.

Tinita: (*Irónica*). No me diga que después de sesenta años juntos, de pronto, se dio cuenta de que estaba equivocada.

Olga: Abandoné a tu papá, y meses después, él se murió, pero no existe relación entre un hecho y el otro. No soy culpable. Gido, tu hermano, cree que yo soy la culpable, por eso no me visita.

Tinita: Mi papá no podía vivir sin usted.

Olga: Puede ser, pero yo sí podía vivir sin él.

Tinita: Toda una vida juntos, y de pronto, usted decide abandonarlo. Es cierto, papá era un hombre poco cariñoso, no demostraba afectos, nunca los tuvo conmigo, pero era un hombre bueno.

Olga: Sobre muchas cosas de él prefiero no hablar, pertenecen a nuestra vida privada.

Tinita: Yo estoy grande, tengo una familia, tengo mis propios problemas, los que no son menores, pero quiero escucharla más sincera conmigo.

Olga: Tú eras una niña diferente al resto. Muy tranquila. Siempre te controlabas. Eras mi niña fuerte, no como tu mamá.

Tinita: No diga eso, la fuerte ha sido usted; usted sobrevivió a esa prisión.

Olga: Pero incluso eso fue diferente. Allí no tenía otra opción.

Tinita: Debería aprovechar mi viaje, mamá, para venirse conmigo, y contarme qué ocurrió a final entre papá y usted.

Olga: Hay cosas que es mejor callar.

Tinita: Eran un matrimonio aparentemente feliz.

Olga: ¿Por qué crees eso?

Tinita: Tal vez porque necesito que así sea.

Olga: No te entiendo.

Tinita: Papá ya está muerto, nada se puede hacer al respecto. Pero quedo yo, y a mí también me están ocurriendo cosas. Quiero dejar de ser la mujer fuerte que usted dice, la que no llora, la que soluciona todos los problemas.

Olga: (*Preocupada*). ¿Te pasa algo?

Tinita: En cierta forma.

Olga: ¿Pero eso nada tiene que ver con tu papá o conmigo?

Tinita: (*Vehemente*). Deje un poco de hablar de sí misma, mamá. Le escuché toda la vida relatarme su pasado en esos campos de exterminio. Pero siempre era usted, usted, y nadie más que usted.

Olga: Pero, hija...

Tinita: También hay vida, más allá de usted.

Olga: (*Ofendida*). Soy una mujer vieja, y como dices tú, hablo de mí todo el tiempo, repaso mi vida y me preocupo solo de mí.

Tinita: Mamá, no vine a culparla de nada. Pero también tengo mis problemas.

Olga: ¿Se trata de Robert, tu marido?

Tinita: Mis hijos están grandes y puedo tomar una decisión ahora.

Olga: ¿Qué tipo de decisión?

Tinita: Dejarlo, abandonarlo, como hizo usted con el papá, pero por motivos reales, y no por...

Olga: Te lo dije, eso fue diferente.

Tinita: Estábamos preparando las vacaciones. Usted sabe que Robert es profesor de un colegio pequeñito, un colegio para gente de dinero.

Olga: Sí.

Tinita: También hace clases particulares. Con ese dinero extra preparábamos las vacaciones. Un día debía ir a Chicago a comprar materiales para mi trabajo. Tomé el tren en la mañana. Pero en medio del viaje, algo ocurrió, un accidente, y debí regresar a la casa. Allí estaba Robert con los pantalones abajo, y una de sus alumnas, una niña, ni siquiera una adolescente.

Olga: ¿Una niña? ¿A qué te refieres con una niña?

Tinita: (*Exasperada*). Mamá, una niña. Una niña de 12 años como máximo. Una de sus alumnas. Después, ella me dijo que Robert la había amenazado. Fue horrible.

Olga: ¿Pero qué hiciste tú?

Tinita: Quería denunciarlo. Pero Robert me rogó, dijo que tenía un problema, y deseaba tratárselo medicamente.

Olga: Pero esa pobre niñita.

Tinita: Sentía que debía hacer algo, pero al final no lo hice. Llegaron las vacaciones, y con el dinero que teníamos reunidos, Robert ingresó a una clínica. Lo demás quedó impune. Me dio vergüenza denunciarlo. La familia, la casa que habíamos armado, se estaba cayendo a pedazos, por eso me dio miedo denunciarlo....

ACTO IV

Olga y Rebeca. Olga joven. En el mismo lugar anterior, una barraca de un campo de prisioneros. Literas de madera. Ambas ordenan ropa, ropa usada. La doblan y van dejándola en un lugar aparte. Es un trabajo mecánico, que realizan mientras conversan.

Rebeca: Mis hijos y su padre lograron huir escondido en un barco, desde entonces no sé nada de ellos. Recibí una postal, era de la ciudad de Nueva York, la misma ciudad de la revista de Iris.

Olga: La revista de interiores. ¿La quieres ver? La tenemos debajo de...

Rebeca: Me conformo con saber que ellos están bien, que nada les pasó, y pudieron huir a tiempo. Por eso debemos cuidarnos entre nosotras tres: Iris, tú y yo... Tienes

que entenderlo, Olga, somos privilegiadas en este campo, tenemos trabajos, somos útiles; si dejamos de ser útil estaremos pérdidas.

Olga: Pero igual pasamos hambre y frío.

Rebeca: Es cierto, pero no tanto como el resto. Está es una barraca aislada. Yo trabajo en el hospital, tú en la lavandería. Iris en la casa del Comandante. Entre todas debemos ayudarnos.

Olga: ¿Tú crees que nos dejen ir?

Rebeca: Debemos pensar en eso, creer en eso; tú eres muy joven. Pero también debemos tener cuidado.

Olga: ¿Cuidado?

Rebeca: Sobre todos ustedes dos, Iris y tú, son mujeres jóvenes. Iris está en riesgo permanente.

Olga: Todavía no llega Iris para que nos cuente como le fue hoy en la casa del Comandante. Tal vez escuchó alguna noticia en la radio.

Rebeca: ¿Qué noticia?

Olga: Es solo para distraerme. Para no acordarme que tengo hambre.

Rebeca: Déjame contarte del doctor Perry hace un año, cuando llegué aquí. Nos mandaron a catalogar muestras en el hospital. Era un trabajo aburrido. Ese Perry apenas me dirigía la palabra. Perry era gordo. Entonces, de pronto, dijo que estaba cansado, que llamaría a un guardia para que me vinieran a dejar, pero que antes, me sacara la ropa, o solo la falda y lo que llevara abajo. Entonces, sin decir una palabra, después de haber estado un día entero trabajando conmigo sin dirigirme la palabra, me violó.

Olga: Que horrible.

Rebeca: Y así lo siguió haciendo todos los días de esos primero meses. Sin decirme una palabra, casi como un trámite que debía concluir al final de la jornada en el hospital del campo.

Olga: ¿Por qué me cuentas esto?

Rebeca: Por lo que acabo de decirte, si las tres tenemos ahora privilegios, estos siempre se deben pagarse de alguna forma. Quiero que lo sepas, y que estés preparada. Tenemos que ser muy fuertes las tres si queremos sobrevivir.

Olga: Yo sueño alguna vez, como tú, recibir una postal de alguna parte, que diga que mi familia está bien.

Rebeca: No te desesperes, a veces es mejor no saber nada, es una señal de que lograron escapar... ¿Te asustaste con lo que te conté?

Olga: Sí, un poco.

Rebeca: Lo siento, Olga, no era mi intención. Pero tienes que acostumbrarte, este lugar es... pero lo importante es desear seguir adelante. En el hospital he visto a muchos morir, muchos de ellos se rinden, no aguantan más, y se mueren con facilidad, sin resistir.

Olga: ¿Y eso sirve de algo, resistir?

Rebeca: Claro que sirve...

(Entra Iris).

Iris: Hola...

(Se sienta cansada. De entre su ropa saca un pedazo de pastel envuelto en papel y cartón).

Rebeca: ¿Qué es eso?

Iris: Un pedazo de pastel. Se los traje a ustedes.

(Olga se ríe. Rescata unas cucharas escondidas).

Olga: *(Alegre).* Un pastel, no puedo creerlo, hace tanto tiempo que no como algo así. Mira, Rebeca, lo dividiré para las dos.

Rebeca: *(A Iris).* ¿Te lo dio la señora del Comandante?

Iris: Celebraban el cumpleaños de uno de los hijos, uno que es muy calladito

Rebeca: Es decir, no te lo regalaron, solo te lo trajiste.

Iris: Bueno, sí.

Rebeca: Iris, te lo he dicho antes, no traigas nada que no te den, si te descubren, si los guardias te denuncian, te castigarán, tal vez no te permitan trabajar en esa casa, y te devuelvan a las otras barracas.

Iris: Tampoco lo robé.

Olga: ¿Vamos a comer o no?

Rebeca: Primero, Iris, cuéntanos cómo

Iris: Fue Peter, el chofer del Comandante. Él lo pasó por mí. También me regaló una blusa. (*La muestra envuelta en un papel*). Esta nueva.

Olga: Que suerte tienes.

Rebeca: ¿Qué pasa con ese chofer?

Iris: Es muy amable conmigo, me acompaña a todas partes. Hemos ido hasta de compras a un mercado del pueblo.

Rebeca: ¿Y qué más?

Olga: (*Distraída*). Rebeca dice que tenemos que cuidarnos mucho, protegernos entre las tres.

Iris: Sí, tenemos que protegernos.

Olga: Deberíamos estar felices, bueno, yo estoy feliz, porque comeré un pedazo de pastel.

Rebeca: Te puedes comer mi parte, Olga. Yo no quiero.

Olga: ¿En serio, me lo puedo comer todo? Te puedo guardar una parte para más tarde si quieres.

Rebeca: (*Seria y rotunda*). Ya te dije, es para ti.

Olga: Gracias.

Rebeca: Qué pasa realmente, Iris, ¿ese chofer te hizo algo?

Iris: No es eso. No me ha hecho nada. Es que este lugar, estas circunstancias... bueno, creo que me he enamorado de Peter.

Olga: (*Sorprendida*). ¿Enamorada?

Iris: Así es; y él dice que también se enamoró de mí.

Rebeca: Lo que nos faltaba. Te recuerdo que estás enamorada de tu enemigo, de quien te tiene prisionera aquí.

Iris: Él es diferente.

Rebeca: (*Exaltada*). Diferente. Cómo va a ser diferente. Es un soldado. Uno más de esos, como el Comandante. Nos odian, y nos quieren ver muertas, a todos los que son como nosotros. No puedes enamorarte de alguien así.

Olga: Pero...

Rebeca: En estos temas no te metas, Olga, eres muy niña todavía.

Iris: Solo puedo decir que él es diferente, es muy amable, no ha intentado sobrepasarse en ningún momento. Me habla bien, se ríe conmigo y me trata como como antes me trataban.

Rebeca: Entonces te habrá dicho qué sucederá en el futuro, cómo resolverá que tú seas su prisionera, y él un empleado del Comandante del campo.

Iris: Claro que sí, quiere que nos escapemos. Está aburrido de la guerra, quiere viajar a un país neutral, tener una familia, hijos.

Rebeca: No puedo creerlo. No me imagino cómo podrías escapar a un país extranjero. Suena bonito, pero irrealizable. ¿Y si te descubren? Si en realidad él es sincero, escapan y los descubren, a los dos les espera la muerte, eso te lo aseguro.

Iris: (*Vehemente*). ¿Y por qué que no me arriesgaría a algo así? Acaso podremos salir de aquí. Tú lo sabes, que de aquí no saldremos vivas. Después de matarlos a todos, al final lo harán con nosotras; tú y yo lo sabemos. Acaso no merezco entonces arriesgarme.

Olga: (*Deja de comer temerosa*). ¿Es verdad lo que dice, Rebeca?

Rebeca: No la escuches.

Iris: No le mientas con falsas esperanzas.

Rebeca: ¿Cuándo tienen pensado esa huida?

Iris: El próximo mes viajará el Comandante a una reunión. Peter se quedará ayudando a la señora. Entonces tendremos un automóvil y papeles.

ACTO V

Olga en cama se ve decaída, enferma. Tinita acaba de llegar. Recién se quita el abrigo.

Tinita: Vine enseguida que me avisaron, mamá. Me demoré porque ya no me oriento bien por Santiago.

Olga: No debiste preocuparte. No fue nada, un cambio de presión, dijo el doctor, nada más.

Tinita: ¿Estás bien?

Olga: Claro que estoy bien, ¿crees que soy como el resto de estas viejas que ves aquí? He pasado muchas cosas para que un simple mareo...

Tinita: Pero la enfermera dijo que se había caído en el patio

Olga: Si yo quisiera podría estar fuera de este hogar de ancianos, podría seguir viviendo en mi departamento de Cantagallos. Qué lindo es mi departamento, ya lo ves como lo tengo arreglado.

Tinita: Tal vez sería lo mejor que volviera a su departamento. Contrataría a una enfermera, y dejaría este lugar.

Olga: ¿Quieres saber por qué elegí quedarme en este hogar y no en mi casa?

Tinita: Quisiera saber muchas cosas de usted, o cosas que usted nunca me ha contado con respecto a mi papá.

Olga: Ah, no, de él no quiero hablar. Además, está muerto, para qué.

Tinita: Porque me acuerdo de él. A veces sueño con él.

Olga: ¿Y qué sueñas?

Tinita: Nada especial.

Olga: No es un tema del que me guste hablar.

Tinita: Siempre me dice lo mismo. Siempre hablamos de lo que a usted le interesa, no de lo que a mí me interesa.

Olga: No es cierto.

Tinita: Tuve que soportar toda mi adolescencia esos silencios de ustedes dos, de papá y de usted.

Olga: Soportar es una palabra muy fea.

Tinita: El ambiente era siempre tenso en casa. Mi papá escondido en su pieza, donde se suponía que se emborrachaba.

Olga: Termina lo que ibas a decir.

Tinita: Usted que nunca parecía tener problemas, que nunca decía nada.

Olga: Quería que para ti, y para tu hermano, las cosas fueran diferentes.

Tinita: Se acuerda de Esteban Fonseca.

Olga: ¿Quién?

Tinita: Fue mi primer novio, ¿no se acuerda?

Olga: Por supuesto que no me acuerdo.

Tinita: En realidad nunca fuimos novios. Yo era una adolescente, y creía estar enamorada de Esteban Fonseca. Pero, claro, él nunca se enteró. Y como yo era tan intensa en esa época, tan tonta, creía realmente que estaba enamorada.

Olga: No me acuerdo, y no sé qué quieres decirme con eso.

Tinita: Que sufría, que sufría muchísimo por lo que me estaba ocurriendo. Era una niña. Un día le conté lo que me pasaba.

Olga: Ahora me estoy acordando. Sí, sí, sí.

Tinita: Me dijo que no quería saber nada de esas cosas. Y me llevó al centro a comprar ropa, esa fue la solución del problema.

Olga: Tampoco fue una mala solución. Siempre ha sido un buen camino salir a comprar, así se olvidan muchas cosas.

Tinita: Necesitaba que me escuchara.

Olga: (*Evasiva*). Anoche se murió una vieja, en una habitación aquí al frente del pasillo.

Tinita: Siempre evadía los problemas.

Olga: Por qué martirizas a tu madre. Se supone que estoy convaleciente, tuve un alza de presión.

Tinita: Y finalmente, se victimiza. Mi papá tuvo que soportarla así toda su vida.

Olga: (*Enojada*). Pásame mi bata. No aguanto que me trates así.

Tinita: ¿Adónde va a ir?

Olga: Voy al patio o a comprar cigarrillos, quiero fumar. No entiendo porque te atreves a provocarme de esa manera.

(Se levanta y se viste con la bata. Busca un cigarrillo y lo enciende).

Tinita: Está prohibido fumar en el hogar. Y a usted no debe hacerle bien fumar en estos momentos.

Olga: Yo pago por este hogar de ancianos para ricos, y si pago puedo fumar lo que quiero, puedo morirme cuando quiera. Anoche se murió una vieja.

Tinita: Ya lo dijo antes.

Olga: Ahí, al frente del pasillo. Lo escuché todo desde aquí. La escuché como gritaba

que no se la llevaran, rezando, lamentándose, quejándose; sin dignidad, así se fue.

Tinita: Pero fumar le hace...

Olga: No te permito, Tinita, que saques a tu padre en mi cara. También yo debí soportarlo a él, soportarlo durante sesenta años.

Tinita: Mi papá, y todos lo sabíamos, sufría depresiones, estaba enfermo y eso, finalmente, lo llevó a la tumba. Se fue triste.

Olga: Tú no sabes nada.

Tinita: Entonces, quiero saber, por qué no me cuenta. Hasta antes de salir de la casa, mi hermano y yo, nunca pudimos hablarles.

Olga: Con tu padre se acabó el amor, eso pasó.

Tinita: ¿Que quiere decir? ¿Qué por eso lo abandonó a los sesenta años de vivir juntos?

Olga: Quería vivir sola y lo abandoné.

Tinita: (*Levemente furiosa*). Después de sesenta años de matrimonio se dio cuenta de que se había acabado el amor ¿No le parece descabellado?

Olga: Tal vez me di cuenta antes, pero estaba tu hermano y tú, no quería que les pasara nada malo.

Tinita: O sea que fue por nosotros.

Olga: Primero se fue de la casa tu hermano, y no quiso volver nunca más. A veces me escribe. Sus cartas no dicen mucho, la verdad es que no dicen nada. Cuenta de las ovejas, eso cuenta, de las ovejas en el sur, del frío, del viento. Nada más.

Tinita: Y qué esperaba, usted nos enseñó a no mostrar emociones, a saltar los problemas, y no enfrentarlos.

Olga: Yo no soy culpable de tus traumas. Solo pretendía lo mejor para ustedes dos, nada más.

Tinita: Lo mejor, no sé si es lo mejor; un padre que fue una sombra durante años, con el que no se podía hablar porque no respondía, y una madre en quien todo era felicidad falsa.

Olga: Me estás ofendiendo otra vez.

Tinita: Solo quiero saber. Para eso vine a verla desde Estados Unidos. Para que me conteste preguntas.

Olga: No soy culpable de tus problemas actuales, no soy culpable de lo que te ocurre con tu marido. Es fácil, casi básico, que todos los hijos culpen a los padres, pero tú también eres madre ahora, deberías comprender.

Tinita: No me hable de mi marido.

Olga: Lo ves, la que se evade de los problemas eres tú.

Tinita: Solo quiero saber la verdad.

Olga: ¿Qué verdad?

Tinita: La que sea.

Olga: Viviste una adolescencia tranquila, nada te faltó. Tus padres te compraron todo lo que deseabas, ese viaje que te pagamos, los estudios, tu primer auto. Respetamos tu decisión de casarte con ese señor que te llevó a vivir al extranjero. Es decir, qué verdad pretendes que te invente para justificar tus problemas y decepciones de ahora.

Tinita: (*Tocaba*). No diga más.

Olga: No te puedo mentir. Siempre fuiste la hija consentida de tu padre y de mí, lo admito, fuimos los culpables de eso, pero como todos los padres. Venir desde Estados Unidos a buscar una verdad, como dices, es una exageración. La única verdad es que al final estamos solos, enfrentados a lo que somos, al resultado final de lo que construimos para nosotros mismo; entonces, lo mejor, lo más adecuado es reconocer la responsabilidad propia, y dejar de quejarse, de echarle la culpa a los demás.

Tinita: ¿Y eso fue lo que hizo usted, mamá?

Olga: En parte eso fue lo que hice. Lo hice muy tarde, cuando abandoné a tu padre, cuando quise apartarme de ese ser depresivo, esa sombra como dices tú ¿Acaso no tenía derecho? Y con ese mismo derecho, y mi propia responsabilidad, me vine hasta acá, a este asilo de viejas.

Tinita: Si es todo eso, entonces me podría decir ¿qué es para usted la siguiente frase.

Olga: ¿Qué frase?

Tinita: “Chicago–Nueva York”. ¿Dígame qué le dice esa frase a usted?

ACTO VI

Olga, anciana, sentada en su cama del hogar. La luz baja. Lleva un abrigo grueso, pero debajo la bata, o camisón del hogar. Rebeca, en un primer plano lateral, lleva el mismo uniforme de prisionera. Sigue doblando ropa usada. Se confunden los dos planos: pasado y presente.

Olga: *(Canta)*. “A orillas del río Sem, buscamos piedras que ya no están / En la orillas del río Piedra, buscamos oro donde ya no está ”.

Rebeca: Esa canción es muy vieja, Olga.

Olga: Tan vieja como yo.

Rebeca: Te ves vieja y cansada.

Olga: Vieja y cansada, tú lo has dicho.

Rebeca: *(Amaga cantar)*. A la orilla del río

Olga: En cambio tú, bueno tú no envejeces.

Rebeca: Claro que no envejezco, pero tampoco soy una niña.

Olga: Te envidio. Yo, en cambio, he llegado a vieja, y tú no, nunca lo harás.

Rebeca: ¿Y qué sientes?

Olga: ¿Qué siento? Es buena esa pregunta. No siento nada especial.

Rebeca: No entiendo.

Olga: Puedes dejar de doblar esa ropa, me pones nerviosa. No sirve de nada, ya nadie te lo pedirá.

Rebeca: Creí que Bueno, no lo haré. *(Deja de hacerlo. Busca donde sentarse).*

Olga: Cansancio, eso siento. Desde los días en el campo de prisionera siempre he sentido lo mismo.

Rebeca: Déjame decirte entonces que es lo que yo creo, y espero que no te enojés. Siempre te enojas cuando te lo digo. Creo que te quejas demasiado.

Olga: Si sabes que aquello me enoja, entonces no entiendo porqué me lo dices.

Rebeca: Porque es lo que creo.

Olga: *(De pie, parece desesperarse. Recorre la habitación).* Necesito fumar, necesito un cigarrillo.

Rebeca: Pero va a amanecer.

Olga: Mi hija, Tinita tú claro, tú no la conoces, pero creo que te he hablado de ella.

Rebeca: ¿La que vive en Estados Unidos?

Olga: Viene más tarde. Vamos a salir de compras. No le gusta que fume, me regaña como si fuera ella mi madre. ¿Puedes entender algo así?

Rebeca: Se preocupa por ti, me imagino. Yo me preocupé de mis hijos, y de nada sirvió.

(Se aparta triste).

Olga: Perdona, Rebeca, sé que te pone mal hablar de hijos.

Rebeca: No, ya no. Ahora me preocupas tú.

Olga: Eres la única amiga que me queda. Bueno, también lo era Iris, pero ella no viene, no quiere hablar más conmigo.

Rebeca: Olga, he estado pensando... *(Pausa).*

Olga: ¿Qué? ¿Por qué te quedaste callada?

Rebeca: Ya te lo he dicho, luego tú te enojas, por eso me da miedo a veces hablar contigo. Es difícil conversar si de pronto explotas; antes no eras así.

Olga: Estoy vieja, me exaspero con facilidad. Si tuviera un cigarrillo en estos momentos te juro que sería diferente.

Rebeca: Le he dado muchas vueltas a ese día, el día en que Iris, tú sabes.

Olga: Puedes ser más clara.

Rebeca: El día en que Iris salió de la prisión. Quiero saber qué ocurrió realmente. Sé que lo hemos hablado antes.

Olga: (*Exasperada*). ¿Cuántos años han pasado? Casi sesenta, y sigues en lo mismo, ¿por qué te atormentas? Iris no volverá, no aparecerá por la puerta.

Rebeca: Te lo dije, sabía que te enojarías.

Olga: Entonces, ¿para qué lo preguntas? Tinita, mi hija, también me lo preguntó.

Rebeca: Espera, dices que tu hija te preguntó lo mismo.

Olga: Eso dije.

Rebeca: Pero cómo puede preguntarte algo así. Ella no sabe de Iris.

Olga: Sabe que éramos prisioneras en una campo de concentración, por supuesto que lo sabe.

Rebeca: Está bien, entiendo esa parte. Pero no sabe de Iris, de su último día con nosotras, de lo que le pasó al final.

Olga: Claro que no sabe algo así.

Rebeca: Entonces, ¿por qué dijiste que lo había preguntado?

Olga: (*Se queda meditando*). Bueno, de alguna forma, indirectamente, me imagino que lo sabe, que está esperando el momento para sacármelo en cara. Pero ella no sabe nada.

Rebeca: Pero entonces por qué dijiste que te lo preguntó.

Olga: (*Exasperada*). Rebeca, tú siempre me haces preguntas, siempre estás exigiéndome, y yo no puedo tener respuesta para todo. Muchas cosas no las sé, o no las sabía en su momento, pero tú me exiges y exiges.

Rebeca: Tampoco es para que te exaltes.

Olga: Al menos te pido consideración por una mujer vieja como yo, vieja y cansada.

Rebeca: (*Pausa*). Perdona, Olga, no era mi intención. (*Pausa*). Fue a Irís, a ella se le ocurrió, una noche de mucho frío, estábamos las tres durmiendo sobre esas camas de tabla. A ella se le ocurrió que no le contaríamos a nadie de ese lugar, de esas dos ciudades, de esa revista, y eso nos ayudaba a olvidar lo que vivíamos.

Olga: Lo recuerdo perfectamente.

Rebeca: ¿Dime qué ocurrió con Iris, por favor, necesito saberlo, qué ocurrió esas últimas semanas?

Olga: Ella planificó escaparse con ese oficial, ese tal Peter, el ayudante del Comandante.

Rebeca: Era una locura.

Olga: Es que ella era muy ingenua, inocente, creía todo lo que le decían. Coincidió con (*Se detiene*).

Rebeca: y ...con el doctor Bonari.

Olga: Era un buen hombre, tú me lo contaste; a través de él comenzaron a pasar alimentos a prisioneros.

Rebeca: Es cierto, Bonari era un buen tipo. Primero fueron barras de chocolate, y luego otros alimentos. Era peligroso, lo sabíamos. Las enfermeras que trabajábamos con él le ayudábamos. Sabíamos que si nos descubrían

Olga: Te arriesgaste, pero también nos arriesgaste a todas nosotras. Olvidaste lo que prometimos, que estaríamos juntas, que nos protegeríamos las tres hasta el final.

Rebeca: Me imaginaba que esa comida la recibiría alguien al otro lado. Espera, ¿qué tiene que ver con Iris lo del doctor Bonari?

Olga: Creí que lo sabías.

Rebeca: *(Silencio)*. Entonces fue ella. *(Nerviosa comienza a doblar piezas de ropa como al principio)*.

Olga: Deja de hacer eso.

Rebeca: ¿Hacer qué?

Olga: Doblar esa ropa, ya no es necesario.

Rebeca: *(Deja de hacerlo)*. A Bonari se le ocurrió que podían enviarnos a trabajar al hospital del pueblo más cercano, desde allí sería fácil escapar.

Olga: Iris entonces se lo contó a Peter, le contó el plan que tenías con las enfermeras, supongo que de esa forma se aseguraba su propia huida.

Rebeca: *(Sorprendida)*. ¿Se lo contó a Peter?

Olga: Sí.

Rebeca: Fue ella quien nos denunció.

Olga: Iris es inocente, no sabía lo que ocurriría, no tenía porque saber que Peter lo diría. Tal vez nunca fue sincero con ella, y solo la utilizaba para espiarnos.

Rebeca: *(Impactada)*. Nos atraparon en el hospital. A Bonari no lo mataron allí, lo llevaron a otra ciudad donde lo fusilaron. El resto de las enfermeras nos llevaron y nos gasearon enseguida. Nos preguntaban si trabajábamos con Bonari, a las que respondían afirmativamente las eliminaban.

Olga: Lo siento, Rebeca.

Rebeca: *(Afectada)*. Iris.

Olga: *(Triste)*. Después de que te llevaron vinieron por ella. Le hicieron cosas horribles. La torturaron y violaron. Estuvo tres días en esos interrogatorios. Luego la devolvieron a la barraca, alcanzó a resistir unos días y murió en la cama de tablas...

ACTO VII

Tinita y Olga otra vez en el parque. Ambas arropadas por el frío. Debajo del abrigo sobresale en Olga el camisón o bata.

Olga: Es verdad, lo reconozco, no acudí a tu matrimonio. Tu papá no quería viajar fuera del país.

Tinita: No fueron a mi matrimonio, tampoco cuando nacieron mis hijos, ni cuando tuve ese accidente, tampoco a ninguna navidad.

Olga: Es que tu papá

Tinita: Pero también era usted. Nunca se movieron de Santiago. Viví con ustedes durante 18 años. Nunca fuimos de vacaciones, no recuerdo si alguna vez viajamos fuera de Santiago.

Olga: Nuestra realidad era distinta.

Tinita: ¿Realidad? Pero sí era salir, pasear, viajar, lo que hace todo el mundo. No le voy a dar lecciones, pero hasta donde recuerdo, tú y papá no hacían nada. Cada uno en sus cosas.

Olga: Momento, si vienes de tan lejos a criticarlo a él, no te lo permitiré. Tu padre está muerto, merece respeto.

Tinita: Por eso le hablo a usted, mamá.

Olga: Pero eso, finalmente, eso fue un asunto nuestro.

Tinita: Te recuerdo que ese asunto soy yo también, yo y mi hermano. No pretendo recriminarle, solo saber en qué momento se rompió todo.

Olga: (*Furibunda*). ¿Y con qué objeto? ¿De qué serviría ahora? Estoy vieja, quiero vivir tranquila estos últimos años que me quedan.

Tinita: A usted le quedan muchos años.

Olga: Eres mi hija, pero mi obligación fue protegerte, amarte como hija, pero nada más; tampoco puedes excederte en los sentimientos. Yo también tengo, y merezco una vida privada.

Tinita: Sí, pero por un momento, tus dolores, tus angustias también podrían ser los míos.

Olga: Eso no tiene sentido.

Tinita: Es cierto, en el ADN de cada uno viajan otras cosas, pero porque no creer también que lo hacen las angustias, los miedos de los padres; que todo aquello también se puede heredar sin que lo pidamos.

Olga: Tú no quieres eso. Siempre estuviste aparte. Tú eras independiente, nunca te interesó nada más que a ti misma.

Tinita: ¿Por qué dices eso?

Olga: Ahora que tienes problemas, que tu matrimonio, que creías perfecto, se desmoronó, y en un país extraño, ahora vienes a interrogar a tu madre vieja, a torturarla con tus recriminaciones.

Tinita: Realmente cree que he venido a exigirle algo.

Olga: Cuando niña eras diferente

Tinita: ¿Qué quiere decir?

Olga: Eras alegre e inocente. Yo te inventaba historia para hacerte dormir y las creía todas. Eras alegre, ingenua, muy alegre, como Iris

Tinita: ¿Quién?

Olga: Alegre ¿Qué?

Tinita: Dijiste que era como alguien, como Iris.

Olga: ¿Dije eso?

Tinita: Mamá, no está vieja como para olvidarse o desentenderse de lo que habla.

Olga: Iris, he pensando mucho en ella este último tiempo. Iris tiene mucho que ver con lo que quieres saber, con tu obsesión por encontrar motivos, razones para todo... He querido preguntarte algo, Tinita. Ayer, ¿fue ayer? Me dijiste esa frase, me preguntaste

Tinita: “Chicago Nueva York”.

Olga: ¿Qué significa? ¿Cómo sabes?

Tinita: Pensé que usted me lo diría.

Olga: ¿Yo?

Tinita: El día que se quedó dormida, a la hora de la siesta, y yo me quedé a su lado, se lo escuché decir mientras soñaban.

Olga: (*Alegre*). ¿Y era un sueño alegre o uno triste?

Tinita: Mamá, era un sueño.
Se apaga la luz.

ACTO VIII

En el escenario Iris, muy joven y atractiva, se maquilla. Sus ropas y su aspecto es distinto a las primeras escenas, ya no lleva el traje de presidiaria, raído y feo. Su aspecto es distinto: maquillada, muy mejorada. Tiene una maleta a sus pies. La luz cenital cae sobre ella. Se detiene y se arregla con esmero la cara. Abre la maleta. La deja sobre una pequeña mesa o soporte. Comienza a recoger alguna ropa que había doblado Rebeca en escenas anteriores. Lo hace de forma natural, pero con mucho cuidado y esmero. De pronto, parece recordar. Se vuelve a maquillar, o a esparcir color sobre su rostro mirándose en un espejo. Cuando termina de llenar la maleta, la cierra. Se enciende la luz.

Atrás está Olga cubierta con guirnaldas y una corona de reina en la cabeza. Luce abatida, pero también puede estar dormida. Está sentada en una silla.

Por un lado, aparece su hija Tinita que también está vestida de forma diferente, parcialmente elegante, con abrigo, impermeable, pañuelo en la cabeza.

Iris permanece en la misma actitud, pero al costado y en silencio.

Tinita: Mamá, ¿qué tiene en la cabeza? ¿Y esa guirnalda?

Olga: (*Resignada*). No es nada.

Tinita: ¿Pero qué le pasó? (*Se ríe*). Se ve...

Olga: Ridícula.

Tinita: Bueno...

Olga: En esta Residencia celebran los cumpleaños; lo hacen una vez a la semana.

Tinita: Pero todavía falta para el suyo. Es en cuatro días más, el viernes.

Olga: *(Se levanta la corona de su cabeza)*. Los celebran todos juntos, los de la semana, en un solo día. Y, bueno, el mío era el único de esta semana.

Tinita: *(Se ríe)*. Bueno, usted quiso vivir aquí.

Olga: Reina por un día.

Tinita: Es una pena que no estaré con usted para su cumpleaños este viernes. El pasaje es cerrado, no admite cambio.

Olga: *(Triste)*. Sí, lo sé, te vas.

Tinita: Llevó tres semanas en el país. En unas horas más debo estar en el aeropuerto. *(Muestra el celular)*. Avisé al radiotaxi para que me pase a buscar aquí.

(Aparte Iris presencia la escena a un costado, en la misma actitud, junto a su maleta como si esperara a alguien).

Tinita: Entonces, déjeme insistirle por última vez antes de que llegue mi taxi. Cuando lo desee puede irse a Estados Unidos conmigo. Todavía tengo que resolver los problemas de mi matrimonio, pero me voy más confiada, estoy segura de que saldré fortalecida de esto.

Olga: *(Se levanta y pasea desanimada)*. Claro que lo harás, Tinita, eres una niña, una mujer fuerte, que sabe lo que quiere. Vas a salir adelante.

Tinita: ¿Le pasa algo mamá? ¿Se siente bien?

Olga: ¿A qué te refieres?

Tinita: La noto decaída.

Olga: Puede ser..., hoy, está mañana

Tinita: ¿Qué pasó?

Olga: Esa celebración, cuando estaba entre las demás ancianas, tuve una pequeña revelación.

Tinita: (*Risueña*). No me diga. Revelación. ¿Algo religioso?

Olga: Si no dejas de burlarte prefiero no contarte nada.

Tinita: No me burlaba.

Olga: Todas ellas, las ancianas del hogar, son mujeres con vidas acabadas, pero también complejas. Algunas con vidas miserables, otras aparentemente satisfechas. De pronto, estaba yo entre todas ellas haciendo el recuento de mi vida.

Tinita: ¿Y a qué conclusión llegó, mamá?

Olga: Tal vez la única, después de estos años es que nunca quise que me abandonaran, que me dejaran. En eso me pasé una vida.

Tinita: ¿Se refiere a mi papá? Pero fue usted quien...

Olga: Fue él quien no quiso seguir a mi lado, esa es la verdad.

Tinita: (*Sorprendida*). ¿Está hablando en serio?

Olga: Él no quiso saber de mí. Tu padre sintió vergüenza de mí.

Tinita: ¿Vergüenza, pero por qué?

(*Olga se acerca a Iris que sigue en un primer plano. Tinita, en cambio, se queda observando en segundo plano*).

Olga: (*A Iris*). Te ves tan bonita, tan joven. ¿Dónde te conseguiste ese maquillaje? Parece una actriz de cine, como la de las revistas.

Iris: (*Orgullosas del alago*). ¿Te gusta? Por supuesto que es imposible encontrarlo por aquí. ¿Sabes lo que hice?

Olga: ¿Qué?

Iris: Se los robé a la mujer del Comandante.

Olga: (*Asustada*). Pero cómo pudiste hacer algo así. No sabes el riesgo que eso significa para ti y para todas nosotras.

Iris: No me importó. Me voy de aquí, Olga.

Olga: ¿Te vas?

Iris: Por favor, no se lo digas a Rebeca. Que sea un secreto entre ambas.

Olga: ¿Qué es lo que no quieres que le diga a Rebeca?

Iris: Del maquillaje, de cómo lo conseguí y de que me voy de aquí

Olga: ¿Pero cómo escaparán? Estamos prisioneras.

Iris: Te lo voy a contar, eres la única persona que lo sabrá. Pero por ningún motivo tienes que contarle a Rebeca, a ella nada le parece, y me cuestiona todo.

Olga: ¿Te vas a fugar con Peter?

Iris: Me iré con él. Pensamos viajar a un país diferente, lejos, muy lejos de la guerra.

Olga: Pero eso es muy arriesgado.

Iris: Cuando llegue a ese lugar donde nos quedaremos, lejos de aquí, te juro que te enviaré una postal, ¿te parece?

Olga: ¿Una postal? Sí, me parece. ¿Pero cómo piensas salir de aquí? Es muy peligroso, Iris. Por favor, piénsalo bien. Tal vez deberías contarle a Rebeca.

Iris: No, a ella no. Peter lo pensó todo. (*Abre una cartera*). Tengo papeles, son falsos, pero confiables, con ellos me puedo mover por todas partes. (*Muestra uno*). Este es un salvoconducto.

Olga: ¿Pero estás segura?

Iris: Cuando te enamores, te darás cuenta de lo que hablo.

Olga: ¿Tú crees que yo saldré de aquí alguna vez?

Iris: Por supuesto, y no le hagas caso a Rebeca. Ella habla por hablar. A propósito, ¿dónde está ella?

Olga: En el hospital del pueblo, ella también tiene planificado...

Iris: ¿Planificado qué?

Olga: Nada. Tengo que saber guardar secretos.

Iris: Sí, tienes que guardarlo.

Olga: ¿Y cuándo piensas huir con Peter?

Iris: No me ves que estoy vestida para salir de aquí en este momento.

Olga: ¿Ahora?

Iris: Me costó conseguirme esta ropa. Quería avisarle, tanto a Rebeca como a ti, pero Peter me obligó a no decir una palabra hasta ahora. Esta noche vendrán por mí. Un automóvil con un hombre me pasará a buscar en la entrada de la casa del Comandante. Es un chofer que no me conoce.

Olga: Pero...

Iris: Peter no puede hacerlo, nos descubrirían si él viene. Acordamos reunirnos a 90 kilómetros de aquí. Solo tengo una oportunidad. Deséame suerte.

Olga: Claro que te deseo suerte, Iris, claro que sí. Pero deberías hablarlo con Rebeca, ella te podría aconsejar. Es arriesgado lo que vas a hacer.

Iris: Una vez en mi vida tengo suerte, siempre creí que tenía solo mala suerte. Perdí a mi marido recién casada, y nada me resultó de lo que quería hacer.

Olga: Espera.

Iris: ¿Qué pasa?

Olga: No me pueden dejar sola aquí.

Iris: Tienes a Rebeca. Nada te pasará a su lado.

Olga: Ella...

Iris: Sabes cuál es la contraseña para el chofer de esta noche.

Olga: “Chicago-Nueva York”

Iris: Exactamente. Sé que era nuestro secreto, el de tú, Rebeca y yo.

Olga: Sí, nuestro secreto.

Iris: Sin ustedes no hubiera resistido.

(Olga se aparta. Iris sigue esperando con la maleta. Regresa a sentarse a su silla, queda desolada. De pronto, Tinita se lleva las manos a la boca, se tapa la cara sin poder creerlo como si realmente fuera testigo de la escena anterior).

Tinita: Pero, mamá, ¿cómo?

Olga: No quería que me abandonaran. Primero me dejaron mi papá y mi hermano en ese campo de prisioneros. Creía que seguían allí, en otras barracas distintas, pero en mi interior sabía que no era verdad, que recién llegados a ese lugar los asesinaron... Me quedé sola.

Tinita: Pero entonces...

Olga: Sin mis amigas no hubiera resistido ni un día. Esa noche pedí hablar con los guardias.

Tinita: *(Sorprendida)*. No puedo creerlo.

Olga: Rebeca planificaba huir uno o dos días después de que lo hiciera Iris, pero sin mí, entonces yo quedaría sola, abandonada. Rebeca lo haría desde hospital del pueblo. Iris con su novio. Y yo me quedaría sola.

Tinita: ¿Por eso las denunciaste?

Olga: Necesitaba esos papeles para salir de allí.

Tinita: Por tu culpa dos mujeres...

Olga: No tenía escapatoria. De otra manera no hubiera sobrevivido.

(Pausa. Tinita se pasea. Finalmente se sienta en una silla cerca de su madre. Mueve la cabeza y no sabe qué hacer o decir).

Tinita: Y por eso papá también la abandonó a usted. Se enteró, después de todos estos años, de lo que había hecho.

Olga: Durante sesenta años se lo oculté y, de pronto, no aguanté más. Se lo debía decir. Por supuesto, no me perdonó, no quiso saber nada, y me dejó. Sentía vergüenza de mí.

Tinita: Pero papá...

Olga: Fue él quien esperaba a 90 kilómetros de allí. Cuando llegué le mentí. Le dije que Iris no llegaría, que la habían descubierto. Y que, por mi parte, enterada de todo, había tomado esos papeles porque no le servirían a nadie. Tampoco él podría volver atrás, lo hubieran juzgado como traidor. Viajamos juntos. Llegamos a Buenos Aires, y un mes después hasta Santiago. Me decía que le recordaba a Iris. Así se enamoró de mí, supongo. Pero Iris siempre fue un fantasma entre ambos.

Tinita: Mamá. *(Toma la mano de su madre).*

Olga: Por eso me dejó tu padre, se sintió avergonzado cuando se enteró lo que le había ocultado estos años. Y la tristeza lo mató meses después.

Tinita: ¿Y por eso usted ingresó a este hogar de ancianos?

Olga: Este es el lugar donde debo estar, donde debo quedarme, no tengo otra opción.

Tinita: Pero, mamá. La...*(Suena el celular)*... Es mi taxi...

Olga: Tenía que decírtelo, Tinita. Puedes pensar lo que desees de mí, me merezco todo el reproche que sientas por mí. Al parecer, tu padre, antes de morir, se lo contó a tu hermano, por eso él no me quiere ver.

Tinita: Mamá, usted siempre fue buena conmigo. Siempre confíé en usted. Probablemente esperé más de usted, pero eso no importó en su momento porque usted siempre fue mi madre y lo seguirá siendo...

Olga: Sí, lo seguiré siendo.

Tinita: Usted tomó una decisión que le significó sobrevivir, pero a costa de otros.

Sin esa decisión yo no hubiera nacido.

Olga: Y es por eso que no debo salir de aquí.

Tinita: Supongo que no puedo juzgarla. Tampoco haré nada para hacerla cambiar de opinión. (*Mira alrededor*). Si usted cree que esta es la prisión que se merece, no haré nada.

(Suena insistentemente el celular de Tinita, pero ella no lo contesta).

Olga: Está bien. Ahora debes irte; te espera ese taxi.
Tinita parece acercarse para abrazarla, pero se arrepiente en el último momento. Y solo se amarra el abrigo. Finalmente sale.

Luz final.



Las tentaciones de San Antonio

Tomás Henríquez

Ganador categoría Autores Emergentes

Estudiante de Actuación Teatral en la Universidad de Chile. Se ha desempeñado como actor, dramaturgo y performista. Entre sus obras estrenadas se encuentran *El Pelicano* (trabajo en progreso, 2007), *Opala* (2008), *Machote Futbolero* (2009-10), *Metropolitana* (2009-11), *Los Boy Scout inventaron el capitalismo* (2010), *Ochagavía* (2011-12), y *Los Cesantes Felices de Frankfurt* (2011). Actualmente, integra el colectivo de performance Los Viejos Vinagres, con el que ha trabajado ya en diversas puestas en escena.

Personajes

PRINCIPALES

El Padre Gustavo: El párroco auxiliar.

El Bosco: Hijo de portuario.

El Villagra Chico: Un profesor de castellano.

EL Diuca González: Un futbolista retirado.

Gastón: Un empresario santiaguino.

Manzana: Amiga por internet.

El viejo Severino: Un antiguo pescador.

SECUNDARIOS

Doña Jacinta

Irene

Máximo

Carlo

El Primo

La Candy

El Jairo

Don Beto

El Cabezón

El Rivera

La Abuela

La Karina

La Tania

Diego Julián Gómez Arellano

Una grabadora

La Steffi

La radio

Un Paco

ACTO I

Ciertas lecciones de la historia.

Padre Gustavo: Cuenta la historia que a principios de siglo, un tren ahora inexistente, llegaba al puerto de San Antonio anunciando el arribo desde Santiago de los que en ese entonces eran los dueños de Chile. Nuestra pugante socialité criolla venía a esta tierra, escapando de la mala chusma inconsciente de la gran ciudad con el objeto de pasar el verano, sentarse a mirar el infinito océano que bordea nuestro suelo y por fin, poder descansar con tranquilidad.

Irene: Es 1985. Hoy es 3 de Marzo. Hoy tenía muchas cosas que hacer. Hoy me iría a la plaza a ver que mi niña diera sus primeros pasos. Hoy le compraría un jugo de naranja. Hoy le compraría un enorme globo para que lo mire y para que juegue.

Padre Gustavo: Nadie se podía imaginar en lo que años más tarde se vendría a transformar esa pequeña bahía portuaria venida a menos detrás de la internacional Valparaíso. Nadie creería lo que en medio de ese Chile provincial de inicios de siglo, ese Chile que se vestía de alta cultura francesa y refinada etiqueta, se comenzaba a gestar.

Doña Jacinta: San Antonio.

Padre Gustavo: Nuestro natal y sencillo puerto de San Antonio.

Irene: Tantas cosas suceden sin que nadie se entere ni las recuerde.

Padre Gustavo: Tantas cosas.

Doña Jacinta: Tantas cosas donde nadie las sabe ni las intuye.

Padre Gustavo: Tantas cosas

Irene: Hoy me desperté inquieta. Hoy corrí las cortinas de mi pieza y miré lo nublado que estaba el cielo. Hoy mi niña se despertó llorando. Hoy fui a la misa de 12. Hoy preparé puré y salchichas de almuerzo. Hoy mi viejo saldría temprano, de madrugada camino a la mar.

Padre Gustavo: Si ahora me preguntan cuál es la imagen más desoladora de la que tengo memoria, sin duda tendría que pensar en aquella tarde triste en la que ningún San Antonino pudo dormir tranquilo. La imagen la recuerdo como si fuera hoy: el puerto a penas soportando el remezón. Las olas que revientan. Las pequeñas barcas dadas vuelta por la ferocidad del mar. Un viento tibio que asolaba de extrañeza el paisaje.

Doña Jacinta: Hace calor.

Irene: Es verano todavía. Es normal.

Doña Jacinta: Sí, pero es raro. Es un calor distinto.

Padre Gustavo: Hoy San Antonio fue el punto central desde el que todo Chile remeció su columna hasta caerse a pedazos, pero de milagro, porque insisto, solo de milagro ocurren estas cosas, la virgen de la parroquia, aquella que mantiene nuestra esperanza aún en alto, se mantuvo en pie.

Irene: De milagro.

Doña Jacinta: De milagro.

Padre Gustavo: Creímos que el puerto era invulnerable. Lo creímos resistente a cualquier cosa. Hasta que la mar se subió. ¿Lo están viendo? Las olas están des-templadas, las olas están enfurecidas, las olas arrogantes, soberbias, indignadas. La naturaleza nos castiga. La naturaleza ya no cree en nuestras promesas.

Irene: Padre, cuando vi subir el agua estaba con mi cabra, y pensé que hasta ahí no más llegábamos...

Doña Jacinta: Padre, cuando vi subir el agua comencé a rezar, pero con miedo, con mucho miedo.

Irene: Estaba muerta de miedo.

Padre Gustavo: Las entiendo. El problema es que la mar no se sube así todos los días. La mar se deja tranquila, mansa y toda dispuesta y así mismo el hombre sale cada madrugada a recorrerla en busca de alimento. Ustedes lo saben mejor que nadie. Ustedes son prueba viviente de lo que digo. El pescador estará siempre atrevido pero a la vez cauto ante el impredecible carácter del mar.

Irene: El mar.

Doña Jacinta: La mar.

Padre Gustavo: El pan nuestro de cada día.

Padre Gustavo: Allá adentro en aquella línea donde la mirada se pierde. Donde el mar se acaba y los barcos se caen. El mundo termina en aquella línea que nos rodea.

Irene: Padre...

Padre Gustavo: Díme...

Irene: no se ría. Por favor no se ría.

Padre Gustavo: No me río, pero dime qué sucede...

Irene: Sucede que no entiendo mucho, sucede que muchas cosas en la cabeza, sucede que la niña de mis ojos me pregunta, mamá, mamá, y yo no lo sé, yo no lo sé, que mierda hay dentro de los silos, pregúnteme y yo le respondo, en serio, yo le respondo, a esta altura tengo una lista enorme de teorías, que más que teorías, son presunciones que a esta altura considero sospechosamente ciertas. Yo le digo. Yo estoy seguro que ninguno de ustedes podría decir con certeza lo que hay dentro de los silos, los silos, los silos, los silos están llenos de harina de pescado, de ácido sulfúrico, de cobre, de pescadores congelados, de containers, de detenidos desaparecidos, de repuestos de camiones, dinero, mucho dinero, todo el sucio dinero que nos han robado, los secretos de la naturaleza humana, las trampas de la fe, las tentaciones de San Antonio, el pelo del Chupete Suazo, pelotas de fútbol, un criadero de chanchos, muñecas de plástico, cuero de lobo de mar, la raqueta de la Kurnikova, latas de cerveza, botellas de cerveza, javas de cerveza, la basura que desecha la socialité cultural de Valparaíso, challa, mucha challa, los carros alegóricos que pintan de color fiesta nuestros cerros cada verano, la burocracia de la intendencia, la nueva casa de tombolini, los desechos orgánicos que bota el hospital, un *indoor* gigante con plantas de marihuana que controla el hijo del alcalde, aceite de sopaipillas, las razones infames del decreto 130, talento para

jugar a la pelota, libros, bibliotecas, buenos colegios, universidades, educación pública, gratuita y de calidad, petróleo, mucho petróleo para por fin llenarnos los bolsillos de algo más que lamentos indignos, nuestra ciudadanía activa, la nueva constitución, el sueño de la casa propia, la memoria del centro de madres de villa Italia, dirigentes estibadores del puerto de San Antonio, el primer puerto de Chile, ciudad natal del chupete Suazo, el Chinoy, Tombolini, y la Kurnikova chilena.

Padre Gustavo: Hija...

Irene: Padre.

Padre Gustavo: ¿Tu hija está bien?

Irene: No lo sé, padre.

ACTO II

Las armas las carga el diablo.

Máximo: Vivió de chico en la Bellavista, en una casa que aunque humilde tenía más comodidades de las que necesitaba. Estudió en los Movilizadores Portuarios y conoció a la flora y nata del puerto. Por eso dicen que salió así, terrible vivo, bueno pa' la cumbia, pal rap, pa' armarse un piño y cuentearse un vino, o terminar en la plaza y pegarse un fierro, y tirar la rima, un beat, sacarse una pilsen, dos, que corra huacho que corra. El Bosco camina y se las da de chorizo. A paso lento, flaco y de mirada aguileña, siempre marcando el ritmo de su sonido hip-hop, pantalones abajo, dos litros de cloro, su polerón de marca, zapatilla con resorte, todo fluorescente hermano, la pura sensación de los chipamoglis.

El Bosco: Y qué saen' ... yo soy de San Antonio. Y acá somo' puro chorizo. Entero vi'o que me quedo piola.

Máximo: Chupacabras. Le decían el chupacabras. Tal cual. Con el tiempo se hizo la fama de carroñero. Y adivinen por qué. No, no andaba matando gallinas por los matorrales. Tampoco se comía las ovejas del corral. Le decían chupacabras porque desde cabro chico, desde muy pendejo era, cómo decirlo, no quiero sonar despectivo, bien pololo. O por lo menos, lo que se sabía de él, lo que las viejas de los cerros comentaban y comentaban, era que la mayoría de las cabras de San Antonio, sus hijas, sus nietas, sus sobrinas habían sido pololas del Bosco.

Doña Jacinta: Cabro de porquería, si lo pillo y le voy a decir unas cuantas verdades.

El Primo: O sea perdón. Seamos justos. Todas esas cabras que andan llorando, que ahora se hacen las santurronas, son las mismas que hace rato se andaban paseando pidiendo a gritos que se las cargaran con un par de buenos tatequietos.

Doña Jacinta: Qué falto de respeto...

Máximo: Así, un mes entero lo veías dando vueltas en Las Dunas, otro mes en la plaza de Barrancas, al mes siguiente atrincherado en alguna casa de la Viuda y escapando quién sabe de qué. Y así como que no quiere la cosa, dejaba preñá a cuanta cabra hueona se pillaba medio templada pidiendo juguito.

Carlos: Mira cabro hueón, a mi no venís con hueás... ¿Terminaste el cuarto medio? ¿lo terminaste?

El Bosco: Pero tío, yo...

Carlos: Yo no soy ná tu tío, no me vengai a tratar de tío, ¿qué te hai creído?...

El Bosco: En serio... Yo puedo trabajar.

Carlos: Trabajar... No sabís ni lavarte el potó y te las venía a dar de hombre. ¿De qué me viste la cara?

El Bosco: De nada...

Carlos: Mira cabro hueón. Te lo voy a decir bien clarito. Tú te metís con mi hija, le hacís algo a ella, y yo te saco la chucha. no me va a importar nada que tu abuelo y mi papá hayan sido pescadores desde el año del pico. No hueón. Yo también fui joven. Yo también tuve 18 años, y sé lo que es andar con la pichula parada todo el día... pero a mi cabra la dejai tranquila, ¿entendiste? plastifícate el pico antes de tocar a mi hija... saca cuarto medio, ponte a trabajar en alguna hueá decente... y ahí recién hablamos.

Máximo: De alguna forma todas las cabras del puerto terminaban creyéndole hasta los rezos. Algunas de sus pololas, solo algunas, quizás un par, con el paso del tiempo lo recordaban con cariño y hasta lo echaban de menos. Otras menos interesadas simplemente lo terminaban odiando, no se hacían problema y luego de unos meses se olvidaban del tema. Otras digamos casi todas, digamos la mayoría, se embarazaban, y esas, casi siempre las mismas, lo terminaban demandando.

El Primo: Mansa cagá que tenís.

El Bosco: Pero eso da lo mismo, primo. Es puro papeleo pa' los giles. No les creai ná'... Además las minas son entero cuáticas, siempre te arman escándalo, puro rollo, vo' cachai. Si no las pescai te andan llorando, si las pescai mucho, te hacen la desconocida... cacha, cacha, cacha, cacha... cosita rica.

El Primo: Hueón, es tu ex.

El Bosco: A'onde la viste...

El Primo: Es la Candy. Fíjate bien.

El Bosco: Chucha.

Irene: A ella le decían la niña de las flores. Claro, por los monitos animados. Y hasta se parece un poco ¿No cree? Esta foto es de cuando era niña. Aquí dice, Recuerdo de mi primera comunión. Julio 1994... Si parece un angelito. Ponía cara de inocente, pero era más maldadosa. Uy, si le contara... De chiquitita que le gustaban las cámaras, las luces. Hacía shows acá en la casa, para los cumpleaños del papá, pa las fiestas de navidad, pa' los 18 de septiembre, ponía a la lucerito en la radio y ella doblaba, y le salía igualito. Viera usted. O sino en el colegio. Era siempre la primera en ofrecerse: cantaba, bailaba, recitaba... Las hacía todas.

La Candy: Yo te las hago todas.

El Bosco: Esa onda...

La Candy: ¿Qué? ¿Te da miedo?

El Bosco: Seguro...

Irene: La Candy nunca fue muy polola. No le interesaban los cabros de San Antonio. A decir verdad siempre hubo uno que otro chiquillo que andaba detrás de ella. Pero eran siempre los mismos: Puros cabros piojentos de acá del pasaje, esos que andan peloteando todo el día. Por la noche sino se ponen a tomar cerveza, se ponen a pitear. Y ella, que los conocía de chicos, nunca estuvo muy interesada.

El Bosco: ¿Qué te pasa que poní' esa cara?

La Candy: Dile al Jairo que me deje tranquila.

El Bosco: Oye Jairo, déjala tranquila.

Jairo: ¿Y qué me venís a dar órdenes tu?

El Bosco: ¿Querís que abra el tarro con la Stefi?

Jairo: Ya, pero tranquilo. No hay pa' qué holiconear...

El Bosco: Ya po', entonces.

El Bosco: Listo.

La Candy: Eres un sol ¿Te lo había dicho?

El Bosco: ¿En serio?

La Candy: Te ganaste un premio.

(Suena una canción de George Michael la Candy le da su premio Bosco).

Irene: Yo siempre pensé que el futuro de la Candy no estaba acá en San Antonio, sino afuera en Santiago, o fuera de Chile ¿Por qué no? Si ella es una cabra talentosa, que se va a quedarse encerrada en este pueblo que está más muerto ¿Ah? Yo siempre le dije.

Irene: Salga mi'jita. Haga su vida. No sea tonta. Hágame caso, aproveche que es joven, que es bonita, que tiene toda una vida por delante. No haga como los cabros de acá que se quedan en San Antonio a puro mirarse las caras. Si no va a terminar como el cerro de viejas copuchentas que usted conoce.

Irene: Y ella como no es na' tontorrón, la conocieran, es súper agilosa, obvio, me hizo caso. Terminó el cuarto medio, juntó un poco de plata, no la pensó dos veces, y se fue.

El Primo: Puta que la cagaste, primo.

El Bosco: ¿Tu decís?

El Primo: ¿Cómo dejaste que se fuera esa mina?

El Bosco: Pero se fue sola.

El Primo: Puta primo, es que tu no entendís na’.

Máximo: Un profe de los movilizadores, el viejo don Beto, decía que el Bosco tenía tantos cabros chicos como cerros tiene San Antonio.

Don Beto: El Bosco debe tener tantos cabros chicos como cerros tiene San Antonio.

Máximo: Dicha comparación me parece un poco exagerada. Sin embargo no la podría desechar del todo, es más, a veces me suena hasta verosímil. Supongo –y espero: que sea una exageración, cosa común para don Beto, quien por cierto, como buen profe normalista, era dado para metáforas y refranes de ese calibre.

Don Beto: Mira cabro. Te voy a decir una sola cuestión. No seai hueón. Las armas las carga el diablo. Cuídate. Yo conocí a tu padre. Lo conocí cabrito. Le hice clases. Y le dije lo mismo que yo te digo ahora cuando él tenía tu edad y conoció a tu madre, que dios la tenga en buen descanso...

(Hace casi 20 años).

Don Beto: Oye Bosco. Te voy a decir una sola cuestión. No seai hueón. Las armas las carga el diablo. Cuídate. Esa chiquilla te quiere. Y se nota que tú también la querís harto. Ustedes son jóvenes. Y pueden hacer y deshacer a gusto. Pero no porque tengai’ el futuro en tus manos te vai’ a lanzar de cabeza a una piscina sin agua. No seai hueón. Tu eris un cabro inteligente. Un cabro joven. Yo soy más viejo que tu. Eso está claro. Pero decir que soy más viejo que tu no quiere decir que lo que te digo sea necesariamente cierto. No. Podría no ser cierto, podría ser incluso una tontera, pero ¿Sabes? Pucha que es más sensato pensar un poco en el futuro antes de ponerte a hacer guaguas como loco... Insisto. El diablo sabe más por viejo que por diablo. ¿Te suena eso? Mira mis canas. Mira mis arrugas. Si te digo todo esto es porque lo veo. Años llevo viendo cómo se repite y se repite y se repite la misma historia. San Antonio está lleno de cabros que crecieron viendo cómo su futuro se troncaba lentamente por culpa de decisiones irresponsables. Yo nunca quise meterme al puerto. De chico preferí los libros. La vida en una sala de clases. Dar la vida para enseñarle a cabros como tu. No soy mejor por eso. No lo creas. Nadie debe buscar que le agradezcan todo lo que hace. El punto, es que sé al igual que tu lo difícil que es la vida del puerto. Entiendo el sacrificio, entiendo el cansancio, entiendo el peligro. Como la tuya, mi familia estuvo siempre vinculada al mar. No digo que tangas que hacer lo mismo que yo. No te puedo obligar a nada. Lo único que te digo es que por favor, pero por favor, cualquiera sea tu decisión nunca dejes de pensar en tu familia. En la que te da cobijo y en la que estás creando. La familia uno no la elige. Eso es cierto. Pero pucha que es necesaria y valorable la gente que te apoya cuando uno la está pasando mal. Te lo

digo por experiencia propia. Oye, Bosco. Te lo digo como amigo que creo que soy tuyo: Por favor, no la cagís.

ACTO III

Yo soy un intelectual de izquierda.

El Villagra Chico: No entiendo esa actitud tan pueblerina y arribista por lo demás: de creer como se cree acá en San Antonio, que el progreso de una ciudad, quizás tan solo esta ciudad, se mida en función de la cantidad de supermercados o malls que hayan. Ustedes me dirán son los costos del progreso. Beneficios dirán los optimistas. Pero me disculpan, no quiero sonar petulante, tampoco un viejo amargado, pero lo que es yo, la verdad mucho progreso no veo. Solo veo más comerciantes y más gente endeudada.

El Villagra Chico: El problema es que a nadie parece importarles mucho el destino cada vez más incierto de nuestra ciudad. Es cierto, ahora todos tenemos pega, ahora el mall aparte de supermercado, hotel cinco estrellas, y una cantidad incontable de estacionamientos tiene hasta casino. Pero seamos claros. Eso no sirve de nada si no viene de la mano de políticas de desarrollo a largo plazo.

El Villagra Chico: ¿Ustedes creen que alguien en su sano juicio podría aceptar que le construyan un mall en medio del paseo puerto?

El Villagra Chico: ¿Usted cree que algún ciudadano medianamente juicioso podría aceptar que le instalen en pleno borde costero diez enormes pedazos de cemento que, aparte de ser horribles, te tapan la vista del mar, la luz del sol y contaminan quizás de qué manera?

El Villagra Chico: ¿En qué momento el ciudadano común y corriente dejó de preocuparse por la forma en que construyen su ciudad y pasó a ser mero espectador de cómo las políticas habitacionales y urbanísticas respondían más a intereses económicos que a ideas sensatas sobre cómo construir ciudad?

El Villagra Chico: ¿O es que acaso lo que llamamos “ciudadano común y corriente” nunca ha existido más que como una entelequia políticamente correcta que debemos aceptar a cambio de no poseer culturalmente una clase media suficientemente crítica que aparte de buenas intenciones tenga un poco de poder ciudadano?

El Villagra Chico: ¿Por qué la gente que tiene casa propia :por muy pequeña que sea su casa propia, no quiero hacer distinciones: no le pone pasto a su antejardín?

El Villagra Chico: ¿Creerán acaso que su casa se ve bien así?

El Villagra Chico: ¿Les gustaran los peladeros, las enredaderas secas, las cerámicas del Homecenter, los bloques de cemento?

El Villagra Chico: ¿Tal vez no tienen tiempo para plantar pasto?

El Villagra Chico: ¿Tal vez no pasan mucho tiempo en sus casas?

El Villagra Chico: Quizás les parezcan simplemente preguntas retóricas que uno suele lanzar al voleo para provocar almas nobles y parecer un poco más atrevido en la argumentación y de paso, porqué no, para que suenen bonitas. Pero lo digo con humildad. Con una humildad que si bien no me rompe el corazón, si me lo contiene. Sinceramente me gustaría que alguien acá en este salón me pueda responder. ¿Dónde está el ciudadano común y corriente? ¿Dónde su espíritu crítico?

(El Villagra Chico espera que alguien le responda).

El Villagra Chico: En fin... Tan bonitas que se ven las casas con pasto en el antejardín y la gente parece que no lo entiende. El mal gusto no es una cosa de clase, ni mucho menos de educación. No quiero sonar pedante. Tampoco clasista. Jamás. Yo soy un hombre de izquierda. De una izquierda clásica, fuertemente ideológica, pero con el paso del tiempo, reformada. Hace 30 años aparte de izquierda te habría dicho combativa y revolucionaria. Pero los tiempos cambian. Se caen los muros. Se mueren los papas. Los dictadores. El tiempo pasa y nos vamos poniendo tecnos, decía Luca Prodan.

El Villagra Chico: No sé si me explico. Pero ver cómo la gente maltrata su ciudad es una cosa que no tolero. Está bien que seas joven, sientas rabia y que la quieras demostrar. Está bien que tus hormonas se desborden y que tu energía de adolescente sirva no solo para jugar a la pelota. Está bien. La calle es de una promiscuidad feroz, y toda lucha armada es también excesivamente erótica. Pero hay límites. Yo soy de San Antonio, yo hago clases, conozco a la mayoría de los cabros de acá. Durante la semana andan protestando en la calle y los fines de semana se andan sobajeando en sus casas. Perfecto. No hay problema en ello. Pero verlos rayando la ciudad donde nacieron, crecieron, y hasta probablemente mueran, es una cosa que me saca los choros del canasto. ¿Alguien escupe la cama donde va a dormir? ¿Alguien rompe el colchón que luego va a ocupar? Supongo que nadie.

El Villagra Chico: Si Huidobro supiera cómo le tienen su querido Cartagena estaría aterrado. Hace rato que hubiera agarrado sus cosas y se hubiera mandado cambiar. Ahora tendría una casa en Zapallar o en Papudo. Una cosa más elegante, digamos, que estuviera a su altura. De todas formas no me extraña, él era un escritor bien amanerado, bien fífi, como perro bonito de señora cuica. Es cosa de verlo en las fotos. O de leer las cosas que escribía. Son bien bonitos sus poemas pero qué quiere que le diga, Apollinaire hacía eso mismo mucho antes. Cualquiera persona medianamente instruida lo sabe. Hemos tenido largas discusiones con el viejo Humberto y la conclusión a la que llegamos es que gran parte de nuestro amor por Huidobro se basa entre otras cosas a su sensato y refinado sentido de amor por el mar.

El Villagra Chico: El mar de Chile. Tan hermoso y tan poco respetado por los chilenos. Es problema como dije antes es el ciudadano. El interés y la decisión de defender lo público. Si caminas por la calle y ves un gato muerto ¿Pasas por el lado como si nada? Claro que no. Vas y lo entierras. Eso se llama responsabilidad cívica. Eso se llama política. Por favor. Si alguien no está de acuerdo conmigo, que lo diga. Yo feliz. Siempre será mejor así. De esa manera se construyen los acuerdos. Respetando las diferencias. ¿De qué otra manera, díganme ustedes podemos construir los consensos sino es a partir del respeto indiscutible de nuestras diferencias?

El Villagra Chico: Pero no me vengan con eso que la teoría del chorro y la cacha de la espada. A mí hace bastante rato que la política no deja de parecerme más que una buena forma para acumular riquezas solo sabiendo administrarlas. No hay que saber mucho de la vida, ni de los grandes próceres de la patria, ni de sabiduría china. Solo saber manejar dinero. En este país los estúpidos aparte de mucho poder tienen mucho dinero. Como en todas partes, dirán ustedes. El problema es que en otras partes del mundo –en Europa principalmente: el dinero de los estúpidos solo sirve en la medida en que haya gente *medianamente* inteligente que la administre, y no como acá, que la estupidez y la administración de los recursos fiscales parecen ser cosas que van de la mano. La lógica es arbitraria y perversa. Solo existes políticamente si tus contactos son mejores que tus opiniones, y si tu cuenta bancaria es mayor que tu coeficiente intelectual. Así de simple.

El Villagra Chico: Tengo rabia. Tengo rabia por muchas razones. Podría enumerar todas y cada una de las razones. Pero no lo haré. No. Me basta con decirles que soy un indignado. Un ciudadano que hace mucho rato no se siente representado por la clase política. Lo digo con un dolor que si bien no me quita el hambre, me quita por lo menos la entereza. Me siento humillado. Perdimos. Es duro decirlo. Es duro pero es necesario. Los que de jóvenes luchamos por hacer de este país, el país de la justicia social y de las grandes reformas, terminamos con la cola entre las piernas. Y si.

He salido con mi cacerola. Me he instalado en la plaza con esos mismos cabros que andan rayando las paredes. Yo feliz. Que me moje el guanaco. Que vengan los pacos y me lleven detenido. No les tengo miedo. Estuve perdido diecisiete años. Y estuve otros diecisiete tratando de encontrarme.

El Villagra Chico: Mi problema es que me enrabio con facilidad. A veces hasta pienso que soy un viejo un poco amargado. Que envejecí antes de lo normal. Que el aire del puerto no alcanza para oxigenar mi cerebro. Pero no quiero somatizar mi rabia. No lo haré. Va en contra de mi proyecto de vida zen. Eso ya lo decidí. Después viene el colon irritable, la jaqueca, la próstata. Prefiero sentarme a releer un buen libro de Apollinaire y tomar un té verde en la tranquilidad de mi jardín. Regar el pastoy poner un disco de rock argentino.

Acto IV

El fútbol, una forma de ascenso social.

El Cabezón: Hasta dónde tengo entendido, el Diuca González jugó hace como 30 años, tal vez antes, tal vez después, la memoria a mi edad es cada vez más frágil, en esa mítica temporada que todos los sanantoninos mayores de 35 tienen que recordar. Ese año en que San Antonio Unido jugó en primera ¿Se acuerdan? Yo me acuerdo. Era niño. Pendejo chico. Así de esta altura, y como todo cabro chico soñaba con ser futbolista. Por que ser futbolista para todo sanantonino era, y es todavía, una de las pocas opciones de surgir lejos del puerto, de ser una persona no solo famosa, sino reconocida.

El Rivera: El fútbol, una forma de ascenso social.

El Cabezón: Exacto. Fútbol y pobreza siempre han ido de la mano. Es cosa de saber un poquito de historia y ver que los más grandes futbolistas han nacido en contextos de pobreza y escasez.

El Rivera: Chupete Suazo, héroe regional.

El Cabezón: Hijo ilustre de San Antonio.

El Rivera: Alguna vez fuimos con mi viejo a ver al SAU. Esa época como nunca la bombonera municipal de San Antonio era una fiesta todos los fines de semana. El SAU jugaba contra la católica. Empataron a 2. A la siguiente fecha contra el Chago Morning. 2:1.

El Cabezón: En esa época empezó su carrera como delantero. Un 10 tradicional. Era gigante. Uno de los artífices de aquel equipo que deslumbró en primera.

El Diuca González: Yo Soy Manuel Antonio González Rebolledo, más conocido como el Diuca González, y fui parte de ese glorioso plantel de San Antonio Unido que jugó en primera división.

El Cabezón: Mi abuela lo conoció cabrito... cuando lo vio lo miró de shores cortos, y le dijo al tiro.

Doña Jacinta: Eris el medio pescao... pero igual tirai pinta, cabro hueón.

El Diuca González: ¿Usted cree?

Doña Jacinta: No te voi a andar mintiendo yo... Soi igualito al Alain Delon.

El Diuca González: El alain delon...

El Rivera: ¿Y QUIÉN CHUCHA ES ESE ALAN DELON?

El Cabezón: ¿Y no le preguntaste?

El Diuca González: Debe ser un cantante... Un actor de cine.

El Rivera: A mí me suena más como un corredor de fórmula 1.

El Diuca González: No, el Alain Delon es un futbolista, estoy seguro.

El Cabezón: Listo... quedaste. EL ALAIN DELON CHILENO.

El Diuca González: Así me dicen. ¿Te gusta?

El Cabezón: Por su fama de futbolista se agarraba una hembra, hermano no te miento, todo bien puesto, así cada pierna, las medias tetas, morena, alta, ojos verdes, una carita de princesa... Que pedazo de mujer.

El Rivera: Se movía y todo chile temblaba, era una locura...

El Cabezón: Pa'-ti, pa'-mi, pa'-ti, pa'-mi.

El Diuca González: Mira cómo se mueve... De lado a lado.

El Cabezón: Como buenos amigos que éramos, nos quedábamos pegados mucho rato mirándole la eternidad que tenía bajo la espalda.

El Diuca González: Pa` -tí, pa` -mí, pa` -tí, pa` -mí...

El Rivera: Te hacís el hueón, diuca...

El Cabezón: ¿Cómo la hiciste?... Cuenta po.

El Diuca González: ¿Y qué querís que te cuente?

(Ríen).

El Rivera: Nada, quédate piola no más...

El Cabezón: Todos éramos muy amigos del Diuca, sin embargo lo mirábamos con cierto recelo. Eso es verdad. Porque en el fondo todos nos preguntábamos cómo un hueón tan re feo como el Diuca se llegó a engrupir a una mina tan rica como esa morena.

El Rivera: Porque digámoslo, el diuca podrá ser mi amigo, podrá ser muy buen chato, podrá incluso ser muy bueno pa' la pelota, pero es más bien feo.

El Cabezón: Puta el hueón feo...

El Rivera: Es feo el hueón.

El Cabezón: Es buen chato igual...

El Rivera: Pero es feo...

El Diuca González: Bueno, son cosas de fú`ból.

El Cabezón: Lo veíamos poco con la mina. Algunos decían que la sacaba a pasear por allá por las rocas de santo domingo pa' sacarle envidia a los cuicos, y de paso no pillarse con la Karina, su antigua polola, la madre de una niña hermosa, su hija, que cada vez que lo pillaba tomando pilsen en Llo-lleo, lo subía y lo bajaba.

Karina: Negro culiao, que cuando me vai a dar plata pa' la Stefi.

El Cabezón: La cabra chica se llama Stefi.

Karina: Que yo ni te molesto, y vos que me decís que estai cesante, y yo la hueona creyéndote hasta los rezos, mentiroso de la re contra de tu hermana, y ahora pa' rematarla te encuentro más curao que la chucha, págame la pensión alimenticia, sino te tiro a los pacos, y hasta ahí vai a quedar...

El Cabezón: Y entonces el Diuca González, cansado de tanto grito, de tanto escándalo injustificado, de tanta histeria femenina, prefería no hacerse problemas, y desaparecer, y no existir en San Antonio, o por lo menos no existir con la Tania –su pierna, la morena de piernas grandes: paseándose por las calles de San Antonio.

Tania: Papito, llévame a conocer a tus amigos del SAU, siempre me hablai de ellos y nunca vamos pa' allá... o sea, a mi me gusta harto pasear por Llo-lleo, pero nunca tanto...

El Diuca González: Sí, mi amor, es que no me hace bien el aire del puerto...

Tania: Pero cariño, yo te puedo hacer un masaje, te hago una cosa rica pa' que se te pase...

El Diuca González: ¿En serio?

El Rivera: Cabro culiao con suerte.

El Cabezón: Todo iba bien. El Diuca González tenía éxito, mujeres, dinero –por lo menos algo más que sus compañeros. Tenía un reconocimiento regional importante que lo hacía sobresalir del resto al punto que se rumoreaba de que cada tanto lo venían a ver jugar dirigentes de clubes del norte que lo llevarían a triunfar al desierto.

El Diuca González: Yo feliz.

El Rivera: Lástima nunca se concretó nada.

El Diuca González: Lástima.

El Cabezón: Sin embargo, nada hacía presagiar lo que vendría.

El Rivera: La lesión.

El Cabezón: Una lesión que lo mantuvo alejado de las canchas durante largo tiempo.

El Diuca González: Fueron algo así como 6 meses... Los 6 meses más tristes de mi vida.

El Cabezón: En ese tiempo el SAU bajó a segunda. La alegría y la fiesta se acabaron. El fútbol seguía siendo lo que siempre para los sanantoninos: una esperanza y un fracaso constante.

El Rivera: Llegó un chico nuevo al SAU. Diego Julián Gómez Arellano. Era delantero. Un verdadero hombre gol. Venía de Santiago. Era más rápido, más joven, hacía más goles. Tenía un olfato que hacía recordar la mejor época del Diuca González.

El Diuca González: Tú podrías ser como yo.

Diego Julián Gómez Arellano: ¿Lo dice en serio?

El Cabezón: Pudo ser su gran discípulo pero nunca lo fue. Diego Julián Gómez Arellano resultó ser el centro delantero más exitoso de su generación. Con el dolor de su alma el Diuca González tuvo que cederle la camiseta 10. De esta forma terminó siendo lateral derecho, un poco más retrasado. No tenía que correr tanto, ni *dribblear*, ni enganchar, ni saltar, ni cabecear... Solo tenía que pasearse un rato, a lo sumo pegar un par de patadas, cortar delanteros rivales, dar uno que otro pase con profundidad, siempre por las bandas, y eso sí que era imprescindible, saber aguantar en el fondo.

El Rivera: Se retiró viejo. Cuando ya nadie se acordaba de sus logros y era para los más jóvenes un recuerdo vivo de las glorias del SAU que sin embargo, ninguno de los más jóvenes había vivido.

El Cabezón: Según entiendo, el Diuca González jubiló años después por una lesión a los meniscos.

El Rivera: Siempre jugó en el SAU. Nunca se fue de San Antonio.

El Diuca González: Aquí nací y aquí voy a morir...

El Rivera: Esa era su frase más admirable, y también la más patética.

El Cabezón: Dejó el fútbol. Tuvo distintos oficios que le permitieron vivir relativamente tranquilo. Administraba un taller mecánico en calle Antofagasta. Luego manejó un colete. El 4, Barros:Luco / Llo-lleo.

El Rivera: De la Tania no se supo mucho.

El Cabezón: O sea, de lo que se supo nunca se supo si era verdad o no.

El Rivera: La habrían visto en Calama, trabajando como masajista para el primer equipo de Cobreloa. Nadie sabe cómo llegó tan lejos.

ACTO V

Un almuerzo de negocios.

Gastón: Media vista que tienen acá. Cuando era chico venía todos los veranos y me quedaba mucho rato mirando el mar. Es increíble la tranquilidad de este lugar. La eternidad, el precipicio, un roquería, el sol escondiéndose tras la línea del horizonte, el ruido de las gaviotas, los lobos de mar, la harina de pescado. No sé si me explico. La feria artesanal, esos cuadros de Homero Simpson con la polera del Colo. Empanadas de pino, queso, marisco. Fritura. Huele a fritura.

Carlos: Lo tuyo es nostalgia.

Gastón: No solo eso... Míralos. Se posan en el muelle. Se tiran de guata al sol y descansan toda la tarde entre los requeríos. Siempre anda en grupos. De a cuatro o cinco. Evitan el trabajo. De repente se tiran agua. Se pasean un rato por el muelle y buscan alimento. Le hacen gracias a los turistas. Pero si te acercas mucho te muerden. Son bravos. Cuando sienten que su territorio está en peligro son capaces de morderte...

Carlos: Los conozco.

Gastón: Sin embargo son parte imprescindible de una postal de San Antonio.

Carlos: El parecido que hay entre los pescadores y los lobos de mar es asombroso.

Gastón: Asombroso.

El Cabezón: Le tomo la orden.

Gastón: Por favor... Una reineta a la mantequilla. Unas machas a la parmesana. Una porción de papas fritas. Dos porciones. Una paila marina. Un 120 de 3 medallas de medio y bien heladito por favor. De tres cuartos mejor.

El Cabezón: Aquí está el pancito... Al tiro le traigo el pebre y la mantequilla.

Gastón: Y un poquito de limón si no es mucha la molestia.

El Cabezón: ¿Algo más?

Gastón: Otra cosa.

El Cabezón: Dígame.

Gastón: Le trae un vaso de agua al caballero.

El Cabezón: Como no...

Gastón: ¿Cómo te fue?

Carlos: Tengo lo que quieres.

Gastón: Te escucho.

(Carlos saca unos documentos. Los pone en la mesa).

Carlos: Tiene 26 años. De cabra se fue a vivir a Santiago. Trabaja en una productora de eventos. Ha recorrido todo Chile. De punta a punta. No le gusta mucho lucirse. Pero de mala suerte que tuvo, se hizo famosa. Mala suerte digo, por cómo la pillaron. Le grabaron en plena el show que hace en la disco. Igual le ha ido re bien eso sí. La buscai por internet y la pillai al tiro. Ha salido hasta en el diario. Siempre le manda plata a la mamá. Todos los meses. Sagradamente una platita que si bien no es mucha, sirve. Y sirve porque acá en San Antonio cualquier monto es un dineral.

(Carlos saca una grabadora. La pone en la mesa. Le pone play).

Grabadora: El pensamiento no existe en nosotros más que como una pulguita mi madre me cuida de mis pensamientos impuros botó mis revistas pornos porque yo se lo pedí ahora ella está orgullosa de mi decencia de mi madurez los mocos me salen rapidito la columna y la culpa que la soporta mi espalda herida por la historia mi cuerpo es un árbol genealógico enterrado a mis pies a los hongos de mis dedos que me hablan de la vergüenza que no puedo evitar de evidenciar de hacer visible acá en mi rostro ungido de pavor vergüenza de ultrasonido de hologramas y autoadhesivos de un álbum de salo como los que tenía de pendejo cuando me comía las uñas odio mi

árbol genealógico el pelo de mi madre sus rodillas la imposible nariz de mi padre su espalda como la mía todos los (d)efectos especiales del cuerpo que me regalaron que cargo como dije antes y como repito ahora con vergüenza sabes? me gustaría tanto que supieras en realidad como suenan mis narices la honestidad de mis dedos la paja es para los pajeros te quedó claro hijo mío si mamá si tú me lo dices claro que me queda claro ahora vas a querer que te bote esas porquerías o vas a querer que sigamos sintiéndonos sucios inmundos por no creer en el amor de verdad si mamá bota mis revistas pornos porfi quiero que las botes el amor es una cuestión bella dios es amor es puro amor, acaso no te lo dicen en tu colegio, de qué sirve que yo y tu padre nos endeudemos la vida entera para que estudies en un colegio con valores para que aprendas que el amor es entre dos personas un hombre y una mujer si tú la primera cosa que haces es meterte la idea de estas porquerías que más parecen revistas de animales perdón mamá la pornografía es para animales.

Gastón: ¿Es una broma?

Carlos: Es lo que me pediste.

Gastón: Te pedí que hicieras un trabajo serio. No esto.

Carlos: Mi trabajo es serio.

(Aparece el Cabezón. Deja el vaso con agua en la mesa. Gastón no lo toca).

Gastón: Te dejo estas cosas. A ti te servirán más que a mí.

ACTO VI

El mundo ha sido hecho para nosotras.

Naranja: Fue una larga caminata por todo el borde costero que rodea y que separa San Antonio de la infinita Cartagena. 30 grados a la sombra. Hoy es el día que esperé durante meses. Llegamos color jaiba. Me comí una empanada. Ella un completo.

Manzana: No te imaginaba así.

Naranja: ¿Así como?

Manzana: Me mostró un libro de pintura. Ella estudia artes en Santiago. Pinta. Saca fotos increíbles. Me contó que últimamente sus intereses son cada vez más

amplios al punto que entiende que dejar la pintura será al cabo de unos meses, inevitable. Ahora está estudiando algo relacionado con género. Su rollo es la heteronormatividad y el feminismo post-marxista. Es súper cabezona ella. Tiene una visión súper compleja de las cosas.

Naranja: Igual le estai dando color.

Manzana: Lo digo por lo que te conozco.

Naranja: Es chistoso. Le dai mucha importancia.

Manzana: Puede ser. El problema es que nunca nadie pesca las cosas importantes.

Naranja: Suele ser así.

Manzana: Mis amigos salieron del colegio, se hicieron comerciantes, y ahora todos tienen plata. Yo me dediqué a estudiar y esto acá, pobre.

Naranja: No es extraño. La lógica es esa. Mi caso no es muy diferente tampoco.

Manzana: La llevé a la Escuela 1. Hace tiempo que se lo había prometido.

Naranja: No es muy distinta a cómo me la imaginaba.

Manzana: ¿Y cómo te la imaginabas?

Naranja: Desierta. Como un oasis en medio del cerro.

Manzana: La Escuela 1 es un colegio municipal hace algunos años abandonado. En su momento se transformó en una cueva de delincuentes y niños pastabaseños, pero pronto, con nuestro trabajo se transformó en un centro cultural autogestionado en el que aparte de talleres de circo, tela, malabarismo, poesía, teatro y música, podíamos juntarnos todos quienes teníamos intereses en común sobre esta, nuestra ciudad.

Manzana: Con el terremoto el proyecto se derrumbó. Literalmente.

Naranja: Qué triste.

Manzana: Lo peor es que a nadie le interesa.

Naranja: ¿A dónde vamos?

Manzana: Una fiesta. Es por acá.

Manzana: Llegamos y ya estaban todos los pendejos borrachos. La música muy fuerte, sonaba dos cuabras antes de llegar. Los ramones en la radio. Saltaban pegándose patadas como si fueran imbéciles, y de paso hacían que el polvo se levante y se levante al punto de dejarnos ciegos.

Radio: ¡Hey go, let`s go!

Steffi: Oigan cabras, estamos haciendo una vaca pa comprar más copete.

Naranja: Igual yo iría por cerveza.

Manzana: Yo les dije.

Manzana: Cabros, si quieren seguir carreteando tranquilos, quédense piola, háganme caso, no sean giles, cierren la puerta, bajen la música y no hagan escándalo... Pueden sobajearse tranquilos pero adentro de la casa.

Jairo: Qué'ate callá...

Manzana: ¿Ves? A estos los crían hueones. No entienden que si dejan la puerta abierta y la música fuerte los pacos van a entrar. No te piden ni permiso y ya te están molestando.

Un Paco: Es que su carnet, es que los vecinos, es que nos llamaron, es que ruidos molestos, es que bajen la música, es que no me hable de esa forma, es que no me suba la voz, es que pásame su carnet, es que necesito una persona responsable, es que dígame dónde vive, es que es un procedimiento de rigor, es que quién es el dueño de casa, es que es muy extraño lo que me dice, es que lo voy a tener que citar, es que el juzgado de policía local...

Manzana: Es que hay que ser hueón...

Naranja: Filo, déjalos ser. Son pendejos.

Manzana: Perdona pero no puedo. Me emputece la idea de que se farreen todo lo que tienen. Crecieron viendo cómo los viejos dejaban la cagá cada vez que reclamaban y se metían al puerto, pero parece que no han aprendido nada.

Naranja: Cabros chicos que son.

Manzana: Esos viejos sí que son zorros. Si hasta los pacos les tienen miedo. Cuando hay protesta llenan el puerto de guanacos, zorrillos y cuanta mierda con ruedas tienen. Despejan la carretera, pero los viejos se vuelven a meter. Si no son tarros, son neumáticos. Si no son planchas de zinc hasta lanchas queman pa' que los empresarios paren la mano... Esos viejos sí que son bravos. Deberían aprender de ellos. Te digo, mi viejo fue portuario. De chico, 30 años metido en el sindicato, toda una vida en el puerto. Mira. Esa es su lancha, la pintada celeste que está detrás.

Naranja: La libertad.

Manzana: Esa misma.

Naranja: Me gusta.

Manzana: Permiso quiero mear. Mira pa' otro lado mejor...

Naranja: Ten cuidado que los camiones pasan cerca.

Naranja: Y pasa entonces la ventolera fuerte que no te escucho.

Naranja: ¿Qué?

Manzana: Nada.

Manzana: Oye, no te vayai a Stgo.

Naranja: No me pidai eso. No ahora.

Manzana: Luego un abrazo. Un abrazo largo y bello, tan bello que todavía lo recuerdo.

Manzana: Si no te vai podemos ir a la playa. Una playa que es la zorra, que está cerca de acá ¿Vamos?

Naranja: Pero ¿ahora?

Manzana: ¿Y por qué no?...

Manzana: Vamos, te va a encantar.

Naranja: Sin darnos cuenta lo que caminamos nos dimos vuelta la ciudad. Paseo 21 de mayo. Nos sentamos en la vereda. Rodamos por la calle. Nos colgamos de un árbol. Rompimos botellas contra la baranda. Le tiramos pollos a un basurero. Quedamos naranjos con la luz de la noche. Quedé cansada, innecesariamente quizás, sudor...

Manzana: No le dis color... ¿Fumai?

Naranja: Tabaco no.

Manzana: Fuego... ¿Tienes fuego?

Naranja: Fuego y un poco de silencio.

Manzana: Cuánta luz gastaran estos culiaos.

Naranja: Caleta.

Naranja: Y ahí nos quedamos, frente al puerto. Soñando de repente que el mundo al fin había sido hecho para nosotras. Mirando el orden acaso inentendible de un mundo que sabíamos no nos pertenecía, pero a ratos, solo a ratos podía ser solo para nosotras.

Manzana: Sus brazos de repente se hicieron de los míos.

Manzana: Abrázame.

Naranja: La abrazo. Silencio.

Naranja: Vimos el cielo abrirse. Un rayo caer sobre las grúas. Camiones volcándose. Gritos y gritos de histeria colectiva. Un terremoto hizo caer los silos. El tsunami lanzó los containers contra el mall. El parque Dyr quedó por fin libre. Las olas inundaron las rocas de santo domingo. Todas las casas de los cuicos bajo el agua. La mansa cagá. Después las peloliso pidiendo albergue en el gimnasio de Llo-lleo. Pero qué tristeza. Justo el gimnasio de Llo-lleo estará cerrado por reparaciones. Y luego pedirán albergue en el estadio del SAU, pero como ellos mismos lo vendieron a los privados, cagaron.

Manzana: Estai cagá de la cabeza tu...

Naranja: ¿Ah?

Manzana: Que estai cagá de la cabeza, te digo...

Naranja: Si, un poco...

Manzana: De repente y sin mucho sentirlo nos dieron las 12 del día. De la noche que fue se nos hizo el sol arriba de las cabezas. Nos aplastó. Nos emborrachó. Nos dejó mensas. Nos dejó idiotas. Imbéciles. Sin poder reconocernos. Tiradas al lado de la carretera. Puta la mierda de pueblo este.

Naranja: Oye, te voy a dedicar una canción.

(Le pone play a su Mp3. Suena Ángel de los Fiskales Ad-hok).

ACTO VII

El otoño comienza cuando descansamos.

El viejo Severino: Hoy me tomé una ducha que duró casi 15 minutos. Me corté las uñas. Salí temprano a comprarme zapatos de fútbol. Aproveché y caminé hartó. Es rico caminar cuando no se camina apurado. Cuando no te urge llegar rápido a donde sea. Me compré una pizza para el almuerzo. La puse al horno y esperé un rato. Hoy almorcé solo.

El viejo Severino: Hoy probé una cerveza nueva. Artesanal según me dijeron. Dicen que las cervezas artesanales son mejores. Yo no veo mucho las diferencias. Todas me saben muy parecidas. De cualquier forma compré varias botellas. Como nunca llené el refrigerador. Una compra útil y necesaria. Nunca estará demás una cerveza helada para ver un partido...

El viejo Severino: Vi el partido del Colo. Ganamos. También vi el de la cato. Fome como las monjas. El partido de los chunchos no lo vi. Tenía mejores cosas que hacer. Vi una película en el cable. Un documental sobre la guerra de Vietnam. Otro sobre la caza de ballenas en Japón. Vi un partido. El Arsenal contra el Chelsea. Luego la revisión de los goles de España. Eso si que es fútbol. Llegó mi mujer y vimos la teleserie. Todavía no me agarra la trama. Y las noticias –porque como siempre vimos las noticias: muestran solo desgracias. Desgracias de Santiago.

Irene: Déjela ahí...

El viejo Severino: ...

Irene: Mira. Yo conozco ese lugar...

El viejo Severino: Esa es la Moneda. Obvio que conoces la Moneda.

Irene: No hablo de la Moneda, viejo. No me refiero a eso.

El viejo Severino: Y yo conocí a ese futbolista.

Irene: ¿A cuál?

El viejo Severino: Es como si el único lugar donde existieran problemas fuera Santiago. Si yo les contara todo las cosas que veo y que podrían ser noticia todos los días, no me creerían.

Irene: Nadie te cree viejo.

El viejo Severino: El jardín de mi casa es chico. Chico pero no lo suficiente como para no preocuparme por él. Hoy lo estuve limpiando. Desmalezando. Mañana tengo que seguir. Tengo que comprarle fertilizantes. Nuevas plantas. Quizás matico. Jerez. Menta. Podría hacer un huerto con tomates. Son ricos los tomates. Podría plantar pasto. Y comprarme una cortadora de pasto. De paso hago ejercicio y dejo bonito el ante jardín. Mi vieja me repite siempre.

Irene: ¿De qué te sirve hacer deporte, jugar a la pelota todos los fines de semana si después del partido te vas a la casa de tus amigotes a tomar cerveza y a comer carne?

Irene: ¿De qué te sirve el ejercicio si no eres constante?... a ver, dime.

Irene: perdona que siga con el tema. Pero el peso que pierdes jugando a la pelota, lo recuperas tomando y comiendo.

Don Beto: La buena vida y la poca vergüenza, compadre.

El viejo Severino: Usted si que sabe.

Don Beto: Salud por eso.

El viejo Severino: Salud.

El viejo Severino: Le pedí a mi vecina del frente que dejara la basura agarrada de

un poste, como lo hacemos los otros vecinos. Es súper simple. ¿La razón? ¿Les parece poco? La cantidad de perros vagos que hay en el sector es impresionante. Uno deja las bolsas tiradas, no pasa ni una hora, y los perros ya las hacen tira, y dejan todo sucio el pasaje.

Irene: Pero están jugando. No le quieren hacer daño a nadie.

El viejo Severino: Claro, están jugando, están jugando... El problema es que su juego nos deja asqueroso la calle, ¿No te parece?

Irene: Tan quisquilloso que te pusiste de repente, viejo.

El viejo Severino: Oye para, yo no te ofendo.

Irene: Yo tampoco.

El viejo Severino: Hoy pasé por la oficina. Saludé a las secretarias. A las niñas que hacen el aseo. Al portero. Él también es nuevo acá. Pura pinta de manfinflero que tenía el cabro. Se nota jovencitoeso sí. Pero es bueno que trabaje. Yo trabajo de cabrito. Y se lo dije. Cruzamos un par de palabras. Me quedó mirando con su cara de pavo y me dijo

El Bosco: ¿Usted es Don Severino Núñez?

El viejo Severino: ¿Y cómo me conocís?

El Bosco: Yo a usted lo conozco, pero usted a mi no me conoce.

El viejo Severino: ¿Y de dónde si se puede saber?

El Bosco: No. Discúlpeme pero no le puedo decir.

Irene: El cabro raro.

El viejo Severino: Mira.

Irene: ¿Y esto?

El viejo Severino: Lo encontré en su chaqueta

(Irene lee).

Irene: (...) Cuando el chancho está tirado, en mi casa lo pasamos chancho, tiramos el chancho en la mesa, comiendo como chancho, y de tanto chanchar, nos vamos a tirar un chancho, porque en el colegio hacíamos la chancha, y mi polola me decía, chanchito, no te vayas al chancho, ni se te ocurra hacerme una chanchá, mira que vas a terminar más perdido que chancho en misa (...)

Fin.



Recuerdos de cosas que duelen

Alejandra Moffat

Ganadora categoría Autores Emergentes

Es actriz egresada de la Escuela de Teatro del Instituto Valle Central de Concepción, y posee estudios de Dramaturgia en la Pontificia Universidad Católica de Chile, y de Cine Documental en la Escuela de Cine de Chile. El año 2005 fue seleccionada en la XI Muestra Nacional de Dramaturgia con la obra *Buffalito que camina con jeans apretados y chaqueta de cuero*. También ha realizado clases de escritura y dramaturgia en la Universidad Adolfo Ibañez, Universidad técnica del Estado y Universidad Mayor. Es autora de obras de teatro como *El comedor*, *Julio César*, *Hospital*, y *M.A: Héroe de Peña-blanca*. En diciembre del 2011 publica su primera novela, *El hacedor de camas* (Sangría Editora).

Personajes

PRINCIPALES

Manuela: Llegó desde Copiapó a Santiago con la ambición de tener poder y dinero.

Manuel: Hermano menor de Manuela. Llegó con su hermana a Santiago y trabaja de guardia en una joyería de un mall Capitalino.

Johny: Llegó desde Concepción a Santiago en busca de trabajo.

Ramona: Es parvularia y necesita que el tiempo pase rápido. Vive en un departamento frente al río Biobío.

Luciémaga: La que ilumina los pasos de otros en Concepción.

La lagartija: La que confiesa las heridas de su vida en Concepción.

SECUNDARIOS

Clara: Tatuadora capitalina.

Juan: Entrevistador de la bomba de bencina de la zona industrializada de la capital.

Cecilia: Entrevistadora de una oficina de la zona oriente de la capital.

Escena I

Desde un edificio amarillo que mira al río Biobío Ramona mira la ropa que cuelga en las ventanas de los otros edificios.

Ramona: Ayer soñé contigo. Estabas de frente y había muchos caballos. Todos cafés y un poco cabezones. Tenía el pelo largo. No lo tengo así desde los 15 años. Tú me mirabas raro y yo miraba de reojo al caballo más cabezón. Mi caballo cabezón te miraba concentrado mientras yo le contaba que tú me mirabas raro. Después me decía que yo estaba mal interpretando tus ojos y yo discutía con él, le decía que nunca me entendía bien y mi caballo favorito se ponía a llorar y el resto de los caballos cabezones cafés también. Eran como 1.000. Después me juntaba con una mujer que me decía que iba a pasar algo muy importante y que para descubrirlo tenía que hacer un esfuerzo para recordar más detalles de mi sueño. Pero sólo me acuerdo de los caballos, mi pelo y de tus ojos raros.

Escena II

Dos afuerinos en Santiago. Manuela piensa que la capital es un buen zoológico, Johnny recuerda a su amor que esta a 500 km de distancia, piensa en mandarle un mensaje de texto pero se arrepiente. Mejor seguir buscando en los avisos económicos.

Manuela: Te voy molestar un segundo.

Johnny: ...

Manuela: Te gusta estar informado. A mí también. “El que no está informado no puede tener opinión”.

Johny: ...

Manuela: Te quería hacer una pregunta.

Johny: ... Mmm

Manuela: Me respondes sin pensar. Sin hacer trampa. ¿Crees que podría ser ministra?

Johny: ... Mmm

Manuela: Cuando te dije “te voy a molestar un segundo”, ¿te llegó un aire de autoridad, verdad?

Johny: ...

Manuela: ¿Ah?

Johny: ...

Manuela: Ya, otra pregunta. ¿Me encuentras atractiva?

Johny: ...

Manuela: ¿Provocadora?, ¿tierna?, ¿sutil?, ¿amorosa?

Johny: ...

Manuela: ¿Mmm?

Johny: ...

Manuela: ¿No?, ¿sí?, ¿quizá?, ¿mañana?, ¿pasado?, ¿el próximo mes?, ¿en otro siglo?

Johny: ...

Manuela: ¿Nunca?, ¿jamás de los jamases?

Johny: ...

Manuela: ¿Mmm?

Johny: ...

Manuela: ERES UN MIERDA, POR QUÉ NO ME DICES: ¡ERES DEMASIADO MORENA Y ADEMÁS TIENES MARCAS DE ESPINILLA! ¿AH? DIMELO YA.

¿O ACASO CREES QUE QUÉ? ¿AH? DIME, SI YO ¿QUÉ? TE CUESTA MUCHO SER SINCERO OFICINISTA DE MIERDA ¿PARA QUÉ TE SIENTAS JUSTO EN ESTA BANCA? SI NO ERES AMABLE NO TENDRÍAS QUE ESTAR EN LA PLAZA DE LA CIUDADANIA ¿ME ENTENDISTE? ¿ACASO CREES QUE QUÉ? ¿QUIÉN TE CREES? YO VIAJE DESDE COPIAPÓ PARA ESTAR ACÁ ¿Y SABES QUÉ? ¿QUIERES SABER? HE VENIDO TODO EL MES Y HE VISTO A TODOS LOS MINISTROS Y LES HE PASADO MI CURRÍCULUM ¿Y SABES QUÉ? CUANDO SEA MINISTRA ME VOY A BURLAR DE TI. ME VAS A TENER QUE VENIR A BUSCAR ¿QUÉ DICES DE ESO? NO ESTOY BROMEANDO. ERES UN MIERDA. HAZNOS UN FAVOR A TODOS Y TÍRATE POR EL MAPOCHO, PERDEDOR. ¿ACASO CREES QUE TIENES UNA VIDA MEJOR QUE YO? ¿A QUIÉN QUIERES ENGAÑAR? ¿A QUIÉN? ¿A MÍ?

¿AH? FUNCIONARIO DE MIERDA ¿ESTÁS ESPERANDO ALGO? DECADENTE DE MIERDA. ME DAS PENA. ¿Y QUÉ HACES? ¿HAS PENSADO EN CAMBIAR TU VIDA? ¿HAS HECHO ALGO? ¿MMM? ¿CREES EN UN MUNDO MEJOR? NO NECESITAS CONTESTARME, IMBÉCIL, SE TE NOTA EN LA CARA.

ANDO SENSIBLE, ANDO MUY SENSIBLE Y LO ÚNICO QUE TE PEDÍA ERA QUE ME MINTIERAS Y ME DIJERAS: ERES ATRACTIVA, TIENES PODER, Y ALGO MÁS QUE SE TE OCURRIERA. ¡ESO QUERÍA! ¡NADA MÁS! ¡ERA LO ÚNICO QUE NECESITABA! ¿ME ESCUCHASTE? ERES RESPONSABLE DE LA ANGUSTIA QUE TENGO AHORA ¿SABES POR QUÉ? PORQUE TUS OJOS ME RECUERDAN A JOHNNY DEPP Y JOHNNY VIVE LEJOS DE AQUÍ ¿ME ENTIENDES? NUNCA VOY A SER MINISTRA, NI CONOCER A JOHNNY DEPP ¿Y ME PUEDES EXPLICAR POR QUÉ? ¿ME PUEDES EXPLICAR POR QUÉ? ¿AH? ¿ACASO NO ME HE ESFORZADO? ¿ESO PIENSAS?

ESO. ANDATE. HUYE DE TU RESPONSABILIDAD DE LA INFELICIDAD QUE TENEMOS TODOS. VUELVE A TU OFICINA A CAPTAR CLIENTES, MARICÓN. YO NUNCA VOY A SER TU CLIENTA ¿SABES QUÉ MÁS? ODIÓ ESTAR INFORMADA ¿AH? ¿QUÉ DICES A ESO? O NO QUIERES ESCUCHAR A UNA PERDEDORA ¿VERDADDDDD? ¿VERDADDD QUE NO TE GUSTAAAA? ¿AHHHH? ¿TE DA VERGUENZAA QUEE TE GRITENNN EN LA CALLEEE? ¿AAAAAHHHHHHHHH?

Escena III

En la orilla de la laguna grande de San Pedro de la Paz, La lagartija y la Luciérnaga ven a los cisnes de cuello negro pasar. No se han dado cuenta que sólo las separa un sauce llorón.

La lagartija: Desde que nací me han cortado la cola 6 veces. 4 niños, 1 niña y 1 abuelo. El abuelo no llevaba lentes, primero me mojó con la manguera y después me pisó. El niño número 3 me puso en su oreja como un aro y después me cortó la cola con un palo. El niño número 1 le cortó primero la cola a mis hermanos y mis tíos. El niño número 2 ya había matado a dos chanchitos de arena, una araña de patas largas y un picaflor. El niño número 4 me confundió con un juguete. La niña me echó a una olla rosada con barro y me cortó la cola con un cuchillito plástico rojo. Esas son las cicatrices de mi vida.

Escena IV

Ramona camina por el lado de La lagartija y la Luciérnaga. Las dos se van rápido. Ramona suspira y sigue su camino para tomar la San Remo. La micro va vacía, el chofer la mira insistentemente por el espejo retrovisor. Ramona se baja y camina a su edificio. Sube las escaleras de metal.

Ramona: Hoy día me dio mucha impotencia, como una impotencia de adolescente, como cuando querías que todo cambiara, que tu casa, que tus hermanos, que tu ropa cambiara. Y que fuera un cambio radical y bueno. ¿No es injusto que mueran personas todos los días y que esa maldita estrella de rock se lleve toda la atención? Perdón. No es por eso. Es que si nosotros hubiéramos muerto a los 27 nadie nos hubiera comparado con nadie. ¿No te pasa que cuando alguien famoso desperdicia su vida, todos sus millones, te da rabia? Bueno, seguro que no es lo que más te importa ahora.

¿Te acuerdas cuando jugábamos a ese juego de las palabras? Que cuando tocaba la “o” poníamos en ciudad o país Oslo. Me gustaría que nos escapáramos a Oslo... Qué raro una isla de 1 km... Aunque parece que en Chiloé también hay.

Debimos haber seguido en la competencia por la copa para ganar. ¿Pero sabes qué? Mejor así. Todo crudo. Así no nos distraemos. Bueno, nosotros no nos podemos distraer, ese es nuestro problema, ¿o tú sí te distraes? Eso lo pienso todas las noches. Si te distraes o no. El fin de semana vi un programa donde mostraban un casting para el Transantiago. Eran unos payasos que tenían que hacer una rutina con un jurado. A los ganadores les pasaban una chaqueta y un número de inscripción y eran del sindicato. Los payasos estaban muy nerviosos. Y después había unos con los ojos llorosos porque nadie se reía. ¿Te estoy contando muchas leseras? Bueno, las protestas están buenas. Tengo esperanzas de que todo va a estar bien. Y NO es una ironía. Ya parezco disco rayado. Mejor voy a tomar once. Siiiiiiii. Hallulla con mantequilla. Eeeeeeh. No me odies. Es

mi venganza. ¡Te mando de regalo el olor a la hallulla recién salida! Te amo. ¡Ah! La familia está bien. La Camila parte mañana al norte en busca de su amor. Eso sí que es tener suerte. Voy por mi once, regalón. Voy a tomar mirando el atardecer en el río. Besos, abrazos, lenguas, toqueteos sólo para ti. No te masturbes demasiado. Ooooh que mala que soy de nuevo. No te preocupes, que yo también lo hago pensando en Chayanne ¡bromal! Pensando en ti.

Escena V

Manuela y Manuel en un departamento oscuro del centro de Santiago. Manuela toma una cerveza mientras cuenta la plata que hay en su chauchera. Manuela está vestida con una bata roja. Manuel, vestido con un buzo azul, la mira fijo.

Manuela: Mmm

Manuel: ¿Un chocolate?

Manuela: Mal gusto.

Manuel: ¿Un póster?

Manuela: ¿Un poster? ¿A quién le gustan los posters?

Manuel: No sé...

Manuela: ¿Y unos aros?

Manuel: No sé si usa aros.

Manuela: ¿No sabes si usa aros? ¿No te has fijado si usa aros?

Manuel: No.

Manuela: Eso está mal, brother, muy mal. ¿Un pañuelo?

Manuel: Mmm

Manuela: ¿Tampoco te has fijado en si usa pañuelo? ¿Sólo te fijas en su culo?

Manuel: ...

Manuela: Invítala al cine y ya. Así aprovechas de tocarla un poco.

Manuel: Es que...

Manuela: Tienes que lanzarte sin pensar. La oscuridad ayuda.

Manuel: ¿Y si me dice que no?

Manuela: Elige algo bueno, anda al ciber y ve en su facebook, fíjate en su ropa... qué sé yo. Mira más, brother y elige una buena película. Algo de acción o algo chistoso. Y come chicle antes. Eso es importante. Y no exageres con el perfume. Y tampoco compres esos paquetes gigantes de pop corn. Así le da hambre y después la invitas a comer. Un completo o algo así. Nada comprometedor. Si te pregunta sobre tus relaciones anteriores, inventa que nunca has encontrado el amor verdadero pero que has tenido relaciones con mujeres que has admirado. Y le das un beso con lengua altiro.

Manuel: ¿Y si me dice que no?

Manuela: Nos vamos a tomar una cerveza, brother. No será la primera ni la última.

Escena VI

Johny en un servicentro de la zona industrializada de Santiago. Al lado, la carretera. Hay mucho viento y pocos autos. Johny tiene polvo en su cara. Juan saca unos papeles amarillentos de un viejo estante metálico. Es gordo y está vestido con un overol manchado de grasa.

Juan: No debería tomar más coca cola. Bueno... entonces, va la primera: ¿Encuentra erótica a una niña de jumper?

Johny: Me da igual.

Juan: Ahá. Espérese que voy a tener que escribir un comentario. Ya se me olvidó: ¿Cómo se llamaba?

Johny: Johny.

Juan: Ya. Dos, ¿ha sentido el impulso de poner una bomba?

Johny: No.

Juan: Tres, ¿admiró o admira al Che Guevara o a Fidel Castro?

Johny: Una vez me egalaron una polera con la bandera de Cuba pero me quedaba chica y la regalé.

Juan: Espérese. "OK" Cuatro, ¿tiene una familia bien constituida?

Johny: Sí.

Juan: Cinco, ¿cree en Dios?

Johny: No sé.

Juan: Voy a necesitar otra hoja. ¿Dónde era que...? Espéreme un poco.

(Juan busca en el estante metálico, le cuesta encontrar una hoja en blanco. Suspira cansado).

Juan: ¿En cuál íbamos?

Johny: En la seis

Juan: Aquí esta. Seis, ¿pasto es a vaca como alfalfa es a caballo?

Johny: Paso.

Juan: Siempre pasa, todos pasan la seis. Siete, ¿cree en la vida después de la muerte?

Johny: Sí.

Juan: Ocho, ¿sueña con un mundo mejor?

Johny: A veces, cuando estoy nostálgico.

Juan: Mmm. Vamos a ver. Nostálgico. Ya. Nueve, ¿le gusta usar uniforme?

Johny: Me da igual.

Juan: Si fuera "sí" o "no" me lo haría más fácil. Diez, ¿cree que es apto para este empleo?

Johny: Eso espero.

Juan: Vamos a dejar eso como un “sí”. Once, ¿tiene sida?

Johny: No.

Juan: Bien. Doce, ¿le ha pegado alguna vez seriamente a alguien?

Johny: Una vez.

Juan: ¿A qué edad?

Johny: A los dieciseis

Juan: ¿En cuál vam...?

Johny: Trece.

Juan: A ver. Aquí: Trece, ¿ve televisión?

Johny: Sí.

Juan: Catorce, ¿siente que las canciones pueden variar su ánimo?

Johny: No.

Juan: Quince, ¿tiene horarios fijos de desayuno y almuerzo?

Johny: No.

Juan: Dieciséis, ¿está satisfecho con su vida?

Johny: Relativamente.

Juan: ¿Sí o no?

Johny: No.

Juan: Diecisiete, ¿ha estado en la cárcel?

Johny: Dos veces.

Juan: ¿Cuándo y por qué?

Johny: A los nueve por robarme algo del supermercado y a los dieciseis por pegarle a una persona.

Juan: ¿Qué cosa se robó?

Johny: Unas tizas.

Juan: Ah. ¿Entonces estábamos...?

Johny: Dieciocho.

Juan: Dieciocho, si un día tiene un problema con su jefe, ¿le faltaría el respeto?

Johny: No.

Juan: Diecinueve, ¿tiene auto?

Johny: No.

Juan: Veinte, ¿tiene aspiraciones altas de sueldo?

Johny: Sólo necesito trabajar.

Juan: Eso es todo. Si queda, el jefe lo llama. Sólo por curiosidad, ¿cómo llegó?

Johny: Caminando.

Juan: Ah. Pensé que la moto era suya.

Escena VII

Entremedio del bosque de eucaliptos de la laguna de San Pedro de la Paz, una Luciérnaga.

Luciérnaga: Subimos de la mano el cerro más alto de la ciudad. Pisamos tierra con hojas, nos tropezamos con una rama de eucaliptus y escuchamos pájaros misteriosos. El cielo está lleno de nubes y desde arriba del cerro se ven muchos puntos de colores que son las luces de la ciudad y del puerto. Mi papá me da vuelo mientras le caen lágrimas.Y

me atrevo a volar. Veo calles mojadas y azoteas de edificios destruidos. Huelo el cielo, el pasto mojado y la tierra húmeda. Veo murciélagos, veo al mar furioso y veo copas de árboles sin hojas. Veo el río Biobío. Veo el edificio partido en dos. Veo la fila de edificios de colores y las esculturas rayadas. Escucho aullidos de perros y el graznar de las gavio-
tas. Huelo el puerto. Miro la arena del río. Miro el agua del mar furioso.

Escena VIII

Manuel y Manuela están en un bar del centro de Santiago. Hay mucho humo. Manuel come un completo y toma un schop de medio. Manuela ya está terminando el suyo.

Manuela: Te haría bien hacer una dieta o salir a trotar. Te podrías ir trotando al mall o qué sé yo. ¿Qué estás almorzando?

Manuel: Lo que me dan... lo que quede.

Manuela: ¿Qué quedó hoy?

Manuel: Hamburguesas con arroz.

Manuela: ¿No te acuerdas lo que decía la mamá de las hamburguesas?... Bueno, ánimo, brother, al menos no compraste las entradas. Algo es algo.

Manuel: Sí las compré.

Manuela: Ah. Míralo por el lado positivo, tenemos algo que hacer.

Manuel: No quiero.

(Manuel se toma su schop al seco).

Manuela: Lo digo por ti. También te podrías comprar una camisa o algo. Qué sé yo, brother. Hacer algo. Si quieres te acompaño un día para que le saques celos.

Manuel: No.

(Manuel se pone a llorar).

Manuela: ¿Qué pasa, brother?, ¿te vino la tontera? Tenemos que disfrutar, brother, ¿o qué?, ¿te gustaría volver a Copiapó?, ¿eso quieres? No podemos perder esta

oportunidad por una cajera de mierda. No puedes caer una y otra vez en lo mismo, ¿qué dices, brother?

Escena IX

Testimonio legal de La lagartija sureña.

La lagartija: La terraza era de madera y tenía un poco de pintura blanca. La señora era muy gorda y andaba con un traje de baño morado. Me quedé dormido al sol. Al lado de la señora gorda había un señor gordo con un traje de baño con palmeras que me apuntaba y se reía fuerte mientras la señora gorda me agarraba del cuello con un pelo. Por suerte el pelo se le resbaló de sus manos y pude meterme entre las tablas. Por eso tengo esto. No es para llamar la atención. Es una sogá al cuello de verdad.

Escena X

En un local de una galería del centro de Santiago. Muchas fotos en las murallas de personas con tatuajes. Hay estantes llenos de envases con tintas de distintos colores. Johnny tiene un papel en su mano que se lo muestra a Clara que usa un buzo con una sudadera.

Johnny: Este.

Clara: ¿Así, tal cual?

Johnny: Sí

Clara: Mmm... Bien casero... ¿Tienes una copia?

Johnny: No.

Clara: ¿Probamos otros colores?

Johnny: No. Tal cual se ve ¿algún problema?

Clara: Ey, después no quiero arrepentidos. Estoy haciendo mi trabajo ¿algún problema con eso?

Johny: Lo quiero aquí.

Clara: Sácate la polera.

(Johny se saca la polera. Es muy blanco y tiene poco pelo en el pecho).

Clara: ¿Te has hecho antes?

Johny: No.

Clara: Entonces... El corazón rojo, las ramas verdes y el nombre en azul, ¿sí?

Johny: Sí. Con esa letra.

Clara: Bueno... voy a hacer lo mejor que pueda.

Johny: Es importante la letra.

Clara: ¿Cómo te llamas?

Johny: Johny.

Clara: Entendí, Johny. Quieres este dibujo, estos colores y esta letra.

Johny: Eso.

Clara: Yo soy Clara, gracias por preguntar. ¿Aquí?

Johny: No, en el centro.

Clara: ¿Así?

Johny: No. Que las ramas queden por aquí. Todo esto.

Clara: El pezón duele más.

Johny: No me importa. ¿Cuánto?

Clara: Eso dices ahora, Johny. Después vas a estar llorando.

Johny: No me molesta llorar.

Clara: Lo siento, Johny, no te hagas ilusiones. Me gustan los rudos. ¿Y?, ¿te casas con ella o está embarazada?

Johny: No.

Clara: ¿Eres de los que quieren redimirse?

Johny: ¿Cuánto?

Clara: ¿Para Johny el impaciente? cuarenta y cinco mil.

Clara: ¿De qué me ves cara, Johny?, ¿de aficionada?

Johny: Es lo que tengo.

Clara: ¿Cómo me llamo?

Johny: ...

Clara: Lo siento, Johny, era tu única carta. Consigue el resto y vuelve.

Johny: Lo necesito hacer hoy.

Clara: Estoy hasta las ocho.

(Johny se para y se acerca a la puerta del local).

Clara: Ey, Johny. ¿No me vas a preguntar mi nombre?, quizá más tarde te sirva para un descuento. Empieza con C y termina con A. ¡Ah, Johny! Otra pista: No me llamo Claudia.

Johny: Tengo treinta y dos mil.

Escena XI

Ramona está sobre una cama de dos plazas sacándose la pintura roja de las uñas de los pies. Está ojerosa.

Ramona: ¿Y? ¿Qué comiste hoy? ¿Qué pensaste? ¿A qué hora te quedaste dormido? Yo comí un completo. Nuestro enemigo está tocando la guitarra eléctrica. No me atrevo a decirle que la corte. Cada día lo odio más.

Estaba pensando preguntarle a la Yeny si se quiere venir acá por mientras, ya sé que no es muy buena idea pero me aburro de comer y dormir sola. Ayer no tomé pastillas. Un logro. Tengo que encontrar un trabajo URGENTE. Pienso demasiado. Como una enfermedad. ¿O será la guitarra eléctrica?, ¿o será el olor a Talcahuano?, ¿o será el taco en el puente mecano?, ¿o será que te echo demasiado de menos?, ¿o será que no me queda leche?, ¿o será que quiero verano?, ¿o será que cuándo mierda vas a estar de vuelta? ¡Yal Mejor me voy. No soy ningún aporte. Ojala hayas tenido un buen día para que te rías de esta carta y no te deprimas. Imagínate que me muerdes o me chupas mi pie. Me pinte las uñas rojas. Por si te ayuda de algo. Besos.

Escena XII

La salida de un cine de un mall. Manuela está muy arreglada y Manuel viste con un buzo azul. Manuela come los restos de un envase de pop corn mientras que Manuel camina a su lado con la mirada perdida.

Manuela: ¿Viste esa explosión, brother?

Manuel: Sí.

Manuela: ¡Paf! y todo en llamas, brother. ¡Paf! y todo en llamas ¡increíble! En esa casa tenemos que vivir, con esa piscina. Una mansión en Miami. Tú podrías jugar a ser guardia pero con armas de verdad.

Manuel: Sí.

Manuela: ¿Qué te gustó más?

Manuel: La parte en que se encontraban.

Manuela: No vas a cambiar nunca. Esa era la peor parte. Esos besos. Además no creo que haya tenido un buen equipo. Entre más musculoso, más chico. No como tú, brother. Quizá tienes que hacer que te vea desnudo.

Manuel: No creo que...

Manuela: Entra al baño de mujeres y la esperas. Así vas directo al grano.

Manuel: ¿Y si no le gusto?

Manuela: Eso es imposible, brother. ¿Te fijaste en el pelo de la rubia?, ¿quieres comer una pizza?

Escena XIII

Es de noche en Concepción, el cielo está nublado.

Luciérnaga: Veo a los patos durmiendo. Ilumino el pasto. Ilumino a un chanco de tierra. Ilumino los edificios con las luces apagadas. Veo el resbalín. Vuelo por entre los columpios. Ilumino las hojas de eucaliptos. Vuelo hacia el bosque. Ilumino a los pájaros. Ilumino los troncos. Floto entre el pasto húmedo. Veo los botes. Ilumino al viento. Veo los palos que flotan. Ilumino el barro. Floto hasta la desembocadura. Ilumino el cerro. Ilumino cuando el río llega al mar furioso. Ilumino la espuma blanca. Ilumino los ojos de las gaviotas y me quedo flotando en una roca como lo hacíamos con mamá.

Escena XIV

En la tienda de tatuajes, Johny está sentado en una silla de cuero negra. En su pecho irritado está dibujado un corazón con ramas y el nombre “Valeria”. Clara se está sacando unos guantes manchados con tinta.

Johny: ¿Me puedes sacar una foto? Que se note bien el nombre.

(Johny le pasa un celular a Clara. Clara le saca un par de fotos).

Clara: ¿Vas a mostrárselo hoy?

Johny: Sí.

(Clara le pone un plástico sobre el tatuaje. Johny disimula el dolor).

Clara: Bueno, nada de sol por dos semanas. No te saques el plástico ni te lo toques. Después de las dos semanas, usa bloqueador. ¿Todo claro, Johny?

Johny: ¿Cómo te llamas?

Clara: Ya te lo dije: 5 letras. Empieza con C y termina en A. No es TAN difícil.

Johny: No me gustan las adivinanzas.

Clara: Clara.

Johny: ¿Quieres tomarte una cerveza?

Clara: No, gracias. Que te vaya bien y que lo disfruten.

Johny: No vive acá.

Clara: Ahá y en realidad tienen problemas porque ya no culean como antes y bla bla bla. No eres el primero, Johny. Sal de aquí.

Escena XV

Ramona tiene la televisión encendida sin volumen, las luces apagadas y un plato con restos de comida en el velador. Hace *zapping*.

Ramona: ¡El que la sigue la consigue! De premio me voy a comprar un DVD. El lunes parto. Se llama jardín infantil de San Pedro. No es mucho pero sirve para pagar las cosas. Y odiar menos a los ricos que se mueren. Eeeeeeh. Voy a juntar 30.000 por mes. Nos vamos a poder ir de viaje cuando salgas, como una luna de miel ¿Qué tal? Y prepárate porque en esa luna de miel te voy a estrujar. Por lo menos 8 días sin levantarnos de la cama.

Y vamos a comer ¿Qué te gustaría?

¿Queso?, ¿vino?, ¿carne?, ¿unas buenas papas mayo?, ¿una carbonada?, ¿una olla de carbonada?, ¿un cerro de carbonada? Ehehehe.

¡Salud, bestial, ¡ah!, ¡volví a soñar con caballos! Creo que es una buena señal.

Escena XVI

La lagartija se baña en la laguna de San Pedro de la Paz y después se peina el lomo con las patas de un caballo que se está quedando dormido en el borde. La lagartija sabe que está reluciente.

La lagartija: Mi comida favorita son las arañas. También me gustan los grillos y los gusanos. Las cucarachas son muy amargas, las hormigas muy picantes y las moscas muy saladas. Mi época favorita son los veranos y prefiero el campo que la playa. Me gustan los patios soleados, las paredes blancas, las barandas de las terrazas. Me gus-

ta levantar el cuello. Me gusta escalar. Me gusta esconderme detrás de las plantas. Me gusta rascarme en el pasto. Me gusta cazar zancudos con mi lengua. Me gusta jugar a las escondidas. Me gusta que me miren. Me gusta el aire del campo. Me gustan los troncos al sol. Me gusta dormir debajo de las casas hasta que sale el sol.

Escena XVII

Manuela y Manuel en un bar muy oscuro del centro de Santiago. En la radio se escucha música romántica. La mayoría de los clientes son señores mayores que ya están demasiado curados para levantarse de sus asientos o hablar. La señora que atiende es vieja y mira el reloj continuamente.

Manuel: Tengo una idea.

Manuela: ¿Qué?

Manuel: Podemos robar la joyería.

Manuela: Ahá. Qué buena idea.

Manuel: En serio.

Manuela: ¿Apenas te puedes tu guata y quieres robar la joyería?

Manuel: No. Es la caja fuerte.

Manuela: Ahhhh. Claro, mucho más fácil. Esas que tienen alarmas, claves, cámaras... Nada que tú no puedas solucionar. ¿Otra idea?

Manuel: Todavía no lo tengo tan planificado. Pero lo voy a planear.

Manuela: Suerte.

Manuel: Cuando tenga todo listo te voy a avisar. No importa que no sea ágil porque tú puedes correr.

Manuela: Ahá

Manuel: No va hacer difícil.

Manuela: Ahá. ¿Te conseguiste su número?

Manuel: Le saqué el celular.

Manuela: ¿Qué?

Manuel: Es que tenía el casillero abierto.

Manuela: Bien, brother. Me gusta tu estilo ¿Descubriste algo?

Manuel: Es que se le acabó la batería.

Manuela: Cómprale un cargador y lee los mensajes. Eso te puede dar buenos datos.

Manuel: Es que se lo tengo que devolver en la mañana para que no se arme la grande.

Manuela: Brother, no puedes dejar pasar las oportunidades así. No te vas a dar cuenta y se va a estar dando un beso con lengua con otro, ¿entiendes? Hazme caso, desnúdate en el baño, eso es lo único que la puede hacer recapacitar. Te voy a dejar un taper con manzanas en el refri y te lo comes tipo once para que cierres un poco la boca en el almuerzo. Tienes que tomar más agua y comer menos sal.

Escena XVIII

La Luciérnaga encima de un farol de la laguna grande de San Pedro de la Paz, mira hacia los lados antes de hablar.

Luciérnaga: Camino entre el pasto, doy vueltas por un tronco, me quedo quieta en el aire. Mis ojos verdes iluminan gotas y hojas húmedas. Iluminan latas de cerveza, restos de confort, un pañal, un envase de papas fritas. Mis ojos iluminan un palo flaco que flota en la laguna. Mis ojos iluminan plumas blancas de un cisne de cuello negro. Mis ojos iluminan al cielo. Mis ojos iluminan los pasos de un hombre. Mis ojos iluminan los ojos de un perro muerto. Mis ojos iluminan las manos de un hombre que fuma y toca el pelo del perro muerto. El hombre mira mis ojos que miran sus ojos por muchos segundos. Me trata de tomar. Yo me voy de un lado para el otro iluminando su suéter café, su barba larga, sus uñas sucias, su pelo blanco, su perro muerto. El hombre sonríe y después se duerme hablando.

Después de unos minutos cierro mis ojos y duermo arriba de la pata izquierda de su perro muerto.

Escena XIX

La tienda está cerrada. Clara está ordenando las tintas en un estante. Varios guantes en el suelo. Alguien toca la puerta. Clara busca la llave de la tienda en sus bolsillos. Vuelven a tocar. Clara abre. Johnny está muy pálido.

Johnny: Hola

Clara: Johnny.

Johnny: ...

Clara: ¿Te sientes bien?

Johnny: No le gustó.

Clara: ¿No?

Johnny: No

Clara: Lo siento.

Johnny: Quiero que me acompañes a tomar una cerveza.

Clara: ¿Le hiciste algo malo?

Johnny: Acompáñame.

Clara: Le hiciste algo muy malo y quieres que yo sea tu paño de lágrimas.

Johnny: ¿Sí o no?

Clara: No sé, Johnny.

Johnny: No quiero acostarme contigo.

Clara: ¿Y se supone que eso es bueno?

Johnny: Si no quier...

Clara: ¿Por qué debería arriesgarme?

Johny: ...

Clara: Una cerveza. Nada más.

Escena XX

Ramona en la desembocadura del río Biobío. Hay mucho viento.

Ramona: ¿Y? ¿Te pasaron las cosas? ¿Te gustó el gorro? Lo hizo mi mamá, le dije que no rosado pero como es porfiada... No sabe que lo tienes tú. No quiero hacerla pasar malos ratos. Ayer vi una película. No sé por qué veo esas cosas que me hacen llorar. Actuaba Gael y yo soñaba que le daba un beso. No te pongas nervioso pero dicen que va a venir a Chile. No te preocupes, seguro que no viaja a Concepción. Demasiada destrucción para una estrella. Salvaba a una mujer rubia. Y yo pensaba en ti. No porque me crea rubia, en realidad me acordaba porque me gustó el beso. Lo retrocedí y lo adelanté varias veces y me masturbé varias veces también. ¿Te imaginas me sale una dureza en los dedos y los niños me preguntan?

Hoy día el Arturo me preguntó por ti. Ocho veces. Yo le dije: está escalando una torre gigante. Abrió esos ojos de loco. Me decía “¿ah, po’ qué?”. ¡Cómo 15 veces! Casi lo tiro por las escaleras pero me contuve. Los niños a veces dan ganas de ahorcarlos. Fuertes declaraciones. Hoy fui a la laguna y vi una lagartija. Me gustaría llevarte una de regalo pero les gusta demasiado el sol. Tendrías que ponerle una correa.

Alguno de esos científicos famosos podría encontrar una solución matemática para que los días pasen más rápido. Muchos la comprarían. Nosotros seríamos los primeros. Una de cinco años. ¿Qué tal? Tiene que ser una poción, no una pastilla. Un líquido, ojala rojo. Algo así. Con una buena botella.

La Ana se cortó el pelo como hombre. Se ve linda. Ya pues, ya pues, como diría mi suegra. Me voy a volver loca, más loca de lo que estoy. Quiero retroceder el tiempo. Maldito tiempo. Te amo.

Escena XXI

Manuela y Manuel están en una pieza oscura del centro de Santiago. Están con pijama recostados sobre una cama de plaza y media, ven un programa sobre cirugía plástica.

Manuel: Había una señora.

Manuela: ¡Maldición, brother!

Manuel: Se puso a gritar.

Manuela: ¿Y?

Manuel: Me puse nervioso y empecé a gritar y llegaron otras mujeres.

Manuela: ¿Y?

Manuel: Me metí al baño y me puse la ropa.

Manuela: ¿Estaba ella? **Manuel:** No.

Manuela: Por suerte, brother. Ahora tienes que entrar al baño con ropa y sacártela cuando ella entre.

Manuel: No quiero.

Manuela: Bueno, brother, al menos no te vio. Algo es algo.

Manuel: Pero ahora me mira raro.

Manuela: Se le va a pasar.

(Manuel le da la espalda a Manuela. Manuela lo mira de reojo).

Manuela: Estuve pensando en tu idea y ya no me parece tan mala.

Manuel: ¿Qué idea?

Manuela: La de la joyería.

(Manuel se da vuelta para mirarla).

Manuel: ¿De verdad?

Manuela: Te voy a tener que mostrar una película para que entiendas. Tienes que pedirle el DVD al vecino. ¿Te parece?

Escena XXII

Clara y Johny están atravesando la Plaza de armas de Santiago. Es de noche.

Clara: ¿Y?

Johny: No sé todavía.

Clara: Si quieres puedes dormir en mi casa, sin compromiso, sólo si quieres.

Johny: ...

Clara: ...

Johny: Necesito que me hagas un favor.

Clara: Sí.

Johny: Acompáñame a tomar once donde una tía.

Clara: ¿Mmm?

Johny: Un par de horas mañana.

Clara: ¿Qué?

Johny: Se llama Minerva...

Clara: ¿Por qué quieres que te acompañe?

Johny: Necesito ir con alguien.

Clara: ¿Y ese alguien soy yo?

Johny: Sí.

Clara: Ey, ¿es una broma, verdad?

Johny: No.

Clara: ¿Quieres que haga de Valeria?

Johnny: ...

Clara: Ah, que bien, Johnny. ¿Por qué no la llamas mejor y le dices que se tome un bus?

Johnny: No es gracioso.

Clara: Para mí tampoco es gracioso ir a conocer a tu tía Minerva. Con mi familia me basta y me sobra.

Johnny: Un par de horas. Vive en Puente Alto.

Clara: Mery. Suena mejor: Johnny y Mery.

Johnny: Hay un problema: no le gusta que las mujeres usen pantalones.

Clara: Ahá. Lo voy a escribir en el libro de sugerencias.

Johnny: Le gustan las cosas más femeninas. Como faldas o vestidos.

Clara: Que te vaya bien en tu once familiar, Johnny. Paso.

Johnny: Mary. Está bien: Mary.

Clara: MEry con E.

Johnny: Acompáñame.

Clara: ¿Y qué tengo a cambio?

Johnny: Me quedo en tu casa hoy.

Clara: Oh, qué excelente. ¿Eso es todo lo que me ofreces?

Johnny: Sí.

Clara: Y si me dan ganas de irme, me paro y me voy.

Johnny: Sí.

Clara: Entonces mañana me voy a duchar y cambiar de ropa para que Minerva sea muy feliz.

Johny: Tía Minerva. Voy contigo.

Clara: ¿No me vas a preguntar si quiero que me acompañes?

Johny: No, MEry.

Clara: Espera. ¿Y si quiero que me toques?

Johny: No, no vamos a...

Clara: Ahá. Qué entretenido.

Johny: No es que no me...

Clara: Ahá. Y yo nací ayer, Johny. Vamos.

Johny: ¿Sabes dónde podemos comprar pasteles?

Clara: Mañana te digo.

Escena XXIII

La lagartija está llena de tierra seca. Parece que tuviera una costra café.

La lagartija: Ayer un niño me agarro de la soga y me hundió en un frasco de tempera morada. Cuando me estaba ahogando una tía de delantal verde me vio y dijo bien fuerte: “Eso no se hace, Javiercito”, después me tomó de la cola y me tiró por la ventana de la sala. Por suerte caí en un cajón de arena. Todavía me acuerdo de sus manos pegajosas. Me arrastré hasta debajo de una planta y se me pegó todo lo que había en el camino: un resto de suflito, una pluma de pollo, un pedazo de papel azul y la ventana de un autito rojo. Después llegó un hombre con un jockey amarillo y prendió el agua. Cuando apuntó hacia la planta me agarré fuerte a una rama y me llegó el chorro de agua fría y se me fueron despegando el resto del suflito, la pluma de pollo, el pedazo de papel azul y la ventana del autito rojo. Por eso tengo esta capa de barro. Porque pude sacarme todo menos la tierra pegajosa que había en las pozas que dejó el señor de jockey amarillo.

Escena XXIV

Ramona está sentada en la mesa del comedor en el departamento que mira al río Biobío.

Ramona: La luz se cuele por la ventana y llega hasta la silla del comedor. Al frente se ve el río. Pasan muchos pájaros, ¿se llaman hordas de pájaros? En el balcón hay un alambre donde están colgados mis calzones y poleras. En el fondo se ven muchos árboles. En el cielo hay una luz morada con rojo que se refleja en el agua.

Hay un poco de viento. Estoy sentada en la silla coja del comedor. En la mesa del living hay un vaso con un resto de jugo de piña. En el vidrio de la ventana hay marcas de mis dedos. Los calzones y las poleras se están moviendo rápido y está entrando frío. Tu poster se está moviendo. Tiene polvo. También hay una planta que compré en la feria. Grande y muy verde. Parecida a un gomero. Cambié las cortinas por unas blancas. Hazme una foto de allá.

Escena XXV

Johny con Clara en un paradero de Puente Alto. Lluve muy fuerte. Ninguno lleva ropa para la lluvia.

Clara: ¿Para qué vinimos si te pone mal genio?

Johny: Porque tenía que verla.

Clara: Ahá... empezamos con la onda de los misterios.

Johny: ...

Clara: ...

Johny: ¿Conoces Los Ángeles?

Clara: No.

Johny: En invierno hace frío y en verano mucho calor. Las calles son feas, los parques son feos. Si tomas una micro rural llegas al campo en menos de 15 minutos. Hay árboles y mucha remolacha, ¿sabes lo que es la remolacha?, son como... como con la forma de una betarraga pero blanca y grande.

Clara: ¿Por qué viniste a Santiago?

Johny: Es una historia larga.

Clara: Una más corta entonces, ¿dónde la conociste?

Johny: Era mesera de un café.

Clara: ¿Cuánto tiempo llevan juntos?

Johny: 5 años.

Clara: Mucho tiempo.

Johny: Mucho.

Clara: ¿Y?, ¿estás enamorado?

Johny: Sí.

Clara: ¿Y yo te gusto?

Johny: Sí.

Clara: ¿Y qué se hace si yo te gusto y estás enamorado?

Johny: No sé.

Clara: ¿Quieres que te de un beso?

Johny: No sé. **Clara:** Ay, Johny.

Johny: No sé.

Clara: Ahá.

Johny: ...

Clara: ...

Johny: Maté a un hombre.

Clara: ...

Johnny: Necesitaba trabajo y terminé matando a un hombre.

Clara: ¿Qué?

Johnny: Lo maté.

Clara: ¿Dónde lo mataste?

Johnny: En un mall.

Clara: ¿De qué estás hablando?

Johnny: Le disparé.

Clara: ¿Por qué?

Johnny: Porque pensé que estaba loco.

Clara: ¿Y tú matas a los locos?

Johnny: No.

Clara: ¿Cuándo fue?

Johnny: Antes de hacerme el tatuaje.

Clara: ¿Ayer?

Johnny: Sí.

Clara: ¿Y qué dice Valeria?

Johnny: No puede decir nada.

Clara: ¿Le gusta tener a un asesino al lado?

Johnny: No tiene opción.

Clara: ¿Ninguna opción?

Johny: No.

Clara: ¿Johny?

Johny: ¿Qué?

Clara: ¿Has visto muchas películas últimamente?

Johny: No.

Clara: Ah, entonces es verdad. Eres un asesino de los locos que andan sueltos por Santiago. Te haces un tatuaje cada vez que matas a alguno. Valeria no tiene otra opción que amarte ¿Entendí bien?

Johny: No.

Clara: ¡Ah! Se me olvidaba: la amas, pero yo te gusto. ¿Te puedo dar un consejo?

Johny: Mmm.

Clara: Vuelve de donde viniste y descansa.

Johny: No es tan fácil.

Clara: ¿Por qué? ¿El bus puede tener una bomba o hay fotos de tu cara pegadas en el Terminal?

Johny: Me voy a entregar.

Clara: Piensa en algo positivo: Ya no tienes que dudar si darme un beso o no.

Johny: Lo siento. Yo no quer...

Clara: No lo sientas. Ya tengo amigos locos. No necesito más.

Johny: Gracias por to...

Clara: De nada, Johny. Que tengas un buen viaje.

Escena XXVI

Manuel y Manuela encima de la cama miran una cartulina que tiene muchos puntos dibujados.

Manuel: El punto rojo...

Manuela: ... Es la esquina.

Manuel: Yo soy el punto azul.

Manuela: Bien, brother. Sigue.

Manuel: Tú me haces una señal, yo hago que me da un ataque de epilepsia, el jefe sale, tú cortas la luz y te escondes en la oficina que es el punto verde.

Manuela: ¿Y?

Manuel: ¿Qué era el punto café?

Manuela: Punto café es igual a caja fuerte. No le des espacio a la confusión. ¿Y? ¿Pensaste en lo que te dije?

Manuel: Sí, esta cartulina se la voy a poner en el casillero. Primero la voy a cortar y después le voy a dejar algunas partes en su casillero y chaqueta.

Manuela: ¿Qué estás comiendo, brother? Primera idea genial que te escucho en años.

Manuel: ¿Crees que soy malo?

Manuela: Es una puta. No le demos más vueltas, no se merece su puesto, ni tu amor. Nada. Que se pudra en la cárcel. Además la puedes ir a ver, que sé yo, brother. Le llevas queques o algo así y cuando salga, son felices para siempre.

Manuel: Sí.

Manuela: Repite: Que se pudra en la cárcel la muy puta.

Manuel: Que se pudra en la cárcel la muy puta.

Manuela: Vamos a ensayar. Ponte de espaldas en el piso.

Manuel: ¿Así?

Manuela: Ahora tienes que tener convulsiones, ¿entiendes, brother? Como si te tiritara el cuerpo.

Manuel: ¿Así?

Manuela: No, brother. ¿Te acuerdas de la película?

Manuel: ¿Esa que hablaba en idiomas?

Manuela: Sí, brother. Pero no tienes que actuar esa parte. Sólo los tiritones que le daban. Tienes que pegarte, brother. Hacer como que te muerdes la lengua. Las personas se te van a acercar y te van a ayudar. No te puede dar cosquillas, brother. Si te ríes todo se acaba. Te tienes que caer. No puedes sentarte como ahora, has como que recoges un papel para que no te cueste tanto. Así. ¿Puedes imitar esto?

Escena XXVII

La Luciérnaga en la Laguna grande de San Pedro de la Paz.

Luciérnaga: Trata de pararse sin dejar a su perro muerto pero no puede. Ilumino la tierra mientras hace un hoyo con sus manos. Ilumino los ojos del perro muerto mientras le habla en sus orejas. Ilumino las estrellas cuando las mira. Ilumino sus manos cuando tapa al perro con la tierra. Ilumino sus ojos cuando llora. Lo ilumino mientras se queda dormido entre medio del bosque.

Escena XXVIII

En una oficina elegante del sector oriente de la capital están sentados Cecilia y Johny.

Cecilia: Hola, Johny.

Johny: Hola.

Cecilia: ¿Cómo estás?

Johny: Bien.

Cecilia: ¿Estás nervioso?

Johny: No.

Cecilia: ¿Quieres un vaso de agua, un café?

Johny: Agua.

Cecilia: Te voy a explicar de qué se trata esto: Te voy hacer algunas preguntas que deberás responder. Está conversación va a quedar grabada. ¿Estás de acuerdo?

Johny: Sí.

Cecilia: ¿Cuál es tu nombre completo?

Johny: Johny Vergara Pérez.

Cecilia: ¿Cuántos años tienes?

Johny: treinta y cuatro.

Cecilia: ¿Eres soltero, casado, separado, divorciado?

Johny: Estoy comprometido.

Cecilia: ¿Tienes hijos?

Johny: Voy a tener.

Cecilia: ¿Qué haces actualmente?

Johny: Busco trabajo.

Cecilia: ¿Qué opinas del terrorismo?

Johny: ¿Qué?

Cecilia: No te puedo explicar la pregunta, Johny, sólo responde con libertad. ¿Qué opinas del terrorismo?

Johny: No me parece que mueran personas.

Cecilia: ¿Qué opinas del feminismo?

Johny: Que está bien.

Cecilia: Dime el nombre de tres personajes históricos a los que admires, de tres personas con las que te gustaría trabajar, de tres inventos de los que te hubiera gustado ser tú el descubridor.

Johny: Einstein y Chaplin. Me gustaría trabajar con Einstein y haber descubierto la luz.

Cecilia: ¿Por qué te gustaría obtener precisamente este empleo y no otro?

Johny: Porque lo necesito.

Cecilia: ¿Cuánto ganabas en tu empleo anterior?

Johny: doscientos mil

Cecilia: ¿Cuál es el mínimo que cubre tus necesidades actuales?

Johny: trescientos cincuenta mil

Cecilia: ¿Tienes tendencia a aceptar, a discutir o a poner sistemáticamente en duda las instrucciones de tus superiores?

Johny: Depende.

Cecilia: ¿Cómo aceptas las normas de disciplina?: Con convencimiento, como un mal necesario, como una imposición.

Johny: Como un mal.

Cecilia: ¿Cuáles son tus objetivos a corto, medio y largo plazo?

Johny: Encontrarme con una persona.

Cecilia: ¿Por qué crees que tú eres la persona más idónea para el puesto?

Johny: Porque voy hacer lo que me pidan con tal de tener el trabajo.

Cecilia: ¿Quieres hacerme alguna pregunta antes de terminar?

Johny: ¿Cómo te llamas?

Cecilia: Me refiero a alguna pregunta sobre el trabajo.

Escena XIX

La lagartija camina por el puente Llacolén rumbo a la laguna grande de San Pedro de la Paz.

La lagartija: Nunca había pesado tanto. Sólo una vez que me comí un grillo de este porte. Crecí mucho. Apenas me podía la cola. Dormí dos días al sol. Por suerte nadie me atacó. Creo que en unas horas voy a poder llegar a la laguna. Por ahora no me queda más que arrastrar mi cicatriz seca.

Escena XXX

Ramona se está lavando los dientes en el baño del departamento. Se mira en el espejo. Está muy ojerosa.

Ramona: Ayer tuve que retar a unos niños que estaban jugando en el puente.

¿Cuándo lo irán a demoler?

Tengo una alumna a la que le decimos Chucky, de verdad es una Chucky. De cara y de las cosas que hace. Te asustarías si la vieras. Además tiene piojos. Tuve que decirle a su mamá que le comprara un polvo que hay contra las garrapatas ¿Te conté alguna vez que así solucioné mi problema? Pobre. Su papá murió hace unos días. Lo encontraron en la laguna. Murió de hipotermia, al lado había un perro enterrado. Yo creo que era uno de ese locos que matan animales porque sí. Quizá hasta se los comía. Odio a las personas tan locas. Y dejar a la Chucky sola. ¿Qué se cree? Tenía 56 años. Toda la vida por delante ¿Sabes lo que dicen las profesoras? Que nunca pudo soportar que la mamá de Chucky lo dejara. Y todos dicen: “pobre hombre”.

Me da más pena el perro que él. ¿Por qué hay que sentir lástima de todos? Yo no siento lástima por ti. Y no creo que la sienta nunca. Ayer le grité a un niño de 6 años. Se le caían los mocos. Creo que ando un poco más sensible. Odio los olores. Odio tener que vomitar todo el tiempo. Odio esta acidez de mierda.

Escena XXXI

En el pasillo del mall Manuela y Manuel. Manuela está con una peluca rubia y chaqueta de cuero. Manuel está con buzo azul. Manuela mira hacia la joyería y ve a Johny vestido de guardia.

Manuela: ¿Qué hace ese tipo?

Manuel: Es el nuevo guardia.

Manuela: Maldición, brother. Manuel: ¿Qué?

Manuela: Lo conozco.

Manuel:...

Manuela: Le grité, brother. Es mi enemigo. Vamos a tener que eliminarlo.

Manuel: ¿Matarlo?

Manuela: ¿Estás loco, brother? Hay que ser inteligente en este momento... tiene que haber una solución... un golpe en la cabeza, una caída del segundo piso.

Manuel: Mmm...

Manuela: ¡Una pastilla para dormir en su café! Lo tenemos, brother. Anda a cambiarte. No puedes llegar tarde. Yo me encargo de todo. Y no te olvides de encomendarte.

Manuel: Sí.

Escena XXXII

La despedida de la Luciérnaga.

Luciérnaga: Veo la plaza, veo los edificios derrumbados, ilumino las tablas, ilumino pedazos de ladrillo, paso por arriba del río Biobío iluminando la corriente, ilumino las calles hasta llegar a la laguna. Ilumino las huellas del hombre de barba blanca y del perro muerto que quedaron entre el bosque de eucaliptos. Me acuerdo de papá y mamá, mientras me voy quedando dormido entre las huellas.

Escena XXXIII

Manuela, con peluca y chaqueta de cuero, se acerca a la entrada de la joyería con un café.

Johnny: Disculpe, no puede entrar con ese café.

Manuela: Ah, hola.

Johnny: Hola.

Manuela: ¿Te acuerdas de mí?

Johnny: ...

Manuela: Soy la que te grité en la plaza el lunes pasado. Te dije: ejecutivo de mierda.

Johnny: Ah. Hola.

Manuela: Quiero pedirte disculpas.

Johnny: Está bien.

Manuela: No sabía que eras...

Johnny: Soy nuevo.

Manuela: Ah. Buen trabajo.

Johnny: Sí.

Manuela: Te vi hace un rato y te compré este café para que no haya rencores.

Johnny: Gracias.

(Johnny recibe el café y se queda mirándola sin hacer nada).

Manuela: ¿Y?

Johny: No tomo café.

Manuela: ¿No tomas café?

Johny: No.

Manuela: Ah. ¿Qué te gustaría tomar?

Johny: Nada.

Manuela: ¿Un té, una bebida, un jugo?

Johny: ...

Manuela: Elige lo que quieras.

Johny: No puedo. Es un poco complicado por...

Manuela: Ahhh... El permiso para ir al baño. No te preocupes, yo hablo con tu jefe.

Johny: No quiero problemas.

Manuela: No te preocupes que...

Johny: De verdad.

Manuela: Si no quieres problemas entonces dime qué quieres tomar.

Johny: Gracias, pero no quiero nada.

Manuela: ¿Puedes tomar un poco de café? ¿Puedes ser un poco más educado?

Johny: Lo siento pero...

Manuela: ¿Lo sientes?, ¿de verdad lo sientes?, ¿ah? , ¿justo tenías que trabajar aquí?, ¿ah?, ¿crees que no me doy cuenta que todo esto es un complot? , ¿ah? ¿Qué eres un guardia encubierto? ¿A quién quieres engañar? ¿A mí?

Johny: Cállese ¿Quiere un vaso de agua?

Manuela: ¡Te lo compré para tí! ¿No puedes entender eso acaso?, ¿ahhhhh?, ¿qué

me miras?, ¿ah?, ¿te asusta que te grite como la otra vez? Tómame ese puto café y se acaban los problemas.

Johny: Señora, por favor yo...

Manuela: ¿QUÉ TE PASA? ¿AH? ¿NO ENTIENDES ACASO? LO ÚNICO QUE NECESITO ES QUE TE TOMES ESE PUTO CAFÉ AHORA.

(Manuel, vestido de guardia, camina rápido hacia Manuela).

Manuel: ¡Manuela! *(A Johny)*. ¿Qué le hiciste?

Johny: Yo...

Manuela: No te conozco, no sé quién eres, no sé por qué me hablas.

Manuel: Soy Manuel, tu hermano. El punto café ¿te acuerdas?, ¿el ataque de epilepsia?, ¿la mansión en Miami?, ¿quieres que vayamos a la casa?

(Manuel abraza a Manuela, Manuela trata de quitárselo de encima).

Manuela: ¿Qué casa? No sé de qué me estás hablando loco. Haga algo, por favor.

¿ACASO NO ES EL MALDITO GUARDIA?

Johny: ¡Deje de molestarla!

Manuel: Yo no la molesto nunca, ¿verdad que no?, ¿verdad?

Manuela: Por favor, quítemelo de encima.

(Johny empuja a Manuel, saca su pistola y lo apunta, se escuchan gritos en el mall. Johny transpira).

Johny: Quédese donde está.

Manuel: Es mi hermana. Manuela, soy yo. Tu brother.

Manuela: Yo no tengo hermanos, loco de mierda.

Manuel: Manuela. Soy yo. ¿Te acuerdas? Andas con peluca porque íbamos a robarnos la caja fuerte de la joyería y echarle la culpa a Mabel. ¿Te acuerdas?

El grito de Odette

Camila Paris

Ganadora categoría Autores Noveles

Es actriz egresada de la Universidad Finis Terrae. Ha realizado estudios de profundización en la actuación en el Centro de Investigación Teatro la Memoria, en la Escuela de Actuación para Cine y Televisión Matus Actores, y en la Escuela Pro-voz. Se ha desempeñado como actriz en teatro, cine y en doblajes. Además ha incursionado en escenografía y dirección, orientando su carrera profesional hacia la dramaturgia.

Personajes

Leonora: Actriz que interpreta a la Marquesa de Merteuil.

Pedro: Actor, amigo de la actriz, que interpreta al Vizconde de Valmont.

ESCENA - Santiago de Chile

PRÓLOGO

Está a punto de anochecer, el cielo está pasando de morado a azul. Hay un desorden callado de libros y ropa, por lo que un silencio sepulcral reina en la escena. Leonora deambula por el lugar, tiene el pelo tomado como intentando recrear un peinado de época y su ceño está algo fruncido. Se toma la cabeza y refriega los ojos; de pronto se queda inmóvil, pero luego sigue caminando. Toma una maletita que hay en el suelo y la pone sobre una mesita. La abre y saca un cofre, que por el cuidado con que lo toma, pareciese muy especial. Piensa un momento y luego pone el cofre en un lugar. Se sienta, pero al rato se pone de pie y decide poner el cofre en otro sitio. Aún dudosa se dirige a la mesita desde donde toma una taza, sirve un poco de té y bebe unos sorbos.

Santiago, Chile. Mayo 25 de 2011

— Querido Vizconde:

Me decido a escribir esta carta, *que seguramente será la última que escriba en mi vida*, con el único fin de esclarecer algunos asuntos que a mi juicio son de suma importancia.

Como bien sabe, la hipocresía nunca ha sido una señorita que goce de mi estima, es más, puedo decir que está lejos de pertenecer a mi selecto grupo de amistades, al selecto grupo de mis mejores amigas. Es por este motivo que lo cito esta noche, porque me parece justo develar todos y cada uno de los misterios. Sírvase de mi carruaje y mi chofer para llegar hasta aquí. Lo estaré esperando para cenar.

Un saludo sincero,

La Marquesa de Merteuil.

P.D. Tengo entendido que sus caballos han muerto, mi más sentido pésame.

(La escena se convierte en el que fuera el lujoso salón de té del castillo de la Marquesa de Merteuil en Francia en el siglo XVIII. A lo lejos se escucha el ulular de un búho).

ACTO I

(Vemos a Pedro, el actor, instalado en un sillón canapé de dos cuerpos estilo Luis XV, riendo para sí. Da la impresión de que la conversación ya está iniciada).

Marquesa: ¿Qué le causa gracia? ¿Qué tengo? ¿Algo que hay en el salón? Dígame ¿Algo que escribí, algo que escribí en mi mensaje? ¿Qué cosa? *(Medita)*. ¡Ah! ¿Te causó gracia la invitación a cenar? Oye, es verdad, mandé a preparar un exquisito festín *(Muestra una botella de whisky y la maletita)*. ¿No, no era eso? *(Pedro le entrega el mensaje que ella le envió, la Marquesa lo relee y se sonríe)*. ¡Ah! Ya sé, le causó gracia el hecho de que mencionara a unas amistades, a un selecto grupo de “mejores amigas”, bueno, pues riase a carcajada limpia si quiere, no me voy a molestar. Usted mejor que nadie sabe que compinches no tengo, menos un amado grupito de arpías con quienes tomar el té, con quienes hablar de moda o con quienes intercambiar historias de la alta sociedad. Usted mejor que nadie sabe que sin hipocresía no existe amistad y como yo no tolero la falta de nobleza en la gente, me he quedado sola. Es por eso que siempre gocé de amigos temporales, de esos con quienes se ríe una noche pero a quienes nunca se les cuenta una confidencia, jamás una debilidad.

(Pedro ha estado observando a Leonora y al lugar, y se ha percatado de que algo extraño está aconteciendo y va a acontecer. Busca con sus ojos tratando de encontrar alguna pista).

Marquesa: ¿Gusta querido Vizconde, de una taza de té? *(Le sirve un whisky)*. En la maletita tengo azúcar... ¿Cuántos terroncitos? ¿Dos? *(Saca de la maletita una bolsita con cocaína y hace dos líneas sobre la mesita del té)*. ¡Ah!... bueno estoy segura que hoy será la última vez que nos veamos, porque esta noche no habrá espacio para hipocresías, no quedará suspicacia en el aire, sólo sangre en el piso, la muerte de la que fuera la más importante de las relaciones que he tenido en mi vida; ésta, su amistad. Y, a pesar de decirme ayer que me fuera a la mierda, le doy las gracias por estar aquí esta noche y siendo fiel a los buenos momentos vividos ¡Y vaya que los hubo! Me lleno de energías para... ¿Hablar? ¿Recordar?

(Se toma un vaso de whisky rápidamente, con la mano le hace un gesto para que él venga por su vaso y haga lo mismo. Él se pone de pie y bebe su whisky, luego saca de su billetera un billete de \$5.000 e inhala con total dominio una línea de cocaína, luego le extiende el billete a Leonora).

Marquesa: No, gracias Vizconde,... yo no tomo el té con azúcar.

(La Marquesa se va a sentar a un sillón canapé de un cuerpo, se arregla sus ropas con cuidado mientras Pedro termina con la otra línea que quedaba en la mesita).

Marquesa: En nuestra última conversación, que bueno, de conversación tuvo bien poco, mejor dicho en nuestra discusión, recuerdo que usted me llamó altanera. *(Silencio, medita)*. Altanera...Déjeme decirle que si bien, la palabra en sí me seduce bastante, estoy muy lejos de pecar de una simple altanería, y si bien, entre bajeza y altanería, solo la altanería roza las nubes y espía a los dioses, está lejos de ser la palabra indicada para describirme, y si me concede el tiempo se lo explicaré.

(Pedro la ha estado mirando fijamente, la Marquesa pone sus brazos sobre los brazos del sillón y se agarra).

Marquesa: Hace muchos años, mucho antes de que usted viera la luz del sol, en la época de las princesas y los dragones, sufrió mi castillo lo que podríamos llamar “un terremoto”. Este terremoto fue tan silencioso que ni la servidumbre del castillo notó el acontecimiento, imagínese que ni las lámparas de cristal emitieron sonido, y eso fue... ¿Sabe por qué? Porque sólo las baldosas que yo pisaba se sacudieron. A simple vista el castillo estaba intacto, pero “la princesa que habitaba en ese entonces el fondo de mi corazón” sufrió los daños. *(Suspira)*. Lo triste no fue que ella fuese la única víctima de este acontecimiento, no, no, lo terriblemente triste fue que mi princesa era tan pequeña, que carecía de conciencia, entonces fue incapaz de comprender que el terremoto era ajeno a ella, y que todas sus consecuencias nunca fueron propias de su naturaleza.

(Pedro la ha estado mirando fijamente; de pronto la Marquesa de Merteuil se pone de pie velozmente y va a buscar más whisky, saca un cigarrillo de la maletita, busca fuego y no encuentra, está algo complicada, así que Pedro saca fuego de su chaqueta y gentilmente le convida. Luego la Marquesa abre un ventanal con puertas de madera que da a una pequeña terraza a fin de que la sala no se llene de humo).

Marquesa: Usted no debe estar entendiendo nada, pero deme tiempo, deme tiempo y juro lo comprenderá todo ¡Todo! Hasta el por qué de mis cabellos, de mi pelo tan alborotado y despeinado, y bueno, quién sabe, si las brujas nos acompañan esta noche también podremos comprender el por qué de sus cabellos... ¿No te interesa acaso?

(Frente al silencio de Pedro ella sigue hablando, su boca está seca y su espalda bastante rígida).

Marquesa: Continúo entonces...El terremoto del cual le hablo Vizconde tiene relación con la ilusión. Con el hecho de que, en un momento dado una niña deja de percibir el mundo con sus sentidos y da paso a una nueva percepción, a un estado de confusión e irrealdad. Me explico...

(Entra a la habitación con el absoluto silencio que caracteriza su vuelo, el búho que se escuchaba lejano)

y se posa tranquilo sobre un cerro de libros. Pedro queda helado frente al suceso, un escalofrío recorre su espalda, la Marquesa permanece impávida).

Marquesa: Imaginémoslo a usted de pequeño; chiquito, alegre, corriendo dichoso por un desierto inmenso que cree le pertenece en toda su aridez. Imaginémoslo jugando con más niños, hijos de mineros, haciendo travesuras. Imaginemos que usted y sus amigos entran a una de esas casitas del desierto, una de esas oscuras porque un hombre mayor les regaló chocolates. Imaginemos que de pronto están todos desnudos y que usted, aún con algo de cordura, piensa “esto no está bien, algo anda mal aquí”, pero aún así el cacao es más dulce. *(Se sienta frente a él).* ¿Me sigue? Luego usted corre donde su madre esperando que ella le afirme que eso “no es correcto”, que no es normal que un viejo le saque la ropa a un grupo de niños. Pero contrariamente, ella toma con total naturalidad la historia, dejándolo caer a usted en el sin sentido. *De ahora en adelante dudará para siempre de todo lo que sus ojos vean.* Porque usted es un niño, usted no entiende, no sabe aún diferenciar entre realidad e ilusión, y usted, que con sus pocos años pensaba que tenía los pies sobre la tierra, resulta que ahora está en las nubes... el muy altanero.

(Pedro se reacomoda en el sillón, cruza las piernas y comienza a mover un pie).

Marquesa: Es en ESE momento, cuando su madre dice las palabras mágicas, que usted escucha al desierto entero remecerse, las piedras, la arena, la tierra entera se mueven en la inmensidad, y usted perplejo escucha el eco de ese rugir.

(El búho pega un salto y cruza planeando en silencio el salón del té, se posa nuevamente y comienza a ulular).

Marquesa: Su corazón late fuerte, y usted siente miedo porque ahora, de ahora en adelante usted vivirá en una ilusión. Lo más lamentable es que usted conscientemente no lo sabe. Usted sólo percibe que algo ha cambiado pero, puta es tan pequeño ¿Cuántas primaveras tiene? ¿5? Que es incapaz de poner esto en palabras, entonces lo único que le queda es aceptar... aceptar que es usted el loco, el bicho raro, el extraño, y que el resto tiene la razón porque... ¿Cómo va a estar su mamita equivocada?

(Pedro se pone de pie, cautelosamente toma su chaqueta y se dirige hacia la puerta. Al encontrarla cerrada suspira).

Marquesa: ¡Ay, mi querido Valmont! ¿Tan pronto quiere irse? Pero si todavía me quedan más historias y desdichas que guión de teleserie venezolana. Lástima que sea yo la protagonista de esta historia. No, no la anti-heroína a la que todos encuentran altanera. *(Mostrando la botella de whisky).* Todavía nos queda mucho pavo para disfrutar ¿O ya no come carne? ¿Te pusiste vegetariano?

Valmont: ¿Por qué no vamos luego al punto Madame? (*Mira de reojo al búho*). Su fiesta no está muy entretenida.

(*Pedro lanza al sillón su chaqueta, se sirve un whisky y luego se sienta en el sillón de dos cuerpos con un extraño relajo, casi insolente*).

Marquesa: (*Sonríe*). Sacó la voz Vizconde... y yo que pensé que se la habían comido los ratones y que esto iba a ser un monólogo...ya era hora.

ACTO II

(Se encienden las velas y las antorchas, el búho planea por la escena en silencio una vez más. La Marquesa desafiante le toma el vaso al Vizconde de las manos por lo que él se tiene que preparar otro whisky. El búho aterriza sobre el respaldo del sillón donde está sentada la Marquesa).

Marquesa: ¿Usted sabe por qué soy actriz?

Valmont: *(Burlesco).* No Madame, ¿Por qué?

Marquesa: Porque sufro constantemente de pavor, entonces necesito descubrir lo que esconden los otros... sus cuerpos, y créame me he vuelto una profesional.

Valmont: ¿Los talones de Aquiles de la gente, dice usted?

Marquesa: Son más que talones de Aquiles... son una verdad insoportable, una verdad que intentamos desesperadamente ocultar.

Valmont: Entonces usted dice que ¿Todos escondemos un secreto?

Marquesa: Sí.

Valmont: O sea que usted esconde uno.

Marquesa: Sí.

Valmont: ¿Una verdad insoportable?

(La Marquesa asiente).

Valmont: *(Se sonríe).* Y yo escondo uno.

(La Marquesa permanece en silencio con la mirada fija en el Vizconde).

Valmont: Pero no es ningún secreto que yo esté enamorado de ti.

Marquesa: ¿Ah sí? ¿Y qué te gusta de mí?

Valmont: Su inteligencia Madame, usted brilla como... *(No recuerda el nombre).*

Marquesa: Minerva.

(La Marquesa se sonríe, luego se pone de pie y se dirige a la mesita del té, saca cocaína con una de esas cucharitas finas para el té e inhala un poco).

Marquesa: ¡Ah! Es Marquesa, Vizconde. Marquesa de Merteuil.

Valmont: Pero entre Madame y Marquesa... da igual.

Marquesa: Para usted, para los entendidos hay una gran diferencia.

Valmont: Y dígame Madame, perdón Marquesa ¿Cuál es el plato de fondo? Porque me imagino que ésta es sólo la entrada, y la verdad es que tengo hambre, en mi castillo no hemos ido al supermercado.

Marquesa: Siempre tan goloso. Me sorprende, Vizconde, una actitud tan baja...eso de comer, comer, comer hasta reventar es casi vulgar.

Valmont: ¿Vulgar?

Marquesa: Sí, ordinario, flaute. Babear con el postre teniendo el pavo todavía en la boca.

(El vizconde camina por la escena. Está mirando detenidamente el lugar, cuando llega cerca del cofre, la Marquesa irrumpe con su voz).

Marquesa: Terror, Vizconde.

Valmont: Terror ¿A qué Marquesa? ¿A estar sola en un gran castillo de noche con un hombre?

Marquesa: Por eso soy actriz, Vizconde, porque siento pánico.

Valmont: ¡Ah!

Marquesa: Tengo terror de que alguien descubra mi secreto.

Valmont: Por mí no te preocupes, yo soy una tumba. Deme una pista y comencemos ya.

Marquesa: Piense, Vizconde, piense.

Valmont: A ver...Terror, miedo, debilidad... No me imagino, ayúdeme, vamos deme una pista.

Marquesa: ¿Seguro?

Valmont: Claro. Siga con eso de la actuación y de ser actriz y bla bla bla.

Marquesa: ¡Pero cómo, Pedro! Si tú también eres actor... ¿De verdad que no se te ocurre? No te creo. Piensa.

Valmont: Es que usted y yo, Marquesa, tenemos motivos muy distintos para ser actores.

Marquesa: Es verdad.

Valmont: Ayuda.

Marquesa: Es que necesito descifrar lo que las personas no dicen, lo que esconden. Sólo un actor es capaz de armar el mapa de una persona con sus gestos, voces, discurso... simplemente mirando, mirando más allá.

Valmont: A ver si entiendo. O sea que usted quiere descubrir la debilidad del otro antes que él descubra la suya, ¿eso?

Marquesa: Que ágil, Vizconde. Sí, así es. Si yo descubro primero el secreto, gano la batalla y...

Valmont:... los tiene comiendo de su mano.

Marquesa: Y me he asegurado de ser siempre yo quien descubra primero las debilidades del otro. Para mí, querido Vizconde, esto es una guerra que peleo todos los días y que hace años juré ganar.

Valmont: ¿Y?, ¿va ganando o perdiendo?, ¿cómo va el marcador? dígame.

Marquesa: Ganando... creo... ya no sé...pero esta noche me retiro del campo de batalla.

Valmont: Si está cansada puedo entrar yo a reemplazarla, por nada del mundo permitiría que usted pierda esta guerra y menos por un simple cansancio.

Marquesa: Gracias Vizconde, pero creo imposible que pueda usted lidiar con esta guerra, y menos estar en ambos bandos.

Valmont: No se preocupe. Marquesa, a mi no me interesa su castillo.

Marquesa: Lo sé, Pedro, lo sé.

Valmont: Entonces, Leonora, ¿Rechazas la ayuda que desea brindarte este amigo? Para que veas cómo te quiero, olvido nuestra pelea de ayer y me enfilo como uno de tus soldados ahora.

Marquesa: Ya le dije, después de esta noche dudo que usted quiera seguir siendo mi amigo.

Valmont: ¿Por qué, por qué tiene tanta seguridad? Usted podrá saber los secretos de todos, pero lo que no sabe es que yo por usted haría lo que fuese.

(Valmont se pone de pie, se dirige a la mesita y se echa un hielo en su vaso).

Valmont: ¿Agua fría para su té?

(Valmont se acerca hacia donde está la Marquesa, no sin antes hacer un ademán para espantar al búlho, y le sirve un hielo en su vaso, se acerca casi hasta darle un beso).

Valmont: A su salud. *(Golpea su vaso con el de Leonora que ha permanecido inmóvil sobre su regazo).* ¡Qué delicia! amo el whisky.

(Vuelve enérgico a la mesita, y comienza a hacer metódicamente todas las líneas que puede, interrumpe su labor para inhalar, al igual como lo hizo la Marquesa, un poco de cocaína con una de esas finas cucharitas para el té).

Valmont: Invíteme a cenar más seguido, el pato a la naranja es mi plato favorito.

Marquesa: *(Se sonríe).* No lo sé Vizconde, sus modales en la mesa dejan mucho que desear.

Valmont: ¿Y este maravilloso festín? ¿Te sobró de la fiesta de Alex?

Marquesa: *(Helada).* No.

Valmont: Yo me drogué mucho el sábado, juro no hacerlo más.

(Pedro inhala cocaína, la Marquesa por su parte lo contempla con asco).

Valmont: Le voy a robar un cigarro, cuando la noche promete me dan ganas de fumar.

(Pedro recorre nuevamente la habitación, ahora con mayor dominio y descubre el tocadiscos).

Valmont: ¿Le molesta si pongo música? *(Sin esperar respuesta pone una melodía).* Te perdí de vista el sábado ¿Te fuiste temprano pa' tu casa o te salió un brillo?

Marquesa: Me vine a mi casa.

Valmont: ¿Te aburriste? Yo llegué como a las 7 a mi casa. Al día siguiente apenas pude levantarme. Solo tuve fuerzas pa' cocinarme unos tallarines.

(Ha estado caminado y bailando, mirando la habitación, en eso toma un libro que le llama la atención. El libro está abierto en una página especial).

Valmont: “El lago de los Cisnes” mira tú...

“...Sigfrido, hechizado, piensa que Odile es la princesa Odette, y en medio de la fiesta la escoge como esposa. Es así como Sigfrido frente a los invitados le jura amor eterno a Odile. Es en *ese* instante cuando se escucha el grito desgarrador de Odette, truenos anuncian que Sigfrido ha sido engañado y que Odette seguirá siendo cisne para siempre. Corre desesperado hacia ella, pero ya es demasiado tarde, el maleficio ya no puede ser roto. Odette debe elegir entre una vida eterna como cisne o morir ahogada en el lago...”

(Tararea grandilocuentemente la clásica canción de Tarkovski).

Valmont: ¡Qué hermosa historia de amor! ¿No? Pero que terrible, pobre Odette, debe haber sufrido mucho.

(Marquesa se pone de pie, va al tocadiscos y apaga la música, se dirige a la ventana y contempla el cielo).

Marquesa: Hay noches en las que me doy cuenta de que he estado durmiendo completamente constreñida, haciendo resonar los dientes, soñando pesadillas horribles. Hasta en las noches los demonios atacan ¿sabe? Cúidese esta noche, porque luego de escuchar mis palabras ya no seré yo la única que cargue con un gran secreto.

(Valmont se saca el pañuelo que traía en el cuello y se lo pone en la cabeza, pone un cigarro en su oreja y se saca la camisa, luego se instala a investigar la maletita de la Marquesa).

Marquesa: Anoche, por ejemplo, soñé que estaba en el trópico, tendida en un sillón de dos cuerpos, de mimbre, completamente “madre Eva”, como diría la Mistral. Disfrutaba yo de la sombra de las palmeras, contemplaba el verde de la selva, miraba hacia el cielo, cuando de repente, percibo que un cuerpo está conmigo disfrutando de este cuadro; y a que no adivina quién era... usted. Usted, Vizconde, estaba reposando desnudo a mi lado en la inmensidad del silencio vivo de la selva. De pronto, a nuestro lado, pero a una distancia suficiente como para que fuera una imagen por sí sola, llegaron una paloma blanca y un loro blanco con pico negro, grande y se pusieron a luchar. Nosotros mirábamos perplejos, atónitos. El silencio era sepulcral. Los animales entrecruzaron sus garras y empezaron a aletear subiendo juntos por los aires, volaban las plumas blancas, era un combate de vida o muerte.

(La luz de la luna llena comienza a colarse por el ventanal mágicamente, el búho pega un salto y se posa cerca del sitio donde está el cofre, ulula una vez más).

Marquesa: Cuando subieron lo suficiente, el loro blanco con su pico negro empujó a la paloma en su pecho, y ésta, delicadamente, cayó sobre una rama. Se quedó ahí mirando el cielo en silencio completamente abstraída de la situación, y de repente, cuando mis ojos observaban los ojos de la paloma y trataban de descifrar lo que ella estaba contemplando, usted dice: “mira” y mis ojos enfocaron al loro que tenía en su pico el corazón sangrante de su contrincante. Pero ¿sabe qué? Eso no me impactó... nada me impactó, era tan obvio lo que iba a pasar... lo que yo no sabía era el modo en que me iba a conmover la sangre caliente tiñendo el pecho blanco de la paloma. *(Para sí).* A veces pienso en que yo debí ser pintora... no conozco a nadie que se deleite tanto con los colores como yo.

Valmont: Y después, ¿qué pasaba?

Marquesa: Después... desperté.

(Con decisión y calma, la Marquesa se dirige hacia donde está el búho. Toma el cofre, lo abre y saca de él un frasquito de vidrio).

Valmont: ¿Qué teni' ahí?

Marquesa: *(Carraspea).* Un frasquito.

Valmont: ¿Qué tipo de frasquito?

(La Marquesa destapa el frasco y se lo bebe).

Marquesa: Lo siento, no hay más, pero en la maletita hay suficiente azúcar para que endulces tu noche.

Valmont: Veo que esta noche será bien larga... tendrá que auspiciarme con los cigarros.

Marquesa: Todos los que quiera queridísimo Vizconde.

Valmont: Con todo esto usted me está quitando una vida, Marquesa.

Marquesa: Pero le deben quedar algunas ¿o no? Al menos unas cuatro

Valmont: No lo creo. Soy muy joven y he muerto varias veces. Además ya no soy un bebé, me tengo que cuidar.

Marquesa: Pero... ¿Cuántas primaveras tiene Valmont?

Valmont: Unas treinta y siete, treinta y dos, veintiséis, veinticinco...diecisiete.

Marquesa: Le deben quedar al menos dos, seguro una.

Valmont: ¿Y a usted cuántas le quedarán?

(La Marquesa se aleja taciturna se dirige al tocadiscos, pone una canción).

Marquesa: En todos estos años he descubierto que la gente tiene colores, y no hablo de aura ¿sabe?, hablo de música. Hay algunos que una ópera, otros son un piano desafinado, otros un punk adolescente y yo descubrí que la música que mi corazón tocaba era muy distinta a la de mi naturaleza, a la música con la que nació.

Valmont: ¡Pero cómo, Madame! Nunca se dio cuenta de cuál era su música ¿No que usted era una profesional?

Marquesa: Ahora lo soy, antes era una aprendiz... Imagínese que siempre pensé que era un violín. Toda la vida intentando domar un violín, pero yo era un arpa, y mientras todos hacían música yo me rompía los dedos intentando hacer melodía, y lo peor de todo es que ustedes me tomaban por buen músico, es que soy una excelente actriz.

(Se desata una tormenta eléctrica. Truenos y relámpagos colman el cielo. El búho ulula nuevamente, se escucha el aullido de un lobo. Se corta la música, se apagan algunas antorchas y velas por el viento. La lámpara se mueve y los cristales chocan entre sí).

Marquesa: El hechizo se ha terminado. Ahora puedo ver con nitidez los verdaderos colores de la gente, la verdadera música de las personas y el mundo es muy distinto al anterior.

Valmont: Usted dice...

Marquesa: ¡Veía oasis, Vizconde! Y ahora que el hechizo ha terminado me he dado cuenta de que usted era uno de ellos. Frente a mis ojos tenía yo una hermosa pintura de Max Ernst, pero ahora me doy cuenta de que usted no era más que un garabato en una hoja de papel.

Valmont: Cuidado con lo que dice, Marquesa.

Marquesa: Eso sí, hay que decir que usted es un gran mago.

Valmont: *(Molesto).* Eso dice la mayoría. Las hago ver estrellitas.

Marquesa: Pero sabe... no siempre creí en sus trucos.

Valmont: Madame, a usted nunca le he hecho un truco; aunque nunca es tarde para un show de magia. A todas las princesitas les gusta la magia.

(Se acerca a la Marquesa, ella se aleja rápidamente).

Marquesa: “Princesita”... ¡No, no fue lo que me dijo ayer en nuestra discusión!

Valmont: ¡Ay! Usted sabe que soy impulsivo.

Marquesa: Usted dijo “perra endemoniada”.

Valmont: ¿En serio? ¡Qué poético soy! Pero sé que esas no fueron mis palabras, tonto no soy, cariño, no pongas palabras en mi boca.

Marquesa: *(Sonriendo).* Verdad, esas no fueron sus palabras, usted dijo si mal no recuerdo “tení’ demasiado ego hueona, altanera culiá”. Pero en esta noche de luna llena, que debe iluminar también los árboles en la selva, le diré qué me han llevado a ser “altanera”, a tener “demasiado ego”. Yo no tengo demasiado

ego ¡Tengo mucho más que eso! No sea tan ahorrativo, ego es muy poca cosa para mí. No es ego lo que cargo. Lo que cargo es un inmenso dolor, una herida que ha demorado décadas en cicatrizar. Ego hueón... si tan solo fuera ego, puta que fácil habría sido la batalla para mis ángeles, pero lamentablemente no fue así. Entonces ego Noooo, eso es muy poco, dame más, no seas tacaño. Mi cabeza es desde hace años pura confusión, le dije que le explicaría el porqué de mi pelo desordenado... no era moda... eran mis pensamientos apoderándose de cada uno de mis cabellos.

(La Marquesa cae al suelo, está febril).

ACTO III

(El lujoso salón de té del castillo de la Marquesa comienza a transformarse una vez más. El fino papel mural se sale de las paredes dejando ver murallas llenas de moho y bichos, lo mismo el suelo y los pilares de oro. La Marquesa está muy débil en el suelo, visiblemente afectada).

Valmont: ¿Qué te pasa? *(Ella hace un gesto diciendo que está bien)*. No se duerma... acuérdesse que los demonios atacan de noche... ¿Quiere otra taza de té?

Marquesa: Estoy acostumbrada a los demonios. Los he tenido atacándome desde siempre.

Valmont: Y... *(Pasándole una taza con té)*. ¿Pudo descubrir el secreto que guardaban sus demonios?

Marquesa: No, pero orgullosa estoy de mis ángeles porque han dado una gran batalla.

Valmont: Lamento decirle, Marquesa, que están cayendo...

Marquesa: Tiene razón. Algunos han muerto ya, pero todavía me queda una cartita bajo la manga. *(Bebe té)*.

Valmont: Dejemos ya el jueguito... Confiese, Marquesa, ya es hora.

Marquesa: Abráceme, por favor.

(El Vizconde está sorprendido y abraza a Leonora que está en el suelo. A ella le cuesta respirar, da suspiros grandes y mantiene los ojos cerrados).

Marquesa: Valmont...

Valmont: ¿Sí?

Marquesa: Cariño.

Valmont: *(Con una risita nerviosa)*. Bueno. *(Acariciándole el pelo torpemente)*. ¿Está bien? Me estai' empezando a preocupar.

Marquesa: Valmont, usted y yo padecemos el mismo castigo. Sólo que...

Valmont: ¿Que qué Marquesa?

Marquesa: Que yo he sido mejor actriz. Hace muchos años cuando mi pelo era una melena. *(Sonríe)*. Perfecta, un hombre tuvo la triste ocurrencia de engañarme. Fingía que jugaba conmigo, y yo, ¿sabe qué?, yo pensaba que jugábamos y disfrutaba y reía... hasta que un día ese hombre jugó a un juego diferente, que claramente yo no quería jugar. Y yo con mis ¿seis años? me percaté de que algo andaba mal. Mi reacción fue, fue tan sabia, porque yo siendo tan pequeña llevé mi cabeza, cuerpo y espíritu a pensar al 100% la mejor manera de combatir. Mi cuerpo se puso reactivo, distante, lejano, seco y frío. Mi espíritu se puso sombrío y ¿sabe lo que hizo mi cabeza? Esa sí que fue inteligente, yo me asombro hasta el día de hoy. Mi cabeza decidió disfrazar mi sexo. Me convertí en un ser extraño. Comencé a utilizar vestimentas de hombre, para que así ese hombre no sintiera más deseos hacia mí. Imagíneme... vestida de hombre, intentando ocultar esa historia al resto de la gente, pero como ya le dije, si para el resto la situación es natural ¿Quién es la loca? Y así mi cabecita se empezó a confundir. Yo ya no sabía si era hombre o mujer. Sólo al mirarme a un espejo volvía a la realidad. Entonces... ¿Altanera Vizconde? ¿Exceso de ego? No, regáleme palabras más profundas, valores más elevados que sean capaces de abarcar mi universo.

(La Marquesa intenta ponerse de pie. Está muy débil por lo que no lo logra y comienza a gatear para tomar otra taza de té, tiene la boca muy seca. Valmont no es capaz de ayudarla, está perplejo. Toma el cigarro que tenía en la oreja y lo enciende mientras ella bebe y se recuesta en el suelo).

Marquesa: Vizconde ¿Alguna vez usted sintió atracción por mí? ¿Alguna vez usted pensó que podría follarme en la mitad de un prado, tenerme de patas abiertas y penetrarme hasta el hartazgo?

Valmont: Muchas veces.

Marquesa: Yo pienso que no soy de su gusto, lejos estoy de parecer una doncella, pero... ¿ha pensado en follarme estando yo en cuatro patas? Imagino que sí, es la posición favorita de los machos.

Valmont: Marquesa, le aconsejo que se detenga.

Marquesa: Yo *te* odio, Pedro, porque yo soñaba que estando en *tus* brazos iba a poder deshacerme de mi fantasma, iba a poder experimentar en plenitud el ser mujer. *Tú* habrías lamido mis curvas, acariciado mi cabello, reído de mis tonteras tan femeninas, admirado mis pechos, pero *tú* y *tu* secreto me negaron la felicidad,

la única posibilidad de dejar atrás un pasado tan inmensamente doloroso.

(El búho pega un grito, Pedro se asusta y se pone de pie rápidamente. La Marquesa también se incorpora y el búho comienza a planear por la escena).

Marquesa: Ahora soy como un búho y veo en la oscuridad, y me doy cuenta de que usted, de que usted no vale nada, usted está lejos de ser un Max Ernst, ni siquiera es una cuadro falso, es que simplemente no tiene la pincelada, la imaginación de Ernst, aunque lo intente desesperadamente, nunca lo logrará. ¡No tiene los cojones! Sé su secreto Vizconde, sé que usted está lejos de ser un Don Juan, sé que al igual que a mí, un hombre lo engañó y sé que su cabeza desde entonces es pura confusión.

Valmont: ¡Estai' loca, para de hablar huevadas!

Marquesa: No estoy loca.

Valmont: ¡Mírate estás enferma, estai' delirando! ¡De tanto leer hueás te volviste loca, aquí la única con la mente confundida eri' tú!

Marquesa: Valmont, tengo pruebas.

Valmont: ¿De qué?

Marquesa: No fue fácil pero lo descubrí. Mi querido Valmont, al igual que yo, usted es pura confusión. *(Valmont se acerca a ella).* Pero hace pocos días, cuando salía el sol y se escondían las estrellas, yo comprendí que mis deseos de pertenecerle nunca se harían realidad porque lo vi Vizconde, *te vi.*

Valmont: ¿Qué vio?

Marquesa: Lo vi en la casa de Alex, la noche de la fiesta. Cuando usted pensaba que ya no quedaba nadie lo vi, lo vi masturbándose mientras su mejor amigo dormía en la pieza.

(La Marquesa se dirige al ventanal de la terracita, quiere cerrarlo ya que el viento entra fuerte, desde fuera se escucha el grito desgarrador de Odette).

Marquesa: ¿Cómo me iba a mirar con otros ojos? ¿Cómo iba a querer tirar conmigo? Después de ver su cara, de ver sus ojos lujuriosos lo comprendí todo. Tenía algunas dudas de su homosexualidad, pero no quería creerlo. ¡Claro! Difícil era

que se enamorara de mí. No me mire con esa cara, sé que no hablo incoherencias, SÉ que no estoy loca.

(Valmont se ha acercado a la Marquesa y comienza a besarle el cuello, le toca la espalda y seductoramente la besa en los labios).

Marquesa: No me mueve ni un pelo, Vizconde. Los maracos no me mueven ni un pelo.

Valmont: ¿Ah sí? Es que a usted nada le mueve un pelo, Marquesa, creo que no sabe lo que es tirar como los dioses. Pero déjeme, yo se lo voy a mostrar.

(Valmont se dirige a la mesita del té, inhala cocaína y toma whisky de la botella, luego se dirige hacia Madame y comienza a sacarle la ropa, ella no ejerce resistencia ya que su cuerpo está cada vez más débil).

Valmont: Cállate, Leonora, y disfruta.

Marquesa: Solo dios sabe si algún día usted podrá disfrutar de ese, su secreto. Usted y yo somos iguales ¿O me va a decir que su padre no abusó de usted cuando era niño? *(Pedro la empuja, la Marquesa cae al suelo).*

Marquesa: Nunca supe cómo era resucitar en vida. Espero mis ángeles aún puedan volar y me enseñen a tocar el arpa en las nubes... “*Todo tiene un nuevo significado ahora... ¿alcanza a comprender en algo quién soy?*”.

(Cae al piso, el vizconde la zamarrea. El Búho planea por la escena y luego se posa delante de Pedro, sus miradas se encuentran, ambos están quietos y un escalofrío recorre la espalda del Vizconde).



Taská

Eduardo Pavez Goye

Ganador categoría Reconocida Trayectoria

Es Licenciado en Actuación Teatral de la Universidad Diego Portales. Dramaturgo, director de teatro, guionista y fotógrafo. Autor de numerosas obras de teatro, ha ganado seis veces consecutivas la Muestra de Dramaturgia Nacional (2004- 2012), con las obras *Ocaso de cenizas*, *Fantasma de parafina*, *Animales domésticos*, *Parkour (o un manual para correr en línea recta)*, *Maljut* y *Taská*. Se ha desempeñado como guionista en Canal 13, y como asistente de dirección en el teatro estatal Theater an der Parkaue de Berlín.

Un hombre grita con todas sus fuerzas.
Alguien debería reírse en este momento.
¡Se comprometió!
¡Esa es la palabra!
¡Compromiso!
¿Sabes por dónde se metió el compromiso?!
¡Le importó una mierda su compromiso!
¡Nos mintió!
¡Miren todos!
¡Miren cómo nos engañaron!
Fíjense bien.
Miren a este viejo patético.
¡Mírenlo!
¿Qué van a decir? ¿Qué historias quieren contar ahora?
¿Quieren decir que soy un idiota, que es un viejo imbécil?
¡Díganlo en voz alta, pero díganlo a la cara!
Ahora van a contar esta historia, ¿no?
Y la van a contar muchas veces.
Van a contar cómo un desgraciado me hizo tonto.
Nos hizo tontos a todos.
Lo van a contar porque cosas como estas pasan a la historia.
Y un tipo va a escuchar esto
y lo va a copiar
y va a hacer su propia versión de lo que pasó.
¡Se van a reír de nosotros para siempre!
¿De qué se ríen?
¡De ustedes mismos se ríen!
Alguien va a tomar esto y lo va a escribir a su manera.
Van a fantasear, van a contar historias.
Se van a reír de mí para siempre.
Farsantes.
Mentirosos.
Los escritores.
Los escritores son unos hijos de la gran puta.

Se calma. Lo intenta.

¿Qué vimos en él?

¿Qué había en ese hombre?

¿Por qué pensamos tantas estupideces?

No era nadie.

No tenía, ni siquiera, la actitud de alguien importante.

Y sin embargo, todos...

“¡el inspector! ¡el inspector!”

Somos unos estúpidos.

Todos.

Unos verdaderos estúpidos.

*Cientos de vehículos pasan a toda velocidad por una transitada avenida en alguna ciudad del mundo.
Está atardeciendo, pero a nadie parece importarle.
Todos hablan de sí mismos, y eso siempre es aburrido.*

Escena uno:

Un hombre ve agonizar a un enfermo en un hospital.
Muere lentamente,
ahogado.
Es un proceso lento,
triste,
solitario.

Escena uno:

El director de la escuela entra a una sala de clases
y sus alumnos se ríen de él.
Le tiran bolas de papel,
pañuelos desechables.
Los alumnos se ríen de él.
Y él ya no es capaz de reírse de sí mismo.

Escena uno:

Una joven vomita en el baño de un club nocturno
después de besarse con un tipo del que no recuerda el nombre.
Es su primera borrachera.

Escena uno:

Un joven juega póker.
Tiene la mano ganadora, piensa.
Apuesta todo.
El joven pierde con su trío de Ases contra un full de Kaiser.
El joven queda en bancarrota.

Escena uno:

Un hombre lee una carta que no va dirigida a él.
En ella una mujer le confiesa a su amante que va a dejar a su marido.
El hombre recorre las líneas,
sus manos tiemblan de rabia.
Un par de lágrimas caen sobre el papel, corriendo la tinta.
El mensaje nunca llega a destinatario.

Escena uno:

Una mujer que no ama a su marido
llora en su habitación,
en un pueblo de mierda al fin del mundo.
Hace años que no sonrío.

Escena uno:

Dos hombres ven a un extraño a un hotel.
El extraño los observa, investigándolos con la mirada.
Ellos comen el menú del día: salmón.
El extraño hace un gesto que no entienden.
Los hombres desconfían del extraño.
Sin saber que el extraño también desconfía de ellos.

Escena uno:

Un hombre se levanta en la mañana a alimentar a sus perros.
Los abraza, aferrándose a ellos,
como la única compañía que le queda en esta vida.

Escena uno:

Un hombre muerto de hambre en un hotel.
Fuma su último cigarro
porque está seguro que no van a volver a casa.
Y está seguro que el cielo va a volver a escupir nieve
antes que logren escapar de este pueblo.

Escena uno:

Un observador de Derechos Humanos es arrestado.
El hombre muestra su credencial, pero no importa.
La policía lo golpea y lo insulta.
En el furgón hay niños.
Ninguno de ellos supera los quince años.
Todos con evidentes golpes en la cara.
Los recuerdos de un país en dictadura.
Personas son arrestadas y gritan su nombre y cédula de identidad.
El resto, sigue en la calle, marchando.
Es el fino arte de perder el miedo.

Cientos de fotos de torturas pasan a toda velocidad. Cae la tarde en el Estadio Nacional, pero a nadie parece importarle.

Ya no se habla de ellos. Supuestamente porque no quieren aburrir a nadie.

Esto debería ser una versión de algo, pero pierde todo sentido a medida que se desarrolla.

Yo los llamé.
Nos encontramos afuera de la alcaldía
pero diré que fue en una oficina
o en un café.
Suena mejor.
Nos encontramos en un café.
Estaban todos nerviosos.
Yo algo les había adelantado.
Les dije que teníamos un problema.
No quise dar detalles.
Nos juntamos en la ca—
en el café.
Yo pedí un cortado y el resto pidió té.
Había pasado una larga noche.
Necesitaba mantenerme despierto.

No durmió.
Tenía tanto miedo.
Se despertaba a cada rato, nervioso.
“Llamé al resto, ¿no?”
“¿A qué hora es la reunión?”
“Estoy tan nervioso”, me decía.
“No sé qué hacer”.

Tengo nervios de acero.
Pedí un cortado y me lo tomé de golpe.
A veces hago esas cosas.
Les dije con tono muy serio:
señores, tenemos un grave problema.
No. No lo dije así, de golpe.
Me tomé mi tiempo.
Ellos me miraban, nerviosos, no sabían qué pasaba.
Yo estaba en mi asiento, con mi taza vacía
(porque me la bebí de un sorbo, ya les dije).
Los miré un rato.
Largo.
Les dije:
señores, tenemos un grave problema... nos han enviado un inspector.

Antón no podía más de susto.
Se daba vueltas en la cama, desesperado.
“Tengo miedo”,
me decía,
“pero no puedo hacer nada”.
“No soy un hombre malo”,
me decía al oído.
“Dios sabe que no soy un hombre malo, ¿verdad?”
A mí me da risa cuando dice esas cosas.
Y es que Antón no cree en Dios,
pero a veces pienso que es
porque Dios tampoco cree mucho en Antón.

Todo el mundo saltó de sus puestos.
Yo estaba tranquilo.
La situación podía arreglarse.
Es un juego.
Un juego de ajedrez.
Una apuesta.
Todo esto de la política, las relaciones,
son como un juego.
Y yo soy un buen jugador.
El problema es cuando otros tienen las cartas marcadas.

Me dijo que cuidara las apariencias,
que el inspector de seguro va a querer revisar
las instituciones a mi cargo.
“Artémi Filípovich, tenga cuidado”,
me dijo
“No está bien que los sujetos con enfermedades contagiosas
se paseen por el hospital tan tranquilamente”.
Pero yo le pregunto,
¿acaso son animales,
como para tenerlos encerrados?
Me dijo que los enfermos no deberían fumar en las piezas,
Pero, ¿no merece un hombre disfrutar sus últimos momentos en paz?
¿Le parece irresponsable?
¿Le parece que es irresponsable de mi parte?
Escúcheme bien,
antes de apuntar con el dedo,
pregúntese a usted mismo

si no hace cosas igualmente irresponsables en la vida.
Quizás no ha matado a nadie,
pero de seguro ha dejado llorando a más de una persona.
Porque no piensa en el resto.
Piensa en sí mismo.
En lo que lo beneficia a usted, ¿me sigue?
Mi tarea,
en cambio,
es pensar en los demás.
Ayudarlos.
Sacarlos adelante.
No voy a mentirle,
a veces se mueren.
Y no voy a mentirle,
muchas veces no logro salvarlos.
Pero es parte del juego.
Uno apuesta.
Yo apuesto a un enfermo.
Apuesto que se va a mejorar.
Y para ayudar a uno,
hay que quitarle los medicamentos a otro,
porque no hay para todos.
Así son las reglas de este juego.
¿Quiere buscar culpables?
No parta conmigo.
Yo no decidí las reglas.
Si fuera por mí, todos vivirían,
pero el caso es muy diferente.
No soy un hombre cruel,
no se confunda.
Dios sabe que nunca he obrado de mala fe.
Y Dios sabe que yo no elegí las reglas del juego.

Traté de decirle que me importaba,
pero se fue.
¿Cómo se llama eso?
Yo la amaba.
La quería mucho.
Ella se fue y se llevó sus cosas.
¿Ha estado alguna vez en una casa
donde se han ido la mitad de los adornos?

¿Volver a su hogar y de pronto ya no es su hogar,
sino los restos de lo que tenía?
De eso estoy hablando.
A mí me dicen que soy corrupto porque acepto galgos.
Galgos...
¿Hay algo más inocente que eso?
Cuando alguien quiere algo,
me regala un perro,
y yo lo acepto porque son finos y porque hacen compañía.
Lo acepto porque necesito algo a qué aferrarme.
Y porque no puedo seguir soportando
despertarme cada mañana completamente solo.
Usted puede pensar lo que quiera.
Que soy un juez corrupto.
Que las acusaciones son verdad.
¿Pero qué haría usted?
¿Qué haría en mi lugar?
Yo traté de pedirle que no se fuera,
que no me dejara solo.
Traté. Verdaderamente traté.
Pero a veces pasa demasiado tiempo y uno,
simplemente,
se cansa de seguir corriendo en sentido contrario.

Yo sé lo que está pensando.
Está pensando,
¿cómo hicieron todo tan mal estos tipos?
¿A quién creían que estaban engañando?
Se está preguntando
cómo es posible que todo un pueblo se equivocara.
¿Cómo es posible que una ilusión
se vuelva algo colectivo?
No me mire así.
Lo está pensando.
Sabe de lo que hablo.
Del inspector.
Que no es el inspector, sino otra cosa.
¿Verdad?
Todos sabemos lo que pasó.
No me mire así, se lo ruego.
Piénselo.

Nos pusimos una venda en los ojos,
no nos dimos cuenta.
Pensamos que podíamos cambiar las cosas.
¿Y usted?
¿Va a decirme, ahora, que nunca ha estado ciego?
No se mienta.
Apostamos y perdimos.
Ya le decía yo.
Es un juego.
Una apuesta.
A veces se gana y a veces se pierde.
Y nosotros, todos, perdimos.
¿Cómo le dicen ustedes?
Hay una palabra para eso.
Debería existir una palabra para eso.

¿Le puedo dar un consejo? No busque culpables.
No es necesario.
Yo busqué culpables toda mi vida y no encontré nada.
Los busqué en bares.
Entre mis amigos.
Y al final pensé que el culpable podía estar
entre las personas que nunca conocería.
Así empecé a leer las cartas.
Obviamente no las leo todas. No tengo tiempo.
Pero he descubierto muchas cosas así.
Me mira como si yo hiciera algo espantoso.
Cree que soy un chiste.
Lo entiendo.
Parece una mala broma.
El jefe de correos que revisa las cartas.
Ese soy yo.
Demasiado perfecto para ser verdad.
Una caricatura.
Un tipo solo, siempre un poco borracho,
que revisa las cartas del resto en la oscuridad de su hogar.
Es demasiado.
¿Sabe qué?
Voy a leerle algo.
No escribí yo,
claramente,

pero que me gustaría haberlo hecho:

“Me acosas,
me amenazas,
me arrastras a la locura,
me destrozadas con tus manos de ira la materia misma de mi cerebro.
Sí.

Me obligas a obstinarme más conmigo mismo,
cada una de tus cartas parte a mi espíritu en dos,
me tira a insensatos callejones sin salida,
me destruye con desesperaciones,
con furores.

No puedo más, te he gritado suficiente.

Deja de razonar con tu sexo,
asimila de una vez la vida,
toda la vida,
ábrete a la vida,
mira las cosas,
mírame,
renuncia
y deja al menos que la vida me abandone,
se expanda ante mí,
en mí.
No me agobies.
Basta.”¹

Iván Kuzmích Shpékin llora desconsoladamente.

La pregunta es qué quiere saber.
Y para qué.
¿Quiere que le diga la verdad?
¿Quiere saber qué es lo que pasó aquí?
Yo no soy nadie.
Soy un hombre estropeado.
Dígame, ¿por qué está haciendo esto?
Usted no es parte de los cazadores.
Del comité de investigación.
No tiene el rostro duro de ellos.
Se ve sensible.

¹ Antonin Artaud, “L’ombilic des Limbes, Le pèse nerfs”.

Manso.

La vida no le ha pasado por encima. Ve estas manos?

No son las manos que tienen los profesores de la ciudad de la que viene usted.

Son las manos de un hombre que ha tenido que romperse los dedos
y ha tenido que levantar un lugar por sí mismo.

Acá no hay nada hecho,

pero eso a usted no le importa.

¿Por qué quiere saber de esto?

No soy tonto.

Un hombre estropeado, sigue siendo un hombre.

¿Quiere que le diga lo que sé?

Sí.

Lo haré.

Le voy a decir todo.

Pero necesito saber qué quiere escuchar.

Una panorámica de Santiago. Mientras se ven imágenes tomadas desde un helicóptero sobrevolando la ciudad, una voz habla suavemente.

“Aquí está sentado entre sus dos orejas
y escucha el auténtico vacío.
Muy extraño, una quimera.
En el mar, algo se movía,
y allí se producían ruidos,
algo audible,
un coro acuático.
Aquí, la nada choca con la nada y no está presente,
ni siquiera es un hueco.
Sólo se puede mover la cabeza con resignación.”²

¿De qué te sirve comer libros?
Al final es más simple.
El que llega primero es el que corrió más rápido.
No el que pensó la mejor ruta de viaje.
Puede que no tengas suficientes monedas para hacer una llamada,
pero eso no significa que no haya extraños a los que puedes pedirles ayuda.
Puede que no todo el tiempo tengas ganas de correr, hija,
pero no nacimos para ser los últimos.
Eres joven. Aún puedes moverte rápido.
Yo estoy vieja. Tengo las piernas cansadas.
No llegué primera, porque me dormí en el camino,
pero tú puedes alcanzar a hacerlo.
Tienes que correr más rápido que el resto,
porque a los lentos los golpean en los camarines.
Tienes que aprender a correr tan veloz
que los demás sólo vean el polvo que levantan tus pasos.
Y tienes que levantar tierra cada vez que te lo propones.
Porque si no lo haces, van a descubrirte.
Y si te descubren,
puede que no te den las monedas suficientes para llamar a casa.
Me preguntas de qué sirve comer libros
y te respondo que de nada,
que sólo te distraen en la carrera.
Porque no nacimos para ser los perdedores.
Aunque estemos en el último rincón del mundo.
Y aunque la carretera esté cerrada casi todo el tiempo.

² Knut Hamsin, “Nach Jahr und Tag”.

Transición.

Una sala de clases vacía.

Pasé toda la mañana mirando el techo
y pensando si algún día haremos algo interesante.

Digo,
algo realmente interesante.

No estoy dudando de la capacidad que tengas
para hacer cosas que valgan la pena.

Pero a veces lo que vale la pena es,
simplemente,

poco interesante.

Tenía un amigo que podía meterse un tallarín en la boca y sacarlo por la nariz
y a todos nos parecía lo máximo.

Durante un tiempo

yo era capaz de aguantar la respiración durante dos minutos.

Cuando pasan los años es más difícil decidir
qué es interesante y qué vale realmente la pena.

No siempre tengo cosas interesantes que decir.

De hecho,

casi nunca digo nada que valga la pena.

A veces hablo por hablar

y hago cosas que no tienen mucho sentido

porque es,

simplemente,

la manera que tengo de dejar pasar el tiempo

sin que se me quede pegado en los zapatos.

Hoy me pasé toda la mañana pensando en cómo salir de ésta.

Pensando si para volver a casa

deberíamos hacer algo que valiera la pena.

Porque quedarse acá

y dormir mal

y despertarse temprano

y ordenar todo este grupo humano no es fácil.

No es divertido.

El problema es que,

a estas alturas,

no tengo idea qué es lo que vale la pena.

Y ya no sé qué es realmente interesante para el resto.

*Un hombre en una pieza desordenada. El lugar huele a encierro.
Yo no era el culpable, pero alguien me arrastró.*

¿Quiere que le diga cómo fue?
¿Puedo elegir algo o tengo que decirlo tal cual?
Puedo decirle que soy el criado de Jlestakóv.
Pero los criados no existen en su país, ¿verdad?
Usted no es de acá.
No tiene ese acento duro.
No habla ruso.
Por eso escribe en español.
Por eso la obra que armará a partir de mis palabras
estará en su idioma y no en el mío.
Y yo no la entenderé
como seguramente usted no me entiende a mí, tampoco.
Puedo decirle que soy el criado de Jlestakóv,
pero eso no significa nada para usted.
Porque los criados no existen en su país
y porque usted nunca ha tenido que ser uno de nosotros.
Hay una palabra que define todo esto.
Una palabra que no existe en su idioma.
Taská.
Se escribe Toska,
pero eso a usted no le dice nada.
Taská no tiene definición,
pero puedo darle un ejemplo.
Imagine a un hombre en medio de un lugar nevado,
desierto.
No hay nadie salvo un hombre
en su pequeña cabaña
en medio de la nada.
Saca un instrumento que para usted es una guitarra,
pero para nosotros es otra cosa
que tampoco tiene un nombre en su idioma.
Saca su instrumento,
toca las cuerdas
y grita un insulto al norte.
¿Qué insulto hay en su idioma?
¿Conchetumadre?
Grita conchetumadre, y luego lo grita al sur,
al este

y al oeste.
Toca las cuerdas una vez más
y se devuelve a su casa.
En la soledad más horrible.
Ese hombre,
en esa soledad,
sin nada que hacer salvo tocar su instrumento de cuerdas
y gritar conchetumadre a los cuatro vientos,
ese hombre vive en la taská.
Ustedes no tienen tantas palabras para la soledad como nosotros.
Pero supongo que es por el mismo motivo
que no puede comprender lo que significa ser un criado.
Los siervos no existen en su país.
Son trabajadores,
pero para nosotros no es lo mismo.
Piensa que entiende,
pero no.
Asiente con la cabeza porque quiere tener una empatía conmigo.
No se esfuerce.
Es más simple.
Tiene que ver con la taská
y con las otras palabras que usted no conoce.
Porque si yo le digo en ruso que me siento solo,
usted no va a entender.
Y si le digo en español que estoy sufriendo,
el que no entiende soy yo.

*No se apagan las luces pero tampoco se quedan encendidas.
Cambian.*

*Una mujer mayor, desolada.
Me gustaría contarte mi vida, pero puede que te aburras.*

Yo era la mujer más bonita del pueblo.
No era un pueblo muy grande,
pero sí puedo asegurar que había muchas mujeres bonitas.
Y yo era la más bonita.
La más bonita de ese pueblo.
Y, según decían,
de los demás pueblos alrededor.
Imagine un lugar en su país.
¿Chiloé?
Es como ser la mujer más bonita de Chiloé.
De Ancud.
Me casé con un hombre que no amaba,
pero me casé porque tenía sueños de irse a la capital
y darme un estilo de vida muy superior al resto del pueblo,
si eso es algún punto de referencia.
Me casé sin amor,
pensando que el amor se construye con el tiempo.
Y aquí me tiene.
Han pasado treinta años
y todavía no he logrado armar ese amor que soñaba.
Ya no sé si soy una mala arquitecta en esta relación,
o simplemente no tengo material para poder construir
la fortaleza que se supone debería armar luego de tanto tiempo.
Digamos que soy torpe con las manos.
Porque no tengo fuerzas para seguir intentándolo
y porque estoy tan sola,
que si intento explicárselo,
no tendré las palabras suficientes.

*Una pareja corriendo bajo la lluvia química de los carros policiales.
Hace tiempo que tenía ganas de decirte un par de cosas.*

No mires para atrás.
No dejes que te agarren.
Si lo hacen, grita tu nombre. Deja que te saquen fotos.
Estamos en un baile. Esto es igual que una coreografía.
Si das mal un paso, te eliminan del grupo.
No mires para atrás. Nunca.
Hay que vestirse apropiadamente.
Ni tan llamativos para captar la atención
ni demasiado protegidos para parecer que tenemos miedo.
Porque no tenemos miedo.
Esto es un baile.
Y cuando sale el primer chorro, es la señal que empezó el juego.
Vamos a bailar al ritmo de las sirenas y del agua y de los gases.
Vamos a bailar y será como cuando los novios hacen el vals la noche de su matrimonio.
Seguimos el mismo ritual porque conocemos las reglas.
En medio año nos hemos vuelto expertos en la coreografía.
Sabemos cuándo movernos y cuando correr y cuando fingir que solo estábamos mirando.
Sabemos confundirnos con la masa, cuando la masa es la que puede salvarnos.
Sabemos todos los gritos. Conocemos todas las reglas.
No dejes que te agarren,
porque si lo hacen puede que nuestra historia se termine.
Y no quiero estar solo.
No puedo prometerte un gran futuro porque no tengo dinero para pagar por un título.
No voy a ser profesional.
Voy a operar una maquinaria
y voy a odiar a mi jefe
y la esperanza es que mis hijos no sean tan esclavos como vamos a serlo tú y yo.
Pero vamos a estar juntos.
Pase lo que pase.
Si no te atrapan hoy, ya no van a atraparte nunca.
Porque nos tenemos el uno al otro.
Porque vamos a estar atentos.
Y porque si nos cuidamos las espaldas,
ningún lugar es inaccesible a nuestras miradas
excepto,
tal vez,
el corazón.

Todo se llena de humo.

Las memorias de los muertos son algo tan pudoroso.

Tuvimos una relación corta.
Yo era más joven.
No tenía idea de nada.
Era todo más simple.
Dibujé un corazón en un vidrio y ella se rió.
Salimos una noche de invierno,
corrimos bajo la lluvia
y ella se partió de risa al vernos empapados.
Le dije que me daban miedo los fantasmas
y me contó historias de terror hasta que nos quedamos dormidos.
Le dije que la amaba
y sonrió.
Estuvimos juntos un par de meses,
pero un tipo nos asaltó,
la apuñaló,
y nunca más volví a escuchar su risa.
Fue una estupidez.
Tuvimos una relación corta,
pero no sé qué vale más la pena.
Si algo que dura o algo que arde.
Usted me pregunta por algo que ya pasó,
y yo tengo muchas historias que contarle.
La vi morir en mis brazos.
¿No quiere hablar sobre eso?
Sangró durante mucho tiempo,
pero yo no sabía qué hacer.
Me miró a los ojos y sólo pude decir lo siento.
Es algo triste.
¿Me entiende?
Algo que ocurre y nos marca y la vida sigue.
Como cuando se mueren los padres.
Como cuando se pierde un hijo.
Es algo que te marca,
pero la vida no se acaba por mucho que lo quieras.
Yo la quería.
La quiero tanto.
Ahora sólo me quedan mis perros y los pedazos de esta historia.
Pero la voy a reescribir.
Varias veces.

Usted será testigo.
Y en la última escena de mi propia obra,
voy a ser feliz.
Y ella va a sonreír de nuevo.
Porque ese es el objetivo, ¿no?
El objetivo de todos.
Ser feliz.
No se trata del qué, sino del cómo.
Porque hay millones de formas de hacer las cosas.
Pero sólo queremos una.
Y esa única manera es,
normalmente,
la que se nos va de las manos.
Porque tenemos dedos torpes
Porque todo sigue avanzando, aún si no lo quieres.
Y porque es extraño dejar que el tiempo haga su trabajo.

Si no fuera falso, sería un gran amor.

Apenas nos conocemos per ya puedo decir que te amo.
No voy a ser un hijo de puta.
He hecho demasiadas cosas malas en mi vida
como para volver a mentirle a alguien.
La mentira es un vicio,
pero eso lo sabe cualquiera.
Eres inteligente.
¿Quieres otra copa?
La noche está empezando y acabo de abrir una botella.
Antes salía los viernes a buscar mujeres.
A veces pagaba
y a veces llegaban gratis.
No voy a seguir mintiendo porque ya estoy cansado.
No tengo fuerzas para continuar inventando historias.
¿A qué le tenías miedo cuando niña?
¿Hacia qué lado de la cama duermes?
¿Cuándo diste tu primer beso?
¿Cuál es tu peor defecto?
Quiero conocerte.
Quiero enamorarme de ti.
Y quiero ver si es posible que te enamores de mí.
Puede que no sea fácil
y seguramente pondrás mucho de tu parte,
pero vale la pena intentarlo
si es que aún te queda algo de sangre en las venas.
No podemos pasar toda la vida completamente solos.
Nos vamos a hacer viejos.
No me digas que tienes miedo porque yo también tengo.
Voy a dibujarte un corazón
y voy a decirte que vale la pena.
Puede que no me creas ahora,
pero te garantizo que vas a enamorarte de mí.
Voy a darte todo lo que quieras.
No puedo seguir mintiendo.
Disculpa.
No estoy llorando.
Es la alergia.
El frío hace que me lloren los ojos.
Si te digo que una niña se columpia en el juego de una plaza

y un padre la toma de la mano.
¿En qué piensas?
¿Te recuerda a algo?
Voy a tomar tu mano y vamos a caminar por una playa,
juntos.
¿Has visto el mar?
¿Has estado en una cena de gala?
¿Alguna vez te has quedado en un hotel caro?
Voy a llevarte a las mejores comidas.
Vas a conocer gente interesante.
Puede que yo no sea un tipo entretenido,
pero tengo amigos que sí lo son.
Si te quedas a mi lado puedo mostrarte el mundo.
Mi mundo.
Puede que no te trate de la mejor manera
y tal vez algún día peharemos
y termine haciéndote comer tierra de un macetero.
Pero son las formas en que se manifiesta el amor.
A veces puede ser violento.
No voy a mentirte.
No voy a decir que todo será un cuento,
porque tienes claro que los problemas están a la vuelta de la esquina.
No voy a ser siempre un tipo encantador,
pero creo que nadie puede ser un sujeto perfecto todo el tiempo.
Vamos a viajar por el mundo y voy a comprarte un vestido maravilloso.
Un vestido que te quede bien para siempre.
Vas a usarlo mañana por la noche
y vas a usarlo dentro de cuarenta años,
cuando nuestros hijos se hayan ido de casa
y no tengamos nada salvo el silencio.
Porque nuestros padres ya van a estar muertos,
y porque ya no tengo miedo de quedarme solo contigo el resto de mi vida.

*Creo que nunca te conté de mi familia.
Tampoco es que haya mucho que contar.*

Mi hermano sonreía todo el tiempo.
Era bueno para la pelota.
Le gustaba bailar y siempre tenía un chiste para después del almuerzo.
Dibujaba corazones en las ventanas empañadas de la casa
y amaba tanto a su novia
que a veces pensábamos
que no le podía caber tanto cariño adentro del pecho.
Sus amigos lograron que saliera elegido
presidente del centro de alumnos de su universidad
porque organizaba las mejores fiestas.
La tarde en que bombardearon La Moneda se lo llevaron preso,
al igual que a todos los otros dirigentes estudiantiles.
Vomitó sangre durante una semana.
Eso me contaron los últimos que lo vieron.
Vomitó sangre durante una semana antes que lo mataran.
Era un cabro bueno.
Ni siquiera se interesaba en política.
Cuando dicen que todos los muertos eran terroristas,
pienso en mi hermano,
que era un cabro bueno,
que sonreía todo el tiempo
y que le gustaba jugar a la pelota.
Algunos dicen que todos los muertos eran terroristas,
y yo pienso
que ningún terrorista de verdad
dibuja corazones en las ventanas
los días de lluvia.

En la pantalla, una mujer se opera los pechos. Otra mujer se opera la nariz. Otra mujer se opera las piernas. El trasero. Los ojos. Un hombre se opera los párpados. Otro hombre intenta en vano alargarse el pene. Cientos de miles de cirugías plásticas pasan a toda velocidad. Se confunden con las luces que aparecen ahora.

Me gustaría pensar que es diferente, pero se parece tanto a tantas cosas.

Te despiertas un día y ya no eres joven.
No es algo instantáneo.
Es un proceso tan lento que no te das cuenta.
Como cuando las ruedas giran a una velocidad tal, que parecen estar quietas.
Un día te levantas
y tienes canas
y estás más gorda
y tus pechos están caídos.
No soy una mujer fea,
pero también sé que no tengo quince años.
Dicen que primer signo de vejez es quedarse quieta,
pero si fuera por eso,
yo nací vieja
porque nunca me he movido a ningún lugar.
Debe ser porque mi vida es una permanente rueda a toda velocidad.
Todo ha sido tan rápido que no me he dado cuenta.
A veces me miro al espejo y me pruebo mis vestidos antiguos.
Algunos me entran y otros,
simplemente,
jamás van a caber en este cuerpo que ahora tengo.
A veces lo intento porque soy testaruda.
Me pongo los vestidos
y fracaso
y lloro durante horas.
No me ve nadie, pero esa es la idea.
Llorar es un acto privado.
Encontrar culpables es un acto público.
Te despiertas un día y la vida te pasó por el costado,
como un auto a toda velocidad.
Puede que no sea capaz de citar libros de memoria,
y puede que no tenga idea de qué habla la gente inteligente
cuando se junta a conversar.
Pero sí sé de cómo la vida se nos escapa de las manos.
Quizás lo que sé no sirve de nada.
Pero tampoco creo que todo lo que uno sabe tenga que serle de utilidad a otro.

Si no creyera en la culpa, también sería un hijo de puta.

A veces fantaseo en qué debe sentir una superestrella cuando es ella misma.

Pienso en,

no sé,

Brad Pitt, por ejemplo.

¿Qué siente Brad Pitt cuando se tira a Angelina Jolie?

¿Está pensando que se está tirando a Angelina Jolie?

¿Está pensando en el cheque que recibe a fin de mes?

¿Está pensando que con sólo salir a la calle, todas las mujeres de esa esquina querrán acostarse con él?

¿En qué piensa Brad Pitt cuando es Brad Pitt?

Es una fantasía recurrente que tengo en mi cabeza.

Pienso que soy famoso y entro a un local

y la chica que atiende me mira como un Dios.

Le digo que quiero algo y me ofrece una sonrisa

y se atrapa los dedos con la máquina registradora.

Le sonrío, levantando mis lentes oscuros,

y le digo que se ve preciosa con ese uniforme.

Ella se pone nerviosa y me dice que me admira.

Yo le digo que ya lo sé.

La invito a salir, a tomar una copa.

¿Para qué vas a seguir atendiendo esto?

Ven,

le digo,

y me la llevo en un convertible

Le prometo tantas cosas y de manera tan bonita

que yo mismo creo en mis mentiras.

La desvisto, mientras sonrío.

Lo hacemos en el auto y cuando terminamos, la dejo botada en una gasolinera.

Me devuelvo a casa muerto de risa,

conduciendo a ciento ochenta por la carretera,

y llego a mi casa y me acuesto con Angelina Jolie.

Porque soy Brad Pitt,

porque puedo

y porque, en el fondo, todos quieren hacer lo mismo que yo.

Los sueños eróticos de la burguesía.

Su jefe le dijo tiene una esposa muy bonita.
Él sonrió.
Le dijo su mujer es hermosa.
Ustedes no son de por acá.
No, dijo él. No somos de acá.
Su jefe le dijo yo le tengo estima.
Su jefe le dijo usted puede llegar lejos en esta empresa.
Usted no se vino a ser un operario más.
Usted vino a triunfar.
Sí, le dijo el hombre. Vine a lograr lo que siempre he querido.
¿Qué tal, le dijo el jefe, si hacemos algo?
¿Le parece cambiar de esposas por est noche?
Será algo divertido, entre nosotros.
No va a pasar nada, le dijo. Será cosa de una noche.
No va a pasar nada. Será un juego.
Bebieron un poco más.
La noche comenzó a borrarse
y las copas hacían ruidos sordos al chocar.
Ella se fue a la pieza del jefe.
Su marido le dijo hazlo por nosotros.
Vinimos a triunfar, no a ser operarios.
Vinimos a cumplir nuestros sueños.
Ella no entendía qué tenían que ver sus sueños
con llevarse a la cama a ese tipo pequeño,
un poco gordo,
moreno,
y que se reía golpeando las rodillas.
Ella se tendió en la cama y él comenzó a tocarla.
La noche pasó lento y no se dijeron mucho.
No conversaron después de hacerlo.
Él se fumó un cigarro y luego se quedó dormido.
Ella miró el techo hasta que aparecieron los primeros rayos de la mañana
y los pájaros cantaban con furia.
Él pidió un taxi y ella se fue a su casa.
Nunca hablaron del asunto.
Fue como él dijo: un pequeño juego.
Una apuesta.
Una apuesta que partió en dos un matrimonio
y terminó con un aborto en esa clínica clandestina en el centro de Lima.

Que alguien termine con esto.

Perdón, pero me encantan de los chistes fomes.

La historia es sencilla.
Un tipo llega a un pueblo.
En el pueblo están esperando a un inspector
que va a fiscalizar si todo está en orden.
Todos en el pueblo le ofrecen tratos y arreglos al joven,
pensando que es el inspector.
El joven se aprovecha de todos,
se va,
y cuando se marcha,
se dan cuenta que no era el fiscalizador.
El verdadero inspector llega al final,
cuando todos han hecho el ridículo.
Esa es la historia que deberíamos contar.
Pero si ya la conoce,
no tiene sentido que la contemos otra vez.
¿Qué quiere?
¿Que analice el hecho?
Fuimos unos idiotas.
Pero todos han sido imbéciles alguna vez en sus vidas.
Creímos que alguien era una persona que no era.
Todos hicimos el ridículo.
Se van a reír de nosotros.
Pero antes, ríanse de ustedes mismos.
Ríanse de la presidenta
que le dicen que un hospital está funcionando y es un montaje.
Ríanse de un país que pasó por casi veinte años de muerte cultural
debido a una dictadura,
y luego elige como presidente a un sujeto que se hizo rico
mientras torturaban a miles de chilenos.
Ríanse de la democracia a la que defienden,
que designa senadores por los cuales nadie votó y luego hablan de representatividad.
Porque nosotros fuimos idiotas.
Pero ustedes tienen mala memoria.
Pasan su vida tan rápido
que creen estar quietos.
No se rían de nosotros.
Ríanse de ustedes, también.
La historia es sencilla.
Podemos reescribirla.

Digamos que no era un pueblo en Rusia,
digamos que fue en Chile.
Digamos que era un grupo de personas en el sur.
O en Santiago.
Hagamos la obra en una oficina pública,
hagamos la obra en un supermercado.
Hagamos la obra lo suficientemente cercana
para que se den cuenta que todos hacemos lo mismo.
Porque las metáforas, con gente sin memoria, no funcionan.
Hagamos la obra en medio de una marcha de estudiantes.
Digamos quién es el inspector.
Porque no es el inspector.
Es otra cosa.
Hay que ser muy ingenuo.
Realmente.

Se encapucha.

No está solo.

Un joven le grita a alguien en medio del tumulto.

Estás vieja.

Date cuenta.

Estás vieja y sola.

Estás sola y triste

porque toda la vida te la pasaste pensando
en las cosas que jamás tuviste el valor para hacer.

Estás solo.

Te hicieron tonto porque nunca tuviste
la valentía de preguntarte si lo que creías era,
efectivamente,
lo correcto.

Eres una hija de puta.

Eres un hijo de puta.

Eres el viejo

que le tiró agua hirviendo desde su ventana a los chicos en la manifestación.

Eres la señora

que le arrojó platos a la multitud de estudiantes desde un décimo piso
y le rompió la cabeza a un jubilado que marchaba con sus nietos.

No hay nada que puedas hacer para cambiar eso.

Eres una hija de puta

y tienes miedo

y estás triste.

Tienes miedo porque esto va a cambiar y no depende de ti.

Porque nada,

nunca,

ha dependido de ti.

No supiste modificar tu propia historia

y ya no vas a tener la fuerza para modificar la historia de este país.

De mi país.

Y estás triste porque te das cuenta

que nada de lo que creías que era valioso, tiene sentido alguno.

Te entiendo.

Estás viejo y estás solo y estás triste.

Pero nosotros vamos a salir a la calle

y vamos a cambiar esto.

Aún si no estás de acuerdo.

Porque yo no quiero que otros tengan que sufrir lo que yo he sufrido.

Porque surgir de la pobreza no es ningún orgullo.

No tengo ninguna condecoración por ello.

Y no voy a dejar que mis hijos
pisen las mismas trampas que me han hecho sangrar los pies.

*Un operario habla con su patrón.
Hay pocas cosas más tristes.*

Tiene razón, jefe.
Tiene toda la razón.
El que está mal soy yo.
No, nunca he dicho lo contrario.
Sé que Rivas le dijo que yo hablé mal de usted,
pero Rivas es un imbécil.
Rivas no sabe nada.
Rivas es un mentiroso.
No lo escuche a él, jefe.
¿Hace cuánto que llegó ese hombre?
Es un cabro joven, quiere triunfar.
Nos va a sacar a todos del camino a base de mentiras,
pero yo sé que usted no va a caer en esos juegos.
No me mire así.
En serio.
Rivas le dijo una mentira, pero no tiene por qué creerle.
Yo siempre he trabajado hasta más tarde
y he hecho todo lo que me han pedido.
A veces nos va bien y a veces fallamos,
pero son los juegos.
Las apuestas de todo esto, ¿no?
Yo no soy un hombre que interrumpa al resto.
No me meto en su vida,
porque estoy seguro que a nadie le importa la mía.
Le estoy diciendo,
jefe,
que usted tiene toda la razón.
Soy un idiota.
La mayoría del tiempo soy un idiota.
Me atrapo los dedos en las puertas y tropiezo al salir del ascensor.
Le tengo miedo a las barandas en las terrazas
y siempre sueño que me ahogo,
pero me despierto
y vengo a trabajar
y hago lo que me pide
porque sé que esta es mi vida.
A algunos de por aquí quizás no les guste, pero yo estoy conforme.
No pido nada.

Mi vida es esta fábrica.
Si usted le cree a Rivas no sólo cometería un error,
también estaría pensando en quitarme la vida.
Porque usted es un hombre educado.
Usted es un hombre fuerte.
Puede irse de aquí cuando quiera y puede armar otro negocio.
Los dos sabemos que es posible.
Usted puede optar pero,
¿y yo?
¿Qué puedo hacer yo?
¿Qué opciones tengo?
¿Ha visto mis manos?
Tengo dedos torpes.
No sé hacer nada más que operar esta máquina,
y si usted me aleja de ella no puedo pagar mi casa
ni mis cuentas
ni mi vida.
Porque mi vida está aquí, en este lugar.
Usted no tiene miedo porque no tiene nada que perder.
O quizás sí tiene miedo, pero no se nota,
porque apuesta a las cartas seguras
y porque nunca mira dos veces cuando con una basta.
Usted tiene razón, toda la razón.
Es una estupidez de mi parte pedir más dinero
con lo difícil que está la situación.
Pero lo dije porque soy un hombre torpe
y a veces hablo de más.
No crea todo lo que dicen.
Use su juicio.
Piense que hombres como yo trabajamos de corrido
y nos callamos
y hacemos caso.
No me mire así.
Sabe de lo que estoy hablando.
Voy a quedarme callado,
no voy a decir nada más
y voy a seguir operando la maquinaria.
Pero no me saque de aquí,
es lo único que le pido.
Si quiere me arrodillo.
Puedo hacerlo.

En serio.
Puedo humillarme.
No tengo problemas.
Puedo hacer lo que usted quiera, pero no me eche de aquí.
No cierre mi contrato.
No me mande a casa con las manos vacías porque soy un hombre torpe.
Porque esta es toda mi vida.
Y porque quitarme la máquina es lo mismo que dejarme morir.

*El patrón lo mira con lástima.
No le dice, pero ya ha tramitado su despido.
Ese lunes es su último día de trabajo, pero ninguno de los dos lo dirá abiertamente
quizás por eso el patrón lo mira con lástima.*

En verdad no tengo tantas historias como crees.

Mi padre murió en un accidente de tránsito cuando yo estaba de viaje,
pero a todo el mundo le digo que agonizó en mis brazos.

En un hospital.

Ahogado.

Mi mujer me dejó por otro hombre,
pero siempre digo que murió apuñalada.

Sé dónde vive,

pero a todos les digo que no tengo idea.

Mi abuelo era del sur,

pero a todos les cuento que era suizo,

que se vino a Chile escapando de la guerra

y se enamoró de mi abuela,

que era la mujer más bonita del pueblo,

a pesar que mi abuela nunca ha salido de Santiago

y a pesar que mi abuelo la conoció en una casa de putas del centro.

Siempre digo que sé hacer magia,

pero en verdad tengo los dedos demasiado torpes.

Cuando niño inventaba historias y todo el mundo me las creía.

Ahora sigo creando fantasmas.

Creo tantos

Y algunos tan verdaderos

que ya olvidé cuándo los armé

y qué se supone era lo que estaban reemplazando.

Luz, cámara, acción.

Una película de mi vida.
Si hicieran una película de mi vida, yo sería, obviamente, el personaje principal.
No más roles secundarios.
En la primera pantalla aparecería mi nombre. En grandes letras.
El primer plano sería mío. Yo caminando por una ciudad hermosa.
Yo caminando a paso firme por Rusia, República Checa, países fríos.
Gente de rostros duros, curtidos por el clima.
Una película de mi vida me mostraría a mis quince años, peleando en la parte de atrás de mi colegio, rodeado de todos mis compañeros.
Dando golpes certeros.
Y ganaría.
Le ganaría al guatón Riquelme.
Todo el mundo me aplaudiría.
No me suspenderían ni me dejarían sangrando, humillado.
No perdería un diente ni me castigarían por una semana.
Reescribiría todo. Haría una adaptación.
La película de mi vida, comenzaría demostrando que soy un ganador
Que soy un hombre fuerte, decidido, firme.
No me mostraría llorando nunca.
No mostrarían la mitad de mi vida.
Caminaría, en la primera secuencia, por unas calles heladas, cubiertas de nieve.
Joven, de veinte años, guapo, atlético.
Entraría a un bar y conversaría en perfecto ruso, a pesar de que no hablo ruso.
Bebería con una chica y le contaría mis historias.
Historias donde soy fuerte, decidido, firme.
Historias que siempre terminan conmigo triunfando.
Me saltaría los interminables tiempos muertos.
Las horas fumando en la ventana.
Los inviernos solitarios.
Las primaveras con alergia.
Sabría boxear, hacer yoga, bailar.
Bailaría como los dioses.
Tendría una secuencia increíble donde bailarían tango con una chica croata preciosa.
Salvaría al mundo de alguna amenaza.
Saldría en los diarios.
La gente me reconocería en la calle.
Dirían mi nombre con respeto.
Si hiciera una película de mi vida, si pudiera adaptarla, cambiaría tantas cosas de mí, que sería otra persona, alguien firme. Valiente. Decidido.

Alguien fuerte.
Nunca estaría triste y nunca estaría solo.
Si hiciera una película, una adaptación, mi vida sería fascinante.
A todo el mundo le gustaría ser yo.
Y a mí me gustaría ser quien soy.
Le ganaría al guatón Riquélme.
Mi novia me amaría.
No tendría el corazón roto por cuatro años.
No lloraría.
Nunca.
Sería una historia con misterios, secretos. Todo a mi favor.
Tendría planes.
Recorrería el mundo.
Estaría con una polera en invierno, porque la gente realmente interesante nunca
siente
frío.
Bebería en los mejores locales y conversaría con las más hermosas mujeres.
Si hiciera una película, una adaptación de mi vida, probablemente no sería interesante
para nadie.
Pero yo podría ser otro.
Y, al menos por dos horas, podría olvidarme de quien realmente soy.

Corten.

*Un joven sangra tirado en el suelo.
Nos reímos tanto esa vez.*

¿Te acuerdas cuando fueron las elecciones presidenciales?
¿Te acuerdas que decías
que como el que se postulaba era un multimillonario,
no robaría como lo habían hecho todos los que venían antes?
Que divertido que fue eso.
Es divertido porque siguen haciendo lo mismo.
¿Te acuerdas que nos prometieron que todo iba a cambiar?
Es gracioso, porque cambió.
Ahora no podemos salir a la calle sin que nos rompan la cabeza a golpes.
Es divertido porque a pesar de todo, seguimos haciéndolo.
Es muy chistoso,
porque decías que esto iba a mejorar si le dabas tu voto a este otro tipo,
y al final sigue siendo exactamente lo mismo.
Es muy gracioso,
porque ahora te das cuenta que da lo mismo la cara que esté arriba,
al final el poder tiene otra forma.
Sonríe de otra manera y tiene otros amigos.
Es parte de otro club.
Un club del que ni tú ni yo somos parte.
¿Te acuerdas cuando veíamos los debates por televisión
y decías
“ese hombre va a inspeccionar todo,
ese hombre va a cambiar el país”?
Me pregunto si ese era el inspector que estabas esperando.
Me río mucho ahora,
mientras sangro,
porque pienso que lo único que hizo
fue devolvernos la memoria de la dictadura.
Trajo de vuelta ese imaginario setentero y ochentero reprimido.
Y me parto de risa,
así como me partieron la cabeza.
Y estoy tirado en el suelo
mientras la policía arroja más gases
y le pega a los demás chicos.
Me da risa porque no saco nada con llorar.
Me causa gracia porque si no lo tomo de forma liviana,
va a aplastarme el peso de la tristeza.
La pena de ver mi país en manos de los mismos cerdos.

¿No hay una palabra para esto, para la desesperación absoluta?
Me gustaría que existiera alguna.
Nuestro lenguaje es tan limitado.
Cuando veo a la policía romper semáforos
y luego decir que nosotros causamos destrozos,
se despierta algo en mí,
pero no sé cómo definirlo.
Rabia,
desesperación,
impotencia,
tristeza.
Todo eso mezclado.
¿Cuál es la palabra?
Ríete.
Ríete conmigo.
Saca un instrumento y toca una melodía
que funcione como banda sonora
a esta ciudad que ahora está llena de gas.
Sonríele a las cámaras que nos están grabando
y a los fotógrafos de prensa
que sólo les importa cuando comienza el baile.
Sonríeles, porque estamos avanzando.
Caminamos hacia ese sentimiento.
Esa palabra que no podemos nombrar y que,
sin embargo,
podría definir nuestro Estado.
No tengas miedo.
Esta sangre que pierdo voy a recuperarla.
Y esta libertad que hemos perdido,
estamos luchando por tenerla de vuelta.
Dime que vamos a salir adelante y voy a creerte.
A veces necesito un par de engaños para no morir de tristeza.
Y porque todos mienten todo el tiempo,
así que si tú lo haces,
sabré perdonarte.
Aún si no sabes sonreír
y nunca aprendiste las reglas del baile.

*Una mujer completamente destrozada frente a lo que queda de su marido.
Dos fugitivos en un campo de batalla.
Sin campo y sin batalla.
Una pareja en sus últimos momentos.*

Me miras como si tuviera que decir algo.
No sé.
No sé,
sinceramente,
qué se supone debería decirte ahora.
Me miras como si supiera qué es lo que está pasando,
pero no tengo idea.
Porque no dormí en toda la noche.
¿Cómo fue?
¿Te dijo algo?
¿Lo pasaste bien?
No me digas que lo pasaste bien porque se me va a partir el corazón.
Mi amor.
Mi niña.
¿Cómo voy a mirarte a los ojos, ahora?
No son las formas de gemir lo que me duele, son los motivos.
¿Lo pasaste bien?
¿Mal?
¿Lloraste?
¿Es un buen amante?
No te puedo escuchar porque los pájaros cantan demasiado fuerte.
Afuera es de día, pero no he dormido.
No pude cerrar los ojos.
Vamos a salir de ésta.
Vamos a borrarlo.
Nuestros hijos nunca van a saber lo que pasó.
Vamos a tener hijos.
Una parejita, tal como quieres.
Vamos a tener dos hijos
y vamos a vivir en una casa que no se lloverá en invierno.
Vamos a vivir en un buen barrio
y vamos a estar seguros por las noches.
No vas a tener miedo al acostarte porque yo voy a estar para ti.
¿Cómo fue?
¿Te dijo algo?
¿Habló de un aumento?

¿Te dijo que eres hermosa?
Eres la mujer más linda del mundo.
Eres joven.
Ahora tienes ganas de correr,
pero es porque siempre has estado moviéndote a toda velocidad.
Me encantaría saber en qué estás pensando,
pero seguramente no hay palabras en nuestro idioma que resuman el sentimiento.
Yo no las encuentro y estoy del otro lado.
Se parece mucho a la pena, pero es otra cosa.
Es parecido a la soledad, pero no es exactamente eso.
¿Cómo se puede nombrar la soledad del alma con una sola palabra?
Tenemos tan pocas palabras para la miseria absoluta.
No sabemos hacer resúmenes en nuestra lengua.
Siempre recurrimos a combinaciones para decir lo que sentimos.
Tal vez nuestra lengua no haya sufrido lo suficiente,
pero puedes estar segura que nosotros sí lo hemos hecho.
No te preocupes.
Esto nunca pasó.
Vamos a reescribir la historia y vamos a salir adelante
y nuestros hijos,
la parejita que quieres tener,
nunca se enterará de esto.
Van a ser niños sanos.
Inteligentes.
Ninguno va a pensar mal de ti ni de mí.
Nuestros hijos no tienen por qué saber de esto.
Yo mismo lo estoy viviendo y no quiero saberlo.
Puede que no tenga todas las respuestas,
pero quizás no estoy haciendo las preguntas adecuadas.
No dices nada.
No te preocupes.
Duerme.
Va a pasar esta noche
y la siguiente
y los atardeceres lamerán las heridas.
Caerán las noches
y volveremos a casa.
Nos iremos de vuelta y nadie nos dirá que quiere algo de nosotros.
Vamos a ser felices en una casa maravillosa.
Y nuestros hijos van a ser los mejores.
Vamos a tener dinero

y vamos a poder pagarles la educación que merecen.
Nuestros niños van a tener lo mejor
aún a costa de nuestra propia felicidad.
Te juro que vamos a salir de ésta.
No tengas miedo.
¿Quieres que te abrace?
¿Quieres que te diga lo que siento?
No tengo palabras, pero puedo inventar alguna.
Sólo necesito que me digas qué quieres que haga.
Qué quieres que te diga.
Ha sido muy duro darnos cuenta que es imposible reescribir esta historia,
pero va a tener un sentido,
aquí,
en la último línea.
Porque ya no tengo idea cómo se llama este agujero que tengo en el corazón.



PUBLICACIONES CULTURA es una serie de proyectos editoriales sin fines de lucro del Consejo Nacional de la Cultura y las Artes que tiene por objeto difundir contenidos, programas y proyectos relacionados con la misión de la institución.

Cuenta con un sistema de distribución que permite poner las publicaciones a disposición del público general, utiliza de preferencia tipografías de origen nacional y se imprime bajo el sello PEFC, que garantiza la utilización de papel proveniente de bosques de manejo sustentable y fuentes controladas.

Luciano Cruz-Coke Carvallo

Ministro Presidente del Consejo Nacional de la Cultura y las Artes

Carlos Lobos Mosqueira

Subdirector Nacional

Magdalena Aninat Sahli

Directora de Contenidos y Proyectos

Soledad Hernández Tocol

Asesora de Contenidos y Proyectos

Lucas Lecaros Calabacero

Coordinador de Publicaciones

Miguel Ángel Viejo Viejo

Editor y productor editorial

Ignacio Poblete Castro

Director de Arte

Si bien el tejido textual contemporáneo –que agrupa elementos de relatos heterogéneos que cobran sentido al obligarnos a percibirlos como un conjunto– ha marcado tendencias y estilos de los autores chilenos de la última década, no es casualidad que hoy estemos enfrentados a una dramaturgia que vuelve a las historias y la actualidad como eje.

La razón es simple: en medio de la superposición de relatos en nuestra vida cotidiana, apoyados por las redes sociales y el exceso de información que contiene el etiquetado de cada cosa, las autorías escarban con bendita nostalgia en las estructuras y temas desechados en el pasado, sin dejar de lado la frescura de la palabra y su sonido. Lo hacen, como quien desea encontrar los pedazos de lo que fue y construir sobre ello, sin dejar de hacer el ejercicio del montaje y el collage con lo que antes apartaron.

De historias y personajes vuelven a hablar estos textos, retrato de un momento concreto en la escritura dramática nacional, y de una generación que escribe mientras las jóvenes, nacidas y por nacer, le pisan los talones.

Lucía de la Maza Cabrera
Coordinadora del Área de Teatro
Consejo Nacional de la Cultura y las Artes

Muestra de
DRAMATURGIA
Nacional

Publicaciones
Cultura